

LAS LONAS VERDES

José Manuel Avellaneda

LAS
LONAS
VERDES

PRÓLOGO

Esta novela se organiza en torno a la historia de una villa de emergencia, desde que se levanta el primer rancho hasta que el poblado se incorpora a la civilización.

La pobreza, azote de nuestro tiempo, sobre el que declaman los políticos, y por la que clama, reclama y advierte la Iglesia, desde su máximo Pastor hasta el último curita de parroquia, se presenta en su más viva carnadura y con un fresco sabor de verdad en esta novela de José Manuel Avellaneda.

No le ha interesado al autor elaborar un testimonio: lo acuciaron algunos personajes y algunas circunstancias. Él oyó sus verdades, les dio una voz y les buscó un espacio. Así nació Las Lonas Verdes.

Entre toda esa escoria humana que escarba en los basurales aledaños al río en busca de su cotidiano sustento -cada uno con su drama y sus miserias personales, con sus deudas con la justicia, con la sociedad y con Dios; cada uno con su soledad material y existencial- se destaca la figura de Bernardo, una especie de héroe trágico que no sólo sufre la miseria, la ruina, el hundimiento sino que sabe el porqué. Y no solamente lo sabe sino que su alma cae en el más elocuente desgarramiento.

Sacudido muchas veces por humanas flaquezas, coordina la acción y termina encontrando una salida dentro de ese callejón en el que todos están arrinconados por la miseria y sus colaterales: marginalidad, hacinamiento, desocupación, soledad y desamparo.

Los pobres están solos sobre la tierra, Bernardo lo sabe y pretende, no enjugar esa soledad sino darles instrumentos para superarla. Por eso se convierte en uno de ellos, a pesar de los riesgos que debe correr.

Con el permiso de su párroco, prescinde de la sotana y entra a vivir en la villa de emergencia, acepta sus reglas de juego y juega sus roles. Un pequeño club de fútbol ha de ser el primer pretexto para que cada desheredado encuentre su lugar en el espacio, su humana justificación y su autoestima.

Todos estos personajes, rudos, elementales, configuran un agua-fuerte en el que la figura de Bernardo aparece diferente. Por su condición de diferente sufre toda clase de agresiones y sufre más. Pero lo guía su fe, tan vigorosa, aunque no declamada, que irradia en los demás y hasta los guía. Pero no vaya a creerse que es la religión el tema central dentro de esta obra. Bernardo es sacerdote, sí, pero ante todo es una figura cargada de humanidad, que se erige en símbolo de lo que puede hacerse frente a ciertas situaciones cuando hay buena voluntad y decisión.

Decirlo de esta manera suena un tanto acartonado, o declamatorio, pero no es así: hasta el más infeliz, hasta el irredento, el traidor, el asesino, el corrupto, descubren en el fondo un sentido noble para su vida. Aunque Bernardo descuelle, el verdadero protagonista es ese núcleo humano conformado por seres heterogéneos, homogeneizados por las marcas de marginalidad. No es el autor quien intenta convencernos, son los personajes los que nos hacen reflexionar y nos convencen.

De esa manera, esta macro-metáfora de la pobreza carga su valor intrínseco, de orden estético, más el valor agregado de lo testimonial: no sólo está revelando un grave problema de nuestro continente sino ofreciendo fórmulas de solución.

No es la primera vez que el doctor Avellaneda elabora literariamente los grandes problemas colectivos: ya planteó, en su novela Josefa, un panorama premonitorio de la guerrilla que se estaba gestando en Tucumán y que, años después, se concretaría, de acuerdo, en líneas generales, con dicha premonición. Y lo hizo, entonces como ahora, cómo un observador fiel que mira objetivamente las cosas y luego las revela, sin buscar culpables ni juzgar a nadie, para que su lector las interprete.

Alba Omil

1 Cf. Jaspers, K.: "Esencia y formas de lo trágico". Ba. As. Sur, 1960.

CAPÍTULO 1

El sol caía despiadado provocando la deshidratación de la tierra húmeda. En el verano tucumano -suelen decir los viejos- la hora en que el calor resulta más insoportable es a la media tarde. Los dos cuerpos que yacían inmóviles desde hacía unas horas rodeados por los matorrales que cubren la orilla izquierda del Río Salí, empezaron a dar señales de vida. A los pocos minutos, uno de ellos se incorporó a medias, poniendo la cabeza entre las manos; los codos, sobre las rodillas. Una voz ronca y quebrada rompió el silencio:

-¡Bolichero ladrón había sido ... ! Nos ha dado queroseno en vez de vino. ¡Eso que a uno lo tienen que andar robando...

El otro cuerpo, a impulsos de la voz, también empezó a quedar sentado.

-Se me parte el mate. Si lo vuelve a encontrar, lo mato.

Después del comentario volvió a reinar el silencio, sólo interrumpido, de vez en cuando, por algún quejido de los que acababan de despertar. Por fin, uno de ellos se paró y después de dar unos pasos para terminar de despabilarse se quedó mirando hacia el Sur.

-Dentro de un rato llueve. Alberto, pásame la cuchilla.

-Ahí va -contestó el que permanecía sentado, mientras, sin moverse casi, echaba el brazo hacia atrás para extraer de la vaina sujeta al cinto, una cuchilla de esas que se utilizan para pelar caña, y se la arrojó a los pies. Antonio se agachó para tomarla, ordenándole al tiempo que se enderezaba:

-¡Vamos! ¡Movete! Hay que colgar la lona antes que llueva.

El que se había quedado sentado, lentamente terminó de incorporarse, mientras su compañero se ponía a cavar. Como quedara sin saber qué hacer, escuchó que le volvían a ordenar:

-Andá trayendo unas varas. Si no nos apuramos nos agarrará la lluvia. Siempre lento, Alberto se dirigió a los matorrales que rodeaban el pequeño espacio despejado donde habían estado durmiendo. Tomó unas cañas huecas bien secas, y regresó hacia el lugar donde estaba trabajando su compañero.

-¿Servirán estas?

Después de echarles una rápida mirada, Antonio contestó secamente:

-Están buenas.

Trabajaron en silencio un largo rato. Uno cavaba y el otro cortaba las cañas para luego cubrir las bases con tierra. Con otras unieron los extremos entre sí. Cuando terminaron, Antonio que aparentaba ser el mayor, inspeccionó el trabajo realizado:

-Parece que han quedado firmes. Ahora traé la lona.

En medio de una enramada, escondida, el más joven dio con una lona verde, de buen tamaño, de esas que utilizan los camioneros para cubrir las cargas. Como era grande y pesada, la tomó de dos de sus puntas y la arrastró hasta donde estaban las cañas clavadas. Entre ambos la desplegaron para colocarla encima de las mismas. Como éstas amenazaron venirse abajo, se dieron mañas para que aguantaran.

Luego le pasaron una piola a la redonda.

-Por sí sopla viento -le aclaró Antonio a su compañero.

-Cuando todo estuvo terminado, las nubes ya estaban encima. Había oscurecido súbitamente y empezaron a caer las primeras gotas. Un viento suave soplaba desde el Sur. Varios rayos cruzaron el firmamento y una seguidilla de truenos rompió el silencio. Presto se introdujeron dentro del improvisado refugio y cuando arreció el aguacero, ya estaban otra vez durmiendo.

Despertaron al alba. El ciclo estaba despejado, pero era evidente que la lluvia había sido intensa. A pesar de la lona, estaban empapados: el viento había empujado el agua por la boca que dejaran. El olor a tierra mojada se levantaba por todos lados y penetraba por sus narices.

Salieron a sacudiese un poco. La mano de Antonio se introdujo en el mugriento saco que lo cubría y apareció un paquete de yerba a medio consumir. Buscó entre los matorrales hasta que encontró un tarro y se lo alcanzó a Alberto para que bajara al río a buscar agua.

Con suerte y no sin trabajo, pudo encender las ramas húmedas. Colocó encima el tarro y cuando el

agua hirvió le agregó la yerba. A los pocos minutos se pasaban el humeante brebaje para tomar largos tragos que les calentaron el estómago y devolvieron sensibilidad a sus cuerpos. Por turno se retiraron a orinar a los matorrales.

-¡Qué joda! Hasta el último peso nos ha sacao el bolichero -se lamentó Alberto.

-Para peor nos debe andar buscando la policía

-¿Te has deshabao con el turco?

-Creo que no. Vaya a saber uno lo que dice cuando anda mamao.

-Creo que yo tampoco.

-Es lo mismo. El gringo de la esquina nos caló cuando brincábamos la tapia. Es un error gatiar en el mismo barrio.

Poco a poco volvieron las imágenes a sus mentes. El mediodía anterior, aprovechando un descuido de sus dueños, habían entrado en un almacén al Oeste de la ciudad de San Miguel de Tucumán, forzado el cajón del mostrador y sacado cien pesos en billetes de a uno y cinco. Esperaban encontrar algo más, así que lo modesto del botín los dejó malhumorados. En el momento en que escapaban fueron reconocidos por un vecino, el único que podía hacerlo, precisamente porque, mientras "estudiaban" el terreno, se les ocurrió la idea de sacarle unos pesos con el cuento de la madre enferma y de que se habían quedado sin trabajo. Después de reflexionar un rato, Alberto se tranquilizó

-¿Y qué va a decir? ¿qué sabe cómo nos llamamos?

-Tenés razón. Con no aparecer más por ahí, se acabó.

Quedaron más tranquilos. En el ínterin, el sol que ya estaba alto había secado sus harapos.

-¿Cuántas entradas tenés, Antonio?

-Muchas...

-Yo también.

Otra vez reinó el silencio. A lo lejos se oía el ruido de máquinas trabajando. A unos quinientos metros al sur se extendía sobre el río el puente 'Lucas Córdoba'. Desde donde estaban podían observar cómo por minutos, aumentaba en intensidad el tránsito de vehículos.

-Tenemos que hacernos de unos mangos si queremos comer - declaró Alberto resignado.

-Me parece bien que vayás buscándolos, haciendo alguna "changa".

-¿Así que ahora tengo que trabajar para el patrón?

El otro rió con ganas.

-Andá nomás, que ya voy a arreglar el rancho.

Alberto lo miró sorprendido.

-¿Nos aquerenciamos aquí?

-¿Y dónde más..?

A desgano, Alberto se puso en camina, tropezando de a ratos con algún tronco oculto. Orientándose por el ruido de los motores, hacia donde suponía había trabajo llegó hasta un lugar en que el río forma una amplia playa. Allí observó a varios obreros que cargaban ripio a pala en tres camiones. El ruido de motor provenía de la máquina que lo clasificaba. Un hombre a caballo, cuya cabeza cubría un sombrero de paja de anchas alas dirigía las operaciones. Se acercó a él:

-Diga, ¿necesita un peón?

El aludido dio vuelta su rostro blanco, bronceado por el sol. Su cara denotaba energía. Sintió que lo estudiaba con la mirada de arriba abajo, Sin contestarle la pregunta, le ordenó:

-Andá a la casilla para que te den una pala. Después incorporase a la cuadrilla que empieza a cargar ese camión. Son cinco pesos por camión.

-'ta bien, patrón.

-Vamos ¡Movete! Si te conchabás aquí va a ser para trabajar.

Se dio cuenta de inmediato que allí no había posibilidad de actuar con mañerías. Para peor, así se lo confirmaron sus accidentales compañeros cuando, exhausto, disminuía su ritmo de trabajo, pues entonces no faltaba el que lo increpara. Ya se lo había advertido de entrada el que parecía ser el jefe del grupo, un grandote con la cara cruzada por una enorme cicatriz, gritoneándolo la primera vez que lo intentó:

-¡Movete carajo, que al camión lo cargamos entre todos! Con tu pinta no la vengás a trabajar de cashio.

"Para un pobre, no hay peor cosa que otro pobre", pensó.

Echando los bofes, trabajó hasta mediodía. Con la cuadrilla alcanzaron a cargar dos camiones.

Cumplida la tarea, depositó la pala en la casilla y se acercó al del sombrero de paja:

-Ya me he cansao, patrón. Estoy un poco enfermo. Mañana vuelvo.

El del sombrero de paja lo miró sonriendo:

-Andate nomás. Te espero mañana.

-¿Y los diez pesos?

-Pero, ¿no me has dicho que regresás mañana?

-¿Y con qué come mi familia hoy?

-Bueno, tomá -y le alargó dos billetes de a cinco, mientras se acentuaba su sonrisa. A paso lento se encaminó al lugar donde había dejado a su compañero. Al llegar, se dio con que había reforzado las cañas con cuatro troncos de arbustos que hacían de horcones y daban a la construcción mayor solidez. Con ramas entrelazadas había cubierto las paredes y ahora las estaba rellinando con barro. Aprovechó la llegada de Alberto para volver a colocar, con su ayuda, el techo de lona. Cuando todo estuvo terminado, le preguntó orgulloso.

-¿Qué te parece el rancho?

-Está lindo.

-¿Has visto que no he estado de vago? y a vos ¿cómo te ha ido?

Dudó un segundo antes de contestar:

-Junté diez pesos.

-Bueno, con eso tenemos para comer.

-En eso pensaba. Me voy a Guzmán a comprar algo de carne, pan y vino embotellado, no el queroseno que nos dieron ayer.

Antonio lo miró con desconfianza. Poca gracia le hacía que se fuera solo a realizar las compras.

-Mejor vamos juntos. Podés perderte por el camino.

-¡Claro! y cuando volvamos nos encontramos con que nos han robado el rancho.

El argumento era de peso, así que el otro tuvo que darse por vencido.

-Andá nomás, entonces... ¡Pero has de volver!

Sin esperar más, aprovechando la forzada autorización y antes de que se echara atrás se puso en camino. Por los matorrales llegó hasta la ruta y tomándola, dobló hacia la derecha para encaminarse hacia el pueblo. Entró al almacén y luego a la carnicería. Gastó seis de los diez pesos. Además de pan, de la carne y del vino, compró sal, azúcar, yerba y unas latas de sardinas, para formar una pequeña reserva. Por curiosidad miró el almanaque colgado en la pared y descubrió que vivía el día 27 de Enero de 1955.

Al regresar encontró a su compañero reduciendo los leños encendidos, a brasas. Con algunos hierros viejos había improvisado una parrilla donde pusieron a asar la carne. A los pocos minutos el olor a asado convertía en devorador su contenido apetito. Lo calmaron con el pan. Luego descorcharon la botella y se la empezaron a pasar bebiendo por turno directamente del gollete. Cuando estuvo a punto el asado, comieron hasta hartarse. Después se acostaron dentro del rancho a dormir. El sol castigaba fuerte y las nubes empezaban a formarse nuevamente. Era seguro que al atardecer, o a más tardar a la noche, volvería a llover. El ambiente ya estaba inundado de vapor y humedad.

A la tardecita, cuando el calor amainó, se pusieron manos a la obra para terminar la precaria vivienda. En un tarro viejo cargaron agua para preparar barro y revocar con él las paredes, después de reforzar las "quinchas" con que las habían improvisado.

CAPÍTULO II

Los que trabajaban en la clasificadora de áridos se fueron acostumbrando a la presencia de los dos vagos y hasta llegaron a tolerarles la displicencia con que cumplían sus labores. Como el rancho que construyeran quedaba cerca, solían llegarse a tomar vino con ellos antes de regresar a sus hogares, ubicados en distintos lugares de la ciudad de Tucumán, especialmente los sábados, en que se quedaban de chupandina hasta el día siguiente. Alberto, el más joven de los dos, representaba unos 34 años, mientras que Antonio debía de estar por los 45, motivo por el cual, seguramente cuidaba de los asuntos domésticos y el primero era quien concurría con más frecuencia al trabajo.

Cuando decidieron establecerse en el lugar y dejar de andar deambulando, por lo menos momentáneamente, arrojaron sus mugrientos harapos a la basura, para reemplazarlos por modestos pantalones y camisas a cuadros.

Fue Antonio al que se le ocurrió, ya que el rancho se había convertido en un lugar de paso obligatorio para sus compañeros de trabajo, que en vez de estar comprando vino todos los días, bien podían tener una pequeña reserva, para que siempre hubiera algunas botellas disponibles. Luego razonó que por el servicio que prestaban, correspondía cobrar unos centavos más, con lo que resultó que a ellos la bebida les salía gratis. Lo mismo sucedió con los comestibles, y así, sin pensarlo ni quererlo, el rancho quedó convertido en un pequeño almacén, donde nunca faltaban pan, sal, azúcar, yerba y por supuesto carne y vino.

Tanto movimiento habría de despertar a la larga, la curiosidad de la autoridad y así, un buen día, fueron sorprendidos por la visita de un agente de policía adscrito a la comisaría de la jurisdicción, que venía a echar un vistazo al rancho y a sus moradores.

Al rato regresó el agente, pero esta vez para notificarlos de que el comisario los quería conocer personalmente. La noticia no les resultó grata, menos cuando estaban esperanzados en que sus relaciones con la policía habían terminado por el momento. Su experiencia les indicó que lo mejor que podían hacer, era aceptar la invitación, cuando ya todas sus prudentes insinuaciones para diferir el recíproco conocimiento habían fracasado. Acompañados por el agente, que no parecía tener demasiadas luces, pero que sin embargo cumplía su deber a la perfección, se encaminaron hacia la comisaría.

No bien llegaron al antiguo edificio, ubicado en Guzmán, el pueblo vecino, los dejó instalados en el salón de espera, mientras se introducía al despacho de su superior. Cuando el agente regresó, los sorprendió la brusca energía con que seca y brevemente les ordenó:

-Pasen.

Aparentando una tranquilidad que estaban bien lejos de sentir, dando vueltas sus sombreros entre las manos, se introdujeron al despacho del comisario, un hombre que representaba poco más o menos la edad de Antonio, de aspecto aindiado, bastante gordo, que sentado lente a un escritorio revisaba un expediente. En un primer momento no dio señales de haber notado su ingreso a la habitación, pues seguía hojeando el expediente sin inmutarse. Esto los puso más nerviosos aún. Por fin experimentaron un gran alivio cuando se dignó levantar la vista.

-¡Ah ... ! son Uds.

Ambos permanecieron en silencio, con la mirada gacha. Ese sí, detuvieron el movimiento de sus sombreros.

-¿Cómo se llaman?

Por turno contestaron.

-Alberto Managua, servidor.

-Antonio Condorí, servidor.

-¿De dónde son?

-Yo de Atamisqui y 61 de Santa María -respondió Alberto por los dos.

-¿Y qué andan haciendo por aquí?

-Trabajando, señor.

-¿Tienen alguna entrada?

Ambos mintieron al unísono:

-¡No señor! Somos gente de trabajo.

El comisario los estudió en silencio. Luego prosiguió con voz más enérgica:

-¡Esos terrenos donde han clavado el rancho son de gobierno! ¿Tienen ustedes el permiso?

Ante la inesperada pregunta, no se les ocurrió de inmediato ninguna respuesta. Por fin Alberto, en tono vacilante, respondió:

-A nadie molestamos, señor. Somos gente pobre y de trabajo.

-¡Porque sean pobres no tienen derecho a violar la propiedad del gobierno! -tronó el comisario.

Empezaron a mirarse en busca de recíproco apoyo. Por fin Alberto intentó salir del paso.

-Disculpe señor, no lo sabíamos.

El comisario volvió a sus papeles. Luego de unos minutos de tensión les preguntó en tono quedo:

-¿Tienen dinero?

Los vagos se miraron con alarma. Finalmente Antonio declaró con precaución:

-Tengo diez pesos... Los tiempos son malos.

-Poco dinero es -le recriminó el comisario poniendo cara de molesto- ¿No me has dicho acaso que trabajabas? Y vos, ¿cuánto tenés? -preguntó de nuevo dirigiéndose a Alberto.

-Yo ... treinta -confesó éste dubitativamente.

-Bueno, vayan entregándome los cuarenta pesos y pueden irse. Ya les voy a hacer llegar el permiso para que se queden.

A desgano introdujeron sus manos en los bolsillos y depositaron el dinero sobre la mesa, con la esperanza de que ahí terminara la cosa. Pero el comisario, mientras guardaba los billetes, retomó la palabra:

-Me han pasado el dato que en el rancho de ustedes se organizan jodas. Ya saben que si se les ocurre organizar tabeadas, también tienen que tener permiso de la autoridad.

-Creía que estaban prohibidas, mi comisario.

-El hombre de trabajo tiene derecho a divertirse y, ¡qué va a hacer el hombre pobre si no es tomar vino y jugar a la taba! La ley no es despiadada. Lo que no le gusta es que la ignoren. Si por ahí organizan una jugada, vengan a verme para que les dé el permiso. Bueno, pueden irse, pero ya saben, ¡aquí no quiero líos! A portarse bien, entonces. Buenas tardes.

-Si señor -fue la firme promesa de ambos.

Mientras se retiraban, escucharon con alivio la voz del comisario que ordenaba a la guardia los dejara salir. Despacio llegaron a la puerta saludando a los agentes y luego, ya en la ruta, siguieron un largo trecho caminando en silencio, ensimismados cada uno en sus pensamientos, tratando de sacar sus propias conclusiones. Alberto fue el primero en hablar:

-Comisario coimero había sido...

-Mejor, así no jode con los prontuarios. ¿Qué habrá querido decir con eso de las tabeadas? ¡Esto sí que está bueno! ¡Por casualidad andamos portándonos bien y es la autoridad la que nos tienta!

Al pasar frente al almacén de Guzmán tuvieron deseos de entrar, pero al recordar que el comisario los había dejado sin un peso, echando una maldición, siguieron adelante. En el rancho tenían vino, pero no era lo mismo. Volvieron sobre el asunto de la taba. Alberto preguntó a su compañero:

-¿Qué te parece lo de la taba?

Como el otro no le contestara de inmediato, agregó:

-No estaría mal. Siempre hemos tenido la cana en contra; así la tendríamos a favor.

-Mientras les convenga -opinó por fin Antonio-. Van a resultar muchos líos y pocos pesos, o mejor dicho, los pesos van a ser para el comisario: Yo paso y no quiero.

A su compañero, el argumento le pareció de peso, pues concluyó:

-Eso de andar cerca de donde los billetes cambian de mano rápido, está bueno. Pero tenés razón: esperemos.

CAPÍTULO III

Un sábado a la tarde se habían reunido de chupandina en el rancho, como era ya costumbre, varios compañeros de trabajo: el "Ñato" Montero, el "Fiero" Rodríguez, el 'Gordo' Paredes y el "Hachudo" Canosa; el Ñato, sintiéndose con ánimos de confianzas, empezó a contar algunos episodios de su vida.

Era un negro brasileño, alto, fornido, indudablemente el más guapo del grupo y del que se decía tenía en su haber varias muertes.

Generalmente reservado, el que tocara el tema de su pasado despertó en los otros una inusitada expectativa. Hasta el Gordo Paredes, el dicharachero de la barra, resolvió por esta vez dejarse de bromas y escuchar con atención.

Como se quedara en silencio después de narrar algunas anécdotas intrascendentes, el Hachudo Canosa comentó para animarlo:

-Por ahí andan diciendo que te has disgraciao en algunos.

El Negro puso cara sombría, tanto que en un primer momento el preguntón empezó a arrepentirse por su indiscreción. Pero al minuto, con voz lenta, empezó a contarles cosas.

-Y bueno,,ya que así andan diciendo y que han pasado más de veinte años, les voy a aclarar la historia.

A partir de ese momento empezó a desbrozar recuerdos. Le informó que su lugar de origen era Santos, Brasil. Su abuelo, que aún vivía cuando se fue, había sido esclavo; su padre, pescador. La familia era numerosa, pues sus hermanos sumaban doce y vivían además con mujeres e hijos, formando una pequeña colonia. El más inquieto era él. Todos los años partía a algún lugar distinto, pero después de cansarse de deambular, regresaba al hogar para ver a los suyos. En un baile de carnaval intervino en una gresca y allí lo culparon de su primera muerte. A partir de ese momento se fue corriendo de pueblo en pueblo, sin permanecer mucho tiempo en ninguno, temeroso de que la policía lo localizara. Así atravesó el Paraguay y llegó a Santa Cruz en Bolivia, donde había mucho por hacer y pocos que quisieran hacerlo.

El patrón que le tocó en suerte era un buen hombre que descubrió de inmediato su afición al trabajo, y cuando quiso despedirse para seguir adelante, lo convenció de que se quedara. Lo convirtió en su hombre de confianza y le dio el cargo de capataz. Rápido, trabó amistades, y como era de carácter alegre, frecuentaba bailes y reuniones. Fue en una de éstas que conoció a una cruceña blanca y hermosa que vivía con un peón de la misma hacienda. A partir de ese momento comenzó a encontrarle trabajo al marido en los lugares más apartados, a veces por varios días. Sus visitas nocturnas eran observadas por los vecinos y, lo más grave, comentadas, pues el amor de una blanca con un negro siempre llama la atención y merece la crítica de las dos razas, según destacó con tristeza. Así fue como el asunto llegó a conocimiento de un compañero de la mujer y, una vez que lo creía a 40 km de distancia, al entrar a su casa, se lo encontró esperando.

-Así que había sido cierto nomás -exclamó al verme, mientras desenvainaba su cuchillo y me tiraba un puntazo.

-Agil como era entonces, lo esquivé al tiempo que sacaba mi "Colt" y lo bajaba de un balazo.

Aprovechó el negro la expectativa de los que lo escuchaban para tomar un largo trago de la botella. Luego prosiguió:

-Ahí nomás nos dimos a la fuga. A caballo cruzamos hasta La Quiaca y desde ahí, después de deambular por las explotaciones del Norte, me conchabé de peón en un establecimiento azucarero. Pero el clima era demasiado fuerte para la salud de mi compañera, por eso tuvimos que corrernos hasta Tucumán. Mi problema -se quejó- es que por la falta de papeles no puedo conseguir trabajo estable y los pocos pesos que entran se los llevan los remedios de mi Juana. Vivo del otro lado del río y me preocupa que algún día tenga que presentarme a la comisaría: si descubren mi falta de papeles me obligarán a salir del país.

Para tranquilizarlo, Alberto le contó el episodio que habían protagonizado con el comisario y propuso:

-¿Por qué no trasladas el rancho aquí? La ventaja está en que como el comisario ya nos conoce y es coimero, cualquier cosa que pase, lo arreglás con unos pesos.

-No es mala idea y de paso mi Juana va a estar más acompañada: esto queda cerca del trabajo.

Fue entonces cuando al Fiero Rodríguez se le ocurrió podía hacer lo mismo. Sentado sobre un cajón, el sombrero echado hacia atrás, ocultando a medias su blanca cabellera, la cara colorada, picada de viruelas, a la luz de la fogata parecía un personaje fantástico.

-Yo vivo con la Pelada. Me la traje de Catamarca, una vez que me fui de promesante para cumplirle a la Virgen. Yo tampoco tengo trabajo estable por culpa de los malditos papeles. Cuando era joven tuve que cumplir tres años en la cárcel por robo a mano armada y ahora no me quieren dar el certificado de buena conducta. Si me tras- lado, me voy a ahorrar el gasto. Ahora vivo en "El Alto de las Lechuzas" y para la cosecha trabajo pelando caña.

Como el clima se prestaba a las confidencias, el Gordo Paredes, curioso como era, le preguntó al Hachudo Canosa sobre su vida. El Hachudo les contó que era oriundo del Chaco y que su oficio había sido hachar quebrachos. La horrible cicatriz que le cruzaba la mejilla derecha se la debía a un indio que, aprovechando un descuido, le largó un machetazo, que pudo esquivar a medias. A pesar del feroz impacto, pudo reaccionar y lo dejó a su vez, tendido boca arriba para toda la eternidad. Aunque el hecho había sido en defensa propia, prefirió huir hacia Tucumán, pues la justicia, según él, no era para los pobres.

-Si ustedes se trasladan, yo la cargo a la Felisa y a los críos y me vengo también.

La decisión del Hachudo fue recibida con general entusiasmo. Solo faltaba que se decidiera el Gordo Paredes, así que todos se volvieron hacia él a la espera de lo que tuviera que decir.

-Yo, a Dios gracias, si bien he estado en muchos entrevemos, nada tengo con la policía. Pero eso de venirme a vivir aquí, estaría lindo si la Gringa quisiera. En mi casa es ella la que manda.

La contestación tomó a todos de sorpresa, pues a ninguno se le hubiera ocurrido reconocer, aún de ser cierto, el predominio de su mujer. A la sorpresa siguieron las bromas, que se volvieron cada vez más hirientes, lo que empezó a molestar al Gordo.

El Hachudo no tuvo mejor ocurrencia que ponerse como ejemplo, botarateando:

-Aprendé de mí que no consulto con nadie.

La bravata colmó la paciencia del Gordo Paredes que le contestó con brutalidad:

-¡Pero mirá que habías sido macho!... cuando andás lejos de las polleras con que te envolvés de noche...

La enorme cantidad de vino que venían ingiriendo desde mediodía no los ayudaba a aguantar bromas, así que no bien terminó el Gordo de replicarle, ya estaba el Hachudo de pie, medio tambaleando.

-Yo te voy a enseñar, hijo de mama puta, las polleras en que me envuelvo. El Gordo no era, menos en ese estado, de los que se dejaban amedrentar por una bravuconada. El también estuvo sobre sus pies en unos segundos, pero lo peor, con un puñal en sus manos.

-A los gallos como vos, los hago gallina de un solo tajo -le dijo mientras con la punta del puñal acariciaba el pasto.

Los acontecimientos se desarrollaron con tal rapidez, que los presentes apenas sí atinaron a incorporarse, rodeando a los contendores, sin saber qué hacer. La firme decisión de los que se enfrentaban impedía que la situación resultara grotesca.

Fue el Hachudo quien se despejó primero y el que advirtió adónde podía terminar el asunto. Hacía dos años que eran compañeros con su ocasional rival y su aprecio por él, grande. Acostumbrado a las machetas y a derribar quebrachos en el Chaco, como también en estas lides, no le temía al Gordo. No era la primera vez que la fatalidad lo colocaba en una situación parecida y por eso, despejado a pesar de su borrachera, intentó evitar el desenlace:

-Mirá hermano, no te he querido ofender ¡Terminala!

Pero el Gordo interpretó mal sus palabras conciliadoras. Quizás, en su subconciencia, influían los cuentos, recuerdos y anécdotas de esa noche, teñidas de sangre y actos de arrojo. Era la oportunidad de escribir su propia historia. Así fue que respondió a la invitación del Hachudo diciendo:

-Ya habías sido gallina sin necesidad de que te capen...

Los buenos propósitos del Hachudo se esfumaron al oír sus palabras, y la sangre volvió a subírsele a la cabeza. "Una vez más la fatalidad", pensó.

-No quiero disgraciarme en vos, pero si tengo que hacerlo, lo voy a hacer...

Los que hasta hacía minutos antes se reconocían amigos, iniciaron pasos a los costados, trazando el círculo fatídico del ritual no escrito de los luchadores de todos los tiempos. Un frío recorrió a los presentes cuando los pasos se aceleraron y cuando el caminar a la redonda fue interrumpido por un brusco retroceso, que a poco se convirtió en bamboleo de dos cuerpos y la mirada clavada, el uno en el otro, de dos pares de ojos,

que en los ojos adivinaban los movimientos y las intenciones.

La borrachera de los que presenciaban el espectáculo se disipaba rápidamente. Empezaron a reponerse de la sorpresa que los mantenía paralizados. El asunto amenazaba resultar grave y ninguno quería líos con la policía. Los cuerpos de los que desalaban la muerte estaban echados hacia adelante, los brazos abiertos, los codos quebrados, los puños derechos férreamente cerrados sobre las empuñaduras, los dedos de la mano izquierda bien abiertos. Los ojos siempre fijos en los ojos, no en los puñales, no en los pies. Alberto fue el primero que reaccionó y lo hizo decididamente, fruto de un impulso, más que de una reflexión.

-¡Carajo! ¡Termínenla! ¡El que no sepa chupar que no chupe!

Pudo haber dicho cualquier cosa. La cuestión era romper el conformismo que los había atrapado. Las puntas levantadas de los puñales bajaron unos milímetros. Entonces supo que la muerte había sido vencida.

-¿Somos hermanos o no somos hermanos?

El efecto fue inmediato. Los brazos armados cayeron definitivamente. Las miradas de odio se transformaron. Las lágrimas se deslizaron por las rústicas mejillas y como auténticos borrachos cayeron el uno en brazos del otro. En ese momento el sol reapareció rojo en el horizonte. Los puñales colgados de los brazos reflejaron su luz.

Empezaron entonces a discrepar, pero ahora porque se daban recíprocamente la razón.

-Tenés razón, Gordo, siempre hay que consultar a la compañera.

-No digás eso, vos que sos ejemplo de varón; ¡que uno mande y que ellas obedezcan!

-No Gordo, hay que ser considerados con ellas. Yo he sido un maldito.

-No, Hachudo. Te lo digo. Peor es tratarlas bien, después se la pasan gritoneandolé a uno todo el día.

Por fin, después de mucho discutir se pusieron de acuerdo:

-No hay mujer que me separe de un amigo.

-No hay amigo que yo abandono por una mujer.

El Ñato sacó de entre sus ropas una flauta que hasta ese día nadie le había conocido y empezó a arrancarle dulces melodías. De espaldas a la tierra y de cara al cielo inmenso, azulado, esplendoroso, acompañó con sus sones el morir de la noche. El besuqueo a la botella se reinició y a medida que las luces arraigaban, las sombras fueron penetrando en los cerebros de los que, por una vez, habían repudiado la muerte.

CAPÍTULO IV

El rancho de Antonio y Alberto quedó ubicado hacia el Este. Era el más alto y se destacaba sobre los demás por el colorido verde de la lona que lo cubría. Al frente se abría una amplia avenida de unos treinta metros de ancho, aún no despejada de arbustos y malezas. Marcando el Sur, de Este a Oeste se levantaban los del Fiero Rodríguez y el del Gordo Paredes, mientras que a su derecha y en el mismo orden, estaban los de Hachudo Canosa y el del Ñato Montero.

La avenida había sido dejada exprofeso de ese ancho, para que además de facilitar el tránsito sirviera para que los chiquillos juguetearan a la vista de sus mayores.

Levantarlos no fue problema. Cada familia acarreó lo que pudo de sus anteriores viviendas, empleando para ello carros prestados por los vecinos que dejaban. Las varillas, ramas, troncos, piedras y adobe necesarios, más algunas buenas latas indispensables para recubrir los techos, fueron extraídos de los matorrales inmediatos, del basural cercano y de la playa del río. Así, en un abrir y cerrar de ojos, quedaron clavados los nuevos ranchos.

Los primeros días, mientras el ir y venir de los carros se mantuvo intenso, tanto como el movimiento de hombres, mujeres y niños que llevaban, traían, levantaban y cavaban, Antonio y Alberto recorrían el incipiente caserío, experimentando la emoción de los auténticos fundadores, de los Juan de Garay, Villarreal, o Pedro de Mendoza. Pero sus sueños duraron poco, pues de inmediato tuvieron que afrontar una decisión: había que vestir y alimentar a toda esa población, por lo que la ampliación del improvisado almacén se hacía indispensable. Ello significaba el afianzamiento definitivo de su negocio, pero implicaba también asumir responsabilidades a las que no estaban habituados, por lo que, de tanto en tanto, se quejaban añorando los buenos tiempos en que nadie alteraba su tranquilidad.

Aunque el Ñato Montero había sido el primero en decidir el traslado por la delicada salud de su compañera, fue, sin embargo, el último en hacerlo. En cambio el Gordo Paredes, por lo mismo que su hombría había quedado cuestionada inició el operativo.

Cuando apareció el Gordo con su Gringa y ocho hijos a cuestas, ni Antonio ni Alberto recordaban lo decidido la noche que pudo resultar fatídica. Frente a su rancho y en medio de un pequeño descampado aparcó, tirado por una mula, el carro que los transportaba, y comenzó a descender el pequeño ejército: primero los chiquillos, luego los mayorcitos, una robusta matrona y por último el Gordo, en medio de una algarabía infernal. En un primer momento se les ocurrió que se habían equivocado de querencia y acostado a dormir donde no les correspondía. Pero cuando echó pie a tierra el Gordo, no solo lo reconocieron, sino que de repente recordaron todo el episodio. Prestos se acercaron a colaborar en la instalación.

No les resultó por eso novedad la aparición del Hachudo Canosa que, con el sombrero ladeado sobre la cicatriz, descendió un buen día de un salto de otro carro y con su mano derecha ayudó gentilmente a que lo imitara su Felisa, flaca con donaire, que puso pie a tierra con gesto de princesa, orgullosa del compañero que le había hecho tres hijos. Eugenio, Elmina y Marta ya mayores, 16, 15 y 13 años, aguardaron hasta que les dieron permiso para bajar, con la alegría de quienes están acostumbrados a las migraciones y están deseosos de conocer las novedades del nuevo domicilio.

Después se supo que tuvo mucho que hacer para convencer a su compañera de este nuevo traslado. Por supuesto que, para justificar la demora dio mil explicaciones al Gordo, que cada vez que lo encontraba en la clasificadora de áridos, no podía dejar de comentarle que ya se había mudado y que se sentiría muy feliz si a su vez, también él estuviera cerca. Para levantar puntaje, apenas terminaron de descender, se dio vuelta hacia su compañera y le ordenó en voz alta para que todos oyeran:

-¡Vaya acomodando las criaturas y no me pregunte cómo... Felisa lo miró sorprendida y ya parecía a punto de contestar una rudeza, cuando al parecer, al darse cuenta de la expectativa con que todos los observaban, guardó milagrosamente silencio, con gran alivio de su varón.

El siguiente fue el Fiero Rodríguez, con el sombrero instalado sobre su nuca, aplastando su blanco cabello, Después de que todos salieron a ver qué era lo que podía provocar ese ruido, apareció montado en un camión Ford a "bigotes", cierto que medio destartado pero, con todo, el primer automotor que hollaba ese

pedazo de tierra. Riendo de emoción, corrió la Pelada a saludar a sus nuevas vecinas, a quienes hasta ese momento sólo conocía por referencias. Tras ella bajaron sus cinco críos y a los pocos minutos ya estaban todos trabajando.

El último fue el Ñato. Su Juana estaba ya repuesta. Sabiéndola convaleciente, todos se ofrecieron para ayudarla. Como no tenían hijos, su instalación fue la que menos trabajo demandó. Así, la idea lanzada al azar, en una noche de alcohol, quedaba convertida en realidad.

Como casi todos venían de lugares poblados, los primeros días, especialmente al anochecer, el silencio y la soledad los espantaban. Pero poco a poco se fueron acostumbrando, sobre todo las mujeres que ahora tenían con ellas a sus compañeros todos los días, pues cuando se daban a la bebida, por lo menos era ahí nomás, a la vista.

Tan contentas llegaron a estar, que les pareció que el acontecimiento debía ser celebrado.

Al Ñato le ordenaron que buscara algún músico amigo; al Fiero que se encargara de conseguir las mejores "achuras" del matadero de Villa 9 de Julio; a Alberto y Antonio, que pusieran el vino, pero aclarándoles que por ser festejo tenía que ser al costo; al Fiero y al Hachudo les ordenaron que con toda urgencia construyeran un horno de barro para las empanadas; al Gordo, que se hiciera "regala?" en el vecindario de Guzmán tres buenas gallinas para la sopa y el relleno de las empanadas.

A último momento se les ocurrió que bien podían invitar a los dos de cuya buena voluntad dependían: el capataz Hueyo y el comisario. El festejo tuvo un éxito extraordinario. El acordeonista que trajo el Ñato resultó un inagotable músico que ejecutaba pieza tras pieza, tangos, rancheros, valsés, zambas, gatos y chacareras, sin descanso.

Muy ceremonioso, Hueyo invitó a bailar a Felisa; y el comisario, a la Gringa. Para no ser menos, Antonio, con el permiso del Hachudo bailó con la Pelada; y Alberto, con la pobre Juana.

A la tardecita se retiró el comisario y a la noche Hueyo quien reconoció, era la primera vez en su vida que aceptaba una invitación de sus subordinados.

A medianoche se cerró la alegría. Las mujeres recogieron sus niños. Cada rancho bajó su cortina, y los únicos que quedaron a la puerta del suyo, Antonio y Alberto, sintieron, quizá por primera vez, la tristeza de la soltería.

CAPÍTULO V

El invierno había pasado y estaban en plena primavera, que en Tucumán es casi como estar en verano.

La Gringa se quejaba a los gritos del comportamiento del Gordo Paredes que, la noche anterior por ser sábado, se fue de chupandina con sus compañeros de trabajo. Al escucharla, Felisa y la Pelada, que tenían iguales cargos que formular contra el Hachudo y el Fiero, se acercaron para unirse a las protestas. Mientras tanto, Juana se inclinaba sobre la olla puesta en el brasero para convencerse de que el guiso de mondongo, con que pensaba obsequiar al Ñato, estaba exquisito.

--Como oyen--les dijo la Gringa a sus vecinas, cuando observó que se acercaban para prestarle apoyo-- el desgraciado llegó completamente mamao, volteando todo lo que encontraba a su paso, y cuando me asomé para ver qué pasaba, casi me tira de culo de un chirlo.

-En mala hora nos hemos venido -declaró Felisa.

-La culpa la tienen Antonio y Alberto, que siempre los están convidando para que vayan a tomar -sentenció la Pelada.

Era tal el griterío, que Juana se afligió temiendo pudieran despertar al Ñato, que también dormía su borrachera.

-No hagan batifondo -les aconsejó con filosofía- peor es que se amanezcan echando putas.

Las otras estaban tan excitadas, que no le hicieron caso y al fin se unió al coro de protestas. Después de agotar el tema, llegaron a la conclusión de que lo mismo hubiera sido de quedarse donde estaban antes, y que ahí, al menos, estaba más cerca el lugar de trabajo, por lo que el control era más factible.

Al Ñato Montero, al frente de cuyo rancho se habían ubicado, ya se lo oía revolver en el catre, señal de que se estaba despertando. A los pocos minutos llamó a su compañera y le ordenó que le sirviera unos mates. Esta cumplió de inmediato su pedido y entre mate que cebaba y mate que llevaba, hizo lo posible por mantener la conversación con sus vecinas. Mientras las madres hablaban, los chiquillos se revolcaban por el pasto jugando con una pelota de goma reventada.

Juana le preguntó al Ñato qué era lo que había estado celebrando esta vez. -¡A caso no ha sido sábado! -le contestó indignado- Uno se desloma trabajando y no lo dejan tranquilo... -agregó resentido.

-Tenés razón -aceptó conciliadora mientras se ahogaba en un violento acceso de tos-, levántase, ya son más de las doce.

Cuando apareció en la puerta del rancho, a las voces de las madres se había agregado el alboroto de los chicos, que se peleaban por la pelota. Oscar, de once años y cuarto hijo del Gordo, le había propinado una paliza a Leoncito, quinto hijo del Fiero, de sólo siete, que con ese motivo estalló en alaridos. La madre del afectado comenzó entonces a insultar al agresor.

-¡Semejante grandote cascándolos a los niños! -gritaba-. ¡Te voy a dar que te metás con mi Leoncito -y diciendo esto le tiró con un palo, que aquel esquivó fácilmente, lo que aumentó el enojo de la mujer que continuaba con los insultos, a tal extremo, que la Gringa empezó a ponerse nerviosa al ver a su cachorro tan mal tratado.

A todo esto, imposibilitados de seguir durmiendo, por el barullo infernal que reinaba, se fueron levantando los hombres. Lo primero que hacían al aparecer, era visera con las manos y retroceder encandilados, pero luego avanzaban heroicamente hacia donde tenían los lavatorios para meter sus cabezas en el agua fresca y tratar de despabilarse.

Felisa fue la que logró restablecer el orden. Golpeando las manos, dando gritos y pellizcas, envió a cada grupo de hermanos a sus ranchos y les ordenó que se quedaran quietos hasta que les sirvieran el almuerzo.

Los señores, después de saludarse desde lejos con leves movimientos de manos o de cabezas, se sentaron en camiseta, bajo alguna sombra, a la espera, ellos también, de que les sirvieran. En el único rancho donde no se observaba movimiento alguno, era en el de Antonio y Alberto. Más alejado del conjunto, allí los gritos y voces llegaban bastante atenuados. Sin compromisos familiares, pasaban los domingos bebiendo y durmiendo sin molestar a nadie.

A medida que cada familia terminaba de almorzar, los dueños de casa volvían a sus catres, mientras sus mujeres lavaban los utensilios y ponían en orden las cosas. Los pequeños se alejaron hacia la playa del río a jugar, mientras los mayorcitos se encaminaban al vecino pueblo de Guzmán, en busca de distracciones.

Sus cuerpos lucían delgados debajo de sus pobres vestimentas. Aunque Eugenio era el mayor, quien ejercía la jefatura del grupo era Paco, mucho más despierto y vivaz que aquél. Fueron a una confitería con salón de baile que quedaba al final del puente sobre el río. Era una amplia pista de baldosas, rodeada de mesas, donde se instalaban los parroquianos, trabajadores de la zona.

La concurrencia, en su mayoría, era la misma todos los sábados y domingos. La barra de "Las Lonas Verdes", como había quedado bautizado el ranchería, ya era conocida, por lo que recibieron y devolvieron abundantes saludos. El piso áspero no ayudaba el deslizarse de las alpargatas, lo que les daba un aire particular a los bailarines, medio echados para atrás, doblando las rodillas, a fin de mantener el equilibrio.

Rosa era la preferida de Paco; y la hermana de éste, María, de Eugenio. Carlos, el menor, se repartía entre Pepita, la hija quinceañera del Fiero, Elmina y Marta.

Con los últimos centavos que les quedaban, pedían refrescos y algunas veces, hasta cerveza. Allí olvidaban su miseria y era todo risa y alegría.

De tanto en tanto se armaba alguna discusión entre los de una misma mesa, donde el vino había corrido en abundancia, pero rara vez llegaban a mayores. Más serias resultaban las que se producían de mesa a mesa. En esos casos, el policía apostado en la puerta, intervenía y, si los ánimos no se calmaban, los embriagados eran obligados a retirarse, y a veces, llevados a la comisaría. En un momento dado, Paco y Rosa quedaron sentados solos en la mesa que ocupaban, mientras sus compañeros bailaban en la pista. Rosa aprovechó la oportunidad para pedirle le confirmara una noticia que había escuchado a su madre y que le interesaba sobremanera:

-¿Cierto que empezás a trabajar en el ingenio?

-Así me lo ha prometido Hueyo, que los conoce a los dueños; tengo que presentarme mañana.

En vez de alegrarse, Rosa sintió que la invadía una gran tristeza.

-¿Y te van a conchabar a pesar que todavía no has hecho el servicio?

-Así es. Como es para hacer los mandados en el escritorio, tiene que ser un menor.

-Dios quiera que cuando empecés a cobrar, no se te dé por la chupa -se le escapó espontáneamente a la joven.

-Perdí cuidado -le respondió conmovido-; quiero ahorrar para casarme con vos.

No bien terminó de pronunciar la última palabra, advirtió que sin pensarlo, le había descubierto el secreto que desde hacía tiempo guardaba en su corazón. Avergonzado intentó bajar los ojos, pero ya estaban mirándolos los de ella, perdiéndose en los suyos, animándolo a que continuara. Como se quedara mudo, ella preguntó:

-¿Así que pensás casarte conmigo?

-Na'i sí... si no te oponés.

Fue entonces Rosa la que enmudeció. Su mano derecha se posó suavemente sobre su brazo izquierdo. Sus incipientes pechos empujaban al ritmo acelerado de su respiración el blusón que tenía puesto. -Si nos mandamos a mudar de aquí, estaría conforme.

La respuesta lo tomó de sorpresa. Jamás se le hubiera ocurrido.

-¿No te gusta vivir en "Las Lonas Verdes"? -le preguntó mientras caía en cuenta de que él también deseaba vivir en otro lado.

-Ya me tienen harta los líos y las "machas" -exclamó casi con desesperación-. En la escuela he aprendido que hay otra clase de vida. Lástima no haber podido seguir estudiando.

Después de reflexionar unos segundos, le aseguró con profunda convicción: -Tenés razón, Rosa. La de nuestros viejos no es vida. Cuando logre juntar unos pesos, nos vamos a donde podamos adelantar. Te lo juro.

Pero entonces Rosa volvió sobre el tema de la conscripción y le preguntó sobre qué haría ella mientras él cumpliera esa obligación militar, especialmente en el caso de que lo trasladaran con ese motivo fuera de la provincia, o si lo incorporaban por dos años a la marina de guerra.

-Si te llevan a Buenos Aires o Puerto Belgrano, seguro que no volvés -afirmó con desesperanza.

La alegría de hacía unos minutos se había vuelto a disipar.

-El amor no es para los pobres. La enfermedad y la miseria, sí. Por eso terminan borrachos y viciosos, para poder olvidar.

-Si no me echo a los yuyos, no voy a ser pobre -le respondió Paco conmovido-. Además puede que en el sorteo me toque número bajo y en ese caso me libre de la conscripción.

-Esos números los reservan para los que tienen acomodo -le replicó ella pesimista, sin comentar la otra alternativa ofrecida, la del trabajo.

-Eso dicen algunos, pero no es cierto. En el Ejército no entra el acomodo -afirmó categóricamente, como si fuera conocedor de esas cosas.

Si no logró convencerla, por lo menos la dejó con dudas. El, por su parte, se sentía feliz. No estaba dispuesto a dejarse apabullar por las sombras del mañana, mucho menos ahora que ella habla aceptado ser su esposa. Para animarla y tenerla en sus brazos, la invitó:

-Dejate de macanas, vení bailemos...

El baile devolvió a Rosa la confianza en sí misma y por supuesto, la alegría al sentirlo más suyo. A todo esto, se había hecho tarde. Eugenio se lo hizo notar a sus compañeros.

-Rajemos ya. Acuerdense de las patotas.

Todos estuvieron de acuerdo. Eran barrios peligrosos, más si iban con chicas. Cuando caía la noche, no cualquiera se animaba por los andurriales que debían transitar para llegar a 'Las Lonas "Verdes"'. Tristes historias circulaban de jóvenes a quienes habían maltratado bandas de inadaptados. En consecuencia, cual era su costumbre, las chicas se ubicaron en medio de los muchachos menores; abriendo camino iba Eugenio y cuidando la retaguardia, quedó Paco.

Estaban contentos. Por unos minutos habían olvidado sus miserias. A medida que se acercaban al ranchería, sin embargo, ese contento fue desapareciendo, para ser reemplazado por la preocupación. Si sus padres la habían vuelto a emprender con la botella, ya sabían lo que les esperaba.

Se tranquilizaron cuando al pasar por el rancho de Antonio y Alberto los vieron sentados frente a la puerta, con aspecto sobrio: era la señal de que las cosas andaban bien. Entraron a la avenida central y luego a sus ranchos; cada madre los esperaba con los restos recalentados del magro almuerzo. Los chiquillos ya dormían, amontonados unos sobre los otros y, felizmente, sus padres también.

Atrás habían quedado los fundadores, a quienes agradaba sentarse, en la noche mirando hacia la avenida donde desembocaba la pequeña población. Entonces sentían la íntima satisfacción de los que han realizado algo importante en sus vidas.

Últimamente, Antonio se pasaba mirando a María, la hija del Gordo, cuyas formas lo atraían. A pesar de su flacura, ya afloraba en ella la mujer, especialmente en sus altos y bien desarrollados senos. Tenía, además un cadencioso modo de caminar que resaltaba su femeneidad.

Momentos antes, Alberto acababa de recordar que hacía tiempo no limpiaban a ninguno. Sobresaltado, ante la implícita invitación que encerraba el comentario, le respondió al momento:

-¿Y para qué querés empezar de nuevo, si aquí estamos bien? ¿Te parece que a mi edad es cuestión de volver a enredarse con la policía?

Alberto no se conformó con la respuesta de su socio. Hacía tiempo que se aburría de esa vida, para ellos, extraordinariamente ordenada.

-Siempre he soñado con irme a vivir a Buenos Aires, pero eso sí, con plata -aclaró. y para eso tengo que dar dos o tres golpes buenos.

-Yo en cambio, estoy cansado de andar rodando de un lado para otro. Aquí me siento bien. No me falta nada. -Hubo un instante de silencio, y agregó--: quizá, mujer...

-Con poca cosa te conformas. Es la mejor señal de que te estás volviendo viejo.

Prefirieron, en tácito acuerdo, no insistir sobre sus respectivos puntos de vista. Fue Alberto el que levantó la botella que habían ubicado entre las dos sillas, y llevando el gollete a los labios, bebió un largo trago. Luego se la pasó a Antonio, que repitió la maniobra. Como si con eso hubieran disipado sus diferencias quedaron en silencio un largo rato contemplando la noche. Tarde, entraron al rancho y se tiraron a dormir sobre sus colchones de bolsas viejas y paja. El silencio más absoluto envolvía 'Las Lonas Verdes'.

CAPÍTULO VI

Al tercer año, el ranchería crecía aceleradamente. Los obreros que trabajaban en distintas actividades en la zona del río, descubrieron las ventajas que ofrecía el vivir cerca del lugar de su trabajo. Primero fueron los compañeros de la clasificadora de áridos, indudablemente el mejor elemento, pues si bien Hueyo no era demasiado exigente con los papeles, no aceptaba inmorales. Luego empezaron a incorporarse los que trabajaban en las cortadas de material. No eran distintos a los otros, pero debido a lo rudo de su trabajo bebían más y las peticiones empezaron a proliferar. Lo grave fue cuando se incorporaron los que trabajaban en los basurales, verdaderos desechos morales. A toda esta clientela, había que agregar la de los prófugos de la justicia, que aprovechando la fama que tan rápidamente había adquirido el lugar, permanecían escondidos hasta que la policía los olvidaba. Entre éstos abundaban los amigos o socios de Alberto, que había reiniciado sus actividades delictivas, aunque en otra escala y con otros métodos.

Los ranchos fundadores habían mejorado de aspecto y estaban ahora separados unos de otros con alambradas y tablones. Las principales causas de disputas entre vecinos eran las gallinas y los chanchos, que se alimentaban con cualquier cosa. Buscando alimentos, se alejaban de sus dueños y muchas veces no regresaban. Las recíprocas acusaciones eran asunto de todos los días, lo que alteraba la calma de la comunidad.

A Alberto y Antonio ya no se los veía siempre juntos. El primero solía desaparecer por varios días. Ocasionalmente se encontraba con viejos conocidos y entonces, con gran disgusto del segundo, los llevaba a beber al rancho.

Ninguno de los dos concurría al trabajo en el río. Antonio, porque estaba dedicado al negocio del almacén, que crecía en importancia día a día, y Alberto, por las razones antedichas. Este le había vendido a Antonio un altoparlante a baterías robado con el que organizaba bailes propios los sábados. Esos días eran de verdadero peligro, ya que el peor elemento del ranchería se volcaba al sector. Siguiendo las insinuaciones del comisario, también organizaba tabeadas cuyas entradas extraordinarias compartía con el representante del orden. A pesar de ese apoyo, en muchas ocasiones la intervención policial era inevitable, sobre todo cuando en las riñas y borracheras, resultaban contusos y heridos. Así fue como el comisario se vio obligado a advertirle que tuviera más cuidado pues, si bien el asunto le interesaba, la repetición de esos hechos le podía costar el cargo.

Los que se incorporaban al barrio abonaban los derechos correspondientes a los fundadores. Estos tuvieron buen cuidado de dejar sentado el principio desde un primer momento. Los reacios fueron citados, con cualquier excusa, por el comisario, y de esta manera, los demás no opusieron resistencia. Los derechos eran moderados, de tal manera que bien valía la pena respetarlos, si con ello se lograba una cierta protección ante la autoridad.

El interés de Antonio por María se hizo cada día más evidente, hasta que llegó el momento en que tanto el Gordo Paredes, como la Gringa lo advirtieron. Por eso empezaron a oponerse a que Eugenio la cortejara, ya que, evidentemente, nada tenía que hacer como partido, frente al otro.

Paco se había empeñado en que María continuara sus estudios. La quería entrañablemente y estaba dispuesto a sacrificar parte de lo que ganaba en su empleo, para costearle a su hermana los gastos que eso demandara.

Al principio no le dio importancia a las frecuentes visitas de Antonio a sus padres, pero como su instinto le advertía las intenciones de éste, cada vez se ponía más nerviosa con su llegada, pues significaba además, tener que quedarse.

Como contrapartida de las visitas de Antonio, las salidas con Eugenio tuvieron que espaciarse, pues era evidente el disgusto que ello provocaba en los padres de María. Estos, además, encontraban siempre excusas para impedir que su hija acompañara en sus excursiones de los domingos, como en otros tiempos, al grupo de jóvenes amigos.

La vida se puso difícil para la joven y por ende para Paco que sufría a la par de su hermana. Llegó un momento en que sus padres ni siquiera la dejaban que continuara asistiendo al colegio sosteniendo que allí le

metían ideas raras en la cabeza y le enseñaban a avergonzarse de ellos.

Antonio habló claro con el Gordo y concretamente le pidió que mandara a su hija a vivir con él. Le prometió en cambio, que sería un yerno agradecido y que a partir de ese momento lo ayudaría materialmente a mantener a su numerosa prole. Como un anticipo de su compromiso, le regaló quinientos pesos.

A partir de ese momento, la presión del Gordo y la Gringa sobre María fue directa. Sus argumentos para convencerla giraban siempre sobre la situación económica de Antonio, y lo mucho que ganarían ella y su familia si accedía. Como a pesar de los argumentos, oponía firme resistencia a esa pretensión, se producían discusiones que resultaban interminables, especialmente cuando Paco estaba ausente, y muchas veces terminaban con las cachetadas y coscorriones que la pobre chica recibía sin dar el brazo a torcer.

Eugenio, que vivía al lado, escuchaba estas infernales grescas, sin saber qué actitud adoptar, pues el Hachudo tenía por el Gordo especial afecto y alguna vez que le insinuó interviniera en defensa de María, claramente le dio a entender que jamás tomaría partido contra su amigo. Además, él le encontraba razón porque, ¿qué tenía Eugenio para ofrecerle que no fuera miseria? ¿Acaso era un trabajador extraordinario?

Falto del apoyo de su padre y débil de carácter e irresoluto como era, Eugenio no se animaba a encararlo directamente al Gordo. Empezó a beber en grandes cantidades y cuando lo hacía, quedaba solo y taciturno, encerrado en el rancho, mientras le llegaban las voces en disputa y los sollozos de su amada.

Un día, el Gordo le comunicó a su hija su decisión irrevocable de mandarla a vivir con Antonio. Se había comprometido que, ese día sin falta, María sería suya, lo que le valió un nuevo regalo de mil pesos.

Su hija se resistió desesperadamente. Hasta el cansancio le repitió que no lo quería, que le repugnaba, que antes prefería morir. Pero todo fue inútil. La Gringa se había incorporado a la reunión para apoyar decididamente a su compañero y entre los tres armaron un griterío infernal.

Eugenio escuchaba todo desde su rancho y se tenía que contener para no intervenir. Su madre le llamó una vez más la atención, al observar que seguía bebiendo desafortadamente.

-¡Pero m'hijo ... ! a este paso te vas a intoxicar.

-Mire mama, no puedo más. O María es mía o no va a ser de nadie.

A Felisa le preocupó el tono empleado por su hijo, así que le pidió que la esperara, pues regresaría en unos minutos. En realidad, asustada, lo que quería era pedirle al Hachudo que retornara urgente, pues presentía que algo grave iba a suceder. Mientras corría hacia la playa del río donde trabajaba su compañero, se convencía de que el desenlace era inevitable, salvo que éste regresara a tiempo. Cuando por fin lo encontró, le explicó en pocas palabras la situación. Como un azote escuchó sus palabras:

-En este asunto, echate a los yuyos. Antonio es mi cumpa y no quiero líos con él.

-Es que Eugenio tiene la muerte en su mirada.

-Bueno, dejame terminar la tarea que ya voy a ir a más de un rato.

En el ínterin, enloquecido por el alcohol, Eugenio sin poderse contener más, se dirigió al rancho del Gordo. Entró en el preciso momento en que éste descargaba sobre María una feroz cachetada. La Gringa estaba ausente.

-¡Deje de castigarla a la María! -exclamó ciego de rabia.

-¡Nadie te ha dado vela en este entierro! -le contestó el Gordo no menos enfurecido, al reconocerlo.

-La quiero a la María --declaró terminante, y luego repitiendo lo que había advertido más de una vez a su madre, agregó--: si no es mía no ha'i ser de nadie.

Las cosas se complicaron más aún, pues en ese momento entró Antonio, preocupado porque la joven no llegaba a su rancho-almacén, de acuerdo a lo comprometido. Apenas traspuse el umbral y se topó con la escena, comprendió lo que sucedía. El Gordo, envalentonado ante su presencia, contestó su muda pregunta diciendo:

-¡Que lo p... pan con queso! Este mocoso i' mierda pretende venir a mandonearme!

Eugenio se sintió atrapado y su carácter irresoluto le estaba ordenando la retirada, cuando por el rabillo del ojo alcanzó a ver una cuchilla sobre la mesa. Con un solo y rápido movimiento, que tomó a todos de sorpresa, se apoderó de la misma.

-¡O me la dejan a la María o los achuro a los dos! -gritó desesperado. Antonio, al ver a su rival armado, extrajo velozmente de su cintura el afilado puñal que siempre cargaba.

El Gordo Paredes comprendió que el desenlace se produciría en unos segundos. Se corrió pues, para interponerse entre los contendores, pero con tan mala suerte, que en el momento que lo hacía, Eugenio lanzaba al otro una feroz puñalada que recibió en pleno abdomen.

Antonio quedó paralizado viendo cómo el Gordo se volvía de costado y caía al suelo. Cuando pudo

salir de su asombro y levantó la vista, tuvo que dar un brusco salto hacia atrás, para evitar la nueva puñalada que le dirigía Eugenio. Ahí nomás, se dio vuelta y salió corriendo.

Eugenio quedó inmóvil, como atontado. El alarido de María lo volvió a la realidad. Esta, que había quedado apoyada en la pared durante toda la escena, resbalaba hasta caer al suelo sentada, con las manos tapándole la cara y ahora sollozando quedo. El Gordo Paredes gemía en el suelo agarrándose el abdomen con las manos, en inútil esfuerzo por retener la vida que se le escapaba, mientras la sangre que le salía a borbotones se absorbía en el piso de tierra.

Atraída por el bochinche, por la puerta de atrás apareció la Gringa, que demoró unos instantes en darse cuenta de lo que ocurría. Cuando lo descubrió al Gordo tirado en el suelo desangrándose, empezó a dar alaridos, mientras se arrojaba sobre él para ver si aún le quedaba vida.

-¡Me lo has matado! ¡Asesino!

Eugenio, que aún conservaba la cuchilla en la mano, empezó a recuperar su facultad de razonar. Comprendió que había consumado una tremenda tragedia. Ahora era homicida. Dirigió su mirada hacia el rincón donde permanecía acurrucada María, pero ésta seguía con su cara tapada por las manos. Enloquecido de dolor y desesperación, arrojó la cuchilla y salió corriendo del rancho. Los vecinos, mientras, habían empezado a agolparse a la puerta, por lo que tuvo que empujar a más de uno para abrirse paso. A los pocos minutos reapareció Antonio, que informó a todos, a su manera, de lo sucedido. Felisa también apareció en ese momento, de regreso de la playa del río. Cuando vio el alboroto, comprendió que su presentimiento se había cumplido. Mentalmente, maldijo al Hachudo por haberse demorado. Alcanzó a divisar a su hijo cuando tomaba hacia los matorrales y se perdía entre ellos. Decidió entrar al rancho y afrontar lo que fuera, pero quería saber lo que había sucedido.

-¡Llaman a la Asistencia!- clamaba en ese momento la Gringa mientras se decía: ¡si ya está boqueando!

Felisa se dio vuelta y transmitió a los mirones el ruego de aquella. Pero para llamar a la Asistencia Pública había que llegar por lo menos hasta Guzmán, localidad con teléfono más cercana. Ni siquiera disponían de un carro para trasladar al herido al Hospital. Los hijos del herido salieron corriendo en busca de auxilio, sin saber bien adónde dirigirse. Ellos también habían venido corriendo desde donde estaban jugando, atraídos por el descomunal alboroto. Como nadie atinaba a hacer nada, Antonio, que tenía experiencia en hechos de sangre, ayudado por algunos vecinos, levantó el pesado cuerpo del suelo y lo colocó en su catre. Allí lo vendó lo mejor que pudo con una sábana para intentar con ello detener la hemorragia. El Gordo ya casi no respiraba. Cuando terminaron de acomodarlo, lanzó una gran bocanada de sangre y quedó duro con los ojos desmesuradamente abiertos en los brazos de su amigo, que dándose vuelta comunicó a los que los rodeaban:

-¡Ha clavao las guampas! No hay nada que hacerle.

Aún le prestó un último servicio; pasándole los dedos por los ojos, se los cerró.

La Gringa se tiraba de los cabellos y empezó de nuevo con los alaridos y lamentos. María no salía de su estado semiinconsciencia. En unos segundos había perdido a su padre y visto cómo el hombre que la amaba se convertía en asesino. Cuando la Gringa se repuso un poco, descubrió a Felisa, que se había quedado por si podía ayudar en algo. Entonces la emprendió contra ella apelando a todos los insultos que se le ocurrían, hasta que no menos desesperada, la mujer tuvo que retirarse para esperar en su rancho con sus hijas Elmina y Marta, el regreso del Hachudo. Como a las dos horas llegaron el comisario y la ambulancia. El comisario, sin pérdida de tiempo, pidió datos sobre Eugenio a los vecinos y luego fue a su rancho para buscar alguna fotografía suya, pero Felisa, que había previsto esa posibilidad, escondió la única que existía. Por suerte él siempre llevaba consigo sus documentos de identidad, así que no aparecieron por más que revolvió la policía.

La búsqueda del asesino se inició de inmediato, pero fue como si la tierra se lo hubiera tragado. Evidentemente, había cruzado el río, que sólo en la época de las grandes lluvias llevaba un caudal importante de agua, para perderse en la ciudad. El comisario no se preocupó demasiado, pues, según comentó, a la policía no se le escapaba ningún pobre diablo. Ya lo encontrarían.

CAPÍTULO VII

Para Paco y Rosa, la muerte del Gordo Paredes significó además del impacto emocional, el descarte momentáneo de sus planes de casarse ese año e ir a vivir a un barrio de profesionales y empleados de cierta jerarquía. De ahí en adelante, Paco fue prácticamente, el único sostén de su familia. Como contrapartida, con ese motivo, logró exceptuarse de la prestación del servicio militar.

Carlos, que lo seguía en edad, algo ayudaba, pero su trabajo de changador resultaba un aporte mínimo para las necesidades del hogar. Paco decidió que Oscar y María prosiguieran sus estudios y, si bien la escuela era gratuita, eran dos más que comían, vestían y se trasladaban, sin aportar.

El problema de María sí era grave. Su madre convirtió su vida en insoportable. A toda hora le echaba en cara ser la causante del drama que había costado la vida a su compañero.

Ni siquiera gozaba de la simpatía de los padres de Eugenio, convertido en asesino, según ellos, por su coquetería. ¡Ella coqueta! - solía pensar con amargura-

¡Qué ironías tenía la vida!. Recién ahora, después del drama vivido, había adquirido plena conciencia de su cuerpo y de la atracción que ejercía sobre los hombres. Sus ropas casi harapientas tenían parte de la culpa, porque así como las ricas necesitaban del modisto para lograr que las miraran, en ella la naturaleza se lucía mejor cuando menos aditamentos artificiales la cubrían. ¿Tenía la culpa de no disponer del dinero necesario para adquirir una faja que contuviera sus formas? ¿O apretados corpiños que disminuyeran el volumen de sus erectos senos? ¿O largas medias que oscurecieran la blancura de sus piernas y muslos? ¿O para pagar peluqueros que contuvieran sus cabellos e impidieran que cayeran salvajes sobre su cara y hombros?

Dios era testigo de que no lo había buscado a Eugenio. No fue ella, sino sus padres los que decidieron clavar sus ranchos uno al lado del otro. Fueron sus padres los que resolvieron trasladarse a ese rincón, donde al principio el único varón con quien podía alternar por su edad, fuera de su hermano Paco, era él. ¿Acaso no salían siempre en grupo de hermanos? Cuando en los bailes de Chaín, aprovechaba algún giro en la danza para apretarla contra él, pensaba que había perdido el equilibrio y por eso no oponía resistencia; en cambio cuando se escondían juntos en medio de los matorrales para jugar y él quería revolcarla por la arena para manosearla, instintivamente lo rechazaba, hasta mordiéndolo y "rascuñándolo", si era preciso. ¿Qué sabía ella del sexo o nada que se le pareciera? Sus sentidos estaban dormidos y nadie aún los había despertado. ¡Curioso! Con esto del drama, por primera vez empezaron a preocupar los cosquilleos de cuerpo. Sería, que tras leer los diarios y revistas, que antes no llegaban a sus manos, donde se daban detalles del homicidio, empezó a enterarse de cosas que antes jamás se le hubieran ocurrido.

-¿Lo amaba a Eugenio? -se preguntaba-. Lo cierto es que muy natural le hubiera parecido ser su compañera. ¿De quién si no? Con tanto comentario y chismerío se daba cuenta de que el amor era algo más que una palabra. Cuando su padre le ordenó ir a vivir con Antonio, ella le había dicho que no lo amaba. ¡Mentira! Simplemente empleó esa palabra, pero la verdadera fue cuando le dijo que le resultaba repulsivo. Un hombre mayor. Vivir a solas con él; soportarlo grosero y anhelante encima suyo, como más de una vez escuchara a su padre sobre su madre, le resultaba imposible aceptar. Esos quejidos, ese respirar fuerte ¿qué sentido tenían?

Era curioso. Pero ahora que había corrido sangre por culpa de ella, empezaba a explicarse lo inexplicable. Las carnes que hasta ayer en ella cumplían la función de cubrir sus huesos, ya no eran solo eso; habían adquirido vida propia, como si fuera algo distinto a ella misma, podían dialogar con sus pensamientos, y eran las únicas que hablaban cuando dormía.

Les llegó la noticia de que Antonio había ordenado un rancho aparte para Alberto luego que hizo ampliar el rancho-almacén con tablas y techo de zinc. Después de un tiempo prudencial, Antonio volvió a la carga insistiendo ante la Gringa que le entregara a su hija. Por su parte se comprometía a ayudarla a sostener su numerosa prole. Aquella, por capricho y por necesidad, insistió en convencerla responsabilizándola de su desgracia. Empleaba también la dulzura, para crearle el escrúpulo de conciencia, de que debido a su negativa, sus hermanos pasarían hambre y Paco quedaría sin casarse. ¡Sería todo tan linde> el día que ella se decidiera!

Total, Antonio era viejo. Casi no la molestaría, pues se iría en ganas. Por fin cedió. La noche antes observaba a Paco con rostro angustiado, entregar a su madre los últimos pesos que le quedaban del sueldo. Ya eran muchas las veces que presenciaba la misma escena. Por más bueno que fuera su hermano, alguna queja dejaba escapar cuando ello tenía lugar. Al día siguiente, sin pronunciar palabra, a la tardecita, lió sus pocas y pobres ropas. Con el bulto en una mano, antes de salir de su hogar, se dio vuelta y miró a su madre, que nada le dijo. Luego, se encaminó hasta el rancho-almacén. Cuando llegó, Antonio estaba atendiendo una alienta. Al verla, no se le ocurrió nada extraordinario; cuando estuvieron solos quiso decir algo, pero ella ya estaba hablando.

-Aquí estoy -escuchó, y no fue necesario que dijera más, lo que por otra parte hubiera sido imposible, dado su estado anímico. Su sorpresa fue total. Quedó sin saber qué decir, ni qué hacer, pues había comprendido. Finalmente atinó a hacerla pasar y a clausurar por ese día el negocio.

-Yo te voy a dar lo que quieras -atinó a prometer.

-Démelo a Eugenio, entonces -respondió ella sin saber bien por qué lo decía.

-¡No me vas a decir que lo querés al asesino de tu padre! -se le escapó.

-Lo mató sin querer -respondió ella con calma, mientras él lamentaba haber aceptado la polémica.

-El puntazo era para Ud... y eso por defenderme.

Optó por cambiar de tema. No era cosa que perdiera lo que ya estaba al alcance de sus manos por darse con el gusto de discutir.

-Sentate -prefirió decirle-, te voy a servir algo de comer.

Trajo matambre y queso y un vermouth para animarla. Ella comió y bebió con desgano, por hacer algo, pero le cayó bien, sobre todo la bebida. Así transcurrió prácticamente en silencio la primera hora. En ese lapso él logró que al menos depositara el atado sobre el suelo.

-Pasá' pa dentro, para que conozcás -la invitó, y con esa excusa la llevó a conocer las dependencias, el depósito y la habitación.

Con orgullo, le mostró la cama de lujo que había comprado para cuando se decidiera a venir. Parada a trasluz, frente a la ventana que dejaba pasar las últimas luces de la tarde, resaltaron sus formas. Cuando al mover la cabeza le cayeron los cabellos sueltos sobre los ojos, perdió la suya. Le echó los brazos para atraerla contra su pecho y besarla, pero ella retrocedió instintivamente en un intento por esquivarlo. Tuvo la mala suerte de caer sobre la cama. Al sentir el vacío que se abría tras ella, se asustó y gritó, pero ya lo tenía encima. Sintió su pesa, y su aliento. Sus ojos bien abiertos por el terror que experimentó de golpe, descubrieron hasta el último poro de su cara a la que el deseo daba un aire diabólico. Empezó a maldecirse por haber cedido a la presión de su madre y haber sido tan estúpida como para ir voluntariamente al almacén. Pero ya tenía los labios de él sobre los suyos. Su repulsión fue inmensa. Más que besarla, la mordía. Sintió sus dientes sobre sus labios y, tuvo que abrirlos para evitar el dolor.

Entonces fueron dientes sobre dientes y lengua sobre lengua. Después fue en su cuello, en su oreja, en su cabello y otra vez en su boca. Escuchaba el jadeo fatídico, el que la había impresionado desde niña cuando presentía que su padre estaba sobre su madre. Apoyó ambas manos sobre su pecho e intentó apartarlo. Lo logró a medias. Ahora estaba de costado, pero él seguía sujetándola. No hablaban. Ya no se le ocurría gritar. Sintió su mano deslizarse por su cuello hacia sus senos y luego cómo convertía su pobre vestido en harapos. Recordó que se había puesto su traje azulino, el único decente. Volvió a maldecirse por su idea. La cinta de su corpiño de trapo se cortó al no poder aguantar el tirón que le dio. Estaba agotada. Su resistencia era cada vez más débil. Su bombacha de algodón corrió igual suerte que su vestido y corpiño. Sus labios volvieron a incrustarse en los suyos y su seno derecho quedó cubierto por su ruda mano izquierda. Tuvo aún conciencia para pensar que sus callos eran duros y ásperos como papel de lija. El ya estaba sin sus pantalones.

Perdió entonces toda noción de tiempo y lugar. Cuando pudo volver a razonar, él ya estaba de pie con sus pantalones puestos. Instintivamente bajó una mano sobre su cuerpo y sintió que una sábana la cubría. Le dio rabia pensar que a partir de ese momento, era de ese bruto para siempre.

Cuando advirtió que abría los ojos, la miró sombrío... Sin decir nada, desapareció. A los pocos minutos estuvo de regreso. Traía una copa de algo. La sentó en la cama, le levantó la cabeza y le echó el contenido en la boca. Era fuerte como el fuego. Caña o aguardiente - pensó, mientras le ardía la garganta y tosía fuertemente-. Sintió un calor agradable que reanimó su extenuado cuerpo. Sintió, también, cómo se apoderaba de ella un sueño profundo y entonces se durmió.

CAPÍTULO VIII

-Si esperamos a que las cosas cambien -se creyó obligada a decirle Rosa, ya que ella había sido la exigente- no nos casamos nunca.

-Te he prometido sacarte de aquí el día que seas mía y cumpliré. Pero así como ella había decidido pisar tierra, él también la pisó.

Despaciosamente siguieron conversando, tomados de la mano, sentados sobre la barranca, a cuyos pies corría el hilo de agua que antes de que los hombres intervinieran, había sido rugiente y poderoso caudal.

Hablaron largo, con una tristeza que los lastimaba. Ni sus cuerpos, ni sus almas podían seguir esperando. Si él hubiera querido, hacía tiempo podía haberla hecho suya, pero se había propuesto hacer las cosas bien, como las hacían sus jefes y sus compañeros de trabajo, como se lo habían aconsejado en la escuela, como se lo aconsejaba el buen cura Miguel, a cargo de la inmensa parroquia que se extendía a partir del río, por medio departamento de Cruz Alta.

En consecuencia, adiós a los sueños de juventud. A levantar un rancho más y a vivir como se pudiera. Ya verían más adelante.

Al día siguiente, con la ayuda de Carlos, Oscar y los más pequeños y de la misma Rosa, empezaron a clavar sobre el suelo el nuevo palacio. Lo ubicaron cerca del rancho de su madre, por la parte de atrás, para poder controlar mejor a sus hermanos pequeños. Se permitió el lujo de que las paredes no fueran de barro, sino de tablas y el techo de zinc. Resultó casi tan lindo como el de Antonio. Después (le todo -pensó-- no tenía por qué sentirse menos importante que aquel. Sus patrones le habían tomado aprecio de entrada nomás y ascendido desde entonces varios peldaños.

Cuando el cura Miguel los recibió en la casa parroquias ubicada al otro lado del puente, no pudo evitar una expresión de tristeza al informarse de que los sueños de ir a vivir a otro lado habían quedado postergados y de que se quedaban en "Las Lonas Verdes".

A ellos no se les escapó esa expresión y se lo agradecieron, ya que era prueba de su aprecio. Pero les dolió, pues resultaba confirmación de su fracaso. Para aprovechar mejor los días francos que le acordaron sus patrones para pasar su luna de miel, eligieron un viernes de Agosto a la noche como día de bodas, pues así los feriados del 15 y 17 se sumaban a los diez días concedidos de licencia.

Ni se les ocurrió tener fiesta, pero esta se fue armando sola. Fue el Ñato Montero el que advirtió que era la primera pareja que unía dos familias fundadoras, lo cual estrictamente no era exacto, pues Antonio y María se les habían anticipado. Pero el Ñato decidió que ello no contaba y que en todo caso, eran los primeros que lo hacían ante Dios y la ley, observación que fue motivo de conflictos y polémicas, porque empezando por Juana y siguiendo por Felisa y la Pelada, todas reclamaron de sus compañeros que ninguna había tenido con ellas la decencia ni consideración de Paco, ya que eran simplemente juntados. Pero cuando hay ganas de fiesta, todo se supera.

Lo más triste para Paco fue que Antonio contribuyó generosamente con comestibles que, sumados a los que aportaron los demás amigos de los novios, permitió armar una linda fiesta de bodas.

En la ocasión, fue la primera vez que Antonio y María llegaban juntos a lo de la Gringa, pues solían hacerlo por separado. A aquella se la veía de mejor aspecto, debido a que su compañero le proporcionaba buena comida y buenos vestidos. Ello había contribuido a que sus formas se llenaran y a que sus líneas se destacaran más firmes y suaves, Si bien no parecía demasiado alegre, tampoco aparentaba estar triste, lo que permitía presumir a sus relaciones que se había acostumbrado a su compañero.

El cura Miguel se dio tiempo para asistir a la fiesta pero lo vinieron a buscar para que diera la confesión a un moribundo y se retiró cuando apenas había alcanzado a estar un rato.

El Ñato, que tanto había bregado por la fiesta, al final llegó solo, porque su Juana eligió ese día para agravarse. Su problema pulmonar se hacía cada vez más serio y los comentarios eran que tenía los días contados. ¡Pero hacía tanto que la pobre estaba así! Clara que estuvo triste, y que con la bebida y los festejos se puso más triste aún, tanto que cuando empezó uno con el bandoneón y otro con el violín, no pudo aguantar más y se retiró. El Fiero Rodríguez de suegro-padrino estuvo impecable. Se había agenciado un traje azul de

segunda mano y una corbata bien colorada que hiciera juego con su cara y las viruelas que le habían valido el apodo. Tomó tan en serio su nuevo parentesco con la Gringa, que a cada rato la abrazaba, hasta que la Pelada se le instaló a su lado para controlar tan súbito afecto. Bien empelechada, resaltaba más su natural donaire; a ratos, cuando no podía con la emoción que le provocaba el casamiento de su primera hija, llevaba su pañuelo a los ojos para secar una lágrima indiscreta.

Ni el Hachudo, ni Felisa, ni sus hijos, se animaron a concurrir. Desde la muerte del Gordo a manos de Eugenio, la situación entre ambas familias se mantenía tensa, aunque los hijos trataban de atemperarla.

La llegada de Alberto, acompañado de algunos amigos extraños al medio, no resultó grata para los concurrentes, hasta el punto que el propio Antonio se sintió molesto por la intromisión. Para peor, fue el recién llegado el que reclamó la presencia del Hachudo.

-La culpa de los hijos, no tienen por qué pagarla los padres - pontificó, a partir de lo cual tomó por cuenta propia la iniciativa de ir a buscarlos en nombre de la Gringa. Esta no se animó a oponerse, temerosa de aquel, que ya había llegado algo bebido.

Después de un rato regresó arrastrando tras sí al Hachudo. Con Felisa no tuvo éxito, pues ésta, decididamente no se habla animado, aunque ganas tenía. El Hachudo, bastante nervioso, optó por acercarse a la Gringa y darle un abrazo, diciéndole:

-El destino ha querido que vos hayas perdido a tu marido y yo a mi hijo. Vivamos en paz.

La Gringa emocionada, sólo atinó a mover la cabeza en señal de asentimiento. Paco y Rosa en cambio lo recibieron con alegría y tuvieron a bien preguntarle por Felisa y las chicas, pero sin insinuar que regresara a buscarlas, temerosos de que su presencia pudiera resultar motivo de incidente. El Hachudo ya era demasiada prueba para su madre.

En el espacio que separaba el rancho de ésta y el recién construido de ellos, improvisaron la pista de baile, y así, sin haberlo pensado ni querido, pasaron un momento de alegría.

Por supuesto que las bromas no podían faltar, como que las mismas fueran subiendo de tono a medida que avanzaba la noche. Llegó el momento en que los novios prefirieron despedirse, una porque les resultaban desagradables las chanzas y otra, porque ansiaban estar solos. Esa noche la pasaron en un hotel céntrico y al día siguiente partieron a Las Estancias donde una familia amiga de Paco les había puesto a su disposición su casa.

Cuando tomaron el taxi que los llevaría al hotel se sentían felices. No eran las cosas tal cual las habían programado, pero confiaban que con su amor y juventud podían superar las sombras. Después de todo él tenía 22 años y ella sólo 19.

CAPÍTULO IX

Mientras el cuerpo de Juana se extinguía, se extinguía el alma de] Ñato Montero. Eso de verla a su compañera de tantos años achicarse cada día un poco más, lo tenía aniquilado. La pobre ya ni siquiera podía levantarse de la cama. Los accesos de tos no la dejaban dormir, ni alimentarse. Estuvo internada unos días en el hospital, pero como era evidente que no había cura posible, ella misma rogó que la trasladaran de vuelta para poder morir en el lugar en que había vivido, rodeada de sus amigos.

Así, el Nato podría seguir concurriendo a su trabajo y ganar los pesos necesarios para seguir comiendo. Si quedaba en el hospital, no se apartaría de ella. Además ¡qué triste era estar en el hospital! en esa sala común, rodeada de otros que sufrían. La cuidaban bien, pero era otra cosa. Los últimos días de su vida, ella quería cariño, nada más que cariño. Nada de médicos ni de remedios, que nada podrían contra su mal.

Ayudado por la Gringa, el Nato la acomodaba a la mañana, bien tapada en la silla hamaca, frente a la puerta, pero mirando hacia la montaña. Eso era mejor que estar mirando las frías paredes de la sala en el hospital. En vez de médicos y enfermeras que pasaban apurados por su lado, ver el desfile de pollos, gallinas, chanchos y sobre todo de “changuitos” con la panza al aire y el pupo lleno de tierra. Sentir el canto de los tordos en las madrugadas. Despertar con el del gallo y en las noches de insomnio, seguir las fascinantes lucecitas de los "tucu- tucu". No era lo mismo mirarlo al Nato sentado en una silla a su lado sin saber qué hacer, que ahí, moviéndose de un lado para otro hachando leña, cebando un mate o descorchando una botella.

¡Cuan lejos quedaba Santa Cruz! Los tiempos lindos de los bailes y fiestas. Ella, con su coquetería había provocado una muerte. Pobrecito su Jacinto. A él también lo había querida, pero no tenía la alegría, las ganas de vivir del, Nato. El era de raza triste y éste de raza alegre. Ella también llevaba la alegría en el corazón y, curiosa la vida, eso de amarse de a ratos y de odiarse después. De acariciarse y de matarse. Pero todo eso quedó atrás, muy atrás. Era una sombra borrosa y difusa. Si había pecado, caro lo había pagado. Adiós familia, adiós patria. Mucha había sido su entrega, pero el amor del Nato también era recibir mucho.

Despacito tocaba la flauta para ella sola. Su cuerpo podía ya estar casi muerto, pero su alma vivía para gozar cada instante que le ofrendaba su compañero, que había sido capaz de matar por ella.

Como nada le decían, el cura Miguel se creyó obligado a hacerlo:

-Mi buen Nato, nuestra pobre Juana está por partir al Reino del Señor, donde los pobres de esta tierra pasan a ser los elegidos, a condición que lleguen con el corazón purificado por la Gracia del perdón ¿No te parece que es hora de unir ante Dios, lo que ustedes resolvieron unir por sí solos? Me harían muy feliz si ahora sacramentan esa unión.

Juana lloró

-Se te debió haber ocurrido a vos, pero mis indirectas te resbalaban.

Cuando el sacerdote les dio la bendición, los dos cubrieron con lágrimas sus manos, fuertemente entrelazadas. Las alianzas brillaban, nuevas, en sus dedos.

Bastante trabajo les dio tragar la hostia. El día anterior el cura los había absuelto de sus pecados.

Fue al amanecer de un día que invitaba a vivir, que le sobrevino el gran vómito de sangre que marcaría su fin.

El velatorio se organizó de inmediato, apenas llegado el cajón de tablas de sauce, de esos que se colocan bajo tierra. Desarmaron la cama para que cupiera la capilla ardiente. Las mujeres quedaron rodeándola, sentadas en las sillas que arrimaron los vecinos.

Afuera se ubicaron los hombres. Llegó el vino, infaltable compañero en las citas tristes y en las alegres. Bien pronto empezaron las alabanzas a la finada, verdaderos cantos de vida y muerte.

A media tarde llegó el cura Miguel a rezar el responso. Sin cura que rece, no hay entierro que valga. Abrazó al Nato, que lloraba inconsolable, y se retiró.

Al amanecer del otro día se pusieron en camino para cubrir el largo trayecto hasta llegar al cementerio. Estaban los vecinos, los compañeros de trabajo del Nato, el capataz Hueyo, Antonio y Alberto. Como postrer homenaje a la difunta, resolvieron llevar el féretro a pulso. Como

unos tiraban más y otros menos y como unos tenían los brazos más largos y otros más cortos, el avance se hacía en zig-zag, lentamente, bajo el sol que calentaba y hacía transpirar. Cuando al fin llegaron al cementerio, como a mediodía, el sepulturero los guió hasta la fosa recién abierta, en cuyo borde quedó depositada la fúnebre carga. Allí alguien le arrimó al Ñato una botella de aguardiente, de la que tomó un largo trago. Luego, otro destapó la caja, y el viudo se agachó para dar a su compañera el último abrazo.

Dos sogas fueron pasadas por debajo del ataúd y tirando de ellas lo descendieron al fondo de la fosa. El Ñato arrojó la primera palada de tierra y los demás hicieron el resto.

Cabizbajos emprendieron el camino de regreso. Por turno se ponían a su lado para consolarlo. El capítulo más importante de la vida de Juana quedaba cerrado.

CAPÍTULO X

Al ayuntarse con María, Antonio sentó cabeza. Se dedicó de lleno al almacén y a tratar de conquistar el corazón de aquella de cuyo cuerpo se había apoderado. Ello constituyó un motivo más para mantenerse alejado de Alberto para quien la vida en 'Las Lonas Verdes' ofrecía cada día menos atractivo.

Decidido a reiniciarse en el camino de la delincuencia, fue variando de sistema, hasta dejar de ser el ladronzuelo "siestero" que se conformaba con robar la caja de un almacén, para valerse de los elementos que ocultaba en el rancherío de la acción policial, utilizándolos hábilmente en su propio beneficio. Así, por un lado convirtió el lugar en un refugio de maleantes y por otro, resultó ser el jefe de una organización delictiva.

A través de los abogados con que debió trabar relación para proteger a sus secuaces que caían presos, conoció a personajes de cierta importancia, entre los cuales había comerciantes. Mantuvo su vieja idea de trasladarse a Buenos Aires, pero prefería esperar para hacerlo en mejores condiciones.

Para poder estar y no estar en "Las Lonas Verdes" alquiló un departamento céntrico y con ello pudo alternar sus días y noches en ambas residencias.

Su "modus operandi" era muy simple: sus secuaces cometían por su cuenta y riesgo los robos, y él los protegía empleando para ello los abogados amigos, a cambio de una participación en el fruto de sus fechorías. Además, estaba conectado a un grupo de comerciantes que adquirirían los objetos robados, y que le pagaban en efectivo un porcentaje.

Se sentía una verdadera autoridad en "Las Unas Verdes" y había impartido órdenes precisas de que nadie molestara a sus amigos de la primera hora, que gracias a ellos pudieron vivir sin sobresaltos.

Al Fiero Canosa lo estimaba, pero la Pelada evidentemente no le tenía simpatía. Por eso prefería no visitarlos. En cambio con el Hachudo y Felisa eran grandes amigos, le resultaba grato conversar y compartir su mesa. Las hijas de aquellos habían crecido; no eran esbeltas, pero sí bien desarrolladas, lo que las hacía atractivas.

Hacía tiempo se habían empleado como mucamas en casa de dos familias de buena posición en la ciudad. El trato con personas de ambiente elevado les había hecho adquirir buenos modales, que complementaban con los vestidos usados que les regalaban sus patronas, de excelente corte y bastante buen estado. No se daban con las muchachas de su edad del rancherío, salvo con las hijas de la Gringa y la Pelada, con quienes se llevaban muy bien.

Sus sueldos iban a parar a las manos de sus padres, pues, según ellos, el Hachudo no podía seguir trabajando.

De su hermano Eugenio no se volvió a tener noticias después del día del crimen.

Corrían rumores de que lo habían visto por las cercanías, pero en realidad esas noticias jamás fueron confirmadas. La policía lo buscó algún tiempo, pero luego, al parecer, se olvidó del asunto. La mayor parte del centenar de familias que ahora poblaban 'Las Lonas Verdes', se instaló después del crimen, por lo que el hecho se convirtió en leyenda.

Una de las tantas veces en que Alberto llegó a lo del Hachudo, empezó a ponderarlo, como también a su familia y a lamentar que chicas tan guapas terminaran su vida de mucamas, seguramente aprovechadas por los hijos de los patronos, cuando no por el patrón mismo. Así, les habló de la posibilidad de conseguirles mejores empleos, bien rentados, más interesantes, que las pondrían en contacto con gente de dinero, entre los que, el día de mañana, podrían conseguir buenos maridos.

La cosa empezó a gustarles a los padres, siempre urgidos por apremios de dinero y necesidades que apenas podían satisfacer los pocos pesos que aportaban las chicas.

-Voy a conversar con ellas el domingo cuando vengan -le respondió el Hachudo después de consultar con la mirada a su compañera.

Curiosa, Felisa pidió más explicaciones.

-¿Has oído hablar de un "dancing"? -le preguntó Alberto.

-¿Qué es eso? -preguntó a su vez Felisa- En el diario leo a veces, avisos con fotos de mujeres medio desnudas.

Alberto le explicó que esas eran las artistas que actuaban en los escenarios para distraer a los parroquianos, pero que un "dancing" era además, una especie de club donde concurrían los ricos para olvidar sus problemas y a gastar su dinero con los amigos.

-Se toman unas copas, bailan unos tangos, las chicas les hacen unos cariños en las peladas, los entretienen un poco y eso es todo. El dueño les reconoce un porcentaje del gasto que hacen los clientes, Y éstos, de yapa, les suelen dar unas buenas propinar, si los supieron mantener divertidos.

-Había sido linda la cosa -rió Felisa- Lástima no haber conocido esos lugares cuando era joven - agregó coqueta.

El Hachudo fue más práctico:

-¿Cuánto pueden juntar por mes haciendo eso?

Alberto demoró unos minutos en contestar.

-Mirá, tu hija gana trescientos pesos por mes como mucama. En esos clubes pueden sacar mil, aparte de los regalos que les hagan los clientes.

-¿Tanto? -exclamaron al unísono.

Y... por ahí..., les repito: se pillan un millonario y se casan.

A ambos el asunto les pareció un sueño. No se cansaban de repetirse que cosas como esas no se dan en este mundo. Bailar, reír, comer y ganar dinero encima.

Alberto terminó por impacientarse.

-Parece que no me creen y se están riendo de mí. No hay problema. Busco otras chicas y tan amigos como siempre. Sencillamente, quería hacerles el favor a ustedes.

Los padres de las muchachas se asustaron por el tono amenazador. Entonces empezaron a echarse la culpa uno al otro de la situación creada.

-Siempre vos tan quisquillosa. Se ve que no sos la que tiene que *pelechar* en el río de sol a sol -le recriminó el Hachudo a su mujer.

-¿A mí con esas? ¡Pero santo Dios! si el asunto me gustó de entrada. Sos vos el que has tenido que empezar con las preguntas, tratándolo como un charlatán.

-¡Es claro! ¿Así que ahora el de las preguntas he sido yo? Pero, habrase visto semejante cosa! Acaso no has sido vos la que preguntó ¿qué era un "dancing"?

Como el asunto amenazaba convertirse en interminable discusión, condescendiente, Alberto quiso poner punto final al asunto diciéndoles:

-La propuesta está en manos de Uds. Hablen con las chicas y avísenme lo que resuelvan. Es posible que si aceptan y andan bien, las trasladen a otra provincia y hasta a Buenos Aires.

-Se me hace que las chicas van a aceptar -declaró el Hachudo convencido-. Si no les conseguís el trabajo te mato; más, si se los das a alguna otra.

Pero eso del traslado a Buenos Aires provocó en Felisa nuevas dudas, que se creyó obligada a plantear, aun a riesgo de volver a provocar el enojo de Alberto.

-¡Si las contratan, no se mueven de aquí! -declaró enfáticamente, pero luego, no tan segura, agregó--: ¿O es indispensable que de entrada se comprometan a viajar para que las contraten?

-Por supuesto. ¿Como creés que van a hacer lo que se les da la gana? ¿En qué negocio has visto eso? Si las trasladan, es para que ganen más ellas y sus patrones.

-Y bueno -insistió terca Felisa- que ganen menos y se queden aquí.

-Mirá Felisa. Hablemos claro una vez más y que sea la última. Este negocio es como es. Si te gusta lo tomás, si no, lo dejás, pero no tratés de reorganizarlo porque nada sabes de estas cosas.

-Es claro -insistió Felisa con pocas esperanzas-. Ellas se van, se dan la gran vida, se agarran un metejón con alguno, se olvidan de nosotros y que nos coman los perros.

Mejor ubicado respecto de los motivos de las dudas de Felisa, Alberto se comprometió:

-Podés tener por seguro que eso no sucederá, pues en cuanto les quieran hacer alguna agachada, los hago viajar adonde estén, para que les recuerden las obligaciones que tienen para con sus padres.

-Así, sí -aceptó satisfecha Felisa.

El Hachudo, que sentía una sed que lo consumía, consecuencia de tanto problema y discusión, resolvió de inmediato descorchar una botella para sellar el pacto.

-Nosotros nos encargaremos de que acepten -le aseguró a Alberto-, aunque muy opas tendrían que ser para no darse cuenta de entrada nomás, sobre lo que les conviene.

El domingo llegó y con él las chicas a su hogar, para tomarse el descanso semanal que les

correspondía. En el momento que sus padres consideraron oportuno, les sacaron a relucir el tema. Después de explicarles, exagerando un poco, la propuesta de Alberto, esperaron con expectativa su respuesta.

-Mirá papá -objetó Elmina, la más despierta de las dos- esos 'dancings' o como se llamen, no han de ser lugares buenos, pues los otros días la señora se enteró por una amiga que el señor había estado en uno de esos, y lo amenazó que la próxima vez que se enterara que había vuelto a concurrir, que le pediría el divorcio.

-¡Pero es claro, hija! -la tranquilizó el Hachudo cómo no se va a enojar la señora, si como dijo Alberto, allí los señores les regalan dinero a las que los divierten. Apenas uno les da la libreta a las mujeres, se vuelven amargas y envidiosas, por eso yo nunca he querido civilizarme con la Felisa.

La explicación del Hachudo conformó a las hijas, pero enardeció a la madre. Total que, cuando terminaron de arreglarse los padres, todos estaban hartos y con tal de no empezar de nuevo, dijeron por supuesto, que había acuerdo unánime.

Luego el Hachudo invitó a Alberto a su casa. Al rato apareció éste, mejor trajeado que nunca y hasta perfumado.

-Mirá Alberto -le dijo después de saludarse- las chicas están conformes y hasta me han prometido que si las trasladan a Buenos Aires, no se van a olvidar de nosotros.

-Eso me parece bien -aplaudió Alberto-. Pero me recuerdan que deben firmar unos papeles autorizándolas a trabajar, porque son menores. Dicho lo cual, sacó un abultado sobre de donde extrajo unos papeles que puso delante de los padres para que pusieran sus firmas, lo que hicieron sin mayores preguntas. - No quiero líos el día de mañana. Con esto quedamos todos tranquilos.

Las chicas también habían quedado tranquilas, vencidos todos sus escrúpulos y aclaradas todas sus dudas. Anunciaron, en consecuencia, que el lunes se despedirían de sus patrones, a quienes extrañarían, porque las habían tratado bien.

Alberto se opuso, a que así lo hicieran, argumentando:

-Estas viejas beatonas no las van a dejar. Mejor digan que las han hecho llamar de su casa, porque su madre está enferma. Prométanles que cuando mejore, volverán. Retiren sus cosas y no digan nada más.

Como en el fondo las chicas sabían que Alberto tenía razón, así se comprometieron.

Llegado el lunes, cada una a su patrona, contó el cuento de la gravedad de su madre y que ésta les había pedido regresar para cuidarla. Las buenas señoras, les regalaron unos pesos para remedios y las dejaron partir, no sin antes arrancarles la promesa de que volverían.

Alberto les había recomendado que el martes durmieran mucho durante el día, pues el trabajo era cansador y no debían causar mala impresión de entrada. Así lo hicieron y a las siete de la tarde estaban listas y descansadas esperándolo. Llegó unos minutos más tarde y las condujo hasta la ruta, donde había un moderno automóvil esperándolas, cuyo conductor, por el trato que se daban, parecía socio de Alberto. Les explicaron que una vieja amiga, doña Violeta, que tenía un club más privado, las tomaría por unos días, hasta que se hicieran al ambiente. La noticia las tranquilizó bastante, pues, aunque contentas y orgullosas con el nuevo empleo, no podían disimular el temor de no saber cómo desempeñarse.

Como la casa de doña Violeta quedaba en un barrio ubicado al otro extremo de la ciudad, demoraron una media hora en llegar, lo que les permitió entrar en confianza con quienes las conducían.

Marta iba adelante con Pablo, el socio de Alberto; y Elmina, atrás con éste. Cuando llegaron, Marta y Pablo habían congeniado bastante, y Elmina reía a carcajadas de sus bromas.

La casa les pareció simpática, lo mismo que su dueña, que salió a recibirlas con amplia sonrisa y delicada amabilidad.

-Hijitas, ya Alberto me habló de Uds. Pero, a ver... -les dijo apartándolas para examinarlas mejor- ¡Si habían sido bien bonitas!

¡Van a tener un éxito bárbaro! No se afilian, que yo las voy a aconsejar. -Bueno, me alegro que te gusten. Ya te lo decía -comentó satisfecho Alberto.

-Festejemos el acontecimiento -propuso Pablo-. No es justo que haya hecho de chofer y no me conviden ni una copa.

A todos les pareció bien la iniciativa, así pasaron adentro, ya que hasta ese momento habían quedado en el vestíbulo. A las chicas, la casa les pareció enorme y así lo comentaron. Fueron a instalarse a una sala que quedaba al fondo, separada del resto de las habitaciones. Pronto vino otra chica a servirles bebidas y algunos bocadillos.

-Esta es Gladys y estas son Elmina y Marta -las presentó-. Ahora todas son compañeras de trabajo.

Gladys las estudió de arriba abajo, pero al final, como si hubiera aprobado la inspección, las saludó

cariñosamente.

-Aquí van a estar bien -les dijo inspirándoles confianza-. Los primeros días van a extrañar un poco -les advirtió- pero luego se acostumbrarán.

Al agacharse para servir, su minifalda se levantó dejando a la vista una bombachita verde. Pablo, bromeando, le pellizó las nalgas y Alberto, para no ser menos, le dio unas palmadas; lo que no solo no la molestó, sino que al parecer, agradó, pues ella lanzó una risita alegre, lo que no dejó de sorprender a las hermanas.

Cuando se dieron cuenta de que les habían servido ginebra, quisieron protestar, alegaron que jamás habían bebido licores fuertes, pero doña Violeta las cortó aconsejándoles que se acostumbraran a beber alcohol, sin embriagarse, pues eso constituía parte de su nueva educación.

Después de servirlos, Gladys conectó un combinado, que empezó a arrojar notas alegres y modernas. Al poco tiempo, los cuatro bailaban alegremente.

A la tercera ginebra, con la música a todo lo que daba, pues tras cada vuelta de licor ponían más alto el volumen del aparato, sintieron la alegría de la nueva vida y a no darle importancia a los manoseos y besuques de Pablo y Alberto, a los que no opusieron mayor resistencia.

Doña Violeta había desaparecido discretamente y Gladys aparecía sólo cuando la llamaban para reponer la bebida.

-Ahora tenemos que aprender el juego que más les gusta a los pillados que van a los "dancings" - programó Pablo.

Este era bastante más joven que Alberto, que por ese entonces tendría unos cuarenta años, pues no representaba más de veinticinco. Bien plantado, de saco sport, zapatos amarillos bien lustrados, pañuelo marrón haciendo juego con la corbata y el pantalón. Antes de darse cuenta de ello, Marta ya estaba enamorada de él y festejaba entusiastamente cualquier cosa que decía o hiciera. El, en retribución, también reía y festejaba sus ocurrencias, que no eran tantas. Alberto, en cambio, no era tan espectacular como su compañero. Sus quince años de diferencia de edad, ya marcaban un contraste: sus cabellos empezaban a encanecer, la que le hubiera dado un aspecto distinguido, si no fuera la rudeza de sus modales que aún le afloraban cuando actuaba. Elmina se había acostumbrado a considerarlo como el amigo de sus padres y no le resultaba tan fácil tenerlo por compañero de juega. Ni bailaba, ni bromeaba con la desenvoltura de su joven compañero. Aunque era evidente su voluntad de mejorar lenguaje, las groserías le afloraban cuando menos se lo proponía. Pero a Elmina no era eso lo que la impresionaba, ya que después de todo eran del mismo ambiente. Su problema era que le recordaba a sus padres y la diferencia de edad.

-¿Y como se llama ese juego? -quiso saber riendo Marta.

-La búsqueda del tesoro -le informó Pablo.

-A ver, a ver... qué es lo que hay que hacer para jugar a eso -lo apuró Elmina, pensando para sus adentros que así se lo sacaba de encima a Alberto.

-Mirá, es muy fácil -le explicó éste- lo mejor es aprender jugando. Cada pareja se esconde y después yo les grito lo que hay que hacer.

A Marta le encantó la idea de esconderse junto a Pablo, pero, para Elmina, la noticia la decepcionó, pues se dio cuenta de que no se lo podría sacar de encima a Alberto. Antes de que pudiera decir nada, ya Pablo se la llevaba a su hermana tomándola de una mano, a una de las habitaciones que daban sobre el salón. Alberto la tomó, a su vez, de su derecha y la condujo a otra de las que daban sobre el mismo. Lo siguió sin entusiasmo, pero no le quedaba otra alternativa.

Al pasar las parejas, sus compañeros cuidaron de cerrar las puertas y encender las luces de las habitaciones. Ambas eran parecidas. Camas dobles, espejos grandes, veladores con sus lámparas y pequeñas puertas que las conectaban con un baño.

Las reacciones de Marta y Elmina fueron distintas cuando sus parejas las abrazaron. Marta recibió los labios de Pablo con fruición. A los pocos minutos, devolvía sus besos con verdaderas ansias. Colaboró decididamente en ayudarlo a que la desvistiera y cuando cayeron sobre la cama, lo animó diciéndole:

-Siempre soñé con un hombre como vos. Por favor, tené cuidado que sos el primero.

Cuando el desenlace era inminente, le suplicó:

-Jurame que me querés.

Lo que por supuesto él hizo con fervor.

Alberto no tuvo la suerte de Pablo. No tenía, además, sus modales ni su experiencia para seducir, Nada en él la atraía a Elmina. En su caso, la ilusión romántica estaba excluida. Cuando se dio cuenta de lo que se

trataba, lo empezó a tratar de usted.

-¡Ud. no me va hacer eso!

-¿Y por qué no? ¡Que te habías creído!, ¿que te ibas a ganar las charolas de arriba?

Lo que ella supo subconscientemente desde el primer momento, él se lo puso en claro. Era inútil que intentara, ahora, después de su brutal declaración, hacerse la desentendida. Protestó y quiso convencerlo de que nada se le había ocurrido al respecto, que jamás lo pensó.

-¿Soy peor que tu patrón? -quiso convencerla por comparación.

-Mi patrón jamás me tocó. ¡Cómo se le ocurre!

-¿Que el hijo de tu patrón, entonces?

-El patrón no tenía hijos.

-Me vas a venir ahora que a tu edad no te han desvirgado.

-¿Y quién?

Alberto no estaba en condiciones de pensar que Elmina tenía razón. ¿Acaso su sector en "Las Lonas verdes", no era un sector reservado y protegido debido a sus órdenes?

No encontrando argumentos racionales para rebatirla, concluyó:

-Bueno, ya es hora que vayas conociendo lo que es una pija.

-¡Que más se quisiera!

Pero antes que terminara de decirlo, la volteó de una cachetada. La levantó bruscamente y la tiró sobre la cama. Sin más, la violó.

CAPÍTULO XI

Encerrados en una pieza del rancho-almacén, los dos socios examinaban la marcha de sus negocios comunes, tal cual solían hacerlo de tanto en tanto. Estos se reducían exclusivamente a los que tenían relación con el ranchería, pues Antonio, pese a la insistencia de Alberto, no aceptó jamás intervenir en sus otras actividades.

-El comisario parece sabandija -le comentó éste en ese momento-. Con el cuento de la inflación nos sube el porcentaje sobre los permisos y las coimas por las tabeadas todos los meses, lo mismo por las jugadas de naipes. ¿Qué podemos hacer?

-Si se sigue avivando, voy a tener que buscar a alguno con influencia para que lo haga trasladar -fue la respuesta de Alberto.

-Va a ser lo mismo con el que venga -se puso pesimista Antonio.

-Ya vas a ver que no -lo tranquilizó Alberto--. Yo estoy empezando a conocer mejor estos asuntos. El hambre se les despierta comiendo, en algunos casos. En otros, algún jefe pesca la "onda" y entonces tienen que pedir más, para que alcance para los dos.

-¿Y si nos toca alguno que le da por ser formal? -planteó Antonio siempre pesimista.

Alberto aceptó que eso era posible y reconoció que todavía tenía contactos directos dentro de la policía. Aprovechó para reprocharle a su socio la poca colaboración que le prestaba en sus otras actividades delictivas.

-Culpa que tengo un cumpa como vos, que me le tengo que andar achicando a muchos asuntos lindos. Resolvete de una vez a meterte conmigo.

Pero en ese tema, Antonio era irreductible. De nada valió que por centésima vez volvieran a discutir el asunto. Finalmente concluyeron que era mejor dejar las cosas como estaban y, más bien, por las buenas, lograr que el comisario disminuyera sus exigencias.

El problema del comisario no fue el único que consideraron ese día. Otro, no menos grave, era que los que se instalaban en "Las Lanás Verdes", ya ni siquiera pedían permiso para hacerlo. La autoridad de los fundadores estaba siendo desconocida y muchos de los ya instalados empezaron a negarse a pagar sus contribuciones habituales. En resumen, el negocio se les estaba escapando de las manos.

-Los otros días les mandé a preguntar a unos coyas que trabajan en los basurales, quién les había dado autorización para meterse aquí y directamente me lo sacaron cagando a mi chasqui -se quejó Antonio.

-Decile al comisario que los haga arrimar a la seccional y les pida los antecedentes. Vas a ver cómo aflojan en seguida.

Pero resultó que ya lo habían hecho y que, como los bolivianos - cosa rara- tenían sus papeles en regla, de nada sirvió que los citaran. Hasta amenazaron al comisario con presentarse ante el cónsul, si los volvían a molestar.

-Habrás que hacerles dar una cagada -meditó Alberto-. Ya te voy a mandar a algunos para que te ayuden. Vas a ver cómo echan culo en seguida.

-Aunque no lo creás, ya me estoy cansando de todas estas cosas. Ahí me ha hablado el turco Carmelo para que seamos contratistas de zafra. El va a traer la gente y yo tengo que poner la mercadería.

-Es buen negocio, pero hay que estar encima para atender a la gente. El reparto de carne es lo que más tiempo lleva.

-Si agarramos una finca que valga la pena nos paramos para toda la vuelta.

-Eso será si no te dejan pagando. No te olvidés que por ahí se atrasan los pagos en los ingenios y entonces tenés que aguantártela vos.

-Las cosas han mejorado. Eso era antes.

-¿Y quién te la va a cuidar a la María cuando estés en el cerco? - le preguntó Alberto sonriendo irónicamente- Mirá que está linda y por aquí andan demasiados gavilanes sueltos. A ver si te la terminan *gateando*.

Su socio nada contestó, pero evidentemente la observación le había hecho impacto. Para cambiar de

tema, optó por preguntarle por las hijas del Hachudo. Hacía varios meses que se habían ido y sólo de tanto en tanto venían a visitar a sus padres. El nuevo oficio había trascendido en el vecindario y más de un incidente tuvieron con los muchachos que les decían groserías o les formulaban invitaciones poco ortodoxas, lo que provocaba el enojo de las mismas, cuando no la airada intervención del Hachudo. Como desde niñas habían sido amigas de María, a veces se presentaban en el almacén y, con gran desagrado de Antonio, se encerraban a conversar en el depósito, desde donde le llegaban las risas, pero como eran negocio de su socio e hijas de un amigo, no se animaba a prohibirles la entrada. Se desquitaba, en cambio, con María, a quien exigía después que le contara el motivo de tanto jolgorio. Complacida, ella le informaba todo con pelos y señales lo que lo enojaba más aún.

-Esas sí que se divierten -solía decirle-. Andan siempre de baile y joda, pegándole al frito, no como yo a quien hacés trabajar como negra todo el día.

El colmo era cuando lo amenazaba con irse con ellas. Entonces no sabía qué hacer, si pegarle o hacerle algún regalo. Generalmente optaba este último y el resultado de las indeseadas visitas era entonces algún vestido o zapato nuevo. En todo esto pensaba, mientras le formulaba la pregunta a su socio, quien le contestó como otras veces:

-Son una mina de oro. Habían sabido tener almas de puta. Me están haciendo ganar cualquier cantidad. Avivate un poco y buscame unas cuantas como esas para que vayamos miti y miti.

-Bastantes líos tengo con la María -le respondió Antonio-. Anda siempre embroneada, recordándomelo a Eugenio. Por ahí le pego una cagada y se deja de joder por unos días. A todo esto, estoy seguro que nunca le importó un carajo. Era él el encamotado. Lo dice para hacerme rabiar.

-También, sólo a vos se te ocurre meterte en estos líos. Justo cuando las cosas estaban caminando. En cualquier momento te empieza a poner, los cuernos con algún chango y te vas a querer enloquecer. Lo mejor que podés hacer es mandarla de vuelta con su mamá.

-Lo peor es que estoy metido. No se me va la arrechera que tengo. Me acostumbré a ella.

Con ese motivo descorchó otra botella y llenó de nuevo los vasos hasta el borde. Con rabia lo vació en dos o tres tragos. Su compañero, en cambio, no tocó el suyo. Desde que actuaba a otro nivel, se cuidaba de la bebida. En ese momento se abrió la puerta y entró María sin llamar, para preguntarles si deseaban algo. Alberto no pudo dejar de reconocer que era atractiva. Casi le dio la razón a su socio que hubiera perdido la cabeza por ella. Antonio le dijo que trajera unos salamines y un poco de pan y queso.

-Después quedate con nosotros un rato.

-¿Para escuchar las porquerías que hablan? -le respondió insolente, mientras se retiraba a cumplir el pedido con ese bamboleo que lo enloquecía.

Alberto no pudo contener una larga y fuerte carcajada, que exasperó más aún al otro, que calló, limitándose a seguir bebiendo en silencio. A los pocos minutos estaba María de regreso. Sin decir una sola palabra acercó una silla y se sentó con ellos. Alberto, como si nada hubiera sucedido, le preguntó cómo andaban las cosas y ella le informó los últimos chismes que circulaban entre sus conocidos.

Después de un rato, les comunicó que regresaba a la ciudad, pues tenía invitados a cenar en su departamento. Los invitó a que lo acompañaran, pero Antonio se lo agradeció, sin aceptar; eso fue motivo para que María manifestara que quería ir.

-Nunca me sacás de aquí -le reprochó-. A la cama es al único lugar que me llevás.

Antonio empezó a pararse dispuesto a castigarla, pero Alberto se interpuso y las cosas quedaron en eso. Aprovechó para insistir en su propuesta, dándole la razón a María, pero Antonio estaba encaprichado y se opuso nuevamente. Lo acompañaron hasta la puerta y unos metros por el sendero.

Al regresar, María se colocó delante de él caminando con pasos rápidos y cortos. Al quedar su figura bajo el control de la mirada de Antonio, a éste se le subió la sangre a la cabeza y cuando estaban dentro del almacén, trató de decirle cosas agradables, pero ella, como si no lo oyera, se limitó a poner orden.

-Cuando me canse de vos, te voy a echar como a una perra.

-Será ese un gran día para mí.

Cambiando de táctica, le preguntó:

-¿Y si te diera la libreta?

Esta vez fue ella la que vaciló.

-Entonces quizá te empezaría a respetar.

-¿Has visto que eso es lo que querés? ¡Ni que me maten me caso con vos! Me volverás loco llevándome a los Tribunales y haciendo que te pase una pensión.

María se mordió los labios, lamentando su minuto de debilidad. Mientras él se retiraba al dormitorio, no pudo dejar de pensar cuán extraña pareja formaban y hasta qué punto resultaba conveniente para ella provocar estas continuas reyertas.

Después de todo, hoy por hoy, era la mujer más importante y respetada en "Las Lonas Verdes", y ello gracias a Antonio.

CAPÍTULO XII

Ese año 1962, cuando llegaron las fiebres de Diciembre, los niños tuvieron una oportunidad más: Oscar, el hijo del finado Paredes y la Gringa, que cursaba la carrera de medicina.

Esas calores no eran sólo las del subtrópico, lluvias, lluvias y humedad. Eran los rayos del sol castigando las chapas de zinc, o simplemente latas en 'Las Lonas Verdes'; la temperatura a la sombra era de 42, con lo que la de los interiores ascendía a 55. Estos calores venían acompañados con enfermedades intestinales que provocaban la deshidratación en los niños. Las madres debían cargarlos a la madrugada para tomar el ómnibus que los llevara al Hospital del Niño Jesús. Si el asunto no era tan grave, recibían una receta de medicamentos y si la situación era de peligro, quedaban internados. Muchas no lograban de sus compañeros los fondos necesarios para adquirir los remedios recetados, algunos porque no tenían; otros, porque preferían invertirlos en vino o aguardiente, para mantener fuerzas suficientes como para seguir trabajando al rayo del sol.

La mayoría prefería colocar a sus hijos bajo el cuidado de doña Serafina, la curandera más prestigiada de la zona. Tenía su rancho del otro lado del río y hacia allí acudían sus clientes y admiradores cuando las cosas se ponían graves. Una de las ventajas era que resultaba más fácil encontrar un pollo o un chanco para pagar sus honorarios, que ese dinero que siempre andaba tan escaso; otra, que en lugar de costosos remedios, recetaba té de alpamato, carqueja, afata, canchalagua, cardosanto, todas yerbas fáciles de conseguir. Por supuesto que, una porción importante de sus pequeños clientes fallecía, pero la buena voluntad popular hacia ella, encontraba explicaciones razonables para el deceso, que en nada afectaba su buen nombre y su fama en el arte de curar.

Un buen día apareció Oscar que ya no era el chiquillo travieso a quien el Gordo Paredes solía comisionar para que encontrara alguna gallina perdida en Guzmán. Ahora era el estudiante de medicina. El discípulo preferido y querido del maestro Uberlecheaga. El ejemplo de cien condiscípulos que seguían con entusiasmo y admiración la carrera estudiantil de este joven carente de recursos materiales, pero provisto por Dios, o por la naturaleza como dicen los que no creen en El, de cualidades intelectuales extraordinarias.

Oscar, estudiante de cuarto año de medicina, reconoció la miseria que lo rodeaba y trató, al menos en los niños, que no hiciera estragos. Su ciencia ya era grande, pero sus recursos eran pobres: pañales húmedos; té de tilo, tanino, enemas, hielo, mucho hielo y también el viejo, barato y eficiente amigo de los niños, el enterobioformo. Además, mucho amor, mucha dedicación, mucho cariño.

Las horas que antes eran de descanso, de reencuentro con el barrio, de patear la pelota, de revolcarse sobre la arena con alguna chinita habían pasado a ser las de atender chiquillos que lloraban sin parar y que luego paraban de llorar para empezar a morir.

Eran tantos que un buen día quedó construido un rancho especial para atenderlos. Como obra de pobre, nunca nadie pudo decir de quién fue la idea, ni quiénes la llevaron a cabo. El rancho se convirtió en dispensario y ya que él no podía llegar a todas partes, de todas partes llevaban allí los niños. Chicos primero, luego los grandes. ¡Lo que sería cuando tuviera título!

La Gringa se sentía orgullosa de su hijo. Cuando le daba a la botella', últimamente le había entrado por ahí, los que tenían la mala suerte de estar cerca, salían empachados de Oscar, de sus maravillas y de las hazañas en sus estudios.

Por supuesto que aquel día, después de la muerte accidental del Gordo en que ella le ordenó dejarlos, para que se fuera a pedirle a don Hueyo trabajo en la seleccionadora de ripio, había quedado atrás. ¿Quién se acordaba ahora de eso?

Fue cuando le pidió unas monedas para el ómnibus.

-¿Chirolas? -le había contestado- ¡Venir a pedir charolas después de lo que ha pasado! ¿Y quién creés que va a trabajar de ahora en adelante?

-Pero mamá, ¡si tengo que volver al colegio! Hace días que faltó. Voy a quedar libre.

¡Qué colegio ni qué ocho cuartos! -fue la contestación de la Gringa- ¿No te has enterado que tu padre ha sido "apuñalado"? ¿Quién creés que va a trabajar de ahora en adelante? -repetía- ¡Olvidate de los libros!

Aquí no hay lugar para señoritos..

El tiempo todo lo borra. Hasta las palabras de la Gringa. Hasta la herida que produjeron en el corazón de su hijo. El se había quedado mirándola, asombrado. Ella aprovechó su indecisión para agregar:

-¡Bueno, no te quedés mirándome! Andate al río y decile a Hueyo que te dé el puesto de tu padre.

Pero quedarse quieto no quiere decir quedarse conforme. ¡Qué mal interpretan los arbitrarios el silencio de sus víctimas! Como todos los oprimidos habló despacio al principio:

-Mamá, yo voy a ser bachiller este año y voy a estudiar para ser médico. Si me voy a palear al río, no será nada.

La Gringa experimentó entonces la sorpresa de los opresores.

-¿Así que ahora vas a ser doctorcito? ¡Pero mirenló al mocoso! ¿Y quién va a poner para el puchero? ¿Creés que Paco va a trabajar para todos? No te conocía vago, hijo

-Yo no soy vago, madre... -Cuan dura resonó su voz mesurada y paciente en sus oídos- Yo estudio. Acordáte que fue Paco el que quiso que lo hiciera.

-En esa época vivía tu padre -Mientras le replicaba se sintió vencida-. Ahora tenés que trabajar - agregó, pero sabiendo de antemano que la partida estaba perdida.

El muchacho fue a su silla y se sentó. Tomó los libros y los estrujó contra su pecho mientras meditaba.

-Mirá mamá -se había parado de nuevo mientras hablaba- yo voy a ser médico. Te voy a ayudar en lo que pueda, pero voy a estudiar. Si no me das esas charolas me voy caminando hasta el colegio.

Callada fue hasta su monedero y sacando los centavos pedidos, se los entregó.

Claro que ella no recordaba el episodio. Solo tenía memoria para comentar a sus amigas que su hijo era alumno distinguido y que estaba a punto de recibirse de médico. Su mayor placer era retribuir las palabras de agradecimiento de aquellos cuyos hijos habían sido beneficiados por el suyo. Y también recibir alguna gallina o chanco, con que los pobres suelen pagar la vida rescatada.

¡Qué limpio, qué lindo estaba Oscar con su chaqueta blanca! Su andar rápido, siempre urgido por el tiempo y por los reclamos que de su presencia hacían los vecinos.

¡Qué importancia le daba! y era hijo suyo. Hijo de la Gringa y el Gordo Paredes. Si ese maldito de Eugenio no lo hubiera asesinado, ¡cómo gozaría al ver a su hijo ahora!

-Madre, se han acabado los pañales. Rompa unas sábanas y prepare algunos.

-Sí hijo, sí. Bendito sea Dios. Ya voy. ¡Pobrecitos...

CAPÍTULO XIII

La población de 'Las Lonas Verdes' volvió a experimentar un brusco incremento como consecuencia de una de las tantas y cíclicas crisis de supe;-producción de la industria azucarera, pues una gran parte de la materia prima no se había cosechado y miles de obreros del campo quedaron despedidos y sin trabajo.

A fines de 1962 el número de familias instaladas superaba las quinientas. Para peor, fue un año lluvioso, lo que determinó una gran creciente del río Salí y que el caudal invadiera algunos de los sectores más bajos de la población. Hubo que organizar rápidamente el traslado de más de cien familias a lugares, alejados del peligro de las aguas.

Como el Ñato Montero había quedado solo, entre Felisa, la Gringa y la Pelada, se distribuían su cuidado. Se sentía viejo, solo y triste, y para él la vida no ofrecía ya ningún atractivo. Se pasaba las horas sentado, a la puerta de su rancho, a veces bebiendo; otras, tocando su flauta, cuando no conversando y jugando con los hijos menores de sus amigos. Le dio por añorar su pueblo natal y proyectaba y volvía a proyectar viajes de regreso que nunca tenían ni siquiera principio de ejecución.

A los que se le acercaban, los entretenía con sus recuerdos, los de su vida errante antes de llegar a "Las Lonas Verdes", o los de los primeros tiempos del villorrio. A los chicos les gustaba que les hablara del inmenso Atlántico, de los enormes barcos que atracaban en el puerto de la ciudad donde vivían los suyos, o de los pesqueros que salían a desafiar sus gigantescas olas en procura de la cosecha marina que les daba de comer. Los mayores preferían llevarlo al tema de la Juana: cómo se la había quitado a Jacinto, cómo había sido esa famosa pelea cuerpo a cuerpo que todos los vecinos conocían, aunque con variantes tan grandes, que muchas veces las distintas versiones daban lugar a largas disputas, y terminaban con verdaderas delegaciones llegando en consulta para que el propio autor diera su fallo inapelable. Cuando esto sucedía, el pobre Ñato tenía que destrozarse la cabeza para no desdecirse y demostrar que tan cierto era que 61 lo había matado de un balazo, cuando ya tenía el puñal del otro sobre su cuello, como que, después de habersele caído el revólver, lo había estrangulado con sus propias manos, después que el cuchillo del otro quedó agarrado entre sus costillas, adonde había entrado justo por el lugar que indicaba la cicatriz que exhibía para que no quedaran dudas sobre la veracidad de su relato.

El cura Miguel, las pocas veces que podía llegarse por allí, no dejaba de visitarlo antes de ir a lo de Paco y Rosa, sus amigos, de los pocos que toleraban su presencia para descargar en él sus quejas y hacerlo partícipe de sus desconsuelos. A todo esto, debía agregar la indiferencia con que eran recibidas sus prédicas, cada vez que intentaba ampliar su radio de acción entre otras familias.

Cuando vinieron las inundaciones, fue de los que más colaboró en los traslados y mientras duró la emergencia, parecía que le quedaban reconocidos aquellos a quienes hizo llegar su auxilio, especialmente los recién instalados que venían del campo. Pero cuando terminaron los apuros, las cosas volvieron al estado de antes.

Un día se encontraba, como era su costumbre después de terminada la labor del día, sentado en una silla hamaca, bajo las arcadas de la galería de la casa parroquias, dando alivio a sus ojos, dejando que su mirada reposara sobre los verdes de distintas tonalidades de las plantas de su jardín y las variadas flores que su vieja casera y él mismo cuidaban con esmero, cuando se acercó ésta, arrastrando los pies sobre las baldosas, para anunciarle que un joven sacerdote quería entrevistarse con él. Su primera reacción fue de fastidio, pues el día había sido agobiador debido al calor y a la enorme cantidad de servicios que debió realizar.

Con ese gesto, que la vieja servidora conocía tan bien, de sacar la mano derecha sobre la que hacía reposar su cabeza y estirarla brusca- mente hacia el costado con la palma hacia arriba, los dedos abiertos, mirando hacia el infinito, con el ceño fruncido, como si reclamara piedad hablando con los dientes apretados, a media voz pero con energía, le respondió:

-Decile que no estoy... que estoy durmiendo... que me deje tranquilo....

Pero como la vieja no se movía para cumplir su orden, interpretó que le aconsejaba realizar un nuevo esfuerzo y recibirlo. Cambiando de idea, agregó:

-Bueno... hacelo pasar.

A los pocos minutos volvía Anselma guiando al joven sacerdote, cuya presencia había anunciado.

-El padre Bernardo -anunció y dándose vuelta se retiró tan silenciosa como había llegado.

El cura se levantó de la hamaca haciendo un esfuerzo, como para mostrarle al otro lo cansado que estaba y lo inoportuno que resultaba su visita.

-Buenas noches, padre -lo saludó-- sientesé -agregó mientras arrimaba otra hamaca cerca de la suya, sin tenderle la mano.

-Buenas noches -respondió el otro un poco desconcertado por el recibimiento, poco apropiado para un desconocido. De todas maneras, cumpliendo, más que con la invitación, con la orden de sentarse, así lo hizo.

El cura se le quedó mirando, invitándolo a que le expusiera el motivo de su visita a hora tan inoportuna, lo que lo puso más nervioso aún. No quedándole otro recurso, se presentó:

-Soy el padre Bernardo Echeverría, de Entre Ríos, recién llegado a Tucumán. Lo vengo a ver, porque así me recomendó el padre Esteban, que fue su compañero de seminario y, uno de mis profesores de teología.

La sola mención del nombre de su condiscípulo hizo que el rostro del cura se iluminara. "Esta vieja no se equivoca nunca" -pensó--. El padre Esteban... repitió en voz alta, con atención concentrada en lo que decía, para lo cual su ceño volvió a fruncirse, como si quisiera retrotraerse a un lejano y feliz pasado. Después de unos segundos agregó:

-¿Y qué me dice mi viejo y buen amigo? ¡Hace años que no nos vemos, ni escribimos, pero nunca lo olvido! ¿Cuál de los dos será el ingrato que no se ha esforzado por volver a tener noticias del otro? A ver, cuénteme algo de mi amigo.

El cambio operado en el cura fue observado por el visitante con muestras visibles de alivio. A partir de ese momento le brindó un detallado informe sobre su antiguo condiscípulo, de la buena salud de que solía hacer gala, de las funciones que cumplía en el seminario, de su aprecio y de cómo lo había orientado y apoyado en su vocación. Mientras más datos le proporcionaba a su interlocutor, más preguntas le hacía. Incluso le informó que sus padres eran descendientes de vascos que habían ingresado al país en el siglo pasado como inmigrantes agricultores y que por tal razón, seguramente, era propenso a la vida activa, preferentemente al aire libre. Después de una hora de charla, nada le quedaba por informar; explicó entonces el motivo que lo había traído a la provincia. Manifestó que su ordenamiento como sacerdote era reciente y que su deseo era trabajar entre los pobres de mísera condición. Las noticias que le habían llegado sobre el hambre y la desocupación en decenas de miles de hogares, lo decidió a trasladarse para explorar el terreno.

Así fue como salió el tema de "Las Lonas Verdes", de la forma primitiva y salvaje en que vivían las dos mil almas que por ése entonces contaba el villorrio, en medio de la suciedad y la degradación más abyecta.

-Son un grupo de desesperanzados que vegetan sin estímulos de ninguna naturaleza, y sin saber, ni querer, ni poder adaptarse a otras circunstancias -concluyó.

El padre Bernardo demostró de inmediato interés por el problema. Entrando al terreno de las confidencias, le explicó al cura que era precisamente el ambiente que buscaba para ejercer su sacerdocio. Que él admiraba las órdenes militantes de la Edad Media, y que si no entró directamente en la de los... era precisamente porque no los veía realizar la acción que para ellas previó su fundador.

-La religión de Cristo -se definió-- no debe ser una moda para burgueses bien trajeados, que concurren a misa los domingos como una obligación social y luego el resto de la semana practican el culto de los placeres y se dedican a la búsqueda de los bienes materiales, con total olvido de los espirituales. Debe ser rescate del cuerpo y del alma humana, para ponerlos al servicio del Señor, que es la forma de cumplir los fines de la Creación.

El cura Miguel le dio la razón y, con entusiasmo y plena conciencia, hablaron largamente del tema. Lo invitó a que se quedara a cenar, y compartieron la frugal cena que preparó la anciana.

Continuaron hablando del mismo tema. Cuando terminaron de cenar, se sentaron nuevamente en la galería que daba sobre el fondo de la casa, después de meditar unos minutos:

-Es lo que buscaba. Trabajar por Cristo recuperando para su rebaño los hermanos apartados por la miseria. Enseñarles a ser humanos, recuperar su dignidad de hijos de Dios.

El cura se sintió tentado de aceptar de inmediato su propuesta, pero consideró que era su deber advertirle los peligros que correría:

-A mí apenas me toleran, y eso que voy de vez en cuando; lo que sería de vos, si se aperciben que vas a trastocarles su sistema de vida. Mejor, antes de decidir, te das una vuelta por ahí mañana, sin dar a conocer que eres sacerdote.

-Iré, pero no para ver si me decido, sino para estudiar cómo debo iniciar mi actuación -le respondió

resuelto.

-Bueno, hijo, te felicito y me alegro. Dios te ha enviado para que me ayudes en esta tarea. Sos joven y yo viejo. Tu presencia incorpora a esta parroquia el vigor, el entusiasmo y la pureza de ideales de la juventud. Hágase todo esto para mayor gloria del Señor. Vamos, te invito a la capilla a orar y a pedir que el Creador te fortalezca en su fe y te dé luz, abnegación, prudencia y perseverancia, pues vas a necesitarlas para tener éxito en la misión que te has propuesto cumplir.

Bernardo sintió que un nudo en la garganta le impedía responder. Sus ojos, en la penumbra, se humedecieron de emoción. La imagen de sus padres y hermanos irrumpió sus pensamientos. A los pocos minutos, los dos servidores de Dios, arrodillados en la Iglesia, frente al Cristo puesto en cruz que cubría el altar, elevaban sus preces fervorosamente. Uno, para agradecer la inesperada ayuda que le aliviaría su vejez y el otro, para pedirlo le diera las fuerzas necesarias para llevar adelante su propósito. Después de eso, se retiraron a descansar. El cura lo dejó instalado en el cuarto que ya le había preparado su vieja servidora, donde el único lujo eran las blancas y limpias sábanas recién tendidas. Después de desearle las buenas noches, se introdujo en el suyo, ubicado al frente.

CAPÍTULO XIV

Esa noche el padre Bernardo durmió en la casa parroquias y al día siguiente, vestido de pantalón vaquero y campera de algodón, que realzaban su erguida y musculoso figura se dirigió caminando hacia "Las Lonas Verdes". No quiso tomar el ómnibus para poder ubicarse mejor en la zona. Siguió las indicaciones que le había dado el cura Miguel y las de aquellos a quienes solicitaba datos sobre el camino a seguir.

Como entró a la villa por el primitivo sendero que unía el sector fundador con la ruta, desembocó en el almacén de Antonio. El cura le había explicado detalladamente, incluso sobre un croquis, los sectores en que se dividía la villa, los grupos que los habitaban y en especial las familias que integraban el grupo fundador. Le recomendó que viera a Paco y Rosa y que invocara su nombre para ganar su confianza.

Apenas divisó el almacén, tuvo curiosidad por conocer los personajes que habían desencadenado el primer drama en la historia de "Las Lonas Verdes", contado la noche anterior por el cura Miguel. Se introdujo con la excusa de adquirir cigarrillos.

Lo atendió María, a quien reconoció de inmediato gracias a las referencias del cura. Ella no pudo evitar dejar traslucir la curiosidad que le despertaba este joven, a quien antes jamás había visto por allí y cuyo aspecto, pese a su modesta vestimenta, denunciaba un tipo humano que no era común en el lugar. Sus ojos verdes, la perfecta línea de su boca, su frente amplia y despejada, la franqueza de su mirada, su cabello bien recortado y rubio, y su blanca tez hacían que se destacara.

Apenas María lo contempló, en su sorprendida mirada advirtió de inmediato cuál sería su primer problema: pasar inadvertido.

-¿Es nuevo aquí? -le preguntó sin preámbulos.

-Sí, vengo a instalarme. Me han informado que uno puede levantar su rancho sin mayor problema y necesito algún lugar para vivir.

-¡A buen monte viene por leña! -se le escapó espontáneamente a la joven almacenera- De paso ¿no le han informado también lo que es esto?

-Bueno... no. Me imagino que será como en cualquier otra parte.

-Usted no parece de "villa miseria".

-La miseria tiene diversos aspectos. Utiliza muchos disfraces-bromeó él.

-¿y cuál es la miseria suya?

-Muy sencilla. Vine del Litoral para estar mejor, pero he perdido lo poco que traía y ando peor. Salvo unos pesos que me quedan por cobrar, no tengo más que los que llevo en el bolsillo. Para ser más explícito, introdujo su mano en el derecho y extrajo un pequeño fajo que exhibió.

-La verdad, no es mucho -reconoció ella sonriendo.

Una mujer que esperaba ser atendida desde hacía algunos minutos, comenzó a ponerse nerviosa ante este diálogo que amenazaba continuar. Otro que se puso nervioso, fue Antonio, que mientras acomodaba unas cajas en el depósito, escuchaba esta voz agradable y extraña. Resolvió salir a ver de qué se trataba.

El aspecto de Bernardo lo intranquilizó, especialmente por su juventud y la cara satisfecha de María. Cuando llegaba algún joven bien parecido, siempre tenía presente el vaticinio de Alberto, y la frente le empezaba a picar.

Le preguntó a María de qué se trataba y cuando ésta le informó intentó desanimarlo.

-Mirá que aquí vive gente dañina -le advirtió tuteándolo de entrada.

-Ya se lo dije -le comunicó María, mientras se retiraba al costado para atender a la cliente impaciente.

-Me parece que sé defenderme -respondió Bernardo-. Además no veo qué puedo yo temer. Salvo mi vida, nada me pueden quitar.

-Hay gente que hace daño por simple gusto -insistió Antonio-. Además, andá sabiendo que aquí nadie se instala sin pagarme un derecho de piso, pues yo tengo que correr con el comisario y otras cosas.

-Si es así, no hay inconveniente -se apresuró a tranquilizarlo-. Le decía a su esposa que tengo unos pesos a cobrar. Digamé cuánto es, y mañana le pago.

-Son mil pesos de entrada, porque aquí el dinero cada vez vale menos -se consideró en la obligación de aclararle- y cien todos los meses.

-No hay problema. Le repito, mañana se los traigo.

-Y bueno... hacé lo que quieras. Cada cual es dueño de su cuero -se resignó Antonio-. Después no dígas que no te lo advertí. Andá a terminar de arreglar el depósito -le ordenó a continuación a María, al observar que intentaba volverse a incorporar a la rueda, lo que ella acató de mala gana.

-¿No sabe de alguno que pueda ayudarme a levantar el rancho? -se le ocurrió preguntar antes de batirse en retirada.

Antonio le dio el nombre del Ñato Mantero y le indicó dónde encontrarlo.

No le va a venir mal ganarse unas "chauchas" -agregó--. Puede que así me cumpla lo que me debe desde hace rato.

Como era evidente que su presencia molestaba, después de pagar los cigarrillos se dirigió hacia donde le habían indicado. No lo hizo en forma directa, sino dando un rodeo para inspeccionar un poco el ranchería y así pudo confirmar, rápidamente, lo que le había anticipado el cura Miguel y ahora Antonio y María. Los ranchos habían sido levantados guardando un cierto orden. Las medidas de los frentes como sus fondos, eran más o menos uniformes, siguiendo las mismas líneas. No estaban levantados sobre los terrenos dejados para calles, sino a algunos metros, de tal manera que el espacio intermedio servía para desahogo de las familias, Entre rancho y rancho, se habían tendido alambradas o empleado diversos materiales, desde ramas hasta ladrillos, para separar unos de los otros.

Estos detalles le recordaron la frase empleada por Antonio para justificar el cobro de los derechos de residencia... correr con el comisario y otras cosas... Resultaba evidente que entre "las otras cosas", estaba la de poner cierto orden.

Los desperdicios constituían un problema serio: las calles hacían de basurales, aunque también pudo ver que algunos vecinos las quemaban en sus fondos.

De tanto en tanto se cruzaba con grupos de chicos que trataban de matar el tiempo de distintas maneras, pateando una pelota o jugando a las bolillas, o que estaban simplemente sentados, sin hacer nada. Otros iban o venían cumpliendo los mandados que les habían encargado sus padres.

Le llamó la atención la cantidad de hombres que, a pesar de ser media mañana, estaban sentados a la vera de sus ranchos, tomando mate tranquilamente. Pensó que eran o vagos o desocupados.

A pesar de que su vestimenta era modesta, resultaba un motivo de curiosidad y lo percibió. Esto le recordó que para aprender a llevar un buen traje hacen falta varias generaciones y pensó que para saber llevar con naturalidad una buena "musculoso" también hacen falta otras tantas.

Acostumbrado al campo o a la ciudad, percibió de inmediato que en esa población privaba una filosofía sobre la vida completamente distinta y absolutamente nueva para él. Venía de un mundo, donde sea porque la lluvia o el sol apremiaban, o simplemente porque las urgencias de la lucha por la vida obligaban a darle al tiempo un supremo valor, el ser humano siempre andaba apurado, luchando contra la aguja de reloj o la hoja del calendario, lo que evidentemente en esa villa no tenía mayor importancia. Su primer problema sería, pues descubrir los valores de reemplazo.

En ese estado de sus meditaciones estaba, cuando casi se tropezó con el rancho del Ñato Montero, ya que si alguna duda podía haberle, a pesar de haber seguido las indicaciones recibidas, para demostrarlo, estaba su propia e inconfundible humanidad sentada al frente del mismo.

Después de saludarlo, le explicó el asunto que lo llevaba, no sin antes mencionar a quien lo había recomendado.

-Lo que diga Antonio es una orden para mí -accedió ceremoniosamente-. Volvé mañana y te voy a tener listo el rancho. Si esta noche no tenés donde meterte, podés dormir en el mío. Vivo solo.

Aprovechó para contarle un trozo de la historia de su Juana y de cómo había quedado viudo. Ello dio motivo para que conversaran un rato y que ambos se sintieran atraídos por una recíproca y espontánea simpatía.

-Si querés, te lo levanto aquí nomás, al lado del mío, así nos acompañamos.

Bernardo aceptó con entusiasmo, pues ello le permitía, de entrada, tener rancho y amigo.

Al día siguiente, cuando regresé, pudo comprobar que el negro había cumplido su palabra: el rancho, efectivamente, estaba terminado. Lindaba al suyo por el lado Oeste.

Siguió el consejo del Ñato y después de almorzar juntos, se fue al río para ofrecer sus servicios al capataz Hueyo, quien lo contrató de inmediato en atención a quien le recomendaba. De paso lo preguntó por

su nuevo amigo y sobre los motivos por los cuales hacía tanto tiempo no se presentaba a trabajar. Fue así que Bernardo prometió hacer lo posible para traerlo.

Ese mismo día lo conocieron el Fiero Rodríguez y la Pelada; el Hachudo Canosa, Felisa y la Gringa, informados por el Ñato del nuevo vecino, también se dieron mañas para ello.

-Si usted me permite -le propuso a la Gringa- le voy a pedir a su hijo Roque que nos traiga un poco de vino y algo para picar, así festejamos mi instalación.

La Gringa, encantada con la idea, le ordenó a Roque que recibiera el dinero de Bernardo e hiciera las compras.

A los pocos minutos, estaba de regreso cargado de paquetes. Las botellas fueron descorchadas y su contenido pasó de inmediato a alimentar la imaginación y buen humor de los presentes.

Bernardo recordó lo que había prometido al capataz Hueyo, así que al mismo tiempo que le transmitía al Ñato sus saludos, lo animaba para que al día siguiente concurrieran juntos al trabajo.

Este aprovechó la oportunidad para volver sobre el tema de su desgracia, exclamando de tanto en tanto:

-¡Qué va a hacer un hombre solo, señor! ¡Triste la vida sin compañera!

Entre todos los presentes intentaron consolarlo y hasta le insinuaron que se buscara otra, pero él replicaba que ninguna mujer podía reemplazar a su Juana y que además, ya estaba demasiado viejo para esas cosas.

-Yo también he tenido un atraso -lo informó la Gringa, y así aprovechó para ponerlo al tanto de su tragedia con pelos y señales. Si bien al principio se hizo el propósito de ser lo más objetiva posible, pues estaban presentes los padres de Eugenio, el entusiasmo la alejó del mismo, lo que advirtió cuando la Pelada le dio un pellizco. A todo esto, el clima de la reunión se había puesto tenso, pues a su vez el Hachudo y Felisa empezaron a hablar de su hijo homicida. Pero en definitiva, como a todos les interesaba seguir siendo amigos, con la ayuda de los demás concurrentes, el tema de conversación fue, desviado a otros asuntos.

En ese momento apareció Paco caminando por la calle de acceso a los ranchos, de regreso de su trabajo. A voces lo invitaron a sumarse a la reunión y fue así como Bernardo pudo conocer al vecino, cuya amistad le recomendara especialmente el cura Miguel.

Fue evidente para el sacerdote el disgusto con que aquel se vio en la obligación de reunirse con ellos. Los presentaron y al poder observar mejor a Bernardo, también fue evidente el alivio que experimentó, satisfecho por el aspecto del nuevo vecino.

Fue cauto en sus respuestas cuando Paco empezó con las inevitables preguntas.

Cuando se presentó la oportunidad, también él preguntó, permitiéndole al otro, a su vez, hablar de su trabajo y sus preocupaciones y a él, lograr un respiro.

De todas maneras y aunque el desagrado inicial quedó superado, puso como excusa que Rosa lo esperaba y sin dejarse convencer por la insistencia de sus amigos que le pedían los acompañara un rato más, terminado el primer vaso, se encaminó hacia su rancho.

Poco a poco se fueron retirando los otros, hasta que quedaron solos con el Ñato. Cansados, minutos más tarde, se despidieron para ir a descansar.

Ya a solas, meditó sobre las experiencias vividas durante la larga jornada. Se sentía satisfecho, pues casi sin esfuerzo había logrado integrarse al grupo humano más antiguo de la villa miseria que, además, por lo que conocía de ellos, era él de mayor gravitación. Lo más importante era que a partir de ese momento podía considerarse parte integrante de la pequeña comunidad,

CAPÍTULO XV

Al día siguiente, cuando salió de su rancho, vio al Ñato tomando mate despaciosamente. Se saludaron y éste lo invitó, cosa que aceptó agradecido, pues sentía necesidad de algo caliente en su estómago. Casi sin hablar, durante un largo rato sorbieron por turno la bombilla de plata.

Cuando se sintió satisfecho, se levantó para retirarse.

-Me voy a la clasificadora -le anunció-. ¿Por qué no me acompañas, así le das un gusto a don Hueyo?

El Ñato siguió mateando como si no lo hubiera escuchado. Después de un silencio que se lo hacía largo a Bernardo, que de pie esperaba la respuesta, declaró:

-Y bueno... aunque ando medio descaecido, no me va a venir mal mover un poco las tabas.

Juntos se encaminaron hacia el río. La mañana estaba nublada y fresca, ideal para el trabajo rudo. Cuando estuvieron frente a Hueyo, éste no pudo ocultar su sorpresa y satisfacción.

-Hacía tiempo que te extrañábamos -lo saludó el Ñato-. Así ,l me gusta. No hay como el trabajo para hacerle olvidar a uno las penas.

Ese día le dieron duro a la pala. El Ñato volvió a ser otra vez el guapo de siempre. Junto con sus compañeros de cuadrilla, cargaron durante la mañana tres camiones. A mediodía decidieron quedarse a compartir la comida con los otros, para darle de nuevo duro a la siesta. Cobraron al término de su labor y se despidieron hasta el día siguiente. Hueyo no pudo evitar un comentario, lo que era ajeno a su costumbre, al saludar a Bernardo.

-Sos fuerte, pero no tenés pinta de paleador.

Ante el comentario, éste se sintió obligado a repetir la historia que explicaba su presencia en el lugar.

Cuando estuvieron de regreso, se fueron hasta el río a buscar agua y se higienizaron. Luego se sentaron frente al rancho del Ñato a descansar y a tomar mate.

Al verlos, los hijos menores del Fiero y del finado Paredes se acercaron para estudiar más a fondo al nuevo vecino. Bernardo los invitó a sentarse. Sintió más simpatía por Roque, quizá porque fue el primero que conoció. Como los chicos la volvieran a emprender con las preguntas, optó por contarles cuentos, lo que los mantuvo entretenidos un buen rato.

En eso estaban cuando apareció Rosa para buscar a sus hermanitos y llevarlos a preparar sus lecciones para el día siguiente. Al notar que estaban con el recién llegado, no le quedó más recurso que saludar, al tiempo que recriminaba a los chicos que estuvieran molestando.

-No se preocupe, señora, los chicos me agradan. Allá en el Litoral, dejé siete hermanos menores a los que extraño. Si usted me lo permite, yo les voy a enseñar.

-¿Y sabe usted? -fue su sorprendida pregunta.

Los chicos no esperaron más. Salieron corriendo a buscar sus útiles escolares, mientras Rosa quedaba plantada frente a Bernardo y al Ñato sin saber qué hacer.

-Anoche conocí a su suegra y a su marido ---comentó para inspirarle confianza-. Se acordaron elogiosamente de usted, de lo mucho que trabaja y se preocupa por su hogar. Vaya tranquila, que yo me ocupo de los chicos. Le repito, yo les voy a enseñar.

A todo esto, los chicos ya estaban de regreso, así que a Rosa no le quedó más remedio que retirarse. Con él quedaron, pues, Roque y Manuel de la Gringa, cuñados de Rosa, y León y Doroteo, sus hermanos.

Revisó sus cuadernos y mientras elogiaba su aplicación, les iba formulando observaciones. Le pidieron al Ñato que sacara afuera un mesón, y así, al aire libre, aprovechando las últimas luces del día, les enseñó sus lecturas y a escribir sus deberes.

El Ñato se entretuvo observando lo que hacían los niños para aprender. Cuando se retiraron, le comentó a Bernardo:

-¡Amalaya! hubiera tenido un hijo. Lástima que mi Juana no pudo dármelo.

-¿Que edad tenés? -le preguntó Bernardo emocionado, frente a la espontánea manifestación del brasileño.

-Ya voy para los sesenta.

Sus cabellos blancos formaban extraño contraste con su cara negra, cubierta de arrugas.

-¿Que te parece si voy a comprar algo para comer? -Le propuso Bernardo tratando de distraerle de su tristeza.

-Estaría bueno. Vamos *miti y miti* -le aclaró-. Después te doy mi parte. Preparo las brasas mientras tanto. ¡Ah ... ! y no te olvides del vino -le pareció oportuno recordarle.

Por la avenida central partió Bernardo a cumplir su cometido. María lo saludó con una sonrisa llena de simpatía, mientras le daba las buenas tardes y le decía con picardía:

-¡Que no se diga! ¿Otra vez por aquí? ---como si se admirara que se hubiera animado a quedarse.

-Ya estoy instalado -le comunicó-. El Ñato me construyó el rancho al lado suyo. De paso -recordó-- aquí le dejo para su marido los mil pesos de; derecho de piso.

-Mirá, de esas cosas no quiero saber nada. Son negocios de él y Alberto -le dijo tuteándolo y rechazando los billetes.

-Bueno, pero entregáelos vos -Le pidió él tuteándola a su vez para no desentonar.

-Si es solo eso, podés dejarlos.

Mientras cumplía los pedidos, continuaron conversando.

-¿Qué te parece la villa?

-No tan mala como me la habían pintado. El Ñato es una buena persona. Conocí también a los otros vecinos, que al parecer han simpatizado conmigo.

-Te habrán contado la tragedia. La Gringa es mi madre -lo dijo con tono seguro, descontando que el tema había sido comentado en detalle, cual solía suceder cuando llegaba algún desconocido.

Bernardo no se animó a negarle que así hubiera sucedido. Para restarle importancia a la cosa, le contestó:

-Por supuesto. De qué vamos a hablar los pobres, sino de nues- tras desgracias.

El pedido estaba cumplido, empaquetado y pagado. Pero siguieron conversando un rato más. El volvió a referirse a Antonio como a su marido. Ella le aclaró con brusquedad:

-Ese no es mi marido. Estamos amachinados, nada más -agregó con despecho-. Me ha comprado a mis padres por unas chirolas. Eso es todo. Contó que estaba en la ciudad efectuando compras para el almacén.

Como la respuesta lo dejara sin saber qué decir, se le ocurrió entonces pedirle una jata de galletas, recordando que no tenía nada para convidar a los chicos.

Ella trepó a una silla para alcanzar el último estante. Aún así, tuvo que estirarse para lograrlo. Al levantársela el vestido pudo admirar, involuntariamente, las líneas de sus pantorrillas y la blancura de sus muslos. Cuando ella descendió, se sentía turbado.

Mientras ponía sobre el mostrador el dinero que faltaba, la muchacha se dio vuelta y tomando dos vasos y una botella de vermouth, los llenó extendiéndole uno.

-Por tu instalación -brindó-. Hacía tiempo que no venía por aquí un tipo que valiera la pena -agregó mirándolo directo a los ojos con espontánea sinceridad, lo que hizo que por segunda vez se sintiera cortado.

Sintió alivio cuando llegó una cliente, lo que le permitió sorber un trago y despedirse. Ella lo saludó levantando la mano, mientras la cliente daba vuelta para seguirlo con la mirada.

-Está lindo el muchacho. Se ve que es nuevo por aquí. No le va a gustar a Antonio que venga seguido -rió.

-No sea mal pensada, doña Lola. Soy gallina que no cambia de gallinero -le contestó, riendo con ganas de la ocurrencia de la otra.

-Sos muy joven *entodavía* -insistió escéptica la mujer-. A la vida hay que sacarle provecho -agregó lanzando una carcajada-. Antonio ya debe andar medio descaecido para el amor y como tiene un metejón bárbaro con vos, no te va a decir nada si lo adornás un poco - agregó riéndose siempre.

María, esta vez, optó por callar y terminar de atenderla.

Cuando Bernardo llegó al rancho, ya estaban listas las brasas. El Ñato saló la carne y la puso a asar sobre los fierros que hacían de parrilla. Comieron despacio, pero con hambre. Cuando terminaron, el brasero sacó su radio a pila y escucharon un poco de música. A Bernardo la noche le pareció fantástica; las luces de la gran ciudad que se extendía hacia el Oeste, maravillosas. Aprovechó la oportunidad para dar gracias a Dios, por haberlo apoyado en la etapa que consideraba más difícil.

CAPÍTULO XVI

Al regresar Paco esa noche, Rosa le relató su experiencia con el nuevo vecino. No salía aún de su asombro: no sólo sabía leer y escribir, también estaba capacitado para enseñar a los niños.

Al día siguiente pasó por el rancho del Ñato para estudiar mejor a Bernardo, cuya personalidad lo empezaba a intrigar. Los chiquillos habían vuelto a concurrir para que les enseñara, y en ese momento guardaban sus útiles para regresar a sus hogares.

Se excusó diciendo que había ido a ofrecerse por sí le hacía falta algo y a agradecerle lo que se preocupaba por sus hermanos y cuñados. Los invitó a que los visitaran más tarde y a que se quedaran a cenar con él y Rosa. El Ñato se excusó y Bernardo después de asearse, se sentó a su lado para entretenerlo, mientras hacía tiempo, para ir a la cena.

El Ñato pidió que le comprara algo para comer. Bernardo, a quien la personalidad de María lo intrigaba, aceptó con gusto. Calculó que esta vez estaría Antonio y, de paso, podría conocer mejor a uno de los personajes más importantes del rancherío.

Cuando entró al almacén, tal cual supusiera, era Antonio el que estaba detrás del mostrador.

-Ya tengo los mil pesos de los derechos -le dijo sin saludarlo- ¿A qué venís ahora?

El recibimiento no era muy cordial y lo dejó cortado. No era lo que esperaba.

Una cosa era que no le resultara simpático y otra que se pusiera agresivo.

-Me mandó el Ñato para que le comprara unas costillas y un poco de pan -se apresuró a aclarar.

El nombre del Ñato desarmó a Antonio.

-¿Así que ahora viven a la par?

-Efectivamente. Eso de que 'el buey solo bien se jame' no es tan cierto. Los solitarios nos buscamos.

Antonio esbozó algo que con buena voluntad podría interpretarse como una sonrisa, con lo que se sintió aliviado. De pronto se abrió la puerta y apareció María, que había escuchado su voz y venía a incorporarse a la rueda. Al verla, su compañero le preguntó:

-¿Ya has terminado?

-Termino a más de un rato -fue su seca contestación. Luego, dirigiéndose a Bernardo lo saludó diciendo: "Cómo le va, don misterioso..."

-¿Misterioso yo? -rió Bernardo-- ¿y por qué, se puede saber?

-Y... -exclamó con picardía, dejando la pregunta sin respuesta.

-Digamé don Antonio -aprovechó él para cambiar de tema y hacerlo bajar la guardia- ¿no sabe de algún buen trabajo por aquí? Eso de palear en el ripio está bueno, pero se gana poco.

-¿Y qué querías? ¿Hacerte rico de entrada?

-No es eso, pero para palear me hubiera quedado en el Litoral.

-Es lo que te aconsejé de entrada. Darte media vuelta y mandarte a mudar. Aquí en Tucumán, con la crisis hay mucha hambruna. ¿O te creés que los que caen por aquí no quisieran algo mejor que el ripio o el basural?

Tiene razón don Antonio -se resignó Bernardo-. Habrá que esperar. ¿Y qué es de la vida del Ñato? -le preguntó a su vez.

-Ayer y hoy volvió a trabajar. Está más animado.

-Debe ser la compañía -le comentó Antonio. Pero volviendo súbitamente a su desconfianza inicial, agregó--: por lo que veo, hay varios que se han animado con tu presencia.

La alusión era directa; María y él se ruborizaron. Por suerte, a la luz de la lámpara no se notó. Después de la indirecta, consideró que ya había hecho bastante por ese día, en lo que a acortar distancia con Antonio se refería, y diciendo que se le hacía tarde, optó por retirarse. Como no podía ser vista, María aprovechó para levantar la mano en tren de saludo, como la noche anterior.

Dejó los comestibles en lo del Ñato, y siguió camino hacia lo de Paco, e hizo un rodeo para evitar el patio de tierra de la Gringa.

Cuando lo tuvo a la vista, se sorprendió con agrado pues el rancho era distinto a los otros. Del tipo del

almacén, casi parecía una construcción común. Gracias a la laboriosidad de Paco y Rosa, los pisos eran de ladrillo y las paredes de tablas bien colocadas. El techo de zinc. Tenía una pequeña sala-comedor y dos piezas. Al frente, cultivaban un pequeño jardín. El terreno, de unos diez metros de frente por veinticinco de fondo, estaba tapiado.

Nada le podía resultar más grato a Bernardo que la invitación de Paco. Pensó si el cura Miguel no tendría algo que ver en el asunto, pero prefirió callar su amistad, por el momento.

Esa noche conversaron y bromearon de lo lindo. Formaban una pareja simpática. Rosa le pareció un poco melancólica. "Serán lo sueños no cumplidos" -pensó-. Paco hablaba con entusiasmo de sus dos empleos, de sus aspiraciones y compañeros. Comentó que cumplía un horario de doce horas diarias; ocho en el ingenio y cuatro donde trabajaba como tenedor de libros, en un comercio de Guzmán. Los recursos eran pocos y las necesidades grandes. Tenían ya dos hijitos, más la Gringa y los suyos, más los estudios de Oscar. Todo a su cargo.

-Ya se recibe Oscar y ayudará -afirmó con convicción, como para animarla a Rosa-. "Si la montaña no viene hacia nosotros, nosotros iremos hacia la montaña" -rió, dando a entender que si no podían trasladarse a otro barrio moderno, convertirían al ranchería en un lugar agradable, a lo que aquella replicó que así venía diciendo desde hacía años.

Al rato llegó Oscar. Simpatizaron de inmediato. Le pareció un muchacho lleno de aspiraciones, decidido a hacer el bien y a triunfar.

De esa velada guardó un recuerdo imborrable.

A partir de ese día la actividad de Bernardo con los niños se fue ampliando: a los hermanos y cuñadas de Rosa, se agregaron los hijos de otros vecinos. Pero a medida que los niños aumentaban en número -no todos venían con el mismo espíritu de estudio, sino más bien a escuchar sus cuentos y aprovecharse de los juegos que organizaba- las pendencias empezaron a ser frecuentes y, con ellas, las quejas de los amigos del Ñato. La simpatía que le habían dispensado desde un primer momento la Gringa, la Pelada, Felisa, el Fiero y el Hachudo, empezó a enfriarse. El apacible rincón se había convertido, por su culpa, en un lugar bullanguero y revoltoso. Para peor, los muchachitos vagos de los otros sectores empezaron a hacerles la vida imposible a los que concurrían a estudiar y, de paso, a sus padres.

El que lo sacó de apuro fue aquel que tenía fama de hombre de armas llevar, que nadie se animaba a poner en dudas. Un día que las cosas habían llegado a su extremo, el Ñato llevó a los muchachotes más díscolos a su rancho y, una vez que los tuvo reunidos los notificó poniendo su cara más brava:

-Sepanse, grandulones de mierda que las *guaguas* de este sector son los hijos de mis *Cumpas*. Soy solo, viejo y ando medio *chacao*, así que no tengo nada que perder. Si siguen *jeringueando*, los achuro a ustedes y a sus tatas.

La arenga los dejó impresionados por venir de quién venía. Jamás a los mocosos se les hubiera ocurrido que al Ñato le iba a importar lo que hicieran. Así fue como un boliviano de unos 18 años se creyó obligado a decir:

-Velay, don Ñato, no es para tanto la cosa, pero se me hace que los "comelibros" van a echar a perder el barrio...

-¿Y de ahí? ¿Querés salir un *chalchalero* igual que tu tata?

-Yo no tengo ni tata ni mama -declaró el boliviano y se lo quedó mirando.

El Ñato no pudo con su genio y le pasó la mano por el duro y sucio cabello.

-¡Así que habías sido guascho! Qué se le va a hacer m'hijo. A ver, sientensé. Si hay alguno que corra hasta lo de Antonio, les convido unas cervezas. Les voy a contar una historia triste para que saquen conclusiones. Al minuto estaban todos sentados.

-Yo nací en un pueblo del lejano Brasil --empezó diciéndoles-- sobre las costas del Atlántico, una masa de agua inmensa más grande que toda la Argentina. Tenía padres y hermanos y salíamos con nuestros botes a pescar y a recibir los barcos que llegaban de todo el mundo. Veán ustedes dónde vengo a terminar: un rancho de paja, más solitario que un lucero y más pobre que una rata en barco abandonado, y fijensé -agregó- la cosa empezó como ustedes, peleando con el vecino, porque el que se acostumbra a pelear termina acostumbrándose a matar.

Eternizó sus memorias y los tuvo entretenidos e impresionados hasta que se puso tan oscuro que sólo se veía su cabello blanco, Bernardo, sentado a su lado, escuchaba tan extasiado como los jóvenes.

Cuando los supo con él, les lanzó la idea, tan de improviso que hasta el mismo Bernardo se sorprendió. Cada día apreciaba más a ese solitario, a quien las salpicaduras de todos los barros del mundo no habían

logrado endurecerle el corazón.

-Dendeveras -concluyó-. Aquí no queda otra cosa por hacer que organizar un club de fútbol y terminar con esta joda.

Las mágicas palabras "club" y "fútbol" abrieron insospechados horizontes en las mentes de esos jóvenes y niños que no maduraban de solo no tener en qué pesar. Cambiaron ideas para ver cómo podían llegar a concretar la iniciativa, sin siquiera tomarse el trabajo de aceptar formalmente la moción.

El Ñato los dejó que se dieran el gusto de opinar durante un largo rato. Luego, temeroso de que se enfriara su entusiasmo, empezó a intervenir para encausar la discusión.

En unos minutos, bajo su hábil dirección, quedó decidido el lugar más apropiado para instalar la cancha; la sede provisoria sería su rancho; el instructor, Bernardo; los días de práctica, martes, jueves y sábados; los días de competencia, domingos. Quedaba sólo por resolver lo aparentemente más difícil: elegir las autoridades.

Pero éstas surgieron espontáneamente y por unanimidad, pues se acordó que todos los presentes integrarían la comisión directiva, y no bien terminaba el Ñato de preguntar:

-¿Y a quién les parece que lo hagamos presidente?

Cuando ya todos gritaban alborozados:

-Con el boliviano jetón

Lonas Verdes será campeón.

Así que el huérfano, que no había conocido padre ni madre, pero sí travesuras y peleas, quedó consagrado, con gran emoción de su parte, máxima autoridad del flamante club.

-¿Cómo te llamás? --quiso saber entonces el Ñato.

-Roberto Mamaní, para servirlo, señor -fue la solemne contestación.

-¡No es cierto! Te llamás Jetón -gritó uno en la oscuridad y de inmediato el coro de pie, rodeándolo y palmeándolo con alegría, empezó de nuevo:

"Con el boliviano jetón,

Lonas Verdes será campeón."

"Con Mamaní presidente
no hay cuadro que nos enfrente."

Fue el Jetón quien propuso entonces:

-El Ñato debe ser el Presidente honorario. Que vote la comisión. Y así por unanimidad, en medio del general entusiasmo, la comisión directiva del club de fútbol "Lonas Verdes" lo eligió presidente honorario.

Ahora le tocó a él emocionarse. No hay nada que hacerle -pensó con disgusto-, estos cambios me están devolviendo las ganas de vivir. Terminarán haciéndome olvidar de mi Juana. ¡Malditos hurguetes! Seguro que se están riendo de mí.

Cuando se dispersaron los chicos, en medio de vivas y hurras, al quedar solos, Bernardo le dijo:

-Gracias, hermano. De buen lío me has sacado y todo por meterme a comedido. Has convertido a los leones en ovejas. No hay nada que hacerle -reflexionó en voz alta- el diablo sabe más por viejo que por diablo.

-No tengas cuidado -le respondió el otro, modesto-. El hombre bueno tiene más problemas que el hombre malo, Pero contame - agregó después de meditar un rato- ¿de dónde mierda se te ha dado por meterte en este infierno?

Como mentalmente elevaba en ese instante una jaculatoria a su Buen Dios en acción de gracias, se demoró unos segundos en contestar.

-¿Te creés que este infierno es menos infierno que el que está al otro lado del río? Te habrás visto obligado por las circunstancias a matar a algunos, pero tu corazón es oro puro.

Al escucharlo, el Ñato se sintió emocionado. Descorchó una botella y le empezó a dar al vino. Siguieron hablando en ese tono un largo rato. Luego le confesó que desde que veía niños alrededor suyo era otro hombre.

Los hijos que no le había podido dar su Juana. Ahora caía en cuenta por qué había estado dispuesto a ayudar desde el primer momento ¡su placer era sentarse a escucharlos dar sus lecciones; saborear los cuentos infantiles que les narraba Bernardo y que lo transportaban a través del espacio y del tiempo a sus padres, a su tierra! A medida que hablaba y vaciaba la botella, se ponla más triste, pero con una tristeza dulce, embriagadora. Tristeza de amor -la definió Bernardo para sí mismo-. Una vieja canción brotó de su garganta y despacito siguió canturreándola. Así lo dejó cuando se retiró sin despedirse, para no perturbarle.

Cuando a la mañana siguiente salió de su rancho, ya estaba despejado, dándole al mate amargo.

-Servite hermano -lo saludó pasándole uno recién cebado.

Antes de que terminara de levantarse el sol, ya estaban en camino hacia la playa del río donde funcionaba la clasificadora de ripio. El Negro silbaba, mientras daba largos pasos, la misma tonada de la noche anterior, que ahora resultaba casi alegre. Bernardo, entre tanto, rezaba mentalmente sus oraciones.

CAPÍTULO XVII

Para efectuar sus compras del día, Bernardo llegaba al rancho- almacén casi al anochecer, cuando terminaba de enseñarles a los hijos de sus vecinos y las reuniones para concretar un club social. Su horario venía a coincidir con el que empleaba Antonio para recorrer la villa y cobrar sus famosos derechos, o para otras actividades, de donde resultaba que rara vez se encontraban en el local. María lo postergaba sistemáticamente en el despacho de mercadería, a tal punto, que sólo después de atender su penúltimo cliente, se resolvía a encarar los pedidos del joven sacerdote.

Con la vivacidad que le era natural se daba mañas para entretenerlo con su charla, mientras, despaciosamente, acomodaba los paquetes. Acodada sobre el breve mostrador, no se cansaba de formularle preguntas y de comentarle las novedades del día, a tal punto que aquél, diplomáticamente para no ofenderla, debía recordarle que aún le faltaba bajar de los estantes el azúcar, o el pan, o el vino, o tal otra cosa.

-Siempre andás apurado -se quejaba ella entonces, sin poder ocultar su disgusto, al recordarle, con su observación, el motivo real de su presencia-. Viviendo solo no debieras molestarle que uno te dé un poco de charla.

-Es que el Ñato se impacienta. No te olvidés que es él quien prepara las, brasas, y cuando me demoro, me echa en cara que por mi culpa se han hecho cenizas.

Pero ella no se conformaba con la explicación y le refutaba.

-No te preocupes por el viejo, que nada tiene que hacer. Esperar a su edad, es una manera de matar el tiempo.

Frente a tan contundente argumento, a Bernardo no le quedaba otro recurso que proseguir la charla hasta que el despacho quedaba, al fin, cumplido. Para peor, tal cual le había anticipado a la joven, al regresar debía soportar las reprimendas de su amigo.

-Parece que palear no te hace *galguiar*. Cuando yo era de tu edad, a estas horas era capaz de comerme una tampera.

-Es claro, como ya has enterrado a todos los que podrían desmentirte, me venís con esos cuentos -le replicaba riendo--. Lo que te pasa no es que tengas hambre, sino que te desespera no tener a alguien a tu lado para que te aguante los cuentos.

Y en eso no se equivocaba, porque a medida pasaba el tiempo, más necesidad de auditorio tenía su amigo.

La cuestión fue que, imperceptiblemente, se fue acostumbrando a las chanzas de María, a tal punto que ya no intentaba interrumpirla cuando le daba a la lengua y a la risa. Consecuencia de ello que, con la demora, empezaron a encontrarse con Antonio, que actuaba de telón final de las amables tertulias, no en términos demasiado gratos, pues al tropezarse con el joven, le afloraban sus rudezas. Después que esto sucediera unas cuantas veces, la propia María se encargó de graduar sus charlas para evitar los encuentros entre ambos.

Una tarde que llegó al almacén, se encontró con que antes de formular su pedido de mercaderías, éste ya estaba empaquetado.

-¿Te has vuelto adivina?

-Total, siempre consumes lo mismo. Lo que pueda sobrar hoy, te hará falta mañana. Me divierte más charlar con vos que estar haciendo paquetes.

Una tarde, todo lo contrario de lo que solía suceder, la encontró tristonera y no pudo menos que preguntarle qué le sucedía.

-Es que alguien le ha cuenteado a Antonio que vos venís todos los días a *chamullarme* y que me estás afilando. Con ese motivo anoche ha venido encachilado queriéndome chapalear, hasta que lo he convencido que eran puros bolazos y que si me seguía amenazando me iba a mandar a mudar.

-¿Y en qué terminó la cosa?

-En cuanto lo amenacé con mandarme a mudar, echó culo y me dejó tranquila. Pero no ha quedado convencido, así que ahora me anda celando todo el día.

-¿Ves? Yo te decía que iban a interpretar mal nuestras charlas. Más de una vez me pareció que nos miraban algunas de tus alientas, como sobrándonos.

-Para lo que mierda me importa. Antonio nunca me ha dado la 'libreta', así que no puede exigirme nada.

-Bueno, pero comparado con las demás que viven por aquí, a vos no te ha tratado mal. Te da lo que querés.

-No se lo he pedido. El me ha comprado a mis padres a plazos y está pagando las cuotas, eso es todo. Cualquiera día me mando a mudar con alguno -agregó, coqueta, mirándolo de reojo, mientras se daba vuelta y llenaba dos vasos-. ¿No querés que brindemos por mi libertad?

Entre asustado y entretenido, Bernardo, para no irritarla más aceptó. No era afecto al alcohol, así que uno de sus problemas era compartir a cada momento los tomos y oblijo, haciendo pasar desapercibidos los muy breves sorbos con que despistaba a sus invitantes. En las oportunidades en que María le convidaba algún trago, no tenía problemas mayores, pues la joven no era afectada a la bebida; pero en esa ocasión hizo fondo blanco y se quedó mirándolo, a la espera de que la imitara. Como su vaso seguía casi lleno y no le sacaba los ojos de encima, se creyó obligado a decir:

-Ya sabés que no sé tomar.

-¡A la mierda! ¡Con tus refinamientos parecés un pituco!

-¡Lo único que faltaba! Que te enojés conmigo.

-¿Y con quién de no?

-Si te vas a enojar por eso, ya me lo tomo al trago -le dijo para apaciguarla, mientras su nerviosismo aumentaba.

Recién se le empezaba a ocurrir que había entrado en excesiva confianza con la joven. Diciendo eso, terminó de beberse el licor.

Por suerte para él, la joven miró su reloj y como se acercaba la hora en que solía regresar Antonio, le dijo:

-Mejor que te vayás. No sea la mala suerte que te encuentre aquí y se arme otro lío.

Ni lerdo ni perezoso, en el instante aprovechó la invitación para tomar su paquete y desaparecer. Mientras caminaba hasta el rancho, empezó a tomarle el peso a todo el episodio y a comprender cuánto perjudicaría su obra cualquier equívoco de la gente respecto a él y María. Como estaba agotado, resolvió postergar hasta el día siguiente el estudio de la situación.

Pese a su cansancio, el sueño demoró en venir. Llegó después, pero apenas si durmió unas dos horas, y otra vez estuvo despierto. Le achacó el @insomnio al vermouth, porque sentía fuertes ardores de estómago. Como no disminuían, optó por levantarse y salir a tomar un poco de aire fresco. Tampoco así logró sentirse mejor; era tal su necesidad de reposo, que ni podía pensar, ni rezar, ni hacer nada. Bebió un poco de agua y retornó al catre. Felizmente logró dormir un rato más; al despertar se sentía más descansado.

El Ñato resolvió declararse "decaecido", así que marchó solo al trabajo. Don Hueyo, a quien lo había caído en gracia, resolvió sacarlo por ese día de la pala y encargarle el control de los trabajos, debido a que el "tarjador" se había enfermado. Eso provocó el enojo de otro trabajador, que solía actuar de relevo en estos casos. Preocupado, Bernardo comentó el asunto con su superior.

-Ese se ha creído que porque a veces lo pongo de 'tarjador', ya no puede volver a la pala. No te aflijás.

-Sí, pero ahora me va a tomar bronca --objetó Bernardo, que se hubiera sentido más tranquilo sin la distinción.

-La vida es así -reflexionó Hueyo-. Cada vez que uno sube, otro queda abajo encachado. Si te vas a preocupar por eso, nunca vas a poder dejar la pala.

El episodio sirvió, al menos, para que olvidara el de la noche anterior, pero cuando regresó a descansar lo recordó nuevamente. Después de repasar sus relaciones con María, llegó a la conclusión de que podía estar tranquilo, ya que, en realidad, jamás le había insinuado absolutamente nada que no fuera pura amistad. "Lo que pasa es que anoche, con la rabia que tenía, debe haber dicho cosas que no sentía" -pensó "Seguro que hoy ni se acuerda".

Los hechos parecieron darle la razón, pues cuando llegó para efectuar las compras esa tarde, la notó igual que de costumbre y ni siquiera se acordó de Antonio, menos de sus celos.

Minutos antes habían estado de visita las hijas del Hachudo, y se pusieron a conversar sobre su triste profesión. Siempre curioso por desentrañar los misterios del corazón humano, fue él el que inició, las preguntas.

-Pero decime, ¿no se sienten asqueadas con lo que hacen?

-Todo lo contrario, parecen muy contentas ¿Pero te das cuenta lo que es no hacer nada y vivir bien?

-¡Cómo no hacer nada! -le recordó horrorizado- ¿Te parece que lo que hacen es no hacer nada?

-Bueno... pero no tienen que lavar, ni planchar, ni estarse de pie desde el alba, invierno y verano, como cuando eran mucamas.

-Ese era un trabajo digno. Con tu criterio, entonces, todos los que trabajan son unos desgraciados.

-No, no es eso lo que te quería decir -le aclaró la joven, aunque con aire de no muy convencida-. ¿Te das cuenta que las otras noches llegó al "dancing" el que había sido patrón de Elmina? ¡que risa! Dice que al principio no la reconoció y la invitó a sentarse a su mesa, y cuando a más de un rato le recordó quién era ¡si quería morirse!

-¿Y como terminó la cosa?

-Dice que al principio no sabía dónde meterse de vergüenza, pero que entonces ella le empezó a hacer cariñitos y al final le decía a cada rato: Pensar que te he tenido en la casa y nunca te hice nada, y que se morían de risa. Total que le hizo un buen regalo antes de irse.

-Y a vos todo eso te parece gracioso...

-¿Y que querés, que me ponga a llorar? Si casi me he muerto de risa. Tendrías que haberla oído contar el cuento a ella. Es distinto -se creyó obligada a aclarar.

-No sé cómo Antonio las deja que te visiten -fue su cortante conclusión.

-¿Y vos te creés que yo le voy a estar pidiendo permiso? No te olvidés que si no fuera por ese mierda serían mis cuñadas. ¡Pobre Eugenio! ¡Dónde estará ..!

-De buena te ha librado -le replicó indignado lo que la veía tan a gusto después de la visita de sus amigas.

-Uno de estos días les pido que me lleven a conocer eso -le confió ella inmutable-. Me han dicho que los domingos abren a la tarde. A esa hora me vendría bien, porque le puedo decir a Antonio que me he ido a una procesión, o cualquier cosa.

Francamente horrorizado, Bernardo no pudo decir nada. Tal era la indignación que lo poseía.

"Y pensar que me resultaba simpática y le tenía lástima" -se reprochaba-. Pero ella ya estaba hablando de nuevo.

-No te aflijás. Te lo decía para hacerte rabiar. Por Antonio no me importa, pero por Paco, sí. Me moriría antes de darle ese disgusto. Aunque, pienso que sí iría. Después de todo aquí nadie me invita a ir a ningún lado.

En ese momento sintieron el ruido de un motor que paraba en la ruta. Ambos pensaron en Antonio, así que sin más, se despidieron hasta el día siguiente.

Si la noche anterior había regresado preocupado al rancho, ahora lo hacía mucho más. Estaba totalmente desconcertado respecto a María y por ahí se le ocurrió pensar, en su beneficio, si no le habría estado tomando el pelo todo el tiempo. De sólo pensar que pudiera convertirse en una mujer de la vida, en brazos del mejor postor, sentía ganas de regresar y cantarle unas cuantas frescas. "Pensar que la veía distinta" -se decía a sí mismo - "y es igual que las otras. No vuelvo más".

Pero el caso fue que al día siguiente regresó, Durante la noche la había tenido presente en sus oraciones. Ante Dios, se convirtió en su abogado defensor. Le recordó hasta el cansancio que ella había querido ser una buena chica, seguir el ejemplo de sus hermanos, continuar sus estudios, llegar a ser alguien, pero que sus padres la habían vendido. "Después de todo, no se porta mal con Antonio" -le decía al Señor -. "Que yo sepa, no le ha faltado con nadie y lo más que hace, es desquitarse haciéndolo rabiar un poco al viejo. Pero le atiende el almacén y trabaja todo el día" -le pareció oportuno destacar como abogado defensor-. "Ni siguiera le ha llevado al altar, el muy sinvergüenza, con lo que la obliga a vivir en pecado ¿o no estaría en pecado?" -se detuvo a pensar- "porque ¿acaso no había sido moralmente coaccionada a entregarse a ese delincuente? Sí, Señor, y para ofenderte es preciso el pleno consentimiento y en este caso el mismo falta. Pero el "fiscal acusador" lo jaqueó recordando ante el Supremo Tribunal casos innumerables de mártires y santas que habían preferido la muerte antes que pecar, con lo que concluía que sus argumentos eran falsos, pues la presión ejercida sobre María por su madre, ya que la del padre no contaba al haber fallecido antes de la entrega, no era una presión i-r-r-e-s-i-s-t-i-b-l-e, de donde el honorable "fiscal" concluía que María sí estaba en pecado mortal.

Indignado ante el despiadado ataque del "fiscal", tiró las sábanas a un lado e incorporándose empezó a pasearse furioso delante del rancho. Así que la habían apartado de su novio, convertido a éste en asesino,

destruido su futuro y todavía estaba expuesta al fuego eterno. Ante el argumento, el fiscal pareció conmoverse, o por lo menos, así lo creyó en un primer momento, cuando lo escuchó decir:

-Bueno, puede que tenga razón Bernardo, que soy demasiado severo con esta pobre muchacha que tuvo hasta la desgracia de que su agraciado cuerpo, que hubiera hecho la felicidad de cualquier otra, careciera de la protección de padre virtuoso y de una buena educación. **El muy hipócrita del fiscal, casi lo hizo llorar de emoción mientras lo escuchaba.** "Pero ya que tenemos que ser benignos con María" -propuso- "lo seamos también con las hijas del Hachudo: ellas también han sido vendidas; ellas también carecen de educación; ellas también tienen padres desaprensivos y quizás -agregó- tienen más derecho a un trato benigno que la hija del Gordo Paredes que, en definitiva, salvo no tener libreta de casamiento, recibe el trato de una honorable matrona de todos sus vecinos y amigos; se dedica a una actividad honorable, ya que dígame lo que se diga de Antonio, nadie puede acusarlo de pretender obligarla a practicar la prostitución, pero la muy pícara, **la pobrecita como diría el padre Bernardo**, se solaza con los cuentos y anécdotas de sus amigas, se masturba mentalmente con ellos, las hace hablar y hablar de su vida la muy pícara, en fin... la pérdida de su condición de seres humanos. Así es, Señor Todopoderoso: esa es la defendida del padre Bernardo, de vuestro servidor.

Cuando el fiscal acusador terminó su formidable requisitoria, que había escuchado en silencio sin animarse a la más mínima interrupción, recién se dio cuenta de que estaba bañado en transpiración. Tembloroso, se introdujo nuevamente al rancho y como no podía coordinar sus ideas, cayó de rodillas y rezó febrilmente el rosario. Agotado, se tiró al catre y quedó sumido, como la noche anterior, en un sopor que lo hacía revolverse sin poder permanecer tranquilo. En sueños, venían las hermosas prostitutas a toquetearlo y a invitarlo a que las acompañara a su lechos de placer. María, sentada bastante lejos, reía y gozaba de sus desesperados intentos por preservar la castidad.

Cuando conseguía apartar a Elmina y a las demás prostitutas, aparecía ella completamente desnuda para excitarle y cuando, no pudiendo sofrenar más su naturaleza, se lanzó como un desesperado sobre ella para hacerla suya, el golpe que se dio al caer del catre revuelto, lo despertó, al tiempo que sentía cómo su propio semen le empapaba las piernas y los pantalones. Aprovechando que las tinieblas empezaban a disiparse, se encaminó trémulo aún, al río, donde se higienizó. Sin esperar un minuto más, se vistió y se dirigió a la ruta para tomar el ómnibus que lo llevara a la parroquia, pues sentía una irrefrenable necesidad de celebrar la Santa Misa.

"El demonio no descansa" -pensó--. De ahora en adelante, me acercaré más al Señor. El que confía en sus propias fuerzas, cae.

CAPÍTULO XVIII

A partir de esa noche comenzó a mirar a María con otros ojos.

Llegó a la conclusión de que el fiscal acusador tenía plena razón y que la muchacha, al final, no era sino una *chinitilla* cualquiera. Lo que antes en ella le parecía gracioso y simpático, dejó de serio y cada vez que llegaba al almacén, como ya sabía dónde guardaba su pedido del día, ya empaquetado, se daba mañas para tomarlo y salir de inmediato, con la excusa siempre de algún asunto urgente. La muchacha fuera de lanzarle una mirada de reproche o de resignación, nada podía hacer por detenerlo.

El tiempo que le quedaba libre lo dedicaba ahora a visitar a los amigos que iba ganando, especialmente aquellos que tenían hijos en edad escolar o enfermos. Como en el seminario le habían enseñado nociones médicas y primeros auxilios, solía comentar que en su juventud había seguido un curso de enfermería, con lo que sus actos pasaban como cosa natural. Se daba mañas para introducir el tema del cura Miguel dentro de sus conversaciones habituales, con el objeto de que los habitantes de la villa se fueran acostumbrando a la idea de que un cura no era una cosa del otro mundo; eso facilitaba la labor espiritual de aquel.

Un día llegó al almacén y como estaban solos, María lo encaró directamente:

-¿Qué te pasa que ya nunca te quedás a conversar un rato conmigo? Creía que te divertías con mi charla.

-¡Pero nada María! Sólo que estos últimos tiempos ando bastante ocupado con una cosa u otra. Lo que deberías hacer es correrte hasta lo de tu madre, ahí nos juntamos a trabajar por el club a esta hora. Te vas a entretener -agregó, quitándole importancia a la cosa.

-Si, pero no es lo mismo. Con vos se puede conversar, hacer bromas y pasar el rato. Nunca salís con porquerías y esas cosas. Después de todo ¿qué sé yo de fútbol? Quedate un ratito, no seas malo -le rogó, Pero entonces se acordó de lo que hablaron la última vez que estuvieron solos-. ¿O es por lo que te dije que Antonio andaba celoso?

-No. No es por eso. Te repito, entre el club, los chicos a quienes enseño, el Nato que se enoja si llego tarde... eso es todo.

-No sabes lo triste que me siento desde que no te quedás. Me parece que cualquier día me mando a mudar. Ya estoy harta de esta vida. ¡Si por lo menos lo quisiera a Antonio!

-Ya llegarán tiempos mejores. Después de todo Antonio te da buena vida. No te podés quejar.

-Quizá tengás razón. ¡Quién sabe lo que hubiera sido mi vida con Eugenio! A veces pienso en eso, con lo que le daba por andar chupando todo el día.

-La base de la felicidad es encontrarle el lado bueno a las cosas. Contentarse con lo que se tiene, cuando es aceptable. Yo que vos, me preocuparía con que Antonio te dé la 'libreta' como dicen aquí.

-Y qué saco con la libreta. Cuando te veo pienso si por qué no podría una casarse con un muchacho bueno como vos. Por qué ha de tener que ser con un viejo o con un borracho. ¡Por qué ... ! ¿Querés decirme ... ?

Bernardo se sintió conmovido ante la sinceridad de la joven. No pudo evitar pensar en lo poco que la conocía y lo mal que la había juzgado. Se sintió avergonzado y arrepentido e interiormente le dirigió un mensaje al fiscal: "¿Has visto que es buena? Ese que tenés que andar condenando a todo el mundo..."

-Mirá María, nadie hace en la vida lo que quiere, ni siquiera los más ricos. En la vida todo es relativo. Vos te quejás, pero fijate en tus vecinos. Serás de un hombre viejo, que después de todo no lo es tanto, pero al menos es serio. No será el ideal, pero es mejor que todo lo que tenés a tu alrededor.

-Así será -le contestó no muy convencida-. Para vivir así, mejor la han sacado las hijas del Hachudo. Por lo menos conocen las cosas lindas de la vida. Salen en auto, se van de excursión, se divierten. No te digo que no tengan que hacer sus cosas pero si como vos decís, no hay nada perfecto, pues me quedo con eso.

-¡Pero no hablés así María! Ni en broma. A ver si las pobres terminan sifilíticas, pudriéndose en un hospital. ¿Eso te parece bueno? -Ya sé, ya sé. ¡Pero yo no lo quiero a Antonio! Tengo juventud, qué querés que le haga -casi gritó con desesperación-. Está muy lindo todo lo que decís, pero quiero otra cosa.

A todo esto se le había acercado y le apretaba el brazo, como queriendo convencerlo con el gesto, al

fracasar su intento de hacerlo con sus argumentos. El le palmeó la mano suavemente, mientras enternecido le decía:

-Por favor María, controlase. Todos sufrimos en esta vida. Lo peor que podemos hacer es desesperarnos.

La joven se apartó de él, mientras se llevaba un pañuelo a los ojos. Luego, dándose vuelta, como si estuviera avergonzada de su momento de debilidad, se dirigió hacia adentro, mientras le decía:

-Disculpame, tenés razón. Hasta luego.

Quedó solo sin saber qué hacer. Le remordía la conciencia. Finalmente optó también por retirarse.

CAPÍTULO XIX

Ahora resultaba que María, siguiendo su consejo, partía todas las tardes de visita a lo de su madre y con ese motivo se encontraba con frecuencia con Bernardo instalado con los niños o con el Ñato al frente. Ya interiorizada de los asuntos del club, se ofreció para colaborar en la confección de las camisetas. Como colores, habían adoptado los de la bandera: azul y blanco.

Aún más, obligó a Antonio a donar unos cajones de vino y así pudieron organizar una rifa para recaudar los primeros fondos.

Fue la que más números vendió, pues obligaba a comprar a todos los que concurrían al almacén. Sin proponérselo, he ahí que estaba otra vez encima de sus hermanos, ayudándolos en lo que podía, cuidando de los hijos de Rosa y recuperando su buen talante.

El Fiero y la Pelada también empezaron a ocuparse del club y hasta el Hachudo y Felisa. Total que ahora todos tenían algo en qué entretenerse, lo que al mismo tiempo los vinculaba en una acción común. Como el club crecía en importancia, le pidieron a Paco se ocupara de las cuentas, lo que aceptó con gusto. La presencia de los muchachotes de los otros sectores ya no los ponía nerviosos, ni era motivo de grescas.

A dos, sin embargo, el cambio no agradó demasiado: Antonio, que no se resignaba a que María dejara su trabajo en el almacén para dedicarse a esta labor, menos sabiendo que para ello debía encontrarse frecuentemente con Bernardo; y a éste, a quien la presencia de María ponía cada vez más nervioso. Hacía todo lo posible por no encontrarse con ella, aun corriendo el riesgo a veces de resentiría, pero sus esfuerzos en ese sentido resultaban inútiles, ya que los ranchos estaban demasiado próximos.

El motivo de su nerviosismo era que ahora le parecía evidente que María se sentía atraída por él, lo que gracias a su discreción aún no había sido percibido por los demás, salvo Antonio.

La joven era cada vez más cuidadosa de su persona; sus vestidos más coquetos; sus sonrisas más agraciadas. Habiendo descubierto desde el primer día que Bernardo era un hombre educado, de buenos modales, trataba de ponerse a su altura. El dudaba si ella se daba cuenta de esa atracción, o si aún su sentimiento permanecía escondido en su subconciente. Rogaba que fuera esto último, pero temía ya tuviera plena conciencia de ello y que actuara así directamente porque estaba dispuesta a cualquier cosa si llegaba a darle oportunidad para ello. Después de todo, ella no se sentía obligada hacia Antonio, como le había insistido tantas veces, sino todo lo contrario, lo responsabilizaba de haberse apoderado de su cuerpo, sin tener en cuenta su voluntad. Se sentía comprada y vendida. Moralmente libre de hacer lo que quisiera.

Con el asunto de los bolivianos, de los ocupados en los basurales, de la avalancha de ex-trabajadores azucareros, de las continuas visitas de Alberto, poco tiempo le quedaba a Antonio para andar cuidándola.

Pero lo más grave no era que ella se sintiera atraída por él, tal cual empezó a descubrir, sino la inversa.

Más de una vez trató de definir sus sentimientos, pero siempre quedaba insatisfecho. Se repetía, que enfermo que conoce su mal, es enfermo que puede pretender curarse, pero que en cambio, enfermo que yerra en su diagnóstico, se encamina a la tumba.

Su primer diagnóstico fue simple deseo, atracción física. Pero lo rechazó, porque él había hecho voto de castidad a plena conciencia. Estaba acostumbrado, educado y disciplinado para dominar sus sentidos. En el ejercicio del sacerdocio, el trato con personas jóvenes del otro sexo era forzoso. María no era la primera mujer cuya silueta caía bajo sus miradas. No era la primera que le sonreía agradablemente, ni la primera que intentaba coquetear con él. El le había entregado su alma y su cuerpo a Dios y el solo pensar que pudiera traicionarlo estaba fuera de toda posibilidad.

Pero entonces, ¿por qué se inquietaba ante su presencia? Eludirla era peor ya que era como reconocer que lo atraía como mujer. ¿Qué clase de sacerdote sería, si a la primera muchacha bonita que se lo ponía por delante tenía esos problemas?

No la eludió más. Todo lo contrario, hasta empezó a buscarla, ¡Ahora sí que estaba a salvo! Tenía que ser natural, como con los demás. Pero ella al parecer, interpretó mal su actitud.

Comprendió que había equivocado, si no de diagnóstico, por lo menos la terapéutica. ¡Pero es claro! No había tenido en cuenta que ella ignoraba que él era un sacerdote. El escudo de una vestimenta especial no

lo protegía.

Volvió a su táctica original. Al principio María no pudo dejar de traslucir su sorpresa ante el súbito cambio. Ahora estaría preguntándose: '¿pero qué habré hecho que ha disgustado tanto a Bernardo? ¿Fue la vez que él me preguntó por Antonio y yo contesté una grosería? ¿O tal otra?' Y así sin poder descifrar el misterio. ¡Cómo se estaría torturando la pobre!, ¡como si no hubiera ya sufrido bastante!

Empezó a no ir a las reuniones del club, -ni, a lo de Paco. A quedarse con cualquier excusa en cualquier lado, pero lejos de donde pudieran encontrarse. Pero entonces, el primer sorprendido resultaba el Nato y los chicos que salían a localizarlo para traerlo a la rastra.

Decidió consultar el caso con el cura Miguel. Si bien lo veía por lo menos una vez a la semana para celebrar Misa y recibía los sacramentos, no había creído hasta ese momento oportuno confiarle lo que le sucedía.

El cura le dio la razón: no podía haber penetrado en su corazón ningún sentimiento o deseo digno de ser tenido en cuenta. "Claro - pensó al regresar - vaya a saber cómo le habré contado las cosas. Si de entrada le empecé a decir que si lo consultaba era porque sí nomás, pero sin considerar hubiera ninguna posibilidad de peligro, ¡qué más podría haberle dicho!

Como su intranquilidad aumentaba día a día. Como soñaba cada vez con más frecuencia cosas raras de noche y al despertar empapado en transpiración. Como sus amigos empezaron a observar en él signos de una conducta extraña, volvió a la consulta. Pero esta vez no disminuyó el grado de peligro en que se encontraba. Quizá, todavía lo exageró.

El cura Miguel, preocupado, no pudo evitar decirle espontáneamente:

-Justo ahora que se estaba empezando a operar el milagro de la transformación. ¡Dios mío, danos la gracia de tu fe para proseguir!

Oraron juntos en la capilla. Juntos leyeron los textos sagrados y luego los comentaron.

-La carne es débil. Sólo elevando nuestro pensamiento hacia el buen Dios podemos subsistir en la gracia --- concluyó el cura al despedirse.

Sin embargo, cuando ya salía, lo llamó de nuevo.

-Una manera de probarte a ti mismo es que le confieses que eres sacerdote, para que no llame la atención tu actitud, pero en ese caso corres el riesgo que lo comente. ¡Es demasiado secreto para una mujer! y entonces sería peor, pues creerían que los estuviste engañando a todos y podría llegar alguno hasta matarte.

-Sí, eso sería cobardía -reconoció Bernardo. Por su debilidad no era posible que se malograra lo tan milagrosamente obtenido.

Trabajó más duro que nunca en la clasificadora de áridos. Paleaba con furia, hasta quedar agotado. Sus compañeros, en especial el Nato, lo contemplaban asombrados.

-¿Qué querés hacerte rico paleando?

-Vine para hacerme rico y si no tengo otro medio, tendrá que ser paleando.

Lo peor era que los pensamientos tentadores se multiplicaban. Y no era nada eso, pues estando despierto podía oponer al demonio su voluntad. Lo grave era cuando caía dormido. Frente a los sueños estaba indefenso.

Su salud empezó a resentirse. Apenas se alimentaba, lo que agredido al trabajo intenso, se tradujo en pérdida de peso. Más de una vez se veía obligado a levantarse a medianoche y orar arrodillado sobre marlos.

Al eludir a María, ésta descubrió su violento amor por él. Ya no era el único que actuaba en forma extraña. Ella también empezó a ser indescifrable, especialmente para Antonio, a quien se le negaba, lo que daba lugar a violentas escenas. Cada vez que la tomaba, prácticamente tenía que violarla. Eran tres que vivían un infierno.

Lo que más alteraba a Antonio era que ahora todos estaban pendientes del intruso, dándole recetas y consejos para que se repusiera. Que trabaja demasiado; que no come nada; que no debe haber estado acostumbrado a esta vida; se ve que debe haber sido bien nacido; ¡pobrecito! qué desgracia le habrá sucedido para venir a parar aquí.

A María también la exasperaban estos mimos. ¡Resultaba que ella era la que sufría, la que se quemaba en su pasión, y el mimado era él! Pero sería... ¡qué diablos! ¿un marica? Después de todo ¿qué mujer se le conocía? Ya algunos habían caído en cuenta de ello y hacían sus comentarios.

En el ínterin, el club empezó a tener éxito. Los muchachos habían despejado el terreno elegido, que quedaba detrás de los ranchos fundadores, a unos doscientos metros, lo despedraron y ya estaba casi totalmente nivelado. Hueyo había colaborado logrando que unos amigos les enviaran una motoniveladora por dos

días.

El pasto brotó verde y le dio un hermoso aspecto. De acuerdo a lo previsto, las ejercitaciones empezaron y el presidente Roberto "Jetón" Mamaní pasó a jugar de centro delantero y como capitán del equipo.

Para darles más interés a los entrenamientos, formaron cuatro equipos locales dividiendo el rancharía en otros tantos sectores. Bernardo, que había practicado el juego desde niño, resultó un magnífico director técnico.

De entre los integrantes de los cuatro equipos locales, seleccionaron los mejores jugadores y formaron el cuadro oficial de primera división de 'Lonas Verdes'.

El centenar de ranchos amontonados se convirtió en una comunidad, por lo menos a los efectos del fútbol.

Oscar, el enfermero del club, sometió a los muchachos a un prolijo examen y como descubriera en algunos, síntomas de enfermedades graves, especialmente tuberculosis y sífilis, logró que se sometieran a tratamientos adecuados, no sin un gran esfuerzo. Muchos se resistieron y hasta se volvieron agresivos, pero sus propios compañeros ayudaron a poner las cosas en su lugar, demostrándoles que no había enfermedad vergonzosa, ni incurable. Fue una dura experiencia para el joven aspirante a galeno, pero le sirvió para afirmarse en su vocación.

El Jetón Mamaní resultó un elemento extraordinario: convirtió sus viejas inquietudes pendencieras y patoterías, en constructivas y orientadoras. De mediana estatura, pero de contextura extraordinariamente sólida, infatigable, resultó por lejos el mejor jugador del equipo y con un espíritu práctico innato, superaba la mayor parte de los problemas y contingencias de la precaria institución. Por fin llegó el gran día en que debían medir sus fuerzas con un equipo de larga trayectoria: el de la vecina población de Guzmán. Para mejor serían locales, lo que constituía, por un lado, una ventaja y por otro, un reconocimiento a la bondad del campo de deporte construido con el esfuerzo de todos.

Prácticamente, toda la población de 'Las Lonas Verdes' se volcó sobre la cancha. Muchos, por primera vez se veían la cara, pues los de un sector, poco trato tenían con los de los otros. Esto también no dejaba de constituir un riesgo, pues la mayoría llegó con la botella de vino a cuestas. En total, entre los hinchas locales y visitantes, más de tres mil personas rodeaban la cancha. Honrando el espectáculo, hicieron acto de presencia, el juez de paz, el comisario, la comisión directiva en pleno del club visitante, el cura Miguel, el delegado de la comuna de Guzmán y el capataz Hueyo. Cuando, sobre el mástil recién instalado flameó la bandera patria, una salva de aplausos la saludó entusiastamente.

El partido se inició con un amplio dominio del campo por parte de los visitantes, con más experiencia en estos torneos. Los locales, de puro nerviosos, no lograban coordinar su acción de defensa, ni de ataque. Cuando sobrevino el primer gol en contra, el ambiente se puso tenso. La barra local empezó con los estribillos para alentar a su equipo, y por supuesto, los visitantes que no eran pocos, con los suyos.

Desmoralizados los locales, siguieron jugando desordenadamente, pero tuvieron la suerte de que en el primer tiempo no hubieran más goles en su contra.

Después del descanso, pareció que gracias a las indicaciones de Bernardo y a que retornaran a la cancha más serenos, las cosas mejorarían. Durante veinte minutos las jugadas estuvieron equilibradas, pero sin quererlo, uno de los locales cometió una falta que fue sancionada por el juez con un tiro penal. Bien aprovechada la oportunidad por el delantero de los Guzmán, quedó convertido en un nuevo gol para su equipo.

Los más díscolos empezaron a protestar contra el fallo del juez. A partir de ese momento los ánimos se fueron encrespando, a lo que contribuyó en gran parte el vino ingerido bajo el rayo del sol. Los de uno y otro bando pasaron de las agresiones verbales a las contundentes y en un momento dado, el público invadió el campo y el juez tuvo que suspender el partido. Como resultaba imposible calmar los ánimos y las garantías habían desaparecido, los visitantes tuvieron que poner pie en polvoroso y huir a todo lo que les daban sus piernas para salvar la vida.

Al desaparecer los adversarios, los ánimos se calmaron al tiempo que se dispersaba la exaltada barra. La comisión directiva del club local consideró oportuno reunirse de urgencia para analizar la situación creada. Todos estaban desolados, en especial Bernardo, pues a través de la salvaje reacción de la barra, de su comportamiento en la cancha, quedaba de manifiesto lo poco que se había hecho y cuán mucho quedaba por hacer. Además, al brotar de sus escondidos rincones todo el elemento del barrio, recién tuvo una real impresión de cómo estaba constituido. El menos impresionado resultó ser el Ñato Montero, quien hacía años

había perdido su capacidad de asombro.

Si Bernardo estaba alicaído, los muchachos lo estaban más.

-Ahora nadie querrá jugar con nosotros -se quejaba el Jetón.

Como estaban en el rancho del Ñato, al rato se incorporaron el Fiero y el Hachudo.

-No se hagan mala sangre, en el fútbol las cosas son así. ¡Si pasa en Buenos Aires ... !

-En el fútbol muchas veces gana la barra.

Hasta el cura Miguel estaba en la reunión y al observar el desánimo trató, como lo habían hecho los mayores, de restarles importancia a los acontecimientos. Les contó anécdotas de una serie de partidos que habían terminado igual.

-Ya van a ver que esto se olvida pronto.

Bernardo, no muy convencido, propuso que se formara una delegación para que presentara sus excusas al club visitante y las relaciones quedaran restablecidas. Todos estuvieron de acuerdo, como también, espontáneamente, de pedirle al cura Miguel que actuara de intermediario para concertar el encuentro. Además, se designaron delegados para que visitaran los distintos sectores de la villa para comprometer a los más exaltados, de que en los próximos encuentros actuaran con menos violencia.

La delegación que debía negociar con el club de Guzmán el perdón y olvido, quedó integrada por el cura Miguel, el Ñato, Bernardo, Oscar, el Jetón y cinco de los muchachos de la comisión directiva. El cura quedó en avisarles el día que se fijaría para la reunión. Más reconfortados regresaron a sus ranchos. Bernardo acompañó al cura Miguel hasta la ruta y mientras esperaban el ómnibus, aprovecharon para cambiar ideas.

-No te desalientes. Estás cumpliendo una gran labor. La reunión de comisión directiva; más el hecho de que se reconocieran culpables; lamentaran los actos de violencia; decidieran prevenirlos para el futuro y designaran una comisión mediadora, es lo más importante de todo. Demuestra que ha nacido una comunidad con sentido de responsabilidad. Te lo vaticino y recuérdalo: dentro de unos años nadie podrá creer cuando alguno pretenda demostrar que aquí existió lo que existe hoy. Es importante que haya surgido un grupo directivo de entre ellos, con sentido de respeto y responsabilidad. De pase, ¿cómo anda tu asunto con María?

-Ahora piensa que soy maricón. Me odia y me ama al mismo tiempo. La situación es insoportable.

-¿Te duele que piense que eres maricón?

-¡Por supuesto!

-Ahí tienes algo más que ofrecer al buen Dios. Lo que le será más grato: la humillación que puedan inferirte los hombres en consecuencia de tu amor hacia El.

-Ofrendarle mi humillación no es problema, desde el momento que estoy dispuesto a ofrendarle mi vida. Lo es, en cambio, que si me pierden el respeto ¿cómo prosigo mi actuación? Esta gente no concibe al hombre sin mujer. Lo inmoral para ellos es no tenerla, mucho más, rechazarla.

-La vida es el don máspreciado que nos ha dado el buen Dios. ¡Qué fácil que los hombres la ofrenden! En las guerras de naciones y en las guerras privadas, por un "quítame de allí esas pajas", sacan sus armas y están prontos a destruir la obra divina. Pero en cambio, ofrendarle una humillación, un pequeño sacrificio, una privación de algo que nos agrada, de tan insignificante que nos parece ¡cuánto cuesta! ¿Que sólo nos agrada condenarnos por las cosas grandes? Nos dicen maricón, y ¡vaya si me lo habrán insinuado! y estamos dispuestos a claudicar. Nos dicen: "la bolsa o la vida" y por conservar la bolsa entre- gamos la vida...

Bernardo no supo qué responder. Hacía tiempo que lo desconcertaba ese cura de bautismo, primeras comuniones y extremaunciones, que hasta cobraba por impartir los sacramentos, lo cual, como a él le constaba, no se traducía, ni en la calidad de su comida, ni en la blandura de su lecho, ni le suprimía hilachas a su sotana.

El cura, pensando que Bernardo quería que le ampliara el tema, ante su silencio continuó:

-Lo que hace desgraciado al hombre y le crea mayores conflictos es su inclinación a poseer, Pareciera que, percedero por definición, no seguro de la promesa de inmortalidad debido a la falta de fe, para él, el poseer, sean bienes, honores, placeres, la voluntad de los demás, le dieran la sensación de permanencia, de seguridad, tal cual el náufrago cuando se aferra a una débil tabla. Poseer le da la impresión de que se prolonga en el tiempo y en el espacio. El ayuntamiento con la mujer es lo que más le da esa sensación, pues ello ha sido ordenado por la naturaleza para procrear, que es la única y real posibilidad que tiene la carne de perdurar en este mundo. Cuando no es para procrear, se posee a la mujer, no tanto para gozarla, sino simple y sencillamente para poseerla, para decirle: eres mía, o te hice mía. Cada vez que alguno ha poseído una mujer, al apoderarse de su cuerpo, lo hace con la ilusión de apoderarse de su alma. Se considera un pequeño dios, con un reino propio, incluso, el desprecio que siente el hombre por la mujer poseída, tan frecuente, es el

equivalente del sentimiento de todo poseedor respecto al objeto poseído, o sea que está a su disposición y puede hacer de él lo que mejor le plazca. El "ius utendi frendi y abudenti" con que los romanos definían el derecho de la propiedad. El Señor para probar tu sinceridad, pone un pequeño obstáculo en tu camino, pues quiere saber si en verdad estás a Su servicio, o al tuyo. Esa piedra se llama María y tu dices: si no la tomo a María, si no convierto a María en objeto de mi posesión, fracasaré en la obra que me propuse de incorporar "La Lonas Verdes" al rebaño del Señor, pues el rebaño me despreciará y entonces no lo podré conducir. Ergo, debo tomarla a María para que el rebaño me respete y acate mis órdenes y pueda yo ser grato al Señor por haberlo conducido a sus pies, y al haberle sido grato, viviré en El eternamente, pero también en el recuerdo del pueblo rescatado. Pero resulta que tu argumento es falso, porque sabes que el Señor no aceptará de ti ninguna obra que suponga el haberlo negado, lo que habrás hecho si tomas a María, luego, tú simplemente te conformas con perdurar en la memoria del pueblo, despreciando así perdurar en el Señor.

-¿Sería eso orgullo?

-Por supuesto ¿qué es el orgullo sino la estúpida pretensión de querer vivir sin necesidad de Dios?

-Entonces ... ?

-Simplemente sé lo que te propusiste ser. Si eres capaz de responder a cada afrenta con una oración, triunfarás. Si no, tu caída moral es cuestión de horas. Nada ganarás con huir. Debes librar tu batalla y vencer o morir. Tengo la seguridad de que a pesar de las heridas que recibas en el combate, saldrás vencedor, puro y limpio. Un solo consejo me permito darte: si lo que estás haciendo lo consideras obra tuya, pecas de vanidad, en cuyo caso el demonio ya te ha tomado en sus manos. Si consideras que simplemente has sido elegido para realizar la obra de Dios, como mero instrumento, el Señor te protegerá y en la oración encontrarás la fuerza necesaria para vencer la tentación, y la inteligencia necesaria para encontrar solución a tus problemas. Dios pone a prueba a sus elegidos. Cuando más te acercas a El, más permite que el demonio te tienta para probar hasta qué punto la amistad, que dices manifestarle, es sincera.

Aprovechando que estaban solos y que el ómnibus no aparecía, Bernardo cayó de rodillas a los pies del cura y le pidió su bendición. Después de recibirla le prometió:

-Así obraré. O logro vencer al demonio a través del sacrificio y la oración, o renuncio a mi empeño, en cuyo caso me encerraré en alguna abadía para realizar las más humildes tareas en humillación por mis pecados.

-Rezaré por ti y estaré a tu lado cuantas veces me necesites. Lo estrechó en sus brazos y se despidieron.

CAPÍTULO XX

El cura Miguel cumplió con toda eficacia la misión que le habían encomendado. Ayudó el activo Delegado Comunal de Guzmán, de modesta extracción social, jubilado como empleado y que ahora volcaba sus inquietudes en realizar una extraordinaria administración. El fue quien remató la acción que venía desarrollando el cura en pro de la reconciliación:

-A esa gente hay que ayudarla. El club es el comienzo. Terminenlá, dejensé de hacerse los chiquitos y acuerdensé de nuestros duros comienzos y en lugar de andar haciéndose los enojados, les demos una mano. Que no se diga después que no les hemos colaborado.

El sábado siguiente a la tarde quedó fijado como fecha para que los de "Las Lonas Verdes" concurrieran a presentar sus excusas.

Ese día, la comisión especial designada a tal efecto, partió desde el rancho del Ñato, encabezada por éste, el Jetón Mamani y Bernardo. El cura los esperaba en la sede del otro club.

Al llegar, fueron recibidos con el protocolo del caso, por el presidente del club agraviado, Benito Pérez, por su secretario, Rogelio Fernández y por el tesorero, Orlando Cuello. Los hicieron pasar al salón donde los esperaban los demás miembros de la comisión directiva, el cura Miguel y el delegado comunal Juan Cruz. Una vez que todos hubieron tomado asiento, el presidente dio por iniciadas las deliberaciones.

El primero en hacer uso de la palabra fue el cura Miguel. Invocando su carácter de párroco se colocó en una posición imparcial, ya que todos eran sus feligreses. Apelando a su autoridad espiritual, los exhortó a la unión. Destacó la importancia del deporte en el desarrollo físico y moral de los pueblos y puso como ejemplo al club de Guzmán, cuya trayectoria historió con gran emoción de los presentes, especialmente de Juan Cruz, uno de los fundadores.

A la exhortación del cura, contestó Rogelio Fernández por los dueños de casa. Su conclusión, que los visitantes escucharon con la cabeza gacha, fue, que sin recíproco respeto, no puede haber deporte.

Después de tragarse el sermón sin chistar, tomó la palabra el Jetón. Fue breve y conciso:

-Les pido disculpas en nombre de todos los de la Villa por el despelote que se ha armado. Velay ha sido nuestro primer partido en serio y sobre que íbamos perdiendo, de puro ojete nos meten un penal. Eso es todo.

Más de uno hizo esfuerzos por contener la risa frente a tanta sinceridad, lo que sirvió para romper el hielo e inclinar a todos hacia la idea de echar el asunto al olvido.

De acuerdo al programa previamente trazado le correspondió hablar a Bernardo, quien expresó:

-Nuestro presidente tiene razón. Todo ha sido consecuencia del exceso de entusiasmo, que, como todo exceso, ha dado malos resultados; pero ustedes deben comprender que sin entusiasmo las grandes realizaciones no se logran. Si hubiera habido indiferencia, no se hubieran producido estos hechos desagradables, pero el club no hubiese podido siquiera nacer.

Se extendió en su exposición haciéndola girar siempre sobre el mismo tema. Después, prácticamente hablaron todos los miembros de ambas directivas. El acuerdo era total, pero nadie quería renunciar al honor de intervenir en tan memorable debate. Cuando al parecer el tema estaba agotado, Benito Pérez, con su hablar pausado, girando y moviendo su cabeza como péndulo, les dio la absolución:

-Todo queda olvidado, como debe ser entre hermanos y compañeros. Nuestro club es un ejemplo de lo que podemos hacer los humildes, cuando *amíchan* sus esfuerzos. No sólo todo queda olvidado, sino que de aquí en adelante les vamos a brindar nuestro apoyo para que ustedes concreten el magnífico objetivo en que están empeñados.

Grandes aplausos sellaron las palabras del presidente. A partir de ese momento, en que se dio por terminada la reunión, todo fue camaradería y entusiasmo. Proyectar futuro, eso fue lo que hicieron, mientras daban cuenta de unas sabrosas empanadas que los de Guzmán habían hecho preparar para homenajear a los visitantes.

Regresaron, bastante entrada la noche, por la ruta cantando y bromeando. Al cura Miguel lo acompañaron hasta que tomó el ómnibus que lo llevaría a la casa parroquias. Al pasar frente al almacén de Antonio y observar la lámpara encendida, al Ñato se le ocurrió, como en los buenos tiempos, que debían

entrar para saludarlo, pese a la insistencia de Bernardo de que siguieran adelante, cosa que hicieron quienes los acompañaban, entre ellos el Jetón, argumentando que al día siguiente tenían entrenamiento.

Cuando entraron al saloncito que servía como despacho de mercadería, lo que hizo el Ñato sin llamar a la puerta, se encontraron con una extraña rueda que integraban tres desconocidos de aspecto poco recomendable y Antonio. María entraba en ese momento por la puerta que daba al depósito, trayendo botellas y comestibles.

-Buenas -saludó el Ñato con tono menos seguro que cuando decidiera entrar-. Pasábamos y vimos luz -agregó dirigiéndose a Antonio, como si ese detalle justificara su súbita incursión- por eso se nos ha ocurrido dentrar un rato.

-Hola Ñato. Para vos siempre hay un vaso de vino en esta casa. Pasá y sentate.

Como nada decía a Bernardo, quien también había saludado al entrar, el Nato le advirtió su presencia.

-Estoy con Bernardo. Venimos de hacer las paces con los Guzmán. Ese asunto nos tenía a mal traer, pero gracias a Dios ha terminado de lo más bien.

A todo esto, Bernardo agregó:

-Espero que no molestemos, don Antonio.

-Qué vas a molestar chango. Sentate nomás. Si ya sos renombrado de ser bien recibido en todas partes, sobre todo donde hay chinitas lindas.

Prefirió no responderle. "Mal empieza la cosa" -pensó--. "Maldito Ñato que se le ha ocurrido entrar en vez de seguir viaje".

Los que estaban instalados, también los saludaron mientras corrían las sillas para hacerles lugar. Dos de ellos eran altos y el otro bajo, todos con sombreros puestos que les echaban sombras sobre sus rostros. Era evidente que debían ser hombres de acción. A Bernardo le tocó sentarse entre el Ñato y el más bajo y fornido de los desconocidos, que mordía nervioso un cigarro de chala apagado.

-Estos son *cumpas* de Alberto -se creyó obligado a aclararles Antonio--. Se van a quedar en su rancho unos días a donde los ha mandado a "veranear" hasta que la policía se olvide de algunas cosas.

Como eso era frecuente que sucediera, no les llamó la atención.

-Si son *cumpas* de Alberto, también lo son míos -declaró el Ñata, más por ser atento que porque así los considerara-. De paso, ¿qué le pasa a Alberto que se lo ve tan poco? Ya no cae ni por lo del Hachudo.

-El *cumpa* se está haciendo importante y no se da tiempo para los pobres.

-Es un "vivo" -saltó el más bajo de los forasteros-. Decí si no. Nos arregla con unas chauchas para que hagamos lo que él se caga por hacer. Anda con las manos limpias, mientras otros nos las tenemos que ensuciar por él.

Al dueño de casa no le agradó lo que acababa de escuchar, pero nada respondió. Simplemente lanzó una carcajada, como si le hubiera hecho gracia.

-Lo que dice el Petiso es cierto -se amoscó otro--. Vos podés reírte nomás, total... si algo sale como el culo, los que vamos a cagar somos nosotros.

El ambiente se estaba poniendo tenso y así lo percibieron los recién llegados. Al Ñato se le ocurrió decir, para bajar la tensión:

-No hay que andar quejándose, muchachos. En todas las cosas de la vida, siempre habrá uno que agache el lomo y otro que cobre rascándose el pupo. Bueno, por la salud de los presentes -invitó levantando el vaso. Los demás lo imitaron sin agregar palabra.

María se había quedado sentada al fondo, contemplando la escena, a la espalda de Antonio, sus ojos fijos en Bernardo.

Como el primer brindis le salió bien, propuso, otro, esta vez por el restablecimiento de las relaciones con el club de Guzmán. El éxito fue idéntico. Todos bebieron, pero sin formular comentarios. Entonces Antonio propuso un tercero:

-Por Bernardo, que bendito siga siendo entre las mujeres...

Al Ñato le llamó la atención que por segunda vez Antonio aludiera a Bernardo en términos que no terminaba de comprender, por lo que se le ocurrió preguntar, en tren de aclaración:

-¿Qué le andás arrastrando el ala a alguna?

Nervioso, el aludido no supo qué responder, mientras los otros siempre serios bebían a su salud el tercer vaso. A todo esto, María se revolvía intranquila en su silla.

Como la botella se había terminado, Antonio ordenó otra. La joven se levantó a cumplir el pedido. Cuando después de descorcharla la puso sobre la mesa, la luz de la lámpara le dio en el rostro de lleno.

-¡Está linda la María! --exclamó Antonio mirándola ostensiblemente- ¿No te parece, Bernardo?

Los demás cayeron en la cuenta de que algo sucedía y que estaba relacionado con María, lo que empezó a afligir seriamente al Ñato, quien en un intento por disminuir la tensión que se había apoderado de todos, contestó por Bernardo.

-Mirá Antonio, la compañera de uno será siempre la más linda de las mujeres.

-¡Pero si Bernardo no tiene compañera! Por eso la más linda para él, tiene que ser la de otro.

El Ñato pensó que tal cual estaban las cosas era inútil tratar de desviar el tema. Por alguna razón que él desconocía, Antonio se sentía celoso de Bernardo y si a eso se sumaban las copas... Mejor era retirarse -pensó- pero, ¿cómo?

-Yo tengo mucho que hacer para andar perdiendo el tiempo con las mujeres de los demás -se defendió Bernardo-. Respeto la propiedad privada -agregó sonriendo esta vez.

Pero los celos tenían enloquecido a Antonio. Su explicación lo exasperó aún más. La sonrisa lo había abandonado y en su rostro se reflejaba el odio profundo que sentía. Súbitamente se puso de pie y le gritó:

-¡Yo te voy a dar que andés gateando mujeres ajenas!

Todos se pusieron de pie al mismo tiempo. Antonio estaba con el puñal en la mano. Nadie atinó a hacer algo en un primer momento. Bernardo, de soslayo midió la distancia que lo separaba de la puerta. La mesa se interponía entre ambos, pero aquel de un manotón la volcó apartándola. El Ñato de un salto se puso en el medio, resuelto a todo.

-Antonio, estás mal del mate. Bernardo no se separa de mí y si se me hacía que andaba en esas cosas, te lo hubiera advertido.

María se estará dando cuenta de que lo que pretende no es tan fácil -se consoló pensando Bernardo--. Esta, con los ojos desmesuradamente abiertos, quizá recordaba la primera tragedia que había desencadenado sin proponérselo y que le costara la vida a su padre y convirtiera en un paria a Eugenio.

Ante la imponente figura del Ñato, Antonio vaciló. Bernardo aprovechó para retroceder hasta la puerta.

-Vamos Ñato. Algún cuentero le ha venido con chismes a Antonio. Mañana cuando esté más tranquilo, venimos y se lo aclaramos todo.

El Ñato también empezó a retroceder. Antonio seguía inmóvil. Cuando salieron, la escena no ofrecía variantes: Antonio, parado puñal en mano; atrás, María con las manos sobre la boca; los tres maleantes en círculo, inmutables, como a la espera de recibir órdenes.

Cuando llegaron al rancho, recién hablaron:

-¿Así que en esas habías andado ... ?

-Lo único que faltaba, ¡que vos también lo creas!

Se dio vuelta indignado y entró al suyo sin decir una palabra más.

CAPÍTULO XXI

Tal cual había previsto Antonio en el informe a su socio, el asunto de los bolivianos trascendió y determinó que otros se rebelaran contra su autoridad. Informado de que se habían levantado un nuevo grupo de ranchos por el lado norte, resolvió realizar personalmente una visita de inspección, para notificarlos de paso, que eran unos intrusos y que a la brevedad debían normalizar su situación.

Su gira constituyó un verdadero fracaso. Su autoridad fue abiertamente desconocida y no faltó alguno que directamente lo amenazara con matarlo si insistía en sus pretensiones. Comprendiendo que como estaba solo, si se llevaba adelante la disputa, estaba perdido, metió violín en bolsa y optó por regresar al almacén. De inmediato envió a decir a Alberto que lo visitara, que tenía novedades que comunicarle.

Esa misma tarde apareció su socio, bastante intranquilo; no era común que Antonio le enviara ese tipo de mensaje. Informado de la nueva situación le dio la razón por haberle dado carácter de grave y urgente. Quedaron con que al día siguiente, un grupo de matones seleccionados se trasladarían al rancho de Alberto para colaborar con Antonio en su intento de restaurar el orden subvertido. Además, Alberto insistiría ante el comisario para que enviara nuevas comisiones policiales que molestaran y amedrentaran a los intrusos con cualquier excusa.

Al día siguiente, el nuevo barrio que habían formado los "cirujas" recién instalados, fue sorprendido con la visita de una numerosa comisión policial, que les pidió, exhibición de documentos y sus antecedentes personales.

Los primeros que tuvieron que habérselas con la comisión, no tuvieron la suerte de los bolivianos y ante la imposibilidad de poder exhibir sus documentos, fueron detenidos en averiguación de antecedentes. Por otra parte, los representantes del orden -como no las tenían todas consigo dada la catadura del elemento que los rodeaba- no hicieron mucho por detener o investigar a los que se habían ocultado.

El procedimiento provocó gran indignación entre los cirujas de ese sector, pero también entre los de los otros, que vivieron la zozobra de la presencia policial.

Al anoecer empezaron a reunirse los afectados en pequeños grupos, para analizar la situación. Nadie ponía en duda que la presencia de la policía estaba vinculada con la resistencia opuesta a los pretendidos derechos de Alberto y Antonio, mejor dicho de Antonio, figura visible de la sociedad formada por ambos.

Al tener noticias un grupo, que a corta distancia estaba reunido otro considerando el mismo problema, se trasladaban a ese lugar, de tal manera que poco antes de la medianoche, más de cincuenta cirujas se encontraban reunidos en un descampado en el extremo noroeste del rancharía, a pocos metros de la playa del río, cambiando ideas sobre la actitud a adoptar.

Deliberaban a media voz, lo que daba a la asamblea un aire conspirativo. Para que la opinión de uno pudiera ser conocida por los demás, era preciso transmitirla en cadena de boca a oído y de oído a boca. Por el mismo sistema, eran retrasmítidas las objeciones o asentimientos.

Lo que más los irritaba era que, para poder trabajar, ya tenían que dejar parte de sus ganancias en manos de otros, por lo que, los derechos de residencia venían a disminuirlas aún más. Numerosos asistentes habían destacado esa circunstancia y si podían encontrar lógico pagar a capataces o contratistas para que les aseguraran trabajo, sin cumplir mayores requisitos, no lo encontraban por pagar un derecho para levantar sus precarias viviendas en terrenos que se decían fiscales.

Esta posición la estaba ratificando un hombre que suplía la pierna que le faltaba con una muleta y que más impaciente que los otros, en vez de utilizar el sistema de transmitir sus ideas de boca a oído, se movía entre los concurrentes con ágiles brincos informándolos directamente.

Cuando todos estuvieron de acuerdo, se entró a considerar lo que cabía hacer para obligar a Antonio a retroceder. Muchos expresaron su temor pues sostenían que teniendo la policía de su parte, como había quedado demostrado esa mañana, no los dejarían en paz si no pagaban.

El rengo, que hasta ese momento demostrara tanta seguridad, vaciló bastante antes de proponer algo concreto. Su primera idea fue solicitar a sus contratistas, que se valieran de su influencia para contrarrestar, la

acción de Antonio. Pero también pensaron que, con toda seguridad, a los contratistas, a quienes les sobraban solicitudes de trabajo, no les interesaría meterse en un asunto como ese.

No quedaba otro camino que defenderse con sus propios medios, que bien pronto quedó claro no podía ser sino uno: la eliminación física de quien los extorsionaba.

-Darle una paliza, para lo único que servirá es para que después se desquite mandándonos presos a todos -los hizo reflexionar el de la muleta.

-Se me hace que 'Pata i' Palo' tiene razón -apoyó un boliviano-. Muerto el perro, muerta la rabia.

La unanimidad fue inmediata, pero restaba determinar cómo, cuándo y sobre todo quién llevaría a cabo la acción.

Como ninguno se ofrecía para cumplir el cometido, 'Pata ¡'Palo' sugirió que podían encargarle el asunto a un tal 'Perro Rabioso'.

Su acierto debió de ser muy grande, pues a nadie se le ocurrió otro nombre. Quedaron en que el de la idea sería quien se encargaría de buscar al elegido y arreglar con él los detalles, y también, de que cada uno de los presentes aportaría el equivalente de tres jornales para retribuirlo si llegaba a tener éxito en su misión. Luego la asamblea se disolvió.

CAPÍTULO XXII

Lo que no previeron los cirujas fue que al día siguiente, mientras "Pata ¡'Palo" lo buscaba en el basural a "Perro Rabioso", que vivía en otra villa miseria ubicada más al sur, los matones comprometidos por Alberto se presentaban ante Antonio para hacerse cargo de la acción a cumplir. Eran los mismos sujetos que estaban en su almacén el día que disputara con Bernardo.

Antonio los llevó de inmediato al rancho de Alberto, donde quedaron instalados. De esta manera el vecindario pensaría eran unos de los tantos ladronzuelos a quienes su socio proporcionaba aguantadero, mientras la policía olvidaba sus últimas fechorías.

Como Alberto los había instruido sobre lo que debían hacer, no fue necesario que abundara en mayores detalles. Después de cambiar ideas, llegaron a la conclusión de que lo más práctico sería que se presentarían a cobrar los famosos derechos y que al primero que se negara a efectivizarlos, le incendiaran el rancho. Calcularon que con tres o cuatro sería suficiente, y que a partir de ese momento nadie se atrevería a disputarles su autoridad.

-Total, no nos pueden ir a alcagüetiar, porque ahí nomás los meten adentro -afirmó seguro uno de los matones, que indudable- mente era el jefe del grupo y al que llamaban Petiso.

-Bueno, descansen nomás -los invitó Antonio -. Ya les voy a hacer mandar la comida. Mejor que no se asomen por el boliche. Empiecen a la tardecita, cuando los cirujas ya están de vuelta, para que después no anden palanganeando que si ellos hubieran estado no pasa nada.

Mientras esto ocurría en "Las Lonas Verdes", en el basural del río Pata ¡'Palo por fin pudo localizar a Perro Rabioso, un rústico mucha- chote a quien invitó a hacer un aparte. Pero éste le respondió:

-Ando escaso de tiempo. Tenernos que rejuntar para un semillero 1.000 latas de 15 x 10 para pasado mañana. Si no le cumplo al contratista, va a perder el cliente y no me va a querer hacer más encargues.

Sin embargo, tanto insistió Pata i' Palo sobre la urgencia del asunto que, picado por la curiosidad aceptó conversar. Fueron a sentarse al lado de un arbusto, en un lugar apartado de los otros.

-Antonio... -meditó el muchachote- ¡Ah, sí! Ya me estoy recordando. El bolichero de 'las Lonas Verdes'. Es muy comentado que tiene un cumpa con amigos en la policía.

-¡Qué va a tener amigos! --exclamó despectivo Pata ¡'Palo con el propósito de tranquilizarlo- Es más chalchalero que nosotros.

Como Perro Rabioso quería saber el motivo por el cual había que eliminarlo y quiénes lo habían resuelto, Pata i' Palo, pacientemente tuvo que explicarle toda la historia.

-¿Y por qué no lo achurás vos nomás?. Tenés renombre de bravo y ese no puede ser problema.

-El renombre lo tenía antes que me mocharan la pata.

-¿Y qué haciendo te la han serruchao?

Pata ¡'Palo le explicó que después de un asalto, reaccionó uno que dieron por muerto y desde el suelo le tiró un balazo que le dio en la pierna y como no podía hacerse prestar atención médica, se le engangrenó, Una curandera se la había amputado.

-¡Si casi me "quedo' --concluyó.

-Para la mierda que servís... -ya podrías haber espichado.

A todo esto llevaban más de dos horas charlando y no habían llegado a ningún acuerdo sobre el tema principal. Displícitamente, Perro Rabioso lo citó para la tarde, pero Pata ¡'Palo insistió que no era posible y que habla que cerrar el negocio sin pérdida de tiempo.

-Si te ven seguido conmigo, como soy de los que no quisieron pagar, me pueden vincular con el hecho.

El argumento era de peso, así que entraron por fin en los detalles del asunto. Pata ¡'Palo le proporcionó todos los informes sobre Antonio y sus costumbres.

-Anda saliendo poco del rancho y cuando se la palpita lo que andamos pensando hacer, va a salir menos. Andá de noche a comprar algo al almacén y mentile que lo buscás de parte de Alberto para entre- garle una mercadería que tenés sobre el camión en la ruta, y que como es pesada, mejor la revisan ahí. Después que lo saqués del almacén, ya has de saber lo que vas a hacer. Lo bueno es que a vos nadie te conoce.

El plan le pareció bueno y en eso quedaron.

Pero al llegar al rancho aquella noche, estaba sólo María; Antonio, en el de Alberto, recibía el informe de los matones sobre la acción cumplida en el día. Le explicaban en esos momentos cómo, al negarse los cirujas a pagar los derechos, les incendiaron los ranchos a varios de ellos, según el plan trazado.

Perro Rabioso intentó entrar en conversación con ella a la espera de que apareciera Antonio, pero no le dio pie. En consecuencia, optó por retirarse para regresar al día siguiente.

Cuando a su vez, Pata i' Palo regresó a su rancho, uno de los elegidos para el escarmiento, y se encontró con que era humo y cenizas, le sobrevino un ataque de furia y desesperación.

Comprendió que la eliminación de Antonio no resultaría tan fácil, puesto que detrás de él, tenía que existir una organización.

Esa noche se reunieron de nuevo los cirujas para comentar los acontecimientos del día. Tal cual previó Alberto, nadie se animó a proponer la denuncia de los incendios a la policía. Algunos, incluso, opinaron que lo mejor que podían hacer era pagar los derechos de piso y dejar sin efecto el plan anterior.

Al escuchar estas opiniones, Pata i' Palo se puso fuera de sí.

-Son todos unos cagones. Han nacido para que los mandoneen. Ya me las voy a arreglar yo solo.

Algunos de los presentes lo apoyaron, especialmente aquellos cuyos ranchos también habían sido incendiados. Total, que los reunidos se fueron dispersando aprovechando la oscuridad, temerosos, sin hacerse notar. Quedaron solos unos diez, en compañía de los agraviados propietarios.

-Se me hace que a estas horas Antonio debe estar boquiando - les confió--. Ite a ver si se nota algo raro por el lado del boliche -le ordenó al que tenía más cerca.

Este se desplazó en dirección al almacén, pero no vio nada raro. Cuando informó a los que lo esperaban, los aplastó una profunda decepción. Después de unos minutos resolvieron, ellos también, dispersarse.

Esa noche Pata i' Palo durmió con los suyos al aire libre.

CAPÍTULO XXIII

La recaudación en concepto de permisos de residencia se incrementó notablemente al día siguiente de los incendios.

Cumpliendo instrucciones de sus dueños, las mujeres desfilaron por el rancho-almacén para depositar los mil pesos, según la tarifa establecida.

Fue un buen día para Antonio. La decisión de los cirujas de acatar el orden, le evitaba el disgusto de andar en discusiones y peleas. Para evitar se enfriara el entusiasmo, ordenó a los matones que hicieran otra recorrida por el sector nuevo, pero sin cometer actos de violencia. No era cuestión de abusar del sistema.

Cuando pasaron frente a las cenizas del rancho de Pata ¡'Palo, lo encontraron sentado encima de un cajón vacío, consolándose con una botella de vino, rodeado de su mujer o hijos.

La mirada de odio que les lanzó no logró conmoverlos. Todo lo contrario. Se pararon frente a él y lo dijeron:

-¿Has visto lo que les pasa a los pijoteros?

Advirtiendo la posibilidad de nuevos enfrentamientos, los vecinos se arremolinaron frente al extraño grupo que formaban Pata ¡' Palo y los tres matones. Pero aquél, conociendo su inferioridad, optó por callar, de tal manera que los otros resolvieron seguir adelante en su recorrida. Cuando estuvieron lejos y no podían oírlo, recién reaccionó diciendo:

-¡Ta que los tiró de las patas! Me hubieran conocido entero. Pero el que ríe último ríe mejor. ¡Ya van a palmar ... ! -y siguió dándole a la botella.

Por la tarde llegó Alberto al almacén para informarse cómo habían andado las cosas. Celebraron el éxito comiendo unos huevos con jamón y papas fritas preparados por María. Como observara que ésta estaba nerviosa, le preguntó la causa y ella le confesó que no le gustaba el asunto.

-Eso de andar incendiando ranchos y dejando a la gente en la calle les debería dar vergüenza ¡Qué van a hacer esas pobres guaguas con el frío que hace de noche! Ha sido una salvajada.

Pero Alberto fue categórico:

-¿Y de ahí? Has de entender que esta manga de sinvergüenzas, si no se les daba un escarmiento iban a querer hacer lo que quieran. Ya están acostumbrados a que los rigoren.

No dejó de encontrarle cierta razón, pero de todas maneras, reiteró que temía las represalias.

-Eso no son culo para pelearle de frente a nadie. ¡Si son unos acas!

-¿Y si se los chapan en cuantito se den vuelta?

Siempre quedaba esa posibilidad y bien lo sabía Alberto, pero no quiso intranquilizarse a su socio, que era quien sacaba la cara. Prefirió en cambio, demostrar confianza.

-Ya te he dicho que esos son unos cagones. Son como los cuervos, se hacen los guapos con los muertos, pero se les cagan a los vivos.

Antonio no compartía los temores de María. Intimamente se sentía el duefio de 'Las Lonas Verdes' y en consecuencia, para él, nada más natural que lo reconocieran como tal. Incluso lo aceptaba a Alberto como socio, como un hecho consumado, pero desde que se fuera a vivir a la ciudad pensaba que había perdido sus derechos.

A su vez, a través de varios años de convivencia, María se había acostumbrado a Antonio y si bien no lo amaba, tampoco lo despreciaba. Recién con la llegada de Bernardo, las cosas estaban tornando otro cariz.

Después de todo, era la mujer más importante de la comunidad - solía pensar- y ese 'status' se lo debía a aquél que, por otra parte, no le hacía faltar lo necesario.

El hecho de que no tuvieran hijos no era culpa suya, pues como había determinado el médico al que consultaron, el incapaz era Antonio, que así pagaba en la madurez, los excesos y enfermedades de su juventud.

Como solía quejarse de lo que consideraba la desgracia de no tener hijos, sus amigos no dejaban de hacerles pesadas bromas al respecto, de tal manera que los que se permitían dudar de su capacidad como hombre, hasta los que se ofrecían para ayudarlo en el logro de su objetivo, contribuían a sacarlo de quicio y

amargarle la vida.

María se desquitaba celebrando esas bromas a carcajadas cuando estaba presente y no perdía ocasión para agregarles sal y pimienta. Bien comida y vestida decentemente, menos misa y más mujer, bien desarrollados sus senos y marcadas sus formas, resultaba, si no hermosa, más que atractiva.

Sus años en la escuela, que Paco tanto insistió en que no abandonara y, sobre todo, su contacto con él y con Rosa, le habían dado una formación considerable. Tenía buenos modales y una cierta distinción natural. Por ser la mujer del almacenero, era la que recibía los funcionarios, que por una u otra razón concurrían a la villa y también a los comerciantes y empleados, interesados en vender o en comprar.

Después que Antonio rechazara sus escrúpulos y tratara de tranquilizarla, les comentó lo del cliente que había atendido la tarde anterior, a última hora, ya entrada la noche.

-Si daba escalofríos de solo verlo. Nadie me saca de la cabeza que ese andaba buscando algo más que cigarrillos.

-¿Pero es que te dijo algo o hizo algo en especial?

-No le llevés el apunte. No es cuestión de empezar a ver fantasmas por todos lados. Vos tenés razón. Estos cirujas no son capaces de nada.

-¿Y si le pagan a alguien para hacerlo? -planteó María.

-Los matones cuestan caro -le informó Alberto.

-Ustedes dirán lo que quieran pero se me hace que el asunto se va a poner jodido -insistió tercaamente María.

Total, que con motivo de las aprensiones de María, la reunión se enfrió. Alberto puso como excusa que se había hecho tarde, se despidió, encaminándose a la ruta para volver a la ciudad.

Cuando quedaron solos, Antonio le dijo a María bromeando:

-Está bueno eso de que te preocupes por mí.

-¡No te equivoques conmigo! No me gusta eso de que la gente se ande muriendo en mis narices, aunque seas vos.

-Bueno, eso ya es algo.

-Si hasta cuando atropellan a un animal lo siento.

-Ta que sos mala. Ojalá te haya comprado, como decís, a vos te quiero.

-Le has pagado a mi madre para tener quién te abra las piernas cuando se te den las ganas ¿que más querés?

-¡Que me quieras!

-Si lo mismo da con amor o sin amor, para lo que a ustedes, los hombres les importa. Con tal de andar haciendo guasadas, lo demás les da lo mismo. Que les laven, les planchen, les den de comer y les abran las piernas cuando vuelven mamados.

-Ya sé que no valgo gran cosa pero te hago los gustos. Ya casi no me macho. Solo de cuando en vez. Si querés te doy la libreta.

-No me hablés de la libreta. Para que me salgás después que es para joderte con la pensión. Podés metértela en el *upiti*, que a mí no me hace. ¡Eso de andar comprándola a una! ¡Si sos de los que no hay!

-Bueno, ¡terminala! ¡Para qué mierda te habré dicho nada! A vos mejor te trato a palos.

-Lo que tenés que hacer es dejarme ir en cuanto aparezca uno que sea gente.

-Ya estás de seguro pensando en el manflora de Bernardo, pero como ese no anda con mujeres, el asunto va salirte pa'la zurda.

La rabia se le pasó cuando observó, por la cara que puso María, que había acusado el impacto.

Esta explotó:

-¡Que no se diga ... ! si es maricón no sé para qué lo andás celando. Cuando andás mal barajado, ya tenés que sacar el tema de Bernardo. Te repito que ése es gente; de los pocos que cuando ven una mujer no andan pensando en porquerías, ni diciéndoles guasadas. Lindo papelón has hecho la otra noche delante del Ñato y de todos. ¡Lo que andarán diciendo! Si cuando te ponga los cuernos, ni los vas a sentir.

Fatigada, paró para tomar un respiro.

-Así ha'¡ ser...

Se había desquitado haciéndola enojar en forma, y estaba más tranquilo.

-Papelón hacés vos que lo andás pastoreando y ni bolilla te dá.

Como viera que su enojo aumentaba y estaba aprontándose para replicarle de nuevo, agregó para exasperarla del todo:

-Y ya que decís que abrís las piernas cuando se me vienen ganas, echate a la cama y andá abriéndolas, porque has de saber que con tanta discusión, me han venido.
Enardecida, se perdió en su habitación.

CAPÍTULO XXIV

Pata i' Palo buscó en el basural a Perro Rabioso para informarse sobre lo que había sucedido la noche anterior.

Al llegar a una barranca del río pudo divisarlo a la distancia recogiendo latas vacías. Pesadamente descendió a la orilla, dándose mañas con la muleta y desde allí se dirigió al lugar donde el otro cumplía su faena. Pudo más su curiosidad que su prudencia, y se le acercó a la vista de todos. Cuando estuvo a su lado le tocó el hombro y con la mirada lo interrogó.

-Anoche no estaba. Esta noche volveré.

Más tranquilo se dio vuelta para dirigirse a su vez al sector que le pertenecía, donde se juntaban trapos y papeles. A media tarde cargó en el carro del contratista, cobró su parte y regresó al rancharía. Allí ayudó a su compañera e hijos a terminar de levantar de nuevo el rancho que reemplazaría al incendiado.

Con ese motivo no regresó al basural. Ese día no aparecieron los matones, pero pensando le convenía demostrar sumisión y de paso observar lo que sucedía en el almacén, se dirigió allí para comunicarle a Antonio que estaba dispuesto a pagar su derecho de residencia.

Cuando llegó, Alberto se había retirado. Lo atendió María, pero cuando conoció el asunto que lo llevaba entró a llamarlo a su compañero; ella jamás había querido intervenir en el asunto y así lo dejaba bien sentado ante quienes quisieran escucharla.

Advirtió a Antonio, eso sí, que el que lo esperaba era una de las víctimas de sus matones.

Por si acaso, cargó un revólver en su cintura y salió a recibirlo.

-¿Qué es lo que andás queriendo?

-Vengo a pagar el derecho de piso, ahora que me he entrado mejor de las cosas. Estaba equivocado, eso es todo.

-Me alegro que te haya iluminado el Espíritu Santo. A causa de los equívocos son los perjudicados. Son mil pesos, como ya has de saber.

Pata i' Palo ya tenía la suma en la mano, así que se la pasó sin más trámite.

-De aquí en adelante son cien por mes.

-No le hace, siempre que te ocupés que no venga a joder la policía.

-Andá tranquilo, nomás, que para eso pagás.

-Hasta luego -se despidió su forzado pagador, esbozando la mejor de sus sonrisas, mientras el otro lo miraba con aire desconfiado-. ¡Amalaya la Virgencita del Valle esté siempre a tu lado!

Poco más tarde Perro Rabioso se instalaba detrás de unos matorrales para observar el lugar. A las nueve, la lámpara de alcohol que iluminaba el salón se apagó. No se animó a entrar, como el día anterior, con la excusa de realizar alguna compra. Además, no tenía sentido, pues su propósito era liquidarlo a Antonio en medio de los matorrales y no en el almacén. Prefirió ese plan al propuesto por Pata i' Palo.

“Quizás a la madrugada aparezca” -pensó mientras se echaba al suelo boca abajo.

Cada vez que sentía algún movimiento se incorporaba para observar, pero cuando comprobaba que no era aquél a quien acechaba sino un rezagado de regreso a su rancho, volvía a echarse. A eso de las cinco, se abrió la puerta del almacén. Su expectativa fue grande, pues en el umbral de la puerta de acceso apareció el objeto de su vigilancia. Inmóvil, esperó a ver qué determinación tomaba.

Antonio volvió a ingresar, con gran desaliento de su parte, pero a los pocos minutos reapareció llevando en la mano una silla hamaca y en la otra una pava de agua y el mate. Se instaló y se puso a ingerir la bebida.

Perro Rabioso empezó a cavilar sobre si lo debía liquidar ahí mismo, antes que el barrio se pusiera en movimiento, pero Antonio lo ayudó a resolverse, pues se levantó y para desentumecer los músculos, caminó hacia el matorral donde estaba escondido. Cuando llegó a unos tres metros se dio vuelta para regresar.

Sigilosamente, Perro Rabioso se puso de pie y empuñando con fuerza el garrote con que estaba armado, avanzó hacia su objetivo. Tomando con ambas manos el arma, la descargó violentamente sobre el cráneo de Antonio, quien, al recibir el brutal impacto, emitió un grito ahogado, que apenas se escuchó. Sus

piernas se doblaron, mientras sus brazos quedaban colgados a los costados. Recibió un segundo y tercer garrotazos que le quebraron los huesos y deshicieron su masa encefálica, antes de caer redondo al suelo.

Los tres golpes macizos sonaron como hachazo en leño seco en el silencio de la madrugada. Perro Rabioso arrojó el garrote asesino entre los matorrales y emprendió la fuga con pasmosa celeridad. Su compromiso quedaba cumplido.

El primero en descubrir el cadáver fue un peón que se dirigía a tomar el ómnibus en la ruta. Al principio creyó que se trataba de un borracho, pero al acercarse y observar la curiosa manera en que estaba extendido el cuerpo, quiso salir de dudas. A pesar de que aún la claridad no era total, divisó la masa sanguinolenta que alguna vez fuera cabeza humana. Impresionado, empezó a dar grandes voces, casi con histerismo.

María, que no había podido conciliar el sueño debido a sus presentimientos, apareció como una exhalación. No necesitó que nadie le explicara nada. Lo demás fue tan igual cual suele suceder en estos casos.

CAPÍTULO XXV

La muerte de Antonio produjo una gran conmoción en 'Las Lonas Verdes'. Nadie dudaba de que estaba vinculada a la cuestión de los permisos y de los incendios. La policía inició las averiguaciones, sin dar con ninguna pista. Fuera de Alberto, a nadie le interesaba descubrir él o los culpables. Al comisario, que compartía los derechos, menos que a ninguno. Pero para saber quién había matado a su socio, aquel tenía otros medios.

Por supuesto, fueron llamados a declarar los damnificados por los incendios, pero pudieron convencer a quienes los interrogaban, de que nada sabían, así que los dejaron en paz.

María se hizo cargo del almacén. Ni Antonio tenía herederos, ni el asunto era de tal magnitud para que alguien se pusiera en el empeño de disputárselo. El problema era que como Antonio lo tenía un poco abandonado, por los problemas que tuvo que afrontar antes de morir, más la vida desordenada que reinició con motivo de los celos que lo enloquecían, la existencia de mercaderías estaba bastante disminuida, por lo que tuvo que pedir un préstamo a Alberto para hacer compras necesarias. De otra manera podía perder la clientela o animar a alguno a que instalara otro negocio que le hiciera competencia.

Mientras le entregaba el dinero, Alberto no pudo evitar mortificarla diciéndole:

-Los muchachos me han pasado el dato que le ponías los cuernos a Antonio con Bernardo.

-¡Nunca le falté! aunque lo hubiera hecho si encontraba alguno como la gente.

Alberto se sirvió un vaso de vino de la botella que le había puesto delante. Tomó unos tragos pausadamente. La miró y prosiguió su ataque:

-Cuando un viejo se enreda en polleras, termina así.

-Pensá lo que se te baje la gana. Después de todo Antonio no me había dado la libreta, así que yo era muy dueña de afilar con el que se me diera la gana.

-Te vistió y te dio de comer. ¡O te has olvidado que andabas galgüeando?

-Yo no le pedí que lo hiciera. Quería estudiar, como Oscar y ser gente como él.

-¿Así que ahora vas a ser gente acostándote con el manflora de Bernardo?

-Con Bernardo no me acosté. Si me gusta, probablemente me case con él, que es distinto a acostarse... supuesto no sea un manflora.

Debe serlo. Eso de que siempre anda con los changos y el cura. No se le conoce mujer.

Ella ya estaba arrepentida de su descomedido comentario. Justo ahora que la barrera no existía. ¿Por qué hablarán de más las mujeres? -pensó. Intentó cambiar de tema y le preguntó por sus negocios, pero él insistió:

-A ese tipo le voy a hurgar las costillas, si me sigue inflando las *corotas*. Nada bueno vamos a sacar con que se quede aquí. Bastante tengo ya con los bolivianos y con los cirujas. -Cambiando por fin de tema, le preguntó:

-¿Qué vas a hacer con las chauchas que te he dado?

-Ya te he dicho. Pararlo al boliche, porque con todo este batifondo me he quedado sin mercadería. Se me hace que si no hago algo, se viene abajo.

-Si me seguís cobrando los derechos, vamos *miti y miti*.

-Ya sabés que jamás me ha gustado eso. Después de lo de Antonio, mejor te olvidás de esa fulería.

-Se me hace que tenés razón. Que se ocupe el comisario si le interesa. De seguir, cualquier día se arma el gran quilombo y me joden los otros negocios.

María suspiró con alivio. No la hacía feliz la idea de que se mantuviera el sistema. La iban a vincular, aunque no tuviera nada que ver.

Alberto le propuso en cambio, que por lo menos lo ayudara con los amigos que debía mantener escondidos de la policía.

-Si te mando alguno de cuando en vez, como el rancho es mío, nadie te va a vincular. Con que te ocupés de la comida y hagás de chasqui, no te voy a exigir más.

Le pareció que no podía negarse a tantas cosas después del dinero que le había prestado y aceptó.

Cuando estaba por retirarse se le ocurrió ser galante:

-Estás debute, María. Como para partirte con la uiía. ¡Si por algo se había agarrado semejante metejón Antonio con vos!

-Gracias Alberto, pero me parece mal que me ponderés cuando todavía no se ha enfriado del todo.

Animado por su sonrisa, se detuvo aún en el umbral para decirle:

-Cuando quieras olvidarte de tus penas, avisá nomás...

-No hay peligro. Me lo recordás demasiado a *mi peor es nada*.

-Y bueno... si no es conmigo, puede ser con alguno de esos amigos cogotudos que tengo, que siempre me andan dando vueltas para que les busque alguna que les ponga el culo para que les calienten la panza -A pesar de que el rostro de la muchacha iba cambiando de expresión mientras hablaba, se animó aún a agregar-: si se las calentás bien, andá sabiendo que hacen buenos regalos.

-Sos de los que no hay, por no decirte otra cosa. Pero has de andar sabiendo que mi upiti no es cacerola, y que fuera de Antonio' no me ha trincado nadie. Con vos no se puede hablar sino de guasadas. Te aprovechas que en esta casa no hay un hombre ya.

Aparentando aflicción, Alberto se dio vuelta para excusarse:

-*Dendeveras* que no te he querido ofender. Lo que pasa es que te has vuelto muy quisquillosa desde que andás viuda.

-Bueno, así será. Ahora dejate de freír y mandate a mudar.

-Si así lo querés, así nomás ha de ser, aunque acordate de lo que te digo: nunca hay que decir de esta agua no he de beber.

Viendo que empezaba nuevamente a encrespase, se apresuró a salir, mientras le dirigía una última pulla:

-Hasta más ver, María y cuando necesites algo, avisá nomás, que he nacido para servirte...

-¡Salí, aca..!

CAPÍTULO XXVI

Los matones de Alberto estaban de nuevo instalados en el rancho al lado del almacén. Sus instrucciones eran precisas: descubrir a los asesinos.

En ese momento cambiaban ideas de cómo debían actuar. El Petiso, siempre de jefe, después de dejarlos hablar, les dijo:

-Bueno, vos Cañita, te encargas de averiguar entre los bolivianos y vos Alamo, entre los ex-obreros azucareros. Está bien eso de hacer correr la bola que hay quienes se ponen por cualquier alcahuetería que nos haga saber quién lo ha cagado a Antonio. Yo me huelo que los de los ranchos que hemos quemado tienen que andar en el asunto.

-Así 'a; ser, pero no es cuestión de irse uno a meter por ahí así nomás --objetó Alamo-. A ver si nos garrotean a nosotros también - observación que los otros tomaron en cuenta.

-Mejor nos quedamos aquí espiondo el almacén de María - propuso entonces Cañita-. Cuando veamos salir alguno, que se nos dé pueda saber algo, lo hacemos venir para que nos cuente.

Quedaron de acuerdo que eso era lo mejor que podían hacer para empezar. Así, a partir de ese momento, se dieron mañas para entrar en relación con cuanto hombre, mujer o niño llegaba a hacer Sus compras. A todos les informaban que habían sido amigos de Antonio y que querían descubrir su asesino y que estaban dispuestos a pagar bien por cualquier dato que los pudiera llevar a dar con él.

El sistema dio resultado, pues en pocos días, en todos los sectores del rancho estaban enterados de la noticia, incluido el propio Pata i' Palo, a quien poca gracia hizo el asunto. Lo peor, no tenía en quien confiar: estaba seguro de que nadie querría ayudarlo, ahora que el objetivo de no pagar los derechos había sido logrado. En cambio, tenía serias dudas respecto a sus compañeros, que por unos pesos eran capaces de vender sus madres e hijas.

Resolvió una vez más buscar a Perro Rabioso que estaba precisamente rabioso con todos ellos, porque no le habían pagado su trabajo. Por eso, al día siguiente, en el basural, se corrió al sector donde trabajaba el otro, que lo recibió con mala cara.

-¿Traés la guita? Ya estaba a maltraer lo que no venías.

Le explicó que para eso estaba. Lo dio unos pocos pesos de los que tenía, mintiéndole que eran aportes de los completados, pues hubiera sido grave que se enterase que éstos se consideraban desentendidos del asunto. Luego logró que se apartara para poder conversar tranquilos.

-No me vengás con que querés que despache a otro.

-A quienes quieren despachar los cumpas de Antonio es a nosotros.

Se sintió satisfecho cuando Perro Rabioso demostró que la noticia le interesaba. Aprovechó entonces para contarle lo que había llegado a sus oídos, o sea, que estaban ofreciendo dinero a cambio de información y que a su modo de ver, más de uno se dejaría tentar por la oferta.

-Es cuestión de horas. De un momento a otro le chismean que has sido vos.

-¿Yo? ¡Pero si yo he sido conchabado! Es mi oficio. ¿Decí si no han sido ustedes los que lo han condenado? Yo sólo he cumplido. Nada tengo que ver. Ni siquiera lo conocía.

Sobre el sol que lo hacía transpirar, lo que le respondió Perro Rabioso lo hizo transpirar más aún. Ahora el responsable era él. Eso le pasaba por meterse a redentor. Ni siquiera se había ahorrado los derechos, pues fue de los pocos que pagaron. Muy tranquilo, Perro Rabioso se retiró para retomar su trabajo de recoger las latas. Pata i' Palo lo siguió con la mirada. Decepcionado, penosamente se paró y se dirigió a su sector a recoger trapos y papeles. Después de todo necesitaba ganar unos pesos, pues ya no había qué comer en el rancho. Tenía una hija que había cumplido catorce años. Podría ser una solución.

Logró recoger pocos trapos, pero algo de comida encontró entre los residuos. Por lo menos tendría para esa noche.

Llegó a su rancho agotado después de entenderse con el contratista. Hacía cuatro años que había perdido la pierna y no se acostumbraba a la muleta. Alguien le recomendó que se hiciera fabricar una de palo, pero un día que encontró a otro que la usaba y la quiso probar, le dolió demasiado el muñón. Lo peor, que la

muleta se hundía en el arenal del río, lo que requería doblara sus esfuerzos.

Se dejó caer sobre una silla, secándose la transpiración, mientras su compañera se le paraba al frente, los brazos sobre sus caderas, la enorme panza salida, los hombros tirados hacia atrás.

-Te habrás acordado que desde ayer estamos viviendo de los bichitos de la luz.

Estiró la mano ofreciéndole el paquete donde guardara los desperdicios.

-Andá sirviéndote.

La mujer arrimó el paquete a la lámpara de kerosene. Lo abrió para ver de qué se trataba. Pareció satisfecha, pues mientras se llevaba una ala de pollo a la boca gritó:

-Chicos, vengan a servirse.

Del interior del rancho apareció una jovencita de unos catorce años, enjuta y cuyas carnes apenas cubrían sus huesos. De la parte posterior se acercó un muchacho como de unos diez años, no menos desaliñado y escualido.

-So amargo... a ver si me das para el pan y el vino.

Cuando tuvo el dinero, dirigiéndose a su hijo, volvió a ordenar:

-Correte hasta el almacén y tracte un kilo y dos botellas.

El muchacho, antes de partir se acercó al paquete abierto, al que revolvió hasta encontrar un pedazo de carne que empezó a comer mientras se encaminaba al almacén.

Al llegar, vio con satisfacción que todavía estaba abierto. Hizo las compras y cuando salía oyó que lo chistaban. Dirigió la mirada hacia el lugar de donde le parecía provenía el chistido y vio que era del rancho ubicado cerca del almacén. En la puerta vio a dos hombres sentados, que le hacían serías para que se acercara, lo que hizo con cierta desconfianza.

-¿De dónde sos?

-Del sector de los cirujas.

-¿Querés ganarte unas *chirolas*?

Sus ojos se abrieron con interés.

-¡Estaría bueno!

Le explicaron lo que debía hacer. Tratar de proporcionarles datos que sirvieran para descubrir al asesino de Antonio.

-Preguntale a tu tata. El ha de saber algo -lo animó el Petiso, sin sospechar siquiera quién era.

El chico regresó corriendo, entusiasmado, a su casa. Apenas llegó todo excitado le contó a su padre la novedad.

-Dicen que vos tenés que saber.

Fue tal el sobresalto que le produjo esta declaración que se puso de pie sin necesidad de la muleta, por lo que casi perdió el equilibrio.

-¿Y quién mierda les ha contado semejante cosa? ¿Qué habrás andado diciendo por ahí? ¡Mocoso de mierrrda! -le gritó enfurecido tirándole una cachetada que el chicuelo, pese a su sorpresa, logró esquivar.

-¿Por qué le pegás a Andrónico? -saltó su mujer sorprendida. -Por que anda hablando lo que no debe.

-Yo no hablé nada. Los tipos me llamaron y me ofrecieron unos pesos si les decía sobre quién mató a Antonio. Como les contesté que no sabía nada, me dijeron que te pregunte a vos. Eso es todo ---concluyó de informar, aún no repuesto del susto.

Pata ¡'palo suspiró con alivio. Era evidente que los tipos no sabían quién era el padre del muchacho. A todos los chicos les preguntarían lo mismo.

Más tranquilo, descorchó la botella y tomó un trago del gollete. Su mujer le presentó el vaso para que se lo llenara.

-Mirá Gorda. Estaba pensando que Mercedes ya tiene catorce años. Habrá que hacerla trabajar en algo.

-En qué querés que trabaje si la pobre no se puede estar en pie de lo mucho que le das de lastrar.

-Nai que trabaje antarca -rió con grosería.

-Estas chinitas de ahora no sirven ni para eso -comentó despectiva la Gorda-. Cuando yo era joven, me iba a la salida de los cuarteles con unas amigas, estirábamos unos diarios sobre el suelo en medio de los cañaverales y nos pasaba un batallón encima, como si nada. En esos tiempos no había chica que no llevara lo suyo a su casa, recordó con orgullo.

-Y así es como me has pegado la sífilis... ¡La puta que te parió...

-¿No me la habrás pegado vos a la chinche? ¡Viejo podrido! Mercedes que escuchaba en silencio la

conversación, comiendo un pedazo de pan, acurrucada contra la pared del rancho, sentada al lado de su hermano Andrónico, empezó a lloriquear.

-Yo no quiero hacer cochinas -repetía mientras sollozaba-. Yo no quiero hacer cochinas...

-¡Vas a hacer lo que te manden tus padres! -la increpó su madre - ¡Qué te habrás pensado mocosa de porquería! ¿Que vas a vivir de upa toda la vida? ¿No estás viendo que tu pobre viejo ya no da más?

-¡Bueno, que tanto batifondo..! ¡Que se vayan a dormir! - ordenó- Tengo que conversar con vos - agregó satisfecho de haber lanzado la iniciativa.

Cuando quedaron solos lo informó a su pareja lo que estaba sucediendo y el motivo por el cual tanto se preocupara cuando Andrónico le trajo la noticia. La Gorda empezó con las preguntas y él tuvo que abundar en las explicaciones. De tanto en tanto su compañera lo interrumpía para increparlo por lo estúpido que había estado al meterse en tamaño lío.

-¿Te olvidás que nos han quemado el rancho?

-Ahora te van a incendiar a vos.

-Voy a dar unas vueltas, a ver que dicen los amigos.

Empezó a recorrer los ranchos llamando a reunión a orillas del río, en el mismo lugar que se habían reunido antes de los sucesos, pero muy pocos llegaron.

-¿Y qué pasa con los demás? -preguntó quejoso.

Uno de los que estaban, después de tomar un trago de vino de la botella que circulaba de boca en boca, le contestó:

-Muerto el perro, muerta la rabia. ¿Para qué querés tanta reunión, si ya no hay para qué. ¿O te pensás que el *amicho* de Antonio se va a animar a seguir jodiendo con los derechos?

-Tenés razón, así a; de ser. Pero tenemos que *formarle* a Perro Rabioso... y está el asunto de los que andan en averiguaciones.

-Perro Rabioso que se joda -intervino un tercero, a quien la oscuridad aseguraba su incógnito-. Si total es medio tarado. Para que se la chupe a la guita, mejor lo *machás* bien y después lo *chamuyás* diciéndole que ya se la has dado y la ha tirado por ahí.

-Así que yo le digo, yo le pago, yo lo mamo yo lo *chamuyo* ... ; pero ¡si serás *pijotero*! ¿Por qué tengo que ser yo y no vos? Pero ¡carajo! ¿No lo hemos conchabado entre todos? ¿O me habré vuelto desmemoriado?

-Yo no lo he conocido siquiera -aclaró muy tranquilo el que había hablado.

-Pero... a la juna gran puta! ¿Así que ahora de puro comedido tengo que aguantarlo solo al muerto? ¡Pero habrás visto *mesejante agachada*... Si habían sabido ser unos *acas*. ¿Así que ustedes no van a formar para los derechos, ni para Perro Rabioso, ni para mí, ni para la mierda en coche? ¡Pero si solo a mí me han de ocurrir estas cosas ... !

El que estaba a su lado, resolvió cortarle el interminable discurso codeándolo:

-No sigás a las puteadas, viejo, que ya no ha quedado nadie. Sorprendido, sujetó la lengua mientras sus ojos perforaban la oscuridad para asegurarse de lo que el otro decía. Con un disgusto mayor aún del que ya tenía, llegó a la conclusión de que la observación era cierta. Su único acompañante trató de consolarlo:

-Qué le vas a hacer. Sos el único que vale algo. Ya te vas a dar mañas para encontrarle el agujero al mate...

No demasiado convencido con la salomónica salida, resolvió también retirarse.

CAPÍTULO XXVII

A Bernardo le pareció que no podía dejar pasar más tiempo sin expresar sus condolencias a María. Hacía varios días que venía dudando sobre la actitud que debía adoptar y su conclusión fue que, o se quedaba en "Las Lonas Verdes" y actuaba con naturalidad o, si consideraba que la joven lo atraía, debía marcharse para evitar el peligro de una caída y del escándalo cuando se descubriera su condición de sacerdote.

Aprovechando que era domingo a la tarde y se había aplacado el calor de la jornada, decidió trasladarse al almacén. Cuando se abrió la puerta a instancias de su llamado, observó que en el salón no había nadie, salvo María ahora parada en el umbral.

-¡Hola Bernardo! -lo saludó sin ocultar la satisfacción que le producía su presencia-. Veo que por fin te has resuelto venir a visitarme.

-Así es. Vos te darás cuenta por qué decidí ser de los últimos y no de los primeros. Todos conocían los celos que me tenía tu marido y no quería crearte más problemas.

-Marido no. No tengo vergüenza de que sólo hayamos sido *rejuntados*.

No era la primera vez que él insistía en referirse a Antonio como su marido y que ella lo corregía. Como le sucedía, cuando ello tenía lugar, quedó cortado. Nunca terminaría de comprenderla pensó a tiempo que descubría que todo el plan que se había trazado para actuar con naturalidad y evitar las situaciones difíciles, se venía abajo en un santiamén.

-Bueno, lo mismo da, marido o como se te dé la gana. Después de todo venía a darte el pésame y no a aclarar tu situación legal.

-Está bien. No te enojés. Pasá, no te quedés ahí parado que vas a echar raíces.

Se hizo a un lado para que él pudiera pasar. Observó que en el saloncito había colocado varias sillas, seguramente con motivo de las visitas que concurrían esos días. Tomó asiento antes que se lo indicara. Después de cerrar la puerta, ella lo hizo en otra a su frente.

-Para que no nos molesten. Estos se creen que porque uno tiene boliche, debe estar atendiendo a cualquier hora del día.

-Me han dicho que te ha, molestado bastante con motivo del sumario- Espere que Ya te hayan dejado tranquila.

-Así es. Eso de tener que ir a la comisaría Y a los tribunales para que te vuelvan loca a preguntas... Hasta en los diarios he salido -le comentó alegre-. ¿Me habrás visto? ¿Soy fotogénica?

-Te he recortado y todo. ¡Por supuesto que sos mejor al natural! -rió-- Te tengo pegada en la pared. ¡Si parecés una candidata! Saliste en todos los diarios.

Ella no pudo disimular el agrado que le provocaba su comentario.

-Aunque no quieras creerlo, hasta los abogados se me han estado ofreciendo. Así ellos también se hacían famosos. Sobre todo uno joven y buen mozo al que no lo puedo hacer entender que nadie me acusa de nada, así que no necesito defensor. Fue un plato -rió- pero... disculpame, no te he convidado nada.

-Ya sabés que yo tomo poco -le recordó--. No te aflijás.

-Siempre me ha gustado brindar con vos, aunque nunca podíamos hacerlo tranquilos. ¿Te acordás? Es claro que ahora no se trata de brindar, aclaró afligida. No vayás a creer que no tengo sentimientos.

-¡Por supuesto! Te entiendo perfectamente. No tenés que hacer ninguna aclaración.

Mientras decían todo esto, los vasos ya estaban llenos y puestas unas galletas en un plato.

-Para que no salgás a decir que te trato mal -sonrió--. De paso, ¿cómo anda tu escuela?

-¿Escuela? ¿De qué escuela me está hablando? No tengo ninguna escuela.

-Con todos los chicos a los que enseñás ¿te pance que no tenés escuela?

-Bueno ... lo hago porque me divierten los chicos.

-¡Claro ... ! los ajenos. Ya podrías tener propios si te gustan tanto.

-Así es. Pero la cosa es que no los tengo -rió.

-Sos un tipo raro. No hay nada que hacerle -le dijo después de vacilar unos segundos-. ¿O seremos los raros nosotros? -reflexionó en voz alta- Porque la verdad, vos no sea de aquí.

-¡Cómo que no soy de aquí! ¡No me ofendás! Soy lonaverdense a muerte -rió con ganas.

-No, no sos de aquí -insistió ella súbitamente seria- ¿Sabré algún día de dónde sos? Fijate, tan no sos de aquí, que casi no te molestaron con las idas a la comisaría y eso que sabían de los celos de Antonio.

-¡Oh! eso. Pura suerte. Justo esa noche me había quedado a dormir en lo del cura Miguel. Pura casualidad. Con semejante testigo, me dejaron tranquilo. Pero volviendo al tema, si es que por el lugar de nacimiento, vos tampoco sos de aquí. Habrás llegado antes que yo, pero también sos de otro lado.

-No me refiero a eso. Hay millones de lonaverdenses en todo el mundo, todos iguales o más o menos iguales. Yo he venido de una Lonas Verdes a otra Lonas Verdes, pero vos no. ¡Nunca serás lonaverdense! ¿Por qué? No lo sé. No me da el mate para tanto.

-Dejate de imaginar tonterías. Por hablar macanas, te has puesto triste y estabas contenta. Bueno, disculpame. Motivos para estar triste tenés, pero me refería a otra cosa.

-Te entiendo, no soy tonta -sonrió con amargura-, pero mis motivos de tristeza no son lo que suponés. Para entender mis motivos tendrías que ser un lonaverdense universal. Si me tomara cinco o seis copas, quizá pudiera explicarte el asunto -rió.

-Si vos te las tomaras, tendría que tomármelas yo también y me quedaría dormido, o sea que no tendrías a quién explicarle el asunto - rió nuevamente.

-Sos un buen zaguero, Bernardo. No dejás que nadie entre en el área penal. Es difícil hacerle goles a tu equipo, por lo menos para una mala jugadora como yo. Aunque la solución estaría en que yo me sirva otro vaso y a vos no te sirva nada -diciendo lo cual, se levantó y se llenó de nuevo el vaso.

-Te aclaro que yo tampoco sé chupar, así que disculpá si me tenés que meter en la cama -rió satisfecha de su ocurrencia, pero con risa triste.

El sonrió preocupado.

-Olvidate de los goles y contame qué proyectos tenés. Me han dicho que vas a ampliar el almacén.

-Pregunta típica de un no lonaverdense. ¿Ses marciano, Bernardo?

-Por el momento soy terráqueo y lonaverdense como vos. ¿O se dirá lonaverdeño?

-¡Mentiroso! No tratés de salir del asunto.

-Pero, decime en serio ¿vas a ampliarlo?

-Si ampliando mi almacén, el que fuera de Antonio mi concubina, para ser más precisa, me dieras carta de ciudadanía de tu mundo, sí.

-Hoy te has propuesto cacharme, ¡María! me rindo'. Sos demasiado viva para mí.

-¿Te rendís? ¡No te creo! Los no lonaverdianos, o verdenses o verdeños, como quiera que se les diga, no se rinden nunca. Pelean hasta después de muertos.

-No seas absurda. Los nuestros no pelean.

-Y la historia, ¿no pelea por ellos acaso?

-Tenés razón. Me has vuelto a ganar. Aunque en mi caso te equivocas, porque sí soy lonaverdense.

-Esperate un poco. Como esto se está convirtiendo en una conversión de borrachos y ninguno de los dos lo está, por lo menos yo me voy a emborrachar, ya que vos te has declarado abstemio, como buen no lonaverdense que sos. Ojalá tomés a escondidas -dicho lo cual se sirvió el tercer vaso.

-Si vamos a estar peleando todo el rato, me voy.

-No sabía que eras mentecato. Creía que estábamos jugando. Quedate, que nadie te va a morder.

Volvió a sentarse. María se sirvió al cuarto vaso.

-Necesito cinco para animarme a decir la verdad.

-Una verdad que para manifestarse necesita de la embriaguez, no es verdad, sino engaño.

-¡Ah, sí! Eso dicen los hipócritas para justificar su abstinencia, pues se mueren de miedo que los puedan conocer tal cual son.

-Curiosa filosofía la tuya: lo moral es inmoral, lo inmoral es moral. Protágoras te hubiera admirado.

-¿Y quién es ése?

-Un solista

-¿Y qué es eso?

-Bueno, filósofos y filosofía.

-¿Y también entendés de eso vos? ¿Así que no sólo sabés de abecedarios . !

Tarde comprendió su error.

-Son cosas que salen en las revistas. ¿No lees revistas, María?

-Mentiroso.

-La vez pasada salió un artículo interesante.

-No sos lonaverdense.

-Pero, ¿por qué decís eso?

-Vos sos de los que estudian esas cosas raras. Nosotros somos esas cosas raras. Esperá que me sirva el quinto vaso. ¿Vos sos siempre abstemio? Si, ¿no es cierto? No quiero ser guasa desatendiendo el invitado.

-Hoy soy visita, no invitado. No tomés más que te está empujando a subir a la cabeza.

-Este vaso me va a hacer bien, si como consecuencia de la macha que me agarre me tenés que acostar, y mal, si me dejás tirada en el suelo como lo haría un buen no lonaverdense.

Bernardo se rindió. Recordó el viejo refrán del Ñato: "Soldado que fuye serve para otra volta".

-Sólo queda una solución para no terminar el asunto ni bien ni mal. Me voy antes que te lo tomés. Hasta luego María. Acordate, si te lo tomás, que ya no estaré.

Y escapó.

Cuando salía, sintió, como tantos otros, en los últimos días, que los chistaban desde el rancho de Alberto. En un primer momento' como ya le habían llegado comentarios del asunto, intentó hacer como si nada hubiera escuchado, pero cuando abiertamente le empezaron a gritar, no tuvo más remedio que darse vuelta y aproximarse para ver qué era lo que querían.

-Vení, no nos despreciés, sentate con nosotros un rato. ¡Así que habías sido vos! Con razón la María ha clausurado el boliche para atenderte -sonrió el Petiso.

-Vengo de darle el pésame. No tuve tiempo de venir antes.

-Correspondía dejar que el cuerpo de finado se entibiara ¿no te parece Petiso? -comentó irónico Cañita.

-Hay que respetar la memoria de los muertos -completó Alamo--. Sí señor: así hay que hacer...

-No sé lo que quieren insinuar. Lo que vale más, es respetar el nombre de los vivos, sobre todo si son mujeres.

-Es lo que te aconsejaba esa noche Antonio ¿te acordás? No andarle gateando las chinitas a los otros. ¿O te has olvidado?

-A Antonio lo tenían a mal traer los celos -les recordó a su vez- ¿O ya se han olvidado lo que le dijo el Ñato, su amigo?

-Bueno, eso después de todo ni nos va ni nos viene -declaró el Petiso-. Eso es asunto de ustedes Lo que a nosotros nos interesa, porque para eso nos han conchabarte, como colaboración con el orden público, es saber quién lo ha *guaschado* al Antonio. Seguro que vos, como heredero de sus efectos, has de saber algo.

-Si ustedes lo que quieren es enredarme en el asunto, es mejor que vamos a la comisaría -declaró con energía.

La amenaza, al parecer, no les agradó, pues cambiaron el tema. Alamo preguntó:

-¿Quién es el Jetón Mamaní? Es del barrio de los coyas y esos son medio taimados.

-Es el presidente del club de fútbol, no tiene familia y vive solo. Jamás se metería en un lío como éste. ¡Si apenas tiene 19 años! -concluyó cada vez más molesto.

-Pero es fortacho -reflexionó Alamo- ¿No te habrá hecho el favor? Por lo que veo, en el boliche había pocas sillas y muchos culos y el culo más cabedor ahí era el de Antonio.

Bernardo se devanaba los sesos para dar con el medio de terminar la reunión, sin líos ni problemas. Los sabía de armas llevar y despiadados, con bajos instintos a flor de piel. Pero su indignación iba en aumento y no estaba dispuesto a aguantar mucho más. Para peor, ya venía con los nervios destrozados de su visita a María. Optó por no contestar y por mirarlos fijo sin inmutarse. Al fin se cansaron y lo despidieron.

Cuando regresó a su rancho, encontró al Nato sentado, esperándolo. Le preguntó dónde había estado y cuando le contó lo de los matones, se unió a su indignación. Concluyeron que si no se hacía algo, dentro de poco no se podría vivir con un mínimo de seguridad en "Las Lonas Verdes".

CAPÍTULO XXVIII

Una tarde se le ocurrió a Pata i' Palo que lo mejor que podía hacer era anticiparse a los acontecimientos, así que se encaminó hacia el almacén, con la excusa de comprar alguna cosa. Cuando salió de local, el Petiso que ya lo había visto entrar, lo llamó, tal cual él había previsto.

-¿Salud incendiarios!

El saludo los desconcertó, por lo que al Petiso, que era quien llevaba la batuta en los interrogatorios y resolvía la táctica a seguir en cada caso, le pareció oportuno emplear un tono conciliador.

-Ya sé que con vos se nos ha ido la mano pero tenés que saber que cumplíamos órdenes. Por eso te queremos convidar un vaso de vino, ahora que se presenta la oportunidad.

-¡Para reparar el daño, deberían convidarme una bordelesa! Pero algo es algo y peor es nada.

-Lo de la bordelesa puede ser -lo interesó Alamo-. Todo depende de vos. Es cuestión nos querás decir algunas cosas.

A todo esto, ya Pata i' Palo había arrimado la muleta a la pared del rancho y, de un solo trago, despachado el vaso de vino que le sirvieran. Sin soltarlo, levantó vaso y brazo para secarse con la manga de su saco la transpiración que le corría copiosa por su frente. Una vez completada la operación, mientras los miraba sonriente, con un simple gesto, los invitó a que le volvieran a llenar el vaso. Una vez servido, preguntó:

-¿Así que puede haber bordelesa? y ¿qué hay que hacer para recibir *mesejante* regalo?

-Ya has de saber -le contestó Cañita- que andamos averiguando quién lo ha matado a Antonio. Alberto, que era su *amicho*, quiere hacer algo en su memoria.

Mientras el otro hablaba, Pata i' Palo no le sacaba los ojos de encima, como si intentara profundizar sus intenciones y el sentido de las palabras que escuchaba.

Cuando Cañita calló, después de meditar unos segundos, le contestó:

-¿Conque así viene la jugada? No se han de conformar con todo el perjuicio que me han hecho, que ahora quieren que la trabaje de alcagüete a ver si a mí también me rompen el *marote*. ¡Está bueno eso! Si a ustedes había sido mejor perderlos que hallarlos... Al escucharlo, los otros se pusieron nerviosos. Indudablemente que la sesión no iba a resultar tan fácil, como las numerosas que habían llevado a cabo hasta el momento. Como quedaron sin saber qué decirle, los ayudó a salir del paso, preguntándoles:

-¿Y qué piensan ustedes que puedo hacer para colaborar con Alberto en su intención tan noble?

Más animado ante la pregunta concreta, el Petiso fue derecho al grano:

-Contándonos lo que sepás de la muerte de Antonio.

Pata i' Palo rió con ganas.

-Que está bien muerto y enterrado ¿o es que ha resucitado?

Sus interlocutores pusieron de manifiesto el desagrado que les había producido su contestación. Por supuesto, ellos no podían saber que la reunión que creían improvisada había sido en definitiva provocada por aquel a quien tenían de invitado.

-Vos sabés que no ha resucitado -le respondió con rabia el Petiso-. Pero sí, ¡seguro que algo has tenido que ver con su asesinato! Esta vez fue Pata i' Palo el que demostró indignación. Hizo además de intentar pararse sobre su única pierna y apenas logró incorporarse a medias, cayó de nuevo en su silla, como si hubiera perdido el equilibrio. Mientras hacía todo esto se defendió de la acusación que le habían formulado, exclamando:

-Les juro por mi mama que nada he tenido que ver en el asunto. Que ya mismo se caigan muertos mis hijos si les estoy mintiendo. ¡Pero habrás visto mesejante cosa! Si yo a Antonio lo quería como a un padre. ¡Si yo he sido de los que pagaban los derechos! Pero los otros no se dejaron conmovir esta vez y le insistieron:

-No andés escondiendo la leche porque de seguro que si no has sido vos, has andado en la idea. ¡Algo tenés que saber!

-De que algo, pueda saber, no digo que no, pero de que haiga intervenido en el asunto, ya es otra cosa. ¿*Deande* se me iba a ocurrir meterme en *mesejante* lío?

-Pero acabás de reconocer que algo sabés -le tomó al vuelo lo que creía. Era una involuntario confesión del Petiso-. A ver, ¡decí nomás! Aquí te voy a servir otro vaso para que te acordés. Pata ¡'Palo poniéndose caviloso, llevó el vaso a sus labios y tomó dos o tres sorbos pequeños, mientras se hacía que reflexionara.

-Sí, así es -empezó diciendo con voz pausada-. Que algo sepa, puede ser, porque en los pueblos chicos, hasta lo que se está pensando se conoce.

-Bueno, decí nomás lo que conocés.

Fue entonces cuando los volvió a sorprender con una de sus salidas.

-Todo gratis, por supuesto...

-Nadie ha hablado de gratis. La información la pagamos, con bordelesas o con billetes.

-Así, sí. Y estaría bueno que me sirvieran a cuenta otro vaso - rió-. ¡Con "la calor" que hace! ¿Nunca han trabajado en el basural? Si ustedes...

Pero fue bruscamente interrumpido por Alamo:

-Si lo que querés es hacernos perder todo el día, has de saber que somos personas ocupadas.

Pata ¡'Palo no le contestó. Se limitó a extender el brazo con el vaso vacío. Después de vacilar unos minutos, convencido de que no quedaba otra alternativa, Alamo se lo volvió a llenar, mientras comentaba en voz alta-

-¡Chupás más que una esponja chusa!

El otro ignoró el comentario.

-Este asunto ya me tiene a mal traer. Pero en fin, *andabiabamos* en lo de la gratificación. ¿Cómo es que íbamos diciendo?

Los otros intercambiaron sus miradas como resolviendo cuál de ellos hablaría. Finalmente lo hizo el Petiso.

-Si nos decís quién ha sido, son diez mil. Si lo que nos decís, sirve para que lo encontremos, mil.

Después de sopesar mentalmente la propuesta, observó:

-No es mucha plata que digamos si se ve que uno tiene que arriesgar el cuero por hablar. Con eso no voy a salir de pobre. Sí. Bueno... me voy a ir yendo porque se ha hecho tarde y no es caso que en la oscuridad meta la muleta en un agujero y me rompa la otra pata.

Mientras decía todo esto, había cogido la muleta y ya estaba de pie. Pero el Petiso ya no estaba para esos juegos. Le dio un violento empujón que lo tiró de nuevo sentado en la silla y con tal fuerza que ésta se inclinó para atrás, por lo que si no la sujetaba Alamo, hubiera ido a dar al suelo con su ocupante.

-¡De aquí no salís sin decir lo que tengás que decir! So juna gran puta, si has de aprender a respetar.

Pata ¡'Palo se limitó a decir:

-Por veinte mil, puede ser...

-¿Así que sabés quién ha sido?

-¿Me van a dar los veinte mil?

-Sí.

-Pues, no lo sé.

Alamo quiso agredirlo, pero el Petiso, recuperada relativamente su calma, se lo impidió. Se consoló gritando:

-Este aca se nos está riendo.

Pata ¡'Palo inmutable, extendió el brazo con el vaso vacío, mien- tras le ordenaba:

-Aquí el aca sos vos. Andá, servime.

Alamo vaciló, pero terminó por obedecer. Había algo en Pata i' Palo que lo imponía.

-Para vos está linda la cosa. Yo les cuento el asunto, el cacique los felicita y que los perros coman mis *corotas* cuando los otros se enteren de que los he alcahueteado.

A los otros les parecieron razonables las dudas de su invitado, así que le garantizaron la más absoluta reserva. Pero aclarado ese aspecto de la cuestión, quedaba otro punto por dilucidar.

-¿Y si después que les digo, se olvidan de darme lo que me corresponde?

Tendrás que fiarte de nosotros. Somos de los que cumplimos.

-Estás confundido, *cumpita*. Aquí yo soy el huevo, ustedes la gallina, y el huevo es primero. Ustedes me dan la plata y yo les traigo mañana la información completa. Sé de dónde la voy a sacar.

Después de mucho discutir, en un momento dado entraron a hacerlo con más discreción y resolvieron aceptar la propuesta. Aparecieron los billetes y después de contarlos y recontarlos, el futuro delator les dijo:

-No hace falta que vaya a ningún lado. Yo sé quién ha sido.

Ante la sorpresivo declaración, los tres echaron sus cabezas para adelante a fin de escuchar mejor.

-¿Y?...

-Nunca he alcahueteado a nadie en mi vida. Si me he decidido es por la forma como le han destrozado el mate. Solo un loco pudo hacer eso. ¿Se dan cuenta si mañana se le ocurre agarrar a alguno de mis hijos? Por eso pienso que esto es una obligación. Además...

-Bueno, ¡terminara! -imploró el Petiso.

-No me interrumpen muchachos, porque me hacen perder la ilación. Bueno, como les andaba diciendo... ¡Ah sí! Ha sido todo tan espantoso. Y lo apreciaba a Antonio, aunque no quieran creerme, porque él tenía la razón en cobrar los derechos de piso, porque tras eso, nos amparaba de la autoridad.

-Mirá, hijo de una gran puta -lo interrumpió de nuevo el Petiso, pero esta vez con voz suave-. Nosotros también lo queríamos, por eso queremos vengarlo, así que dejá de joder y decí quién ha sido.

-Tenés razón -reconoció Pata ¡'Palo imperturbable-. El asunto es de lo que hay que vengar.. -y siguió con los rodeos.

Como comprendieron que era peor interrumpirlo, esta vez se aguantaron hasta que se le terminó la labia. Finalmente declaró:

-El asesino es un tipo al que le dicen Perro Rabioso.

A partir de ese momento, tuvo que responder las mil preguntas que le formularon: cómo era; dónde vivía; sus costumbres, etcétera. Satisfechos al fin, le permitieron que se retirara. Rápido, dando vuelta su cabeza para mirar a todos lados, se encaminó hacia su rancho. Cuando llegó, descorchó una botella y la despachó con su mujer en unos minutos. Alegres, le dieron a otra, más pausadamente. Entrando en el terreno de las confidencias, y entre risa y risa, le contó la hazaña que había cumplido.

-Lo mismo nos hubieran deschavado. Mejor que muera uno en vez de dos. Perro Rabioso es solo y no tiene un hogar que mantener - fue su conclusión.

CAPÍTULO XXIX

A partir del día siguiente, los tres matones empezaron a vigilar a Perro Rabioso. Utilizando los datos proporcionados por Pata ¡Palo no les resultó difícil individualizarlo en el basural. Para cerciorarse, preguntaron por él a uno que pasaba, quien se dio vuelta y lo señaló.

Como su presencia en el lugar despertaría lógicas sospechas, entraron en contacto con los contratistas, simulando interés en la compra de latas.

Más tarde visitaron el barrio donde residía el asesino, llegando antes que él para observar la casucha en que vivía. Como eran desconocidos en el lugar, simularon, otra vez, estar interesados en comprar alguna cosa.

Tenían conocimiento, de acuerdo a los informes del delator, que aquel a quien acechaban, solía ir a un determinado almacén de la vecindad para beber y comer, así que se distribuyeron la vigilancia, pero hasta tarde esa noche no lo vieron llegar, ni a su casucha, ni al almacén.

La razón era que a esa hora, inquieto por lo que no le completaban la paga convenida, el asesino se había dirigido después de su trabajo hasta lo de Pata ¡Palo, quien estaba sentado como de costumbre, frente a su rancho, comiendo esta vez un formidable asado, para envidia de los vecinos, a quienes les llegaba sólo el aroma. Al verlo llegar, casi vomitó lo comido y bebido pero, sacando fuerzas de flaqueza, aún pudo sonreír cuando el otro se instaló a su lado, sin pedirle permiso.

-Parece que estamos de festejos -observó después de echar una mirada a la fuente llena de carne.

-Hay que darse los gustos en vida. Ayer quise pagar los derechos, pero la viuda de Antonio me dijo que ya no los cobran más, así que como esa era plata que daba por perdida, ahí nomás le compré este asado. ¡Y todo gracias a vos, Perro Rabioso! -concluyó poniéndole la mano sobre el hombro en señal de agradecimiento, mientras lo miraba con ternura.

-Sí, pero yo ando chuso. Apenas si habré cobrado una cuarta parte.

De paso, informado que lo que estaba viendo comer era fruto de su esfuerzo, empezó a servirse directamente de la fuente, considerando que, después de todo, le pertenecía.

Más tranquilo, debido al planteo que le hiciera el asesino, Pata ¡Palo, generosamente, le cedió su vaso lleno de vino. Aquel comió, bebió y engulló todo lo que encontraba, ante la desesperación del dueño de casa, su mujer e hijos, que veían desaparecer rápidamente su primera comida decente en años. Cuando Andrónico, por fin, se animó a acercarse para sacar un pedazo de los pocos que quedaban, su padre lo apartó pegándole una cachetada que lo hizo caer al suelo. Resentido fue a sentarse en cuclillas, malhumorado, a un rincón. Su hermana Mercedes, con lo poco que había comido antes que llegara la inesperada visita, ya estaba satisfecha, así que nada pretendió.

Después de un ruidoso eructo, y de tomarse de un solo trago otro vaso de vino, Perro Rabioso le propuso a su anfitrión retomar el tema de los negocios comunes, lo que lo tranquilizó nuevamente.

-Puedo llamar a reunión para que les hablés del asunto.

-Al trato lo hemos hecho con vos, así que nada tengo que ver con los demás. Al que voy ha hacerle lo mismo que a Antonio, si no cobro, es a vos.

-¿Y con cuánto estarías conforme?

-Si me das diez mil, asunto arreglado.

Meditó un rato y sacó cuentas. Si le daba los diez mil, menos mil ya gastados, le quedaban nueve de los veinte. Poco dinero era. ¿Cuánto tiempo pasaría antes de volver a reunir tanto de una sola vez? En consecuencia, íntimamente rechazó esa posibilidad.

-Desde esta noche me pongo en campaña -le aseguró-. Lo grave es que están esos matones buscando al asesino. Si los apuro a los compañeros, seguro que nos deschavan para ahorrarse unos pesos. ¿No será mejor esperar?

-Yo no tengo un carajo que ver con los matones. Rebuscátelas como podás y si alguno abre la boca, avisame.

-Voy a empezar entonces por los, más seguros. Voy a ver si te llevo un quinientón todos los días.

-No es mala idea. Te voy a venir a cobrártelos, así me convidás otro churrasco de pasada.
-¡Ese sí que no! No quiero que nos vean juntos. Mejor que esta sea la última vez que venís.
-De vos depende, socio. El día que no me llevés la guita al basural, te vengo a buscar a ver qué pasa -
contestó riendo con ganas, al ver la cara asustada del otro.

Al rato se levantó y se fue, desapareciendo en la noche con el sigilo que lo caracterizaba.

-Y ahora, ¿qué hacemos ... ? -le preguntó la Gorda a su compañero.

Recibió una serie de juramentos por respuesta.

-Todo va a ser según lo que haga el Petiso. A un quinientón por día, cuando más demore me arruina.

Tentado estuvo de ir a verlos para apurarlos, pero se contuvo. El plan para el día siguiente, elaborado por los matones fue distinto al del día anterior. Resolvieron esconderse tras unos matorrales en un barranco desde el cual dominaban los accesos al barrio donde vivía Perro Rabioso y observar desde allí.

-Algún día vendrá a dormir -concluyó el Petiso al comunicar su resolución a sus secuaces.

Desde el lugar donde estaban instalados dominaban también el basural, por lo que les llamó la atención que Pata ¡'Palo se le acercara a Perro Rabioso y le hiciera entrega de algo que no pudieron descubrir qué era debido a la distancia.

Todo lo contrario del día anterior, Perro Rabioso, después de su conferencia con Pata ¡'Palo se retiró del trabajo a mediodía, por lo que consideraron que no era oportuno seguirlo de cerca delante de tantos indiscretos. Desde lejos lo vieron entrar al almacén, y se quedaron esperando hasta que salió en evidente estado de ebriedad cerca de las diez de la noche. Estaban agotados por la larga espera, así que resolvieron actuar de inmediato.

Alamo y Cañita lo abordarían desde atrás y el Petiso por delante, en el sendero que llevaba al almacén de su barrio. El Petiso que había corrido para adelantarse, inició lentamente el retroceso por el mismo sendero, trastabillando, para que el otro pensara que estaba ebrio. Llegó un momento en que se encontraron frente a frente. Como la senda era angosta, cuando el otro se hizo a un lado para darle paso, él también se corrió y así dos o tres veces, sin que ninguno pudiera avanzar. A todo esto silenciosamente Alamo y Cañita ya estaban detrás. Cuando Perro Rabioso quiso empezar a enojarse, ya era tarde. Los de atrás le cubrieron la cabeza con una bolsa de yute. El Petiso le descargó un fuerte golpe que logró ahogar su grito de dolor.

Después de un breve forcejeo, le ataron los pies y las manos con una cuerda y así, semi-desmayado, lo cargaron entre los dos más altos, mientras el Petiso abría camino. Anduvieron un trecho y cada vez que el embolsado quería reaccionar, con un golpe de puño lo tranquilizaban.

Llegaron por fin, ya fatigados los dos altos, a un descampado alejado de toda población cerca al río y, sin sacarle la bolsa de encima, le dieron palos hasta dejarlo medio desmayado. Entonces lo liberaron de la bolsa. Esperaron a que se despabilara y le comunicaron su misión.

-Así que te habías creído que lo ibas a *guasquear* al Antonio, así nomás, sin que pase nada? Pero decime, *corotudo* ¿no sabías que era como *amicho* de Alberto?

El otro no salía de su sorpresa. Los miraba en la penumbra con sus ojos desorbitados. Comprendieron que no pudo ser suya la idea del asesinato, al observar su desconcierto y entonces empezaron a preguntarle por su instigador. En un acto de innecesaria lealtad, culpó genéricamente a los cirujas, sin decir nada de Pata ¡'Palo.

-Soy inocente. Yo mato por la paga. ¡Pero si ni lo conocía! " patearon en los testículos para refrescarle la memoria, mientras uno le ponía la bolsa sobre la boca para que no se escucharan sus alaridos.

Perro Rabioso, que confiaba en su capacidad de absorber castigos y que daba por seguro que después de apalearlo lo soltarían, logró razonar que si delataba a Pata ¡'Palo se quedaba sin sus diez mil pesos en cuotas de quinientos, por lo que empezó a dar nombres, menos el del que lo había delatado.

La experiencia que tenían en esta clase de asuntos los hizo intuir a los otros que no decía la verdad, así que empezaron de nuevo con los golpes. Por ahí, no pudiendo aguantar más, Perro Rabioso pronunció el nombre de Pata ¡'Palo, pero como había pronunciado tantos, éstos no le dieron importancia.

Por fin, convencidos de que no iban a obtener más datos, resolvieron atarle los pies a un arbusto y las manos a otro. Le pusieron un pañuelo en la boca para que no pudiera gritar, lo rociaron con querosene y después de colocar ramas secas debajo de su cuerpo y darle, caritativamente, unos garrotazos en la cabeza, tal cual había hecho él con Antonio, le prendieron fuego. Se quedaron unos minutos para observar cómo el cuerpo era presa de bruscas convulsiones, y dando por cumplida su obra, se retiraron satisfechos de haber hecho justicia.

CAPÍTULO XXX

Cuando al día siguiente fue descubierto el retorcido y carbonizado cadáver, un estremecimiento de horror sobrecogió, no sólo a 1 barriadas levantadas sobre las orillas del río Salí, sino a toda la provincia. Hasta Pata i' Palo tuvo un atisbo de remordimiento.

Andrónico se animó a preguntarle si era el mismo Perro Rabioso que lo había visitado dos tardes antes, y entonces su padre lo amenazó con darle el mismo trato que recibiera aquel, si se enteraba que andaba comentando esa visita, lo que intranquilizó más a su hijo, que quedó envuelto en un mar de dudas.

Como el lugar del hecho era distante de 'Las Lonas Verdes', a nadie se le ocurrió vincular el crimen con personas o problemas atinentes a dicho ranchería, salvo los que estaban en el secreto del asesinato de Antonio, que no dudaron de que era la venganza de su socio y una advertencia para todos.

Andrónico había sido de los primeros en enterarse del asunto: al entrar con su hermana en una confitería del centro de la ciudad, para mendigar unas monedas a los parroquianos, obligación y costumbre desde hacía años, prestó atención cuando uno que estaba sentado, leía la noticia del diario a los otros. Además vio la fotografía del occiso extraída seguramente de su prontuario, publicada a gran tamaño.

Los matones adoptaron la misma actitud que Pata i' Palo, o sea, no quisieron levantar vuelo del rancho de Alberto, por temor que ello despertara sospechas, aunque recién caían en la cuenta de que al haber estado solicitando informes sobre el asesino de Antonio, quienes estaban en el secreto, los iban a vincular a este nuevo crimen.

Uno de ellos, Cañita, viajó a la ciudad para informar a Alberto sobre los detalles de la acción cumplida y de paso, solicitarle la paga comprometida. Fue grande su sorpresa cuando éste lo recibió indignado.

-¡Animales ... ! Podían haberlo liquidado sin armar semejante quilombo. Por un ciruja nadie se hubiera molestado, pero, ¡eso de quemarlo vivo ... ! Si ha sido una salvajada. Van a creer que andan locos sueltos y no van a parar hasta que los agarren.

Cañita se defendió haciéndole notar que la única forma que lo respetaran como mandamás de "Las Lonas Verdes" era dando un escarmiento ejemplar.

-¡Me interesa un carajo 'Las Lonas Verdes'! Lo único que he querido era cumplir con el amigo. ¿No ven *acas*, que éramos *amichos*? La conclusión fue que los matones debían abandonar el lugar, antes que la policía los cayera en cuenta, lo que no podía dejar de suceder.

-Dense el raje para el Norte, y no se les ocurra volver hasta que les mande avisar.

Les dio el dinero, más un adicional para los gastos extras en que debían incurrir, con lo que terminó la entrevista.

Al regresar, le parecieron sospechosos unos matorrales que se movían frente al rancho, así que uno se acercó a ver qué pasaba. Con sorpresa de su parte, descubrió que era Andrónico que espiaba. De inmediato reconoció en el muchacho a uno de los tantos a quienes habían incitado para que les proporcionaran datos sobre el crimen de Antonio.

-¿Que andás *bombeando* por aquí?

Como el chico no le contestara y se resistiera a seguirlo, lo tomó de los pelos de la nuca y lo obligó a caminar hacia el rancho.

-Me lo he encontrado en medio de los matorrales, déle *bombear* -informó a sus compañeros-. Me lo he tenido que traer *ramiando*, porque el atrevido no quería venir a avisarme qué andaba haciendo. El chico que no podía más del susto, se limitaba a mirarlos con los ojos desmesuradamente abiertos.

-Si no te vamos a comer... -lo quiso tranquilizar el Petiso-. Contanos lo que querías espiar y te largamos.

El muchacho empezó a reprocharse para sus adentros, la malhada idea de haber ido a curiosear, sin saber qué. Al fin, no se le ocurrió nada mejor que explicar:

-Como ustedes me pidieron que buscara información, pues, eso es lo que hice...

-¡Así que nos traés información! Bueno... haber empezado por ahí -se excusó el Petiso-. ¿Y qu'e es lo que podés decirnos?

A Andrónico se le planteó un nuevo problema, pues no había sido ese su propósito al concurrir, sino simplemente figonear. Así que empezó a contradecirse.

Al escucharlo, los otros entraron en desconfianza, lo que dejaron traslucir en sus gestos. Andrónico se convenció que debía decir algo convincente y rápido.

-Perro Rabioso tiene que ver con la muerte de Antonio.

Un escalofrío recorrió el espinazo de los tres. Lo que habían temido resultaba un hecho. De ahí a vincularlos a ellos con la muerte del otro, no había sino un solo paso. El Petiso quiso ahondar los conocimientos de Andrónico.

-¿Y como sabés?

-Porque Perro Rabioso hace dos tardes fue a verlo a mi viejo y algo le ha dicho de eso.

Ya no eran solo cosas de chicos. Había un mayor por lo menos que lo sabía.

-¿Y quien es tu tata?

-Pata ¡'Palo.

-¡Pata ¡'Palo!!! - exclamaron al unísono.

-¿Seguro que era Perro Rabioso el que lo visitó?

-Por lo menos, así lo llamaba. Yo no lo conocía. Primera vez que andaba por casa.

Los matones le pidieron les contara en detalles lo que había oído. Andrónico, desesperado, pues recordó de súbito la olvidada amenaza de su padre, trató de ser prudente, lo que le resultaba imposible ahora.

-Poca cosa. Que algunos le habían pedido que matara a Antonio y ahora debían pagarle por el trabajo.

-¿Han visto que yo tenía razón? -se le escapó al Petiso- ¡Hay otros!!!

-Seguro que el propio Pata ¡'Palo...

Al escucharlo, a Andrónico se le estrujó el corazón. ¡Ahora sí que conocería lo que era bueno, si se llegaba a enterar su padre! A su vez, demasiado tarde, el Petiso advirtió la indiscreción que había cometido. ¿Se habría dado cuenta el muchacho? ¿Sería capaz de atar cabos y concluir que ellos a su vez, eran los asesinos de Perro Rabioso?

-Mirá *chango*, quedate aquí un ratito mientras hablamos unas cosas -Le dijo mientras lo empujaban a la única habitación del rancho--. Estate ahí y no hagás por escuchar -Después de lo cual bajó la lona que hacía de puerta, restos de la que cubriera el primer rancho edificado en el lugar.

Se alejaron un poco y se pusieron a deliberar en voz baja sobre lo que debían hacer.

Alamo opinaba que debían liquidarlo a Pata i' Palo para realmente cumplir la venganza ordenada por Alberto. Cañita, en cambio, que a quien había que eliminar era al chico, y el Petiso, que lo mejor que podían hacer era poner pie en polvorosa.

Como no llegaban a un acuerdo, sus voces se elevaron lo suficiente como para que Andrónico, aterrado, se informara sobre la posibilidad de que su padre, o él, o ambos, fueran asesinados. Recordó los comentarios de cómo había sido eliminado Perro Rabioso y se le pusieron los pelos de punta.

Por fin adoptaron una resolución intermedia: lo dejarían encerrado hasta el día siguiente y más tranquilos resolverían. El argumento del Petiso fue el decisivo.

-Lo que sabe el changuita lo saben todos, que estábamos interesados en vengar el asesinato de Antonio. De ahí a sospechar de nosotros hay un solo paso. En consecuencia, hay que pensar bien antes de hacer nada.

Esa noche, los tres matones apenas si pegaron los ojos. Se sentían acorralados. Tarde o temprano llegaría la policía. A eso de las cuatro, resolvieron abandonar el intento de conciliar un sueño imposible y se sentaron nuevamente a deliberar. Otro que no podía dormir era Andrónico.

-Lo mejor es cumplir la orden de Alberto --declaró el Petiso--. Carguemos los bultos y rajemos.

-¿Y el *changuito*? -preguntó Alamo- Está demasiado avivado. Si lo largamos se va ir con el cuento y antes que podamos escondernos nos va a pillar la policía.

A Cañita se le ocurrió entonces, inspirado por lo que le había dicho Alberto, que si estrangulaban al chico lograrían despistar a la policía, que creería estar frente a un anormal, a un demente, en cuyo caso la muerte de Perro Rabioso aparecería como casual y no vinculada a la muerte de Antonio. En definitiva, concluiría que los tres crímenes reconocían un solo origen.

El plan fue aceptado y su ejecución quedó en manos de quien lo había propuesto, que aceptó la comisión. Cuando entró a la habitación del rancho, después de tantear en la oscuridad, lo encontró a Andrónico acurrucado contra la pared. Era tal su terror que permaneció inmóvil mientras aquel se le aproximaba y le ponía las manos encima.

-Vos me querés matar -logró tartamudear por fin, sobreponiéndose a medias de su terror.

-¡Que te voy a querer matar, m' hijito! -le contestó Alamo con toda tranquilidad-. Apenas si hacerte un cariñito en el cogote...

-¡Yo no voy a decir nada! ¡Te lo juro por Dios!

El otro ya le había puesto las manos sobre los hombros.

-No tengas miedo, *changuito*. Si total es mejor que te quedés dormido. Esta vida es una porquería.

A través de sus manos y brazos, podía percibir los temblores del niño. Suavemente lo iba sujetando cada vez con más firmeza. Le daba pena terminar la faena tan rápido.

-¡Apurá! -le gritaron desde afuera.

-Si me hacés algo, Pata i' Palo te va a matar -le advirtió el pequeño.

-Ya lo vamos a atender a tu tata. No te aflijás por nosotros -le replicó, mientras saboreaba el terror del chico-. Tenés delgado el cogote muchacho -le comentó, mientras le tanteaba el cuello con su mano derecha.

-Mamá, mammmiita -tartamudeó Andrónico que ya presentía su fin-. Mammmmiitta, no lo dejés hacer -clamó en voz cada vez más queda.

Alamo apretó sus dedos como garras, salvajemente. Varios minutos después que lo sintiera expirar, recién volvió del éxtasis que lo había poseído y aflojó el cuello.

Aprovechando la oscuridad se internaron por la playa del río cargando al muchacho. Trastabillando en medio de las piedras, llegaron a un lugar próximo a donde había sido asesinado Perro Rabioso y allí abandonaron el cadáver.

Con buen criterio, resolvieron volver y quedarse otro día más, para que no se vinculara su ausencia con este nuevo crimen. Tal cual lo habían previsto, cuando se descubrió el cadáver, toda la población habló del sádico que andaba suelto. Durante un tiempo, nadie se animaba a andar solo de noche, hasta que el asunto se fue olvidando. A todo esto, los tres matones ya estaban desde hacía tiempo en Orán.

CAPÍTULO XXXI

La ola de crímenes que mantuvo a la población de "Las Lonas Verdes" y a sus aledañas, aterrorizadas durante un largo tiempo, coincidió con un nuevo ascenso de Paco en el ingenio azucarero donde trabajaba. Corría el año 1964 y él había cumplido los veintinueve. Su hijo Francisco tenía cinco; su hija Rosa, cuatro.

Cuando ese día al entrar al ingenio, se abrían los grandes portones que daban acceso al cuadro de los edificios administrativos de la enorme empresa, ni se le ocurrió pudiera ser distinto a tantos otros que se iban sumando a la monotonía de su vida. Pensándolo después, llegó a la conclusión de que el "don" antepuesto al Paco con que lo saludó el viejo portero, le sonó raro pero, por supuesto, no lo advirtió en ese momento. Lo que sí, no pudo pasarle inadvertido, fue el comentario lleno de amargura de uno de sus compañeros de trabajo, el de más edad, próximo a jubilarse:

-Hay tipos *tarrudos* -le había dicho, mirándolo de reojo y al pasar. Al penetrar al gran salón donde compartía sus labores con otros cuarenta, sus más allegados, con sonrisas y palmadas, le informaron que tenía una cita con su jefe, no bien llegara, por lo que sin darle mayor importancia a la cosa, pasó al despacho. No estaba solo, sino con uno de los jóvenes directivos de la firma, hecho nada extraordinario, pues le constaba su personal dedicación. La cosa empezó en serio, cuando sin más trámite, le pusieron un sobre en las manos y le indicaron que lo leyera. Entonces sí, a medida que sus cada vez más impacientes ojos recorrían las breves líneas, comprendió: ¡Jefe de Despacho! A ese alto y codiciado cargo había sido ascendido y cuando su jefe y el directivo estimaron que había leído la última palabra ya le estaban tomando la mano para felicitarlo. Atontado aún por la novedad, empezó a balbucear agradecimientos.

-Quiero que nos interpreten -hablaba a todo el personal reunido, minutos más tarde el alta jerarca- no es que entre ustedes no haya otros con tantos o más méritos que Francisco Paredes, pero él, sobre los méritos personales, tiene ventajas que, resultan fundamentales a criterio de nuestro directorio: el haberse iniciado desde la más baja escala de mandadero, y su juventud. Y este, señores, es el siglo de los jóvenes y de los hechos por sí mismos. En Francisco Paredes, la empresa ha advertido no sólo dedicación, responsabilidad, lealtad y capacidad, sino también una fibra especial, que era preciso posibilitar se manifestara en plenitud, antes que la monotonía del conformismo que nace con la postergación empezara a actuar. A la corta, todos saldremos beneficiados por el hecho de que en un cargo de responsabilidad hayamos incorporado a este joven que inyectará las ideas nuevas de las que una empresa moderna, para bien de la comunidad y en beneficio de todos, siempre está sedienta.

Al descender del ómnibus estuvo tentado a entrar al almacén que ahora, después de la tragedia, era de su querida hermana María, para alegrarla con la nueva. Aún resonaban en sus oídos los aplausos, sinceros o envidiosos de sus compañeros de trabajo. Pero le pareció que ello sería una deslealtad hacia su esposa, que tenía derecho a ser la primera en saberlo. Por eso se dirigió directo a su rancho de lujo.

Cuando, abrazándola, le comunicó la novedad, su actitud le resultó incomprensible. En lugar de alegrarse, besarlo y abrazarlo emocionada, como se había imaginado durante la jornada, que en su impaciencia por llegar, jamás le había parecido tan larga, escondió su cara entre las manos y en medio de profundos sollozos se retiró a su habitación, sin pronunciar una sola palabra.

-¿Quién entiende a las mujeres? -se oyó decir quedo, mientras se estaba ahí, totalmente desconcertado.

Optó por sentarse, súbitamente triste ante la inexplicable reacción. Con los codos sobre el mesón donde comían y la cabeza entre sus manos, quedó meditando, tratando de descubrir alguna razón lógica a lo que acababa de suceder. Después de unos minutos, más sereno se dirigió al dormitorio donde, recostaba sobre el lecho conyugal, gemía Rosa.

-¿Es así como me alentás? Si nunca has llorado en las malas, ¿por qué tenés que llorar en las buenas?

Pero a Rosa los sollozos no le permitían responder. Se le acercó entonces y pasándole con suavidad la mano por los cabellos, mientras se sentaba a su lado, trató de tranquilizarla, sin animarse a decir palabra. El remedio resultó eficaz, pues poco a poco, los sollozos se fueron espaciando, hasta que se tranquilizó. Cuando observó que quería incorporarse, la ayudó a hacerlo, de tal modo que quedaron sentados uno al lado del otro.

Fue entonces cuando ella giró su cabeza y mirándolo a los ojos, con los suyos aún enrojecidos, como disculpándose por lo iba a decir, encontró al fin las palabras adecuadas para expresarse.

-¿Es que no entendés? Se me ha dado por llorar por lo que sos tonto de tan bueno. ¿No te das cuenta que si te han ascendido es porque valés? ¿O te creés que en esas patronales hacen caridad con los ascensos? Con otras cosas puede ser, pero con los ascensos estate seguro que no. Y de ahí entonces, ¿por qué tenemos que seguir viviendo aquí? ¿No te acordás ya de lo que hablábamos cuando éramos novios? ¿Nunca te vas a acordar que tenés hijos? ¡Si ya no puedo más en este rancharía! ¡A ver si el loco ese que anda suelto, nos termina matando a todos! Si no te hubiera dado Tata Dios talento, vaya y pase. Yo te hubiera aguantado porque te quiero, pero en pudiendo, ya no aguanto más. Hay que sacar los chicos de aquí. Yo quiero que sean otra cosa.

A medida que Rosa hablaba, su confusión desaparecía. Ahora estaba claro como la luz del día todo lo que hasta hacía unos minutos era oscuridad.

-¿No quedamos en mandarnos a mudar de aquí, en cuanto fuera posible? Ya estoy empachado de miseria, de podredumbre, de la suciedad que nos rodea. ¿Así que ahora porque sos capaz, ya no podés tener vida propia? ¿Te vas a tener que matar trabajando para tu mamá y tus hermanos? ¿Así que si hubieras salido un inútil como Carlos, no tendrías problemas? *Te estarías rascando el pupo* y ellos se hubieran arreglado como hubieran podido. Ninguno se hubiera muerto de hambre, te lo aseguro...

Paco la escuchaba en silencio. No era sólo que quería que se desahogara, sino que comprendió que le venía bien lo que decía. Porque él sabía que tenía razón, de que el conformismo se manifiesta de distintas maneras, con distintos disfraces. El se había conformado en ayudar a sus hermanos, a su madre, antes que a su mujer y a sus hijos, porque éstos hasta la fecha nada habían objetado y en cambio sabían demasiado de las exigencias y reprimendas de la autora de sus días. Con lo que decía su esposa, mientras la escuchaba, pensaba que bien podía Oscar aportar más, ahora que era médico y que Carlos, si bien era humilde jornalero, no tenía derecho de gastarse lo que ganaba en vino y farras, por poco que fuera y que María, en vez de estar siempre ampliando el almacén, bien podría pensar en sus hermanos con más generosidad.

-Oscar va a tener auto -la escuchó en ese momento a Rosa, como si hubiera adivinado sus pensamientos-. Antes podría haberse acordado de la plata que has puesto para sus libros y su carrera. ¡Cuántas cuotas hubiéramos pagado para una casa nueva! Y él va a tener auto y nosotros en el rancho... ¡Claro, porque él es médico!

-Rosa, te juro que esta vuelta nos vamos de aquí. Voy a hablar claro con Oscar, Carlos y María. Que de ahora en adelante se ocupen ellos de la vieja y hermanos. Yo me voy a ocupar de vos y los chicos. Todavía tenemos mucho tiempo por aprovechar.

Ahora la afligida era su mujer. Echándole los brazos al cuello y escondiendo su rostro en su pecho, humedeciendo su camisa con sus lágrimas, le dijo a su vez:

-Perdona, vidita. Soy una egoísta, de las que no hay.

-Yo he sido el egoísta, que te ha sacrificado por mi familia. Pero ahora ella insistía en reconocerse la culpable.

-Vos tenés razón. La felicidad no es una casa, ni un auto. La felicidad es ser dos, uno solo, como somos nosotros. Conformarse con poquito, para tener más para entregar a los que queremos. Darse entero, como te das vos.

CAPÍTULO XXXII

Bernardo no escapó a la impresión general que habían provocado los últimos acontecimientos. Con el Ñato comentaron hasta el cansancio la muerte de Antonio y luego la de Perro Rabioso. Pero cuando se anoticiaron de la de Andrónico, llegaron al colmo de la indignación. Juntos fueron a la casa de Pata ¡'Palo y la Gorda, y si bien no conocían a la pareja, se sentían obligados a hacerles llegar su expresión de solidaridad.

El espectáculo del pequeño Andrónico, tan escuálido, tan morado, en su humilde ataúd, les arrugó el corazón, no pudiendo evitar pensar que víctima del monstruo que le había dado muerte, podían resultar cualquiera de los chicuelos que ahora se disciplinaban en el deporte.

Los padres no salían de su asombro. Pata i' Palo tenía el secreto presentimiento de que la muerte de su hijo debía estar vinculada con la de Perro Rabioso, pero, por supuesto, no por las razones que los demás exponían y ello, aunque no existía a la vista ningún hecho o circunstancia en el que pudiera fundarlo razonablemente.

El Ñato se retiró después de saludar y curiosear un rato. Bernardo, en cambio, se quedó un tiempo largo tratando de descubrir en qué podía resultar útil. Como vio que Mercedes lloraba desconsoladamente, se arrimó a hablarle y le arrancó la promesa de que cuando se repusiera lo visitaría para incorporarse al club. Pata i' Palo que observó la real preocupación de este joven, a quien había visto en ocasión de los partidos de fútbol y de cuyo empeño por el deporte escuchara comentarios, las más de las veces maliciosos, lo tomó como confidente de sus penas. Lo informó de lo mucho que se sacrificaba por los suyos; cuan poco éstos se lo reconocían y lo desesperante que resultaba trabajar en condiciones físicas tan desfavorables.

Bernardo quedó conmovido y aprovechó para comunicarle su propósito de incorporar a su hija a la comisión de niños que trabajan por el club. También su propósito de ayudarlo en lo que pudiera. Sobre lo del club, no recibió respuesta.

A partir de entonces, acostumbraba Bernardo a correrse hasta el rancho de su nuevo amigo para comentar los sucesos del día, o hablar de bueyes perdidos. La buena acogida que le brindaba se le ocurría sería de gran ayuda para llevar adelante sus planes civilizadores: le abriría la puerta a uno de los sectores más irreductibles de la villa miseria.

La verdad fue que el ascendiente de Pata ¡'Palo sobre los cirujas, le fue muy útil: disipó las desconfianzas que su presencia en el sector empezaba a despertar y le posibilitó conocer y tratar a los compañeros de trabajo, en forma natural y espontánea.

Con la Gorda no tuvo problemas, pues coqueta de nacimiento, hasta se le llegó a ocurrir que sus visitas al rancho tenían que ver con ella y así lo festejaba ofreciéndole lo mejor que tenían para comer y beber, tratándolo como a novio en día domingo. Claro, poca gracia le hizo cuando se enteró de que muchas de las exquisiteces con que lo convidaba, eran recogidas en el basural, pero entonces, apelando a su disciplina sacerdotal y a su amor al prójimo, y teniendo siempre presente la grandeza de su objetivo, lograba dominar sus náuseas y seguir rindiéndole el homenaje a que la tenía acostumbrada, cuando no conocía el origen de las mismas.

El se había propuesto penetrar en sus almas, descubrir el mecanismo de sus complejas personalidades, la razón de ser de su abandono, de su falta de interés por las cosas o bienes por los cuales el resto de la humanidad se despedazaba entre sí. ¿Por qué vino, en lugar de heladeras o ropa limpia? ¿Por qué un trabajo miserable y no otro bien rentado, con honorario de entrada y salida? No todos tenían situaciones personales que los obligaban a ser explotados por los contratistas. ¿Por qué esa existencia sin aspiraciones cuando el lema del mundo moderno era el progresismo ¡limitado? ¿Por qué ellos se mofaban con su estilo de vida, de los filósofos, teólogos, políticos y sociólogos, insistiendo en sumergirse en la miseria y no buscar siquiera el bienestar? ¿Por qué para ellos la moral sonaba a inmoralidad; y la virtud a pecado; la templanza a la intemperancia; la castidad a prostitución? El se había propuesto rescatarlos para que integraran el rebaño del Buen Pastor, pero se sentía desorientado cuando descubría que se sentían integrando otro que no era ni el de Dios, ni el del Diablo, sino el de los que viven por encima del bien y del mal, o por lo menos ignorándolos.

Llegó a la conclusión de que las pulgas de ellos, no eran las pulgas que soportaba él, por la más simple

de las razones: que ellos no las sentían. Que suciedad podía tomar significado distinto, por la misma razón, pero además, cabía recordar los ilustres de hacía unas pocas centurias. ¿Acaso no consideraban un mérito las costras de roña de su piel? y ¿acaso el pensamiento humano no giraba aún sobre las reflexiones de los que se bañaron un mínimo de veces en sus vidas? Curioso el caso; una filosofía construida por los que no se bañaban, hecha suya por los que se bañan, servía hoy para condenar a los que no se bañan. Porque si él se sentía tan satisfecho de si mismo, que por caridad deseaba que los demás fueran partícipes de las verdades que lo hacían sentir feliz, resultaba que ellos también se sentían conformes consigo mismos, pero partiendo de conceptos opuestos y que mientras él trataba de atraerlos a su mundo, ellos, sin discursos, sin estrategias, sin tácticas, también procuraban atraerlo al suyo.

Llegó a la conclusión de que en su inconmensurable maldad, eran capaces de bondad, y que los suyos, en su inconmensurable bondad, eran capaces de maldad. ¡Que difícil ubicarse en ese mundo que no era de él! y tan difícil era que ese mundo comprendiera al que él representaba, que debía presentarse disfrazado para que lo tolerara. ¿Acaso ellos, a su vez, no debían disimular sus sentimientos cuando actuaban en el de él?

A todos estos interrogantes, él los tenía resueltos en el seminario. ¡Si habría llenado carpetas, escrito hojas y expuesto conclusiones! Pero en el papel lucían de una manera y en la realidad, de otra. Todos los días se adentraba un poco más en la miseria, para comprenderla y poder así combatirla. Pero constató que la miseria también atrae y aprisiona una vez que se la penetra.

Pata i' Palo intuía sus contradicciones y se complacía en destruirlo. Combatía su derecho canónico, su teología, con las pulgas, la muleta, la bebida, la animalidad.

Un día no pudo menos que meditar:

Lo primero que es preciso realizar para destruir algo, es demostrar que no sirve, que es malo. Lo primero que es preciso realizar para aceptar algo, es estar convencido de que con ello se estará mejor. Pero ¡qué difícil resulta demostrar que un género de vida determinado no sirve, cuando los otros están conformes con él! ¡Cuan difícil resulta demostrar que es mejor vivir para el Estado, para la guerra, para la ambición! Sí, los que poseen heladeras en las ciudades no son Pata i' Palo mugrientos, pero ¿cuántas reverencias, cuántas abdicaciones para lograrlas? Los Pata i' Palo hacen pequeñas genuflexiones ante un contratista para vivir de las inmundicias del río, pero se sienten libres todas las noches. ¿Cuántas grandes genuflexiones deben realizar los de las heladeras? Pero, además, ¿son sus noches tan tranquila como la de aquellos?

Bernardo se apiadaba de sí mismo. Se había propuesto rescatar a quienes no les interesaba en absoluto ser rescatados.

A todo esto, el Ñato Montero observaba con celos y preocupación su vinculación con ese elemento. Conocedor de hombres, le advirtió que nada bueno podrían reportarle tales amistades y que, a la postre, terminaría por ser utilizado por el ciruja y sus compinches. Pero Bernardo creía descubrir la intervención de la Divina Providencia en esta relación nacida en forma tan casual. Ahora tenía acceso al corazón putrefacto de la villa miseria, a la escoria humana que se había propuesto rescatar. Porque en definitiva, el sector de los fundadores estaba integrado por familias que con todos sus defectos, no resultaban casos extraordinarios de falencia humana, lo que quedaba demostrado por el solo hecho que había sido capaz de producir un Paco, una Rosa, un Oscar y un Ñato, y, hasta viéndolo bien, un Antonio.

Su clientela verdadera era otra. El club de fútbol había sido algo, una herramienta eficaz por cierto, para introducir disciplina y normas morales en quienes carecían de ellas, pero no podía quedarse ahí; debía seguir adelante, y en esto estaba.

Cuando creyó que ya gozaba de la confianza y amistad de Pata i' Palo y la Gorda se permitió hacerlos partícipes de sus proyectos de rescate. Al principio no lo entendieron; luego pensaron que era un degenerado que deseaba encontrar en ese elemento desprejuiciado quienes se prestaran a satisfacer sus morbosas desviaciones, pero cuando por fin se dieron cuenta de que era sincero en sus propósitos, lisa y llanamente decidieron explotarlo.

-Detrás de éste debe haber alguna vieja guituda, de esas que no saben en qué gastar la plata -- diagnosticó Pata i' Palo.

-0 a de ser uno de esos políticos a la pesca de votos. Se hacen amigos y después de las elecciones ya ni se los ve.

A aquél le pareció factible esta última posibilidad, pero con una variante:

-Eso puede ser, pero de los que andan tirando bombas... No vaya a ser que ande engancho gente y nos meta en un lío.

-¡Si hay cada loco suelto! Si hasta vaya ser cierto lo que dice y se le ha medido en la cabeza eso de

enseñar a leer y lo demás.

-¡Con tal que deje billetes, lo demás, ni me va ni me viene ... ! Se me hace que te anda gustando el mozo. Mirá que ya soy viejo para que me hagás cornudo -lo dijo y lanzó una carcajada.

La gorda también rió con ganas, contoneándose para todos lados. Reconoció que hacía tiempo no trataba con un mozo tan lindo. Modestamente declaró:

-¡Qué se va a fijar en mí, habiendo tantas chicas lindas...

Una tarde apareció Bernardo que venía de palear en el río. El Ñato, molesto, lo había dejado para regresar directamente a su rancho, Se sentía cada vez más celoso de la amistad de Pata ¡'Palo, aparte de su desconfianza hacia el sujeto. Según pudo observar, aún no había llegado éste, solo estaban su mujer y Merceditas.

-Buenas -saludó- ¿cómo andan esas cosas, Gorda? Parece contenta.

-Y qué va hacerle. Hay días en que uno anda con la luna y otros no. Que sabrá ser... -rió-- Voy adentro a colgar la ropa. Pata ¡'Palo no ha de demorar. Esperalo un ratito.

Aprovechando esa circunstancia se puso a conversar con Merceditas mientras la Gorda cumplía sus labores de ama de casa en el fondo. La pequeña, no acostumbrada a que la trataran con consideración, se encontraba en un rincón acurrucada, cual era su costumbre, cuando no estaba haciendo algo. Necesité insistirle tres veces para que comprendiera que la invitaba a que se sentara a su lado, en el cajón que utilizaban como silla. Ya tenía experiencia de que no era fácil encarar una conversación con ella, las pocas veces que se le presentaba una oportunidad.

-¿No vas a la escuela, Merceditas?

-No.

¿No te gusta?

-Papá no quiere.

-¿Sabés leer?

-No.

-¿Te gustaría que te enseñara?

-Papá no quiere que estudie.

-Puedo hablar y pedirle que te deje.

-No. Me va a pegar.

-Sabés quién es Dios, Merceditas.

-El que está en el Cielo.

-¿Lo querés a Dios?

-No lo conozco.

-¿Qué te gustaría ser cuando seas grande?

-Nada. No sé.

¿Te gustaría ir al club?

-Sí, pero papá no me deja.

-¿Y qué te deja hacer tu papá?

-Quiere que trabaje.

-¿En qué?

-Que haga cochinadas.

-¡No puede ser, Merceditas! Lo debes haber entendido mal.

-Quiere que trabaje *antarca*.

-¿Antarca? y qué es eso?

-De espalda. Acostada.

-Que te la pases durmiendo, entonces. Debe ser lo que sos tan delgadita. No le veo nada malo a eso.

-Que suban los hombres encima mío para que me hagan cochinadas.

-¡No!!! ¡No puede ser! ¡Has entendido mal!

-Es lo que le ha dicho a mi mamá.

-¿Querés que le hable sobre el asunto?

-Me va a pegar.

-¿Y tu mamá a todo esto, que dice?

-Se ríe. Dice que ni para eso sirvo.

-¿Y qué hacías cuando ibas a la ciudad con Andrónico?

-Íbamos a pedir limosna a la gente.

-¿Te gusta pedir limosna?

-Estábamos fuera del rancho. A Andrónico le gustaba.

En eso apareció su padre de regreso del basural. Apenas lo vio, Merceditas se bajó del cajón y se perdió en el fondo como si la hubieran sorprendido en alguna falta. Apenas se sentó Pata ¡'Palo, después de saludarlo con la salamería de siempre, Bernardo resolvió plantear la situación de Merceditas, sin tener en cuenta sus advertencias.

-¿Pensaron en lo que les decía los otros días, de mandar a Mercedes a la escuela?

Pata ¡'Palo contra sus buenos propósitos de sonreírle siempre, se impacientó. Eso de meterse en sus cosas ya era demasiado.

-Mercedes tiene que ayudar a su madre -declaró enfática- mente-. A los pobres no les sirve de nada ir a la escuela.

Bernardo trató de convencerlo de lo contrario, pero en un momento dado resolvió no insistir, al advertir que su interlocutor se' encrespaba. Tocó el tema del sistema bajo el cual trabajaban en los basurales.

-¿Por qué no vemos cómo pueden organizarse para que no los exploten?

Pero Pata ¡'Palo le demostró que ello era imposible. La basura no era de nadie y le demostró que lo único que ganarían sería que los contratistas los hicieran a un lado.

-¿Quién los va a obligar a que nos compren lo que recogemos? - le advirtió.

-¿Y si organizáramos una cooperativa?

Pata ¡' Palo rió con ganas, no tanto por la propuesta, sino que pensó para sus adentros que habían acertado, pues así solo hablaban los políticos.

En esos momentos se acercaban tres amigos del dueño de casa para incorporarse a la reunión. Ya eran varios los que se estaban acostumbrando a estas reuniones donde Bernardo pagaba dos o tres botellas todos los días.

-Escuchen muchachos -los saludó el dueño de casa-. A éste se le ha ocurrido que tenemos que organizar una cooperativa para que no nos roben los contratistas.

¿Que opinás vos, Tuerto?

El que tenía el glóbulo izquierdo vacío, se sentó en un cajón mientras reía.

-Claro, y vos de gerente, por supuesto. Estaría bueno. Por lo menos, así nos roba un *cumpa*.

Los otros celebraron la ocurrencia con fuertes risotadas, al punto que el dueño de casa puso cara de molesto.

Llegó el vino y la primera botella desapareció rápido. Descorcharon la segunda y el alcohol les desató la lengua.

El más menudo, un hombre bajo y delgado, casi raquítrico, le preguntó a Bernardo por su club.

-No es mi club. Es el club de todos nosotros.

-Lo vieras a Golondrina -comentó el Tuerto- tan chiquito como es y cómo los hacía cagar a pedradas a los de Guzmán, la vez pasada.

-¡También, qué se habrán creído! Querer ganarnos en cancha propia.

Como las cosas no mejoraban y ya estaban por abrir la tercera botella, Bernardo se excusó para retirarse, pero Pata ¡'Palo, que había estado bebiendo desde temprano, se opuso.

-No podés dejarnos a los *cumpas* mientras no se acabe el vino.

El ya conocía por experiencia lo que podía significar resistirse a la invitación. La ley del tomo y obligo mantenía su plena vigencia en 'Las Lonas Verdes'. Muchas veces estas reuniones le significaban tener que vomitar al estilo romano todo líquido ingerido antes de acostarse a dormir. Pero lo que no podía evitar y eso que se las ingeniaba para beber un vaso, mientras los otros ingerían tres, era que se le subiera el alcohol a la cabeza, y terminaba diciendo incongruencias.

Esa noche, cuando desapareció la tercera botella intentó otra vez retirarse, pero nuevamente, Pata ¡'Palo se lo impidió:

-Ahora convidó yo -y envió a Mercedes a comprar otras tres botellas.

Apenas ésta se hubo retirado, no sin protestar, irritado, se dirigió a la Gorda para recriminarla:

-La estás echando a perder a la mocosa. Ya es hora que la hagás trabajar. Seguro que se pasa el día revolcándose por ahí, con esos vagos que nunca faltan.

A Bernardo se le hizo un nudo en la garganta, pero prefirió no decir nada. La discusión prosiguió un

rato, hasta que Mercedes regresó agitada.

-¿Y qué le pasa ahora a la alhajita? -le preguntó Pata i' Palo cuando observó su estado.

-Casi me agarran unos muchachos -lo contestó asustada.

-Eso te pasa por andar presumiendo -la increpó su padre, mientras le descargaba una cachetada que la hizo retroceder y caer al suelo-. Se ve que vas a salir tan puta como tu mama.

Por suerte para él, la Gorda no estaba presente.

Bernardo a duras penas pudo contenerse, cuando escuchó sus lamentos. Para peor, como si hubieran adivinado su intención de beber lo menos posible, ahora le llenaban el vaso hasta el borde. Molesto puso como excusa irse a orinar y se dirigió a la parte posterior del rancho; y de ahí continuó hacia el su o sin despedirse. Después de introducir sus dedos en la garganta y volver todo lo que había ingerido en un matorral cercano al río, se introdujo a su cuarto y se arrojó sobre el catre.

Bastante mareado y con el estómago revuelto, aún tuvo ánimo de reflexionar sobre los magros resultados que había obtenido hasta ese momento de sus visitas a lo de Pata i' Palo, y la situación de la pobre Mercedes.

Al día siguiente, para peor, mientras acompañaba al Ñato a matear, tuvo que aguantar sus recriminaciones.

-Anoche te he sentido llegar y llevarte todo por delante ¡Linda cosa que andés amigueando con Pata i' Palo. Cuando te pase lo que a Perro Rabioso va a ser tarde para que te acordés de lo que te digo.

-¿Y qué tiene que ver Perro Rabioso en el asunto?

-¿No has caído *entoavía* en cuenta que estos tipos *machaos* son unas malas bestias? Vos no sos como ellos y ya se han avivao. ¡Andá con cuidado!

Ese día tuvo la sensación, mientras paseaba, que la cabeza se le partía. Le vino bien transpirar a mares y desintoxicarse. No insistió pasar por lo de Pata i' Palo y volvió directamente al rancho, para tirarse sobre el catre, donde reposó toda la siesta, pues no hubiera podido aguantar quedarse en la clasificadora el resto de la jornada.

A la tarde llegó el Jetón y, con el Ñato y los demás del club, se dedicaron a resolver los problemas de la organización. Cuando el Ñato comprobó que no intentaba concurrir al otro sector, suspiró con alivio.

CAPÍTULO XXXIII

Uno de esos días, por intermedio de Manuelito, María lo invitó que fuera a la tarde a visitarla. Hacía tiempo que no la veía por que ahora concurría a lo de Pata i' Palo. Además, siempre alguno de los chicos estaba dispuesto a correrse hasta el almacén para hacer las compras.

Decidió ir, de acuerdo a su resolución de actuar con normalidad. Hacía ya cuatro meses de la muerte de Antonio. Como era feriado, cuando llegó no había nadie en el negocio, salvo la dueña.

La saludó tal cual a una persona que se estima y hace tiempo no se ve; ella le respondió de igual manera, con muestras de alegría. Ya no vestía de luto, como la última vez que la visitara: llevaba puesto un vestido estampado de verano de colores llamativos que le daban un aspecto alegre y jovial. Habla naturalidad en su expresión y soltura en sus movimientos. Al pequeño salón que servía para despachar mercadería lo había arreglado con coquetería, poniendo cortinas en las ventanas, hules en los estantes y algunos cuadros. En homenaje a Antonio estaba colgada una fotografía suya ampliada, en colores, en un marco ovalado con vidrio. Había colocado una mesita con dos sillas. Apenas traspuso la puerta, la cerró, de tal manera que quedaron solos.

-Tenía que hablarte, por eso te mandé llamar -le anticipó a modo de introducción, mientras corría una de las sillas invitándolo a sentarse.

Sobre la mesa lucían unas flores y estaban dispuestos varios platos con distintas clases de bocadillos, una botella de vermouth, dos vasos, un sifón de soda y un recipiente con hielo.

Mientras hablaban sirvió las bebidas.

-Bueno, ya me tenés aquí. Te escucho -le respondió con una sonrisa.

-Mirá Bernardo, no voy a andar con vueltas. Ya sabés lo que ha sido mi vida. He nacido y me he criado en las villas miserias. Por uno de esos milagros de la vida tengo dos hermanos que son excepcionales: Paco y Oscar. Gracias a ellos llegué a tener una idea de lo que es ser decente. Ir a la escuela, por un lado, me ha hecho bien; pero por otro, mal. Mal porque aquí ya no me hallo. Si se me diera la ocasión, me mandaría a mudar. Pero por hoy lo único que tengo es el almacén y por eso me quedo. A Antonio llegué a odiarlo. Hoy respeto su memoria. Me dio mucho más de lo que se podía pedir a un vago y a un bruto. Me voy a sincerar con vos, después te voy a decir por qué. Tené paciencia y escuchá:

-Te escucho, María y te agradezco me consideres digno de ser tu confidente.

-Bueno, como te decía, Antonio me hizo mujer. El me violó, pero a la larga no lo voy a negar, el asunto me llegó a gustar. Después de todo, soy joven y aunque nunca le di el gusto de pedirle que me hiciera el favor, más de una vez llegué a desearlo. Dicen que a todo se acostumbra uno. Yo me acostumbré. Si tuviera que decirte lo que sentía por él, te diría, que fue algo así como un poco de odio, de buena voluntad y quizás hasta de cariño. Empezaba a respetarlo cuando ... apareciste vos.

-¡Yo! -la interrumpió Bernardo como si no lo supiera.

-Sí, vos no sos ni Antonio, ni Eugenio. Antonio me deseaba y se tomó el trabajo de comprarme. Eugenio me manoseaba y pensándolo bien, no tuvo ni las ganas de trabajar, ni el coraje de llevarme con él. Era un Antonio más pichón y con menos agallas.

-Siempre me dieron a entender que vos lo querías -la interrumpió.

-¡El me quería! o lo que fuera. ¡Que sabía yo de esas cosas! Lo miraba como amigo y como él juraba que me quería... Eso es todo, pero dejame que te diga: ahí fue cuando llegaste vos y en seguida me avivé que eras distinto. Que no eras lonaverdense. Empecé a hacerme ilusiones lo que venías todas las tardes. Para peor, hasta te hacías el misterioso. Por eso me enamoré de vos, Bernardo. No sé lo que pensarás de mí, pero la verdad que me enamoré desesperadamente porque se me ocurría, además, que tenías que ser mi tabla de salvación, de esos que se les da por hacer cosas raras para divertirse.

Bernardo se puso nervioso. Ella prosiguió. La placidez inicial de su rostro había desaparecido. Estaba tensa. Su mano se posaba ahora sobre su brazo, sin que él intentara rechazarla, quizá porque en el gesto no había intimidad, sino anhelo de ser comprendida, casi desesperación. Sus negros ojos estaban clavados en los suyos. Su gesto era expectante. Esta vez Bernardo no se animó a interrumpir.

-Al principio se me ocurrió que yo te gustaba. Se me *metió en el mate* que si yo me ofrecía vos me ibas a tomar. Pensá que aquí los hombres las agarran a las mujeres sin pedirles permiso. Para mí la cosa tenía que andar. Cualquiera otro hubiera agarrado viaje.

-Así es -se le escapó espontáneamente a Bernardo.

-Y tenía que ser yo la que tuvo la suerte de enamorarse del único a quien no le interesaban las mujeres; del único que se les niega, aunque se le ofrezcan. Porque después he visto a muchas que se hubieran alegrado si te las llevabas a tu rancho, o las volteabas sobre el pasto y vos ni siquiera las mirabas. Me vuelvo loca pensando qué es lo que hay.

A todo esto, a pesar de ser feriado, habían golpeado la puerta, pero ninguno de los dos intentó abrirla. Bernardo pensó en confesarle que era sacerdote y aclararle de una buena vez el equívoco. Pero la magnitud de su obra se lo impedía. Porque en eso no se engañaba ni debía engañarse; el impacto de la revelación sería tan grande, que al día siguiente toda "Las Lonas Verdes" lo sabría. Su situación resultaría insostenible y tendría que desaparecer, incluso por razones de seguridad personal. ¿Qué hacer? María, callada esperaba su respuesta. Lo peor era que al haberle permitido que le abriera su corazón, que lo hiciera su confidente, significaba que en alguna medida había entrado en su intimidad. Si hubiera podido llorar de desesperación, lo habría hecho.

-María -tartamudeó-- sol; una gran chica. -Sacó su mano de encima y puso la de él sobre su brazo. La contempló con infinita ternura, y agregó:- Así como vos me has hecho confidente de tus temores, de tus afanes, de tus anhelos, yo te voy a hacer de los míos. ¿Sabés lo que me pasa? Pues, simplemente que juré amor eterno a una Santa Mujer, **la Virgen María, pensó**, de la cual estoy lejos, pero a la que un día llegaré. Le juré amor eterno y respeto mi juramento. Eso es todo.

-¡Ah! Así que es por otra mujer...

Lo de la fidelidad no lo entendía demasiado, pero lo de mujer, sí. Aprovechó el impacto para remachar:

-¿Me comprendes, María?

María no podía recobrarle de su sorpresa. U más simple no se lo había ocurrido. ¡No quería mujer porque ya tenía otra mujer! ¿Cómo insistir sin desmerecer?

Por fin reaccionó. Escondió su cara entre sus manos y lloró. Lloró y lloró mientras Bernardo la observaba azorado. El contacto a través del brazo y mano, hizo de cable conductor. Le llegaban todas las vibraciones de su alma. Si ella hubiera sabido que era sacerdote y él hubiera sabido que ella sabía... el impacto emocional hubiera sido distinto. Pensó que en definitiva, ¿qué era el amor sino entrega? ¿Qué era el deseo anhelante de servir a los demás', sino amor? Amor, entrega. Amor, tu nombre es Dios. Lo repulsivo es la carne -relampagueó su cerebro-- ese elemento blanduzco y maloliente que cubre el alma, pero cuando se da en un hombre y en una mujer, es motivo de atracción recíproca. A través del contacto de su mano con el de ella, la conoció cuando, súbitamente trocó su sentimiento de solidaridad en violento deseo.

Por no haber confiado su defensa en la sotana -se reprochó-- estaba convirtiéndose en simplemente hombre.

Se levantó de su silla obligando a María a hacer otro tanto, la estrechó con fuerza entre sus brazos, contra su pecho y cuando sintió la muelle sensación de sus amplios senos, la besó salvajemente. A través de sus labios bebió su alma para hacerla vivir, mientras él moría. Fue un minuto de locura que terminó cuando retiró su boca para llenar de oxígeno sus pulmones, lo que clarificó sus ideas. Entonces, creyendo enloquecer, huyó.

Aún pudo escuchar cuando ella, respuesta de su sorpresa, cuando Apenas empezaba a saborear su triunfo, le gritaba:

-¡*Manflora* volvé ... ! ¡Volvé *manflora* ... ! ¡Te voy a enseñar a ser hombre ... !

CAPÍTULO XXXIV

Al día siguiente de la escena con su mujer, Paco solicitó permiso para faltar a su trabajo y así disponer del tiempo necesario para recorrer las oficinas dedicadas a la venta de propiedades.

Recibió muchas ofertas de viviendas en barrios decentes, pero en todas se incluía la exigencia de entregar una importante suma inicial, de la que él no disponía por el momento. Ello significaba que debía empezar a ahorrar con el inconveniente de que debido a la inflación, lo que podía hoy ser suficiente, mañana no lo sería. La otra alternativa era arrendar, pero con ello postergaría indefinidamente el sueño de la casa propia. Por eso, resolvió consultar con su esposa la actitud a seguir.

Al regresar a "Las Lonas verdes" observó una multitud reunida frente al rancho del Ñato. En un primer momento pensó sería por algún asunto relacionado al club, pero al acercarse, se sorprendió al escuchar frases de indignada protesta. A los primeros que encontró les preguntó sobre el motivo de la asamblea y fue muy grande su sorpresa cuando una mujer le contestó:

-Nos quieren echar de nuestros ranchos.

No logró comprender el sentido de esta afirmación en un primer momento, así que siguió avanzando hasta ponerse al lado de Bernardo. Este le aclaró el panorama:

-Ha aparecido uno que dice que es el propietario de estos terrenos y por intermedio de su abogado nos ha notificado que debemos desalojarlos dentro de los sesenta días.

-¡Pero cómo! ¿No eran acaso propiedad del gobierno?

-Al parecer, no. Esta mañana llegó un empleado y repartió las notificaciones firmadas por el abogado, rancho por rancho. Aquí tenés la mía -agregó- mientras le mostraba su papel con el membrete del estudio profesional.

-¡Así que quieren poner en la calle a toda la barriada! ---exclamó Paco- ¡Pero eso es imposible! ¡En qué tiempos vivimos ... !

Ninguno sabía qué hacer. Estaban todos con las papeletas en las manos mostrándoselas unos a los otros, pero nadie lograba formular una proposición concreta. Todas las cartas decían lo mismo: si no se presentaban dentro de las próximas 48 horas al estudio del abogado que las firmaba, el propietario formularía contra los ocupantes denuncia criminal por usurpación ante el juez de Instrucción Criminal. En caso de que sí lo hicieran, se les otorgaría un plazo de sesenta días para trasladarse, permitiéndoles se llevaran los ranchos.

Los gruesos calificativos contra el ahogado y el desconocido propietario menudeaban, dando así escape al temor que los sobrecogía. Instintivamente habían recurrido a Bernardo, por considerar era quien podía aconsejarlos en la emergencia. La llegada de Paco fue recibida con gran alivio por parte de éste, pues le permitía compartir la responsabilidad de un consejo.

Tanto Ñato, como los demás, que habían hecho entrega de dinero a Antonio en pago de los famosos permisos, no se cansaban de repetir que los terrenos eran del gobierno y que eso los autorizaba a quedarse. María, que también estaba presente, se felicitaba por haber dejado siempre pública constancia de que ella no tenía nada que ver en el asunto y por haberse negado a cobrar suma alguna después de la muerte de Antonio. Cuando algunos quisieron responsabilizarla, no le fue difícil demostrar que las cosas habían sucedido efectivamente así, y la dejaron en paz. Era el día posterior a su encuentro con Bernardo. A todo esto, jamás nadie había recibido de Antonio una constancia de los pagos efectuados, así que el desconcierto era total.

Fue entonces Bernardo quien decidió por todos. Les comunicó que al día siguiente concurriría acompañado por algunos a visitar al abogado que los citaba para que les aclarara mejor la situación y que después los reuniría para comunicarles a qué conclusión llegaba. Los demás se declararon conformes, así que poco a poco se fueron dispersando y regresando a sus hogares.

Cuando quedaron sólo los del sector, Paco los invitó a su casa para seguir analizando el problema. Al rato se incorporó María.

Su presencia puso nervioso a Bernardo, que aún lamentaba su minuto de debilidad del día anterior.

-¿Así que vas a ser el redentor del barrio? -lo saludó irónica- mente al entrar.

-El redentor, no. Simplemente voy a averiguar qué es lo que pasa.

El que se molestara, actuó en ella como estimulante: se para acompañarlo.

-Después de todo -declaró- la memoria de Antonio está en juego.

Bernardo, al escucharla, se limitó a informar a todos que su visita al abogado tendría lugar al día siguiente por la tarde; ella interpretó que le daba su conformidad para que lo acompañara, en el acto comprometió a su hermana Josefina para que cuidara del almacén a esa hora. A Bernardo no le quedó otro recurso que comprometerse a buscarla de paso.

A Paco y Rosa, que desde hacía tiempo observaban la simpatía que demostraba María por Bernardo, les agradó la idea de que salieran juntos. Los animaron para que, de paso, fueran a algún cinematógrafo, o lugar de diversión.

-No va a ser posible -se apresuró él a rechazar la idea-, tenemos que regresar temprano para informar a los demás.

Rosa, sin embargo, insistió:

-Lo mismo da que informes pasado mañana.

-No, Rosa. La gente está muy nerviosa y no es posible mantenerla a la expectativa. Acordate que el plazo es solo de 48 horas. Es mucha responsabilidad.

Con el argumento logró salir del paso; nadie insistió más.

Paco los invitó a que se quedaran a comer algo y, con autorización de María, envió a uno de sus hermanos a que buscara comestibles y bebidas al almacén.

-Hace mucho que no nos reunimos -observó-. Ya que estamos juntos, tenemos que celebrar el acontecimiento.

Todos acogieron la idea con entusiasmo. Cuando llegó el pedido, la Gringa conectó la radio; con las bebidas y la música el ambiente se puso animado.

Poco a poco se fueron olvidando del problema que los había reunido. Antes, quedaron en que el Ñato informaría a Hueyo del asunto, por sí se le ocurría alguna idea. El Hachudo, más envalentado, propuso enfrentar a la policía si intentaban desalojarlos, en lo que coincidió el Jetón Mamaní, pues, según él, había leído en los diarios alguna vez, que en una situación parecida en Buenos Aires, fue esa la actitud que adoptarían los ocupantes de una villa miseria.

Pero el ambiente ya no estaba para seguir con el tema, así que entre las bromas y las ocurrencias de los presentes, quedó momentáneamente olvidado.

El Hachudo les comentó que lo había visitado un antiguo vecino del Alto de las Lechuzas, para comunicarle que en unos meses se llevarían a cabo elecciones generales en el país y que le había pedido su colaboración, pues había sido designado candidato por el partido Radical.

-¡Pero si nosotros somos peronistas! -le recordó el Fiero-- No te vas a venir a volcar ahora...

-Si, pero Perón está en Madrid y no lo van a dejar volver -se defendió el Hachudo-. Mientras, ¿qué vamos a hacer? Los pobres necesitamos un palenque donde rascarnos, como decía no sé quién.

-Cuando gobernaba Perón yo tenía quince años -reflexionó Paco-. De lo único que me acuerdo es que cada vez que papá lo escuchaba por la radio, ahí nomás se subía a la bicicleta y se iba a la "unidad básica".

-La Eva sí que era buena -terció la Gringa-. Desde que se murió, ya no hay pan de navidad ni juguetes para los pobres. La pobrecita... Dios la tenga en su gloria, ¿acuerdensé cómo la insultaban los radicales y ahora salís con que vas a votar por ellos?...

-Para ellos era una puta, y para nosotros una santa -acotó Felisa con voz emocionada.

-Lo que yo sé es que Perón está en Madrid y nosotros aquí penando -intentó defender su posición el Hachudo-. Cuando retorne el voto, pero mientras, hay que tener amigos, por si acaso... ¿No les parece?

-Si vuelve, lo fusilan los "gorilas" -aseguró el Fiero-. Por lo menos allá está vivo y algo hace por protegernos. ¿No ves cómo todos van a chuparse las medias?

Y él los engrupe diciéndoles: hagan esto y esto otro por mi pueblo y yo les doy los votos. Si no fuera eso, ya estaríamos muertos de hambre...

-Yo de política no entiendo, pero por los que la sacaron a Perón no voto ni aunque me maten a palos -declaró enfáticamente la Pelada, que hasta ese momento no se había pronunciado, con lo que el Hachudo metió violín en Bolsa, al comprobar que el ambiente no era propicio.

Alrededor de las once empezaron a retirarse los mayores, pues al día siguiente había que trabajar. El Jetón Mamaní, que vivía más apartado, fue el primero en hacerlo. Cuando le tocó a María despedirse, Paco pidió a Bernardo que la acompañara.

-No me gusta que ande sola de noche después de todo lo que ha pasado.

Apenas estuvieron solos en la ancha avenida que desembocaba en el almacén, María le tomó la mano con naturalidad mientras le decía:

-Disculpá la que te grité anoche, pero la verdad que te has ido dejándome volando de rabia.

-Te comprendo María. Por mí no te aflijás. Sé que no pensabas lo que decías. Vos también tenés que disculparme. Fue un impulso. No sé qué me pasó.

Caminaron en silencio y llegaron hasta la puerta del almacén.

-¿No querés pasar un rato?

-Te lo agradezco, pero ya sabes que no puedo ...

-Hasta mañana entonces -se despidió ella con voz resentida, y sin más entró.

CAPÍTULO XXXV

Bernardo y el Ñato llegaron a la preparadora de ripio al día siguiente. Durante toda la mañana el capataz Hueyo tuvo que intervenir para que el ritmo de trabajo no decayera, pues los residentes de 'Las Lonas Verdes' disminuían o directamente abandonaban la tarea para comentar los acontecimientos de; día anterior. La noche, en vez de traerles tranquilidad había acrecentado su zozobra. Más de uno se acercó a Bernardo para reclamarle una opinión que les devolviera la esperanza pero éste, cauto, no quiso asentarlos demasiado.

A mediodía, pasó por lo de Pata i' Palo para averiguar si ya estaba informado de los hechos. Antes de que pudiera preguntarle nada, le reprochó su ausencia de varios días, pero nada dijo de su subrepticia fuga, el día que lo obligaron a seguir bebiendo.

-Para qué querés que venga si todo lo que propongo para mejorar la situación, lo toman en joda.

Pata i' Palo negó que se rieran de él; simplemente, no tenían la misma confianza de que se pudieran mejorar las cosas.

Esta explicación lo dejó conforme, y lamentó haberlos abandonado.

-Hablando de otro asunto: ¿recibiste la intimación para que desalojen?

Le confirmó que todo el sector había sido notificado, pero que ello a él personalmente poco le preocupaba, pues no era problema trasladar el rancho unas cuantas cuadras más arriba.

-¿Pero has pensado lo que va a ser el traslado de casi mil ranchos?

-Nosotros somos tres. La mismo da. Acordate cuando lo incendiaron, a los dos días lo teníamos de nuevo.

-Si no te veo en la reunión que haremos en el sector nuestro, te voy a mandar a decir cómo me ha ido, o si tengo tiempo, vendré personalmente para informarte.

Se dirigió entonces hacia su rancho para asearse y cambiarse de ropa antes de ir a lo del abogado. Luego pasó por el almacén para buscar a María, tal como habían convenido.

Lo recibió con visibles muestras de alegría. Tenía puesto el mismo llamativo vestido del día anterior y le brillaban los ojos.

-Se me hacía que no ibas a venir, pero veo que sabés cumplir tu palabra.

-Por supuesto, con la linda que estás me vas a resultar de una gran ayuda si este doctor Perrotti que firma las notas resulta un viejo verde.

Ambos rieron contentos de la ocurrencia y se pusieron en camino; debían tomar un ómnibus que los llevaría al centro de la ciudad. El contacto de sus cuerpos los puso de nuevo nerviosos, sobre todo cuando debido a las frenadas o virajes, del vehículo, caían el uno sobre el otro. Ella no podía evitar una risita de complicidad que empezó a ponerlo histérico.

Al llegar a la calle Congreso y Crisóstomo Alvarez descendieron y después de caminar una cuadra y media se encontraron con una casa moderna, en cuya puerta de acceso estaba colocada la placa del estudio jurídico. Detrás de un escritorio, una muchacha de aspecto atrayente, vestida con buen gusto les preguntó lo que deseaban. Pasados unos minutos, al regresar les anunció:

-Pasen. El doctor Perrotti los va a recibir.

Algo cohibidos penetraron a su despacho, que los sorprendió por su lujo. Detrás de un gran escritorio de nogal, sentado sobre un sillón giratorio, de esos que se vuelcan para atrás, estaba ubicado un señor de edad mediana, con cabello cano, bastante calvo, de facciones rubi- cundas, con grandes gafas que le cubrían la mitad del rostro y que los invitó a tomar asiento, sin tomarse a su vez, la molestia de levantarse.

Mientras los invitaba a sentarse, les preguntó sin ambages:

-¿Así que ustedes son de los intrusos que han usurpado las tierras de mi cliente?

Sorprendidos por el recibimiento, no atinaron a otra cosa que quedarse a su vez mirándolo. Como nada decían, el otro prosiguió:

-¿Cuándo desalojarán?

Recién entonces reaccionó Bernardo, limitándose a exclamar:

-¡Pero si allí viven más de mil familias! ¿Las van a arrojar a la calle?

-0 a la cárcel, si no se mudan de inmediato.

-Esos terrenos son del gobierno -atinó a defenderse María-. Sólo el gobierno nos puede echar...

El abogado sonrió detrás de sus gafas, mostrando una hilera de dientes blancos y perfectos, mientras les decía:

-Serán del gobierno si los expropia y paga bien; no antes. Es bueno que ustedes vayan sabiendo que esos terrenos pertenecen a la familia Marinelli desde hace más de cuarenta años. Los adquirió don Carlos Marinelli en 1917 y los heredó a su fallecimiento su hijo Rodolfo.

-No puede ser -insistió María-. Mi padre fue uno de los primeros en edificar su rancho en 1955 y en aquel entonces el comisario de la zona les dijo que eran del gobierno y con ese motivo les cobraba un derecho.

Nuevamente se sonrió el abogado, a quien parecía divertir cada vez más la situación.

-Pues, el comisario ese les hizo el cuento del tío. Un viejo principio de derecho dice: "que quien paga mal, paga dos veces.

María y Bernardo se miraron en procura de recíproco apoyo. La tranquilidad del abogado les desconcertaba, y, realmente, no se sentían muy lúcidos en el papel que estaban haciendo. Empezaban a dudar sobre el valor que pudieran tener los argumentos de índole sentimental que guardaban de reserva por sí fracasaban los de orden legal. Fue Bernardo, a quien en su desesperación, se le ocurrió preguntar:

-Y si no nos vamos... ¿qué pasa?

-Pues muy simple -le contestó el abogado con toda tranquilidad- ¡Nos veremos obligados a formular la denuncia criminal por .usurpación y meterlos a todos en la cárcel.

-No pueden meter en la cárcel a mil padres de familia y dejar abandonados a más de tres mil jóvenes y niños -se exaltó Bernardo- ¡Eso sería monstruoso! -casi gritó.

Pero el abogado seguía inmovible y fríamente, lo replicó:

-Lo monstruoso es avasallar el derecho más sagrado sobre el cual se edificó nuestra civilización. El día que no sea respetado el derecho de propiedad, volverá la humanidad a la época de las cavernas. ¿Es eso lo que ustedes pretenden? -y se les quedó mirándolos, dejando que sus labios dibujaran una leve sonrisa.

Bernardo esta vez no se amilanó. Estaba recuperando su entereza, así que le contestó:

-Existe un derecho más sagrado que el de propiedad, doctor. ¡El de tener un pedazo de techo donde vivir!

-Mi cliente no les niega ese derecho,,pero ejérzanlo en terrenos que sean propiedad de Uds. y se acabó...

Bernardo se convenció de que por ese camino no llegarían a ninguna parte. Creyó llegado el momento de cambiar de táctica, así que le preguntó en tono intimidatorio:

-Entonces... ¿según usted, la solución es que levantemos los ranchos y nos vayamos?

El astuto abogado, esta vez prefirió no contestar en forma directa. Se limitó a decir:

-Mi cliente, el Sr. Marinelli proyecta construir un barrio de casas modernas, como aporte al desarrollo de esta gran capital, que reem- place esa villa miseria, foco de enfermedades y refugio de delincuentes. María y Bernardo sentían cómo la sangre se les subía a la cabeza ante esta observación, que para ellos constituía una afrenta, aún sabiéndola cierta. Decidiéndose por fin, María exclamó, después de vacilar unos segundos:

-Usted no nos asusta, doctor. Iremos a consultar con nuestro abogado.

Esto no fue del agrado del profesional, que por primera vez pareció perder su aplomo:

-Discúlpenme si estuve un poco fuerte -se excusó--, pero las leyes han sido dictadas para que se las respete. Ustedes, evidente- mente, han sido engañados. En el camino quizá surjan otras soluciones.

Sus últimas palabras abrían otras perspectivas y así lo entendió María, que resolvió proseguir en el contraataque.

-Eso, como le decía, tendrá que conversarlo con nuestro abogado. Buenas tardes doctor.

Como si se hubieran puesto de acuerdo previamente, se levantaron a un mismo tiempo. Bernardo alcanzó a oír cuando el abogado les decía en un intento de recuperar la iniciativa:

-No se aflijan demasiado. En la vida no hay problema sin solución.

Apenas hubieron salido, se abrió otra puerta para dejar paso a un hombre joven aún, alto, rubio, de tez rosada, bien trajeado, que preguntó con acento extranjero.

-¿Qué te parece? ¿Se irán?

El abogado levantó su mirada para clavarla en el recién llegado. Como si pensara en voz alta, declaró:

-Te lo advertí, Rodolfo, el asunto no resultará fácil, menos en esta época de sensibilidad social. Hay casi mil familias en juego. Pero había que empezar con las notas. Alguna solución lograremos. Esos terrenos

valen una fortuna.

-¡Pero Rubén, mis títulos son perfectos! ¿O es que en este país no hay justicia?

-Lo que pasa es que el concepto de justicia ha variado en el mundo entero. Poner mil familias en la calle para recuperar unos terrenos que dejaste abandonados durante veinte años, eso es lo que no parece ser tan justo hoy en día -agregó con cautela.

El propietario encendió nerviosamente un cigarrillo y comenzó a pasearse arriba abajo de la oficina, que resultó pequeña para sus grandes zancadas. Por fin detuvo sus pasos frente al escritorio de su asesor para decirle:

-Sabes que estoy arruinado. Lo único de valor que me queda son esos terrenos. Incluso he llegado a un acuerdo con los capitalistas que deseaban invertir en la construcción de un barrio. Si se enteran de que su recuperación dependerá de largos pleitos, abandonarán la idea, por lo menos de asociarse conmigo.

El abogado intentó tranquilizarlo, pero consideraba que no debía permitir que creara falsas ilusiones.

Lamentablemente, nada puedo hacer, fuera de lo que ya hice. En este momento hay mil familias que maldicen mi nombre y eso no es buena propaganda para un profesional. Acepté intervenir en este asunto, por la vieja amistad que une a nuestras familias, Rodolfo.

El apremiado propietario no se dejaba convencer por los argumentos del abogado.

-¿Y si voy a la comisaría y formulo la denuncia?

Pero una vez más el abogado le reiteró sus argumentos. Una cosa era lo que les había dicho a los visitantes para amedrentarlos y otra lo que realmente opinaba. Destacó lo difícil que era ejercer la profesión de abogado en momentos de transición.

-Ya no se sabe cuáles son las leyes que rigen y cuáles no. Lo peor, a veces las mismas leyes para unos son válidas y para otros están caducas. Hasta depende de los jueces. El derecho, que por definición implica seguridad, permanencia, ahora es inseguridad, transitoriedad. Hasta los jueces se dejan presionar por el medio y muchos, demasiados, no ven en la magistratura sino un sueldo mensual que es preciso preservar a cualquier costo.

Mientras este diálogo tenía lugar, en una confitería próxima, sentados frente a una taza de café, Bernardo y María sacaban sus propias conclusiones sobre la entrevista. Ellos también habían perdido en gran parte la seguridad de que se hicieran gala el abandonar el estudio jurídico.

-Como no somos propietarios, si nos demandan ¿cómo nos vamos a defender? -preguntaba María en ese momento.

-Hagamos tal cual lo amenazamos. Consultemos nosotros también con un abogado.

-Si... ¿y con qué le pagamos? Los tribunales son para los ricos, no para los pobres.

-Alberto tiene dinero. Quizá quiera ayudarnos -sugirió Bernardo.

Después de todo, él se siente fundador.

-Si aparece Alberto, le damos la razón a Perrotti de que el barrio es un nido de atorrantes, ¿o pensás que nadie va a ir con la alcahuetería?

Ambos quedaron sumidos en profundos pensamientos, mientras daban vueltas y revueltas las tazas de café entre sus manos, Por fin María levantó su mirada y clavó sus ojos en la lejanía. Lo sorprendió diciéndole:

-Bernardo, ¿por qué tenemos que meternos en este lío? Los dos somos jóvenes. Podemos hacer lo que queramos. ¿Cuántas veces te voy a decir que te quiero? ¿No sentiste nada cuando me besabas la otra noche?

Cuando terminó de decir esto, bajó sus ojos hacia los suyos, estiró la mano y la posó sobre su brazo esperando la respuesta.

-¿Por qué no nos mandamos a mudar? El mundo es grande y la juventud pasa...

Bernardo se quedó mirándola en silencio, en actitud desesperada y desesperante. Una vez más su rostro se cubrió de sombras, cual la noche aquella.

-¡Debes estar *engualichado* por la otra! No debe ser solo un juramento de amor. Debe haber algo más. Si me lo contás, quizá te pueda ayudar...

Pero él siguió sin hablar.

-Eso debe ser -insistió María con dulce voz-. Escondés un secreto que te mata, de lo contrario no estarías en "Las Lonas Verdes". ¿Te persigue la policía? ¿Te has disgraciado en alguno? ¿... o será que sos de la policía?

Comprendió que no podía seguir guardando silencio. El esfuerzo que realizó para hablar le dolió hasta en los huesos. Balbuceó por fin:

-Ya te he dicho que alguna vez vas a comprender. Tenés que creerme sin necesidad de que te lo

explique... que hay algo en mi vida que me aleja irremediabilmente de vos... y no. precisamente que sea un maricón -agregó logrando sonreír.

-Eso lo digo para hacerte rabiar -le aclaró Mana afligida-. No tenés pinta de manflora pero... no se te conoce mujer.

-Ahora que sos libre ¿por qué no elegís alguno que te guste y te pueda hacer feliz? Sos joven y linda...

-Yo ya he elegido. Te he elegido a vos y, por lo que veo, de nada me ha servido -rió con tristeza.

-Elegí a uno que esté libre. A alguno que valga la pena. Tal vez, un amigo de Oscar. No todos han de tener los problemas que tengo yo.

-Vos sabés que en asuntos de amor, elige el corazón y no la cabeza.

-¡Macanas! Te has encaprichado conmigo, porque sabés que no puedo. Capaz que si te digo que sí, al mes ya estás harta de mí, ¡Si te vivís riendo de todo lo que hago!

-Puede ser. Te he querido desde el día en que apareciste por el almacén. Desde entonces no tengo paz. De todas maneras, hoy te quiero a vos.

-Sos más dura que un quebracho. Vos misma acabás de reconocer que de acá a un mes, capaz que no te importe un bledo.

-No te he dicho eso.

-Sí lo has dicho.

-Bueno, de todas maneras ya sé que no te importo. Eso de andar humillándose una, es el colme. Si con lo enamorada que estaba de vos, hasta te podías haber divertido conmigo y después largarme parada. Si no sos manflora, por ahí cerca debe andar la cosa.

-Si te parece que porque te estimo y no quiero hacerte sufrir divirtiéndome con vos, soy un maricón, ¡muchas gracias!

-Aunque no sé... Cuando me besabas el otro día, no lo parecías. -¡Olvidate lo del otro día!

-¡Pero si voy a terminar odiándote! Sólo a mí me pasan estas cosas. Si hubieras sido otro, ya estaríamos en un "mueble". Debes estar chiflado, o no sé qué...

-Bueno, dejame tranquilo. Por lo que sea ¡terminara! Nada vamos a sacar con estar aquí torturándonos. ¿O te pensás que tengo *sangre de horchata*?

Antes de que pudiera replicarle, ya estaba llamando al mozo para pedirle la cuenta, Apenas se retiró aquél, ya le estaba diciendo:

-¿Qué te parece? ¿A qué abogado consultamos?

María se mordió los labios, pero comprendió que era mejor así.

-¿Te acordás de ese abogado joven del que te hablé que se me andaba ofreciendo con motivo del asunto de Antonio? Se llama Ernesto Portella. Si querés busco en la guía y le hablo para preguntarle si puede recibirnos.

Con un suspiro de alivio, le respondió que sí.

A los pocos minutos estaba de regreso.

-Me dio cita para mañana a las cinco.

-Bueno, entonces regresemos para informar a los otros. Al salir del local, varios jóvenes siguieron con su mirada la agraciada figura de María.

CAPÍTULO XXXVI

Ya de regreso a "Las Lonas Verdes", se aproximaron a los ranchos de su sector y observaron una concurrencia muy superior a la de la víspera, instalada frente al rancho del Ñato Montero. Ahora los vecinos conversaban entre sí en voz queda, lo que demostraba su expectativa.

Subido sobre un cajón vacío, Bernardo les informó en detalle su visita al abogado del propietario. Una gran inquietud se apoderó de todos, especialmente de aquellos que tenían cuentas pendientes con la justicia. Estos anunciaron en el acto que trasladarían sus ranchos más arriba, ya que lo mismo les daba un lugar que otro.

Tales propósitos lo llenaron de alarma, pues significaba la dispersión de la población, que la obra en que estaba empeñado y ya empezaba a producir sus primeros frutos, se vería indefinidamente postergada. Así fue que, con una energía de la que no se sabía capaz, decidió arengarlos para que se mantuvieran firmes:

-Para aflojar siempre hay tiempo. El propio abogado nos ha dado sesenta días. ¿A qué apresurarnos entonces? Es cierto que esto es una villa miseria, un ranchería, pero los ranchos en su mayoría, ya son de tablas. Algunos mejorados. Tenemos almacén, club y cancha de fútbol. Hemos construido desagües y las lluvias no nos inundan. La ruta está a pocos metros y Guzmán a unas cuantas cuadras. Río arriba no será como aquí.

Su imaginación había trabajado aceleradamente para encontrar las bondades de lo que tanto despreciaba y quería cambiar, para que quedara de manifiesto lo mucho que se perdía en el cambio. Después de mucha discusión, logró disuadir a los timoratos y obtener la promesa de que, al menos por unos días, nadie se movería de allí.

Además pudo comprobar que la amenaza de desalojo había contri- buido para que el vecindario actuara realmente con conciencia de comunidad. Estaba sorprendido de la gran cantidad de caras nuevas que se habían agregado ese día, sobre todo de mujeres que vivían sumidas en sus problemas domésticos y prácticamente no salían de sus ranchos en todo el día.

El Jetón Mamaní, el Fiero Canosa, el Hachudo Rodríguez, el Ñato Montero, la Gringa y hasta Pata i' Palo, lo apoyaron lo mejor que pudieron. Pero la ayuda inesperada fue la de un hombre relativamente joven, con el que hasta entonces apenas si había tenido oportunidad de cambiar algún saludo. Vivía en el sector de los que habían sido obreros azucareros y era "sereno" en las obras en construcción. Su apellido era Ortega y el apodo que se había ganado por sus tareas: 'El Familiar' denominación con que era conocido, según las leyendas que circulaban antaño por la campiña tucumana, el Diablo transformado en perro, cuando los terratenientes lo contrataban para la vigilancia de sus obreros. El Familiar resultó ser un orador nato, que con lenguaje más llano y comprensible que el de Bernardo, logró afirmar el espíritu de lucha en la concurrencia.

La decisión final que adoptó la asamblea fue la de autorizar a Bernardo y María, para que, acompañados por El Familiar, visitaran al abogado Portella, para que éste les diera su opinión sobre el asunto y convinieran además el monto de sus honorarios en caso de asumir la defensa de la comunidad.

Tal cual la tarde anterior, una vez que la asamblea se disolvió, se quedaron a churrasquear los del sector, esta vez en lo del Ñato. A ellos se agregaron Pata i' Palo y El Familiar.

Este resultó ser una persona cordial y dicharachero. Estaba casado con una sanjuanina, hija de un viñatero que fuera contratado por una empresa de la provincia para que colaborara en un ensayo para implantar la vid en la zona. Por razones de trabajo solía concurrir allí y pasó lo que suele suceder cuando se encuentran dos jóvenes con ganas de amar. Simpatizaron, se casaron y hoy tenían cuatro pequeños hijos. Como no había recursos para más, el resultado fue instalar un rancho en 'Las Lonas Verdes'.

En el fondo, poco me interesa el problema -declaró el nuevo amigo- pues dentro de un año nos vamos a mudar a una de las casas económicas que construye el dueño de la empresa en la que trabajo y de quien fui compañero de escuela.

-¿Por qué entonces, estabas tan enojado hoy? quiso saber el Ñato.

-Porque me da rabia que de la noche a la mañana echen a la calle a todo un pueblo. Cuando era obrero azucarero llegué a integrar la comisión directiva del sindicato, así que tengo experiencia en estos asuntos. No soy de los que van a dejar que se los lleven por delante - declaró enfáticamente, con lo que la simpatía que

empezaba a despertar en los otros, se acentuó.

Antes de despedirse, quedó en que al día siguiente, si le era posible, la traería a su esposa.

Al día siguiente se encontraron los tres en el almacén y desde allí partieron para la entrevista con el abogado Portela.

Los recibió cordialmente, convidándolos con una taza de café, después que María los presentara.

-A ver, cuéntenme lo que les anda pasando -los animó con una sonrisa dirigiéndose a María.

En breve síntesis lo informó del problema.

-Imagínese doctor, después de tantos años estamos aquerenciados en "Las Lonas Verdes" y no nos parece justo que nos echen como a perros de la noche a la mañana.

Al Familiar le pareció bien acotar:

-De qué sirven las luchas que hemos librado durante tantos años los sindicalistas, si ahora pueden llegar a suceder estas cosas. Lo dijo de tal modo que el abogado lo miró con admiración.

-Echarlos no va a ser fácil -declaró-. Si falla el derecho, siempre existe la posibilidad de mover el asunto políticamente. Estos gobiernos de burgueses -diagnosticó despreciativamente- que a veces hasta se disfrazan de revolucionarios, no se van a animar a desalojar mil familias. Dentro de poco habrá elecciones, así que pueden estar tranquilos.

Como observara que sus palabras los había impactado, les hizo una serie de consideraciones políticas. Les informó que su padre había militado en el conservadorismo, pero que él era socialista, porque consideraba que el mundo marchaba hacia la izquierda, por exigencias de las condiciones en que se desenvolvía la sociedad moderna.

Imagínese -reflexionó el abogado-, un tipo que se ausenta del país 'quince o veinte años, y que ahora pretende recuperar unos terrenos que cuando se fue.-rió, valían nada, porque hoy, gracias al esfuerzo de la comunidad a la que él nada aportó, valen mucho. ¿Eso es posible?

Por supuesto que los representantes del vecindario estuvieron de acuerdo con sus agudas observaciones.

Entusiasmado, concluyó:

-Después pretenden que no se produzcan revoluciones...

María, como mujer y comerciante, más práctica que sus compañeros, encaró el problema de los honorarios, de su monto y de su pago.

El abogado, siempre político, les rogó que no se preocuparan y aclaró que con toda seguridad, el asunto le traería muchos problemas y pocos pesos, pero para eso estaban los clientes ricos.

-Estos me financian los clientes pobres -les explicó--. No solo de pan vive el hombre... -rió.

-Se ve que es joven, todavía -chanceó El Familiar-. Las ganas de los pesos nos van viniendo a medida que vamos perdiendo otras...

Ante la ocurrencia, el abogado no pudo menos que lanzar una franca carcajada, que contagió a los demás. Sin embargo insistió:

-Cuando el dinero se convierta para mí en una obsesión, dejaré de ser quien soy. Voy a telefonar a mi colega, el Dr. Perrotti, para concertar una entrevista para considerar profesionalmente el asunto -les anunció, mientras tomaba el teléfono para discar.

Cuando concluyó la conferencia, que fue breve, les comunicó que los recibiría en ese momento.

-¿A todos? -repitió María sin querer creer en esa posibilidad.

-Así es. A mí me agrada que mis clientes estén presentes en estas reuniones, para evitar los malos entendidos. De paso adquieren una real y directa noción de los inconvenientes que ofrecen sus casos. Minutos más tarde ya estaban allí.

-Muy honrado de tenerlo por aquí, colega -saludó el dueño de casa a Portela, mientras se paraba y le estrechaba la mano. Luego saludó a sus acompañantes e invitó a todos a sentarse.

Portela retribuyó su saludo en forma no menos protocolar, y así, después de breves comentarios sobre sus respectivas actividades profesionales, pasaron a considerar el asunto que los reunía.

-Será mejor que lo informe de la situación -se adelantó a decirle el abogado Perrotti. Y pasó a detallar los títulos que amparaban los derechos de su cliente, para concluir:

-Como usted podrá observar, el asunto, para ni; parte, es más que claro, lo que no obsta para que ni; cliente me haya autorizado, en caso de que esta buena gente se allane a sus pretensiones, que no son otras que le restituyan lo que legítimamente le pertenece, a acordar plazos y contemplar los casos especiales.

María y sus acompañantes quedaron bastante impactados ante esta firme posición; sin embargo, su

abogado encontró argumentos para rebatir los que acababan de escuchar con tanta zozobra:

-Tiene mucha razón, colega, pero creo que usted olvida que hoy los pueblos se rigen no sólo por el derecho escrito, sino por el que está implícito en la equidad que debe presidir las relaciones humanas, no siempre prevista expresamente por el legislador, pero que los jueces y los poderes públicos tienen cada vez más en cuenta para fundamentar sus decisiones.

-Está muy bien su observación, estimado amigo, pero como expresión de anhelo, de futuro, ya que me permito recordarle que en nuestro país los jueces y las autoridades se ven inhibidos de fundar sus decisiones sino en el derecho escrito, que traduce la voluntad expresa del legislador, o sea del pueblo soberano, con prohibición absoluta, además, de hacer privar sobre la misma, sus opiniones subjetivas.

A partir de ese momento la polémica entre los dos abogados resultó un torneo dialéctico, donde cada cual, con todo empeño, expuso su sapiencia para demostrar la razón de sus respectivas posiciones. Todo esto ante la admirada expectativa de sus ocasionales oyentes.

El torneo verbal se prolongó durante más de una hora, mientras la secretaria del doctor Perrotti reponía, de tanto en tanto, las tazas de café, hasta que, en un momento dado, por tácito acuerdo, los abogados decidieron darlo por finalizado.

-Por lo que escucho, me hace usted concluir, colega, que sólo me queda informar a mi cliente que de nada vale esperar el plazo de sesenta días que humanitariamente acordó para el desalojo, ya que, evidentemente, están resueltos a oponerse a sus derechos valiéndose de cualquier medio.

La decisión tomó de sorpresa a María que sin consultar rogó:

-Doctor, usted ha demostrado tener sentimientos humanitarios. ¡Le ruego interceda ante su cliente para que no arroje a la calle a esas mil familias!

Sin darle oportunidad a su contrincante para que tomara la palabra, el astuto profesional respondió enfáticamente:

-Por supuesto, señora, pero usted comprenderá que las consideraciones uno las tiene con aquellos que demuestran buena voluntad y no con aquellos que se oponen a claros y legítimos derechos. En la guerra resulta absurdo no apurar la pelea cuando se presentan las condiciones ideales para ganar la batalla.

Ante la desesperación de su abogado, que se iba convirtiendo en irritación, María se apresuró a contestar:

-Nadie quiere la guerra, doctor. Simplemente buscamos garantías para nuestra gente.

Olvidando por complete a su colega, el apoderado del propietario propuso entonces a María:

-Páseme una lista de los que puedan trasladarse dentro de los sesenta días y otra de los que por razones familiares, de salud o económicas, el traslado pueda resultarles más difícil. Estoy seguro de que mi representado, que tiene un corazón generoso, aceptará hacerles llegar su apoyo económico para facilitarles la solución de su problema.

-¡Gracias doctor! -exclamó espontánea María, mientras Bernardo y El Familiar la miraban con claras muestras de aprobación-, Se lo agradecemos profundamente --concluyó.

-¡Me parece que estoy demás aquí! -exclamó entonces, indignado, el abogado Portela, sin poderse contener más-. Con permiso, colega, voy a retirarme.

Al abogado Portela no le quedaba más que la retirada, en cumplimiento de su palabra y así tuvo que hacerlo.

Saludó a su colega y sin volverse hacia sus clientes, salió de la oficina.

Bernardo quiso reaccionar para detenerlo, pero ya era tarde. Un portazo anunciaba su retiro del local.

-¿Pero es que estuve mal? -preguntó azorada María.

Antes que Bernardo pudiera responder a su pregunta, ya Perrotti le decía:

-¡Por favor, señora! ¿Cómo puede Ud. pensar así? Sin necesidad de pleitos, ni gastos, sobre la base exclusivamente de la sinceridad, de la honestidad, ha logrado provocar los buenos sentimientos en quienes hemos tenido la dicha de escucharla. ¡Ha logrado Ud. un arreglo estupendo! ¡Ojalá ahora que mi cliente subvencione los gastos de traslado de esa pobre gente! Créame, quisiera fuera mi ayudante. Si hubiera estudiado abogacía ... ¡Qué abogado sería usted.

Los elogios recíprocos entre María y el abogado se prolongaron por unos minutos largos. Finalmente, de común acuerdo, dieron por terminada la reunión.

Cuando salieron a la calle, Bernardo propuso volver al café donde estuvieran con María el día anterior. Se sentía mareado y necesitaba hacer un repaso de la situación. Ayer nomás habían incitado a todos a la rebelión y resultaba que ahora eran portadores de una rendición total. Quedó más desconcertado aún,

cuando Ortega respondió a su propuesta diciendo:

-Tenés razón, esto hay que celebrarlo.

-¿No te das cuenta que Perrotti lo hizo polvo a Portela? -observó El Familiar.

-La verdad... -aclaró María- no es culpa de Portela. Como reconoció Perrotti estuvo brillante. ¡Pero qué le iba a hacer si sus clientes no tienen títulos!

-Si no nos acompaña Portela -reflexionó Ortega-, por partir de la base que el otro nos mentía, nos hubiéramos metido en un lío bárbaro. ¿Se dan cuenta que si interviene el juez de instrucción, nos mata más de uno que anda prófugo?

Bernardo tuvo que aceptar formalmente estos argumentos, pero en el fondo no se dio por convencido, pues implicaban la desintegración del caserío. Observó también que la embriaguez del éxito se había apoderado de María, todavía impresionada por los elogios del abogado. Estaba dicharacho y a cada momento, en su entusiasmo, tomaba con su mano el brazo de Ortega para llamar su atención. Se preocupó de solo pensar que lo que sentía en ese momento pudieran ser celos. Por fin, no pudo aguantar más y se despidió.

-Me voy a dar una vuelta -anunció-. No termino de comprender lo que hemos hecho. Encárguense ustedes, que están tan contentos, de comunicar las novedades a nuestra gente. María lo miró con sorpresa, mientras El Familiar lo hacía con indiferencia y casi complacido. Aquella intentó decir algo, pero Bernardo ya estaba en la calle. Sin pensarlo, se encontró frente al estudio de Portela, pero cuando preguntó por él, le respondieron que se había retirado. Tomó el ómnibus y se dirigió a la parroquia del cura Miguel, a quien tampoco encontró. Después de esperarlo un largo rato orando en la iglesia, se dirigió a un cine para hacer tiempo, pues no quería llegar antes de que hubiera concluido la reunión de vecinos. Aún después del cine, caminó sobre el puente del río un largo rato y cuando eran la diez, recién se encaminó a su rancho. Suspiró tranquilo cuando observó que todo estaba en silencio.

CAPÍTULO XXXVII

Mientras Bernardo deambulaba desorientado por el curso que habían seguido los acontecimientos, María y El Familiar llegaban a "Las Lonas Verdes" para informar a la asamblea de vecinos. La concurrencia era aún mayor que la del día anterior, como también la expectativa.

Ortega fue el primero en dirigir la palabra a los vecinos, subido al mismo cajón que utilizara como tribuna su ausente compañero de delegación, en idéntica oportunidad.

-¡Compañeros..! -los saludó-- Esta tarde hemos estado trabajando para ustedes, por nosotros, para nuestros hogares. Como bien nos decía el doctor Portela, ese joven y brillante abogado que nos defiende, no es posible aceptar en estos tiempos que vivimos, un tipo que hace veinte años se ha ido del país, vuelva para echar a la calle a mil familias. Aceptar eso, sería aceptar que nosotros los pobres no tenemos ni siquiera derecho a un miserable rancho, a un pedazo de paja que nos proteja de la lluvia, del sol, del invierno, que no abrigue, **grandes aplausos**. Eso querría decir, si así fuera posible, que nosotros, seres humanos, semos menos que los animales. Como bien dijo el ilustre doctor Portela, nuestros derechos están en las leyes de la naturaleza, no en las leyes de los hombres, **cerrados aplausos**. Esos burgueses que nos gobiernan, ojalá se digan amigos de los pobres, solo acetan nuestros derechos siempre y cuando no les perjudique en sus bastardos intereses, ojalá nos tengamos que morir de la hambre y de la sed, **nuevos aplausos**. A la propiedad, por lo *mesmo* que es derecho natural, tenemos acceso todos; ¡pero todos los seres humanos! Pero ellos, los burgueses, han hecho que la propiedad sólo sea para ellos y de ahí es que viene un señor que es más gringo que criollo, y nos quiere echar a todos después de veinte años que ni se lo ve por aquí, **grandes aplausos**, Todo esto es permitido, porque el pueblo ha sido desalojado del poder, que ha quedao en manos de sus enemigos. Por eso, escuchemén bien... **expectativa**, hasta mientras llegue la hora de la verdad, tenemos que defendernos y protegernos como podamos, como gato panza arriba... ¡incluso transando! **silencio total. Pausa del orador**. Ante esta realidad, hemos pensado que lo mejor que podemos hacer, ya que las leyes de los opresores no nos amparan, es sacarle lo más que podamos a nuestros explotadores y es así como, gracias a la habilidad de María que hemos logrado que el propietario nos reconozca los gastos de traslado, **exclamaciones de sorpresa...** sí, de tras- lado... **pausa del orador -silencio del público** lo que nos parece un buen arreglo... **nuevas exclamaciones de sorpresa -una voz que grita: ¡Vendido!!!**. La gran habilidad de los que negociamos es sacar lo que más se pueda de la otra parte, no quedarnos con migajas... **Una voz que interrumpe -...quedarse con la coima... -otra voz- ¡Vendido!!! -varias voces: ¡Vendido!!!** ¡Compañeros! ustedes me conocen. ¡El propietario nos va a meter presos ! **Una voz que interrumpe: ¿y a vos quién te conoce? ¿de dónde salís, croto?**

Varias voces: -¡Vendidos!!! Soy pobre como ustedes. **Más voces: ¡Eras!** Pero, coom ... pa ... ñeros ¡es claro que me conocen! ¡El propie- tario nos va a meter presos a todos... ¡Uuuuhhh!!! **¡Hijo de puta! ¡Bajate hijo ¡puta!!!** Cuando los metan presos me van a decir... **griterío- ¡Vendido, hijo de puta; la concha de tu mama.** ¡Ayer querían irse gratis! Rajá de una vez! ¡Bajate!

Lo que le pareciera tan sencillo de transmitir le fue resultando cada vez más difícil, a medida que exponía, al advertir lo débiles que resultaban los argumentos para aconsejar el traslado.

Ahora estaba ahí parado sobre la improvisada tribuna, sin saber cómo hacer para bajarse. Alguien le dio un empujón que lo hizo rodar y una voz le remachó:

-¡Y a ustedes ... ! ¿Con cuánto los arreglaron?

María, que hacía tiempo contenía su indignación, intentó treparse al cajón para replicar al insolente, pero el Hachudo se lo impidió mientras le aconsejaba:

-No te metás. Ese tipo nos ha vendido.

Ella le replicó alterada:

-Pero Hachudo, ¡yo estaba allí! ¡No es cierto!

-Y entonces, ¿ande está Bernardo?

María vaciló antes de contestar. Comprendió que no podía decir que no había quedado conforme con el arreglo propuesto. Finalmente optó por decir:

-No sé... tenía que hacer y se fue por su lado.

Esto le pareció al Hachudo más que extraño, pues conocía el interés que aquel venía poniendo en el asunto, lo que no pudo dejar de comentar con su vecino, y éste con el suyo, hasta que en un momento dado, era toda la concurrencia la que exigía a gritos una explicación clara sobre su ausencia.

El Familiar Ortega intentó defenderse de las acusaciones de entreguista insistiendo a gritos:

-¡La molestia que nos hemos tomado, para que terminen pensando mal de uno!

Alguien le replicó:

-Nadie te ha pedido que te metás en el asunto. Por algo ha de ser que te has dado mañas para ir a representarnos.

El Jetón Mamaní salvó la situación. Después de arduos esfuerzos y de desgañitarse gritando, logró restablecer el orden. Cuando por fin consiguió que lo escucharan, propuso que se postergara la reunión, hasta que Bernardo les diera su versión de los hechos.

Aprovechando la tregua, Ortega desapareció. La concurrencia también se fue disolviendo al no tener más asuntos que debatir. Paco, que recién llegaba invitó a sus amigos de siempre que pasaran a servirse algo y lo informaran sobre los últimos sucesos. Con ese motivo, el cambio de ideas se reinició en la esperanza de que mientras tanto llegara Bernardo, lo que no sucedió.

La Gringa introdujo más confusión en el asunto al recordar que había leído en los diarios que la policía en Buenos Aires estaba procediendo a desalojar algunas villas de emergencia, pero el Hachudo dictaminó que eso sólo podía ocurrir si los propietarios tenían influencia personal.

María aprovechó la duda planteada por su madre, para intentar justificar la propuesta que había aceptado.

-No lo creo -declaró Paco refutándola- pues no recuerdo ningún caso parecido en Tucumán.

-Lo que no entiendo --opinó a su vez el Fiero- es por qué la primera reacción de la gente fue mandarse a mudar y ahora que pueden hacerlo cobrando unos pesos, casi lo linchan al Familiar.

-Así es -suspiró con alivio María al escuchar que por fin alguien parecía dispuesto a darle la razón-. Esta tarde todos estaban muy bravos, pero estoy segura que si aparece un policía, van a salir disparando a ver dónde pueden esconderse.

Rosa, que escuchaba en silencio desde hacía rato, no pudo contenerse más:

-Sería una suerte que nos echen. Con eso nos obligarían a mudarnos a la casa que Paco me viene, prometiendo desde hace años. -De paso, ¿seguiste buscándola? -le preguntó María.

-Bueno... ya sabés lo que nos exigen... ese dinero al contado que no tenemos. Con todas estas novedades me pareció mejor esperar a ver qué pasa.

La Gringa, que a esa hora llegaba con algunas copas de más, al escuchar a su nuera empezó a quejarse:

-Ya me han alcahuetado que están desesperados por irse a otro lado. Así es la vida, uno se mata para criarlos y después, cuando pueden aportar... si te he visto no me acuerdo...

A Rosa se le llenaron los ojos de lágrimas pero prefirió no responderle. Se levantó dando como excusa que debía atar los perros.

En el ínterin, el Hachudo refutaba el planteo de Fiero y María.

-¿Has pensado Fiero, lo que ha costado nivelar esta calle, cavar los desagües, hacer la defensa para desviar las crecientes? ¿Te parece poca cosa?

-Sí, y mejorar los ranchos ¿qué les parece? -intervino la Gringa Ahora que no lo tengo al Gordo y que Paco dice que se nos va... ¿con quién vuelvo a levantar las paredes de tablas? ¿A ustedes les parece que es tan fácil tener un techo sin goteras? Estos ranchos parecen cualquier cosa, pero no es así. Cuando uno llega a vieja no es cuestión de empezar de nuevo.

En eso estaban, recordando tanto esfuerzo que no lucía, cuando llegó corriendo Roque para informar que acababa de verlo entrar a su rancho a Bernardo, quien apenas entró al patio que separaba los dos ranchos, pudo observar la expectativa con que lo aguardaban.

Una vez informado sobre las novedades, no pudo menos que eximir de culpa y cargo al Familiar. Para ello, le bastó destacar el apresuramiento con que había actuado María.

-Fue ella la que se asustó. Ese abogado Perrotti es muy hábil. Después de todo, quizá tenga razón -reconoció desesperanzado.

Gracias a las palabras conciliadoras de Bernardo, pudieron replantear el asunto en otro clima. Finalmente, quedaron en que al día siguiente él, con Paco presentarían sus excusas al doctor Portela y le solicitarían que retomara el asunto.

Mientras caminaba de regreso en la soledad de la noche, al introducir su mano en el bolsillo del pantalón, tropezó con el rosario. Intentó rezar, pero no logró pasar el Padrenuestro. Sus últimas experiencias habían resultado demasiado intensas. Se sentía agobiado física y espiritualmente, pero sobre todo era su desconcierto lo que más lo atormentaba. Optó por dirigirse al río a meditar.

CAPÍTULO XXXVIII

Sentado en la barranca, mirando hacia la montaña, rogó a Dios que la luz penetrara la oscuridad de su cerebro.

Sus pensamientos lo transportaron a la niñez. ¡Qué horrible le pareció aquel día la blasfemia lanzada por su pequeño compañero de escuela! ¡Qué asco experimentó, otro, cuando tuvo que permanecer escuchando las inmundicias sobre los secretos del sexo que intentaban descubrir sus compañeros! En cambio; ¡cuánta paz sentía, cuando acurrucado, medio oculto, en el último banco de la pequeña capilla del Colegio, se extasiaba contemplando la serena imagen de Cristo y la purísima de la Virgen María!

Cuando entró al Seminario se sentía una especie de Cristóbal Colón que se preparaba para partir hacia el mundo desconocido del mal, para conquistarlo y rescatarlo para su Señor.

Alegría. Sí, alegría era el sentimiento que entonces llenaba su corazón. Alegría alimentada por la fe, por la caridad y por la esperanza. Todo mal que recibía era motivo de alegría, porque le daba oportunidad de ofrendar sus penas a Dios. Le pareció sentir sobre su piel, tan cercano era el recuerdo, la bondadosa mirada de sus maestros. Un día, sin quererlo, escuchó cuando el director del Seminario comentaba con un sacerdote.

-Este niño es un diamante. Te encarezco lo cuides, lo cultives, lo pulas, para que se convierta en un hermoso brillante de nuestra Iglesia, para mayor gloria del Señor.

Recordó cuánto había llorado de emoción y cómo había corrido a la capilla para jurarle al buen Dios por milésima vez, que él sería de El y sólo de El, para cubrir su capilla de hijos descarriados que lo redescubrieran y amaran, como él lo amaba.

Pero, ¿por qué no se había quedado en Entre Ríos, para practicar su vocación?

¿Qué fue lo que le dio por trasladarse a un medio que no era el suyo para emprender una labor superior a sus fuerzas?

La sombra del orgullo apareció en su imaginación. Orgullo, el pecado de Lucifer, ante el cual los de la carne, los del dinero, quedaban como veniales. Un desafío al buen Dios. El más peligroso, porque siempre anda envuelto en brillante ropaje. Si el pecado es algo sucio, ¿cómo descubrirlo escondido en medio de lo limpio, de lo hermoso?

La obra que pretendía era limpia y hermosa; pero podía esconder el orgullo y si caía en orgullo, caería luego en todos los demás pecados, y entonces, ya sería tarde, porque el demonio lo tendría prisionero en sus garras.

Meditó largamente sobre cuándo se transforma el obrar bien en obrar con orgullo. "Si yo hago el bien por amor a Dios, estoy exento de orgullo --empezó a definir- pero si hago el bien, por sólo la íntima satisfacción que me produce, lo hago por amor a mí mismo y en ese caso, estoy ya en el campo del demonio."

-"Yo no debo repartir los beneficios del buen obrar entre Dios y yo. Debo entregarlos íntegramente a El, para que El se apiade de mí. En cuanto yo me quedo con alguna parte, por mínima que sea, del bien que produce el buen obrar, estoy quedándome con lo que pertenece al Señor".

Y así siguió meditando, hasta que la imagen de María se coló en sus pensamientos y entonces, irritado, se levantó y fue a buscar la paz en el sueño.

CAPÍTULO XXXIX

Al despertar al día siguiente, se sintió con el sano espíritu de los tiempos primeros. De hinojos, rezó el rosario que la noche anterior no pudo manejar y alegre salió a darle los buenos días al Ñato. Cuál sería su cambio, que éste no pudo menos que decirle mientras se dirigían a la clasificadora:

-Hace tiempo que no te veía con tan buena cara. Parece que los problemas te hacen bien.

Rió contento de la broma de su amigo y para demostrarle que no se equivocaba, aceleró el paso y sorteó los troncos y las matas que encontraba en su camino, con ágiles saltitos.

La mañana transcurrió como tantas otras, sin novedades, concentrados en su trabajo. Hacía tiempo que sus manos ya no se empollaban como consecuencia del manejo de la pala, protegidas ahora con unos sólidos callos.

Ya de regreso, cuando terminaban de despachar el sabroso churrasco preparado por el Ñato, llegó Paco, que había tenido que solicitar permiso en su segundo empleo para poder acompañarlo a lo del abogado. Entonces contó:

-Ustedes eran chicos y no se han de acordar de los primeros tiempos. ¡También, qué idea esa de venimos a vivir aquí! Todo eran matorrales... ¿se dan cuenta? Cinco ranchos solitarios en el silencio de la noche. Por ahí empezaban a ladrar los perros y se nos hacía que venían algunos para dejarnos en *corotas*, y así sucedía algunas veces. Como no sabían todavía del rancharía, creían que estaban abandonados y se nos querían meter adentro y cuando tropezaban con alguno, ahí empezaba la gritería. Entonces nos levantábamos todos y los molíamos para que fueran sabiendo. Seguro que no se acuerdan de Foco'¡ Cocina... ese amarillo con pecas sucias, que una noche que venía disparándole a la policía se cayó encima del Hachudo, que justo estaba dándole a la Felisa, así que tuvo que explicarle lo que sucedía mientras terminaba. Se quedó un tiempo viviendo con ellos, hasta que se cansó, porque el Hachudo lo mandaba a palear en su lugar. Si... así era la cosa. A mi Juana se le ocurría que veía el alma de Jacinto cada vez que bajaba al río y de tanto que jodió, me puse a vigilar y resultó que era un loco que se acercaba todos los días a dormir cerca de nosotros como quien busca compañía. ¡Las que habremos pasado! Ahí, donde está el rancho de doña Natividad, se instaló Gervasio, otro compañero que nos siguió y que se murió al poco tiempo. Todas las semanas había alguno que se venía a vivir aquí y así esto fue creciendo. El Alberto y el Antonio, esos fueron los más vivos. Demuestra que en la vida no hay mal que por bien no venga. Si no es por el comisario que los coimea, nunca se les ocurre lo de los derechos. Pero al principio uno podía controlar. Cuando quería clavar el rancho alguno que no nos gustaba, ahí nomás lo parábamos. Pero después, con mesejante cantidad de gente, ¡qué le iba a hacer uno! Pero así y todo, mientras vivió Antonio, algo conseguía, pero después que lo guascharon, ya ha empezado a venir al que se le baja la gana. Sí... así fueron los comienzos... así...

-Aquí me siento cómodo -declaró Paco -. Si no fuera por Rosa y los chicos no pensaría siquiera en trasladarme. Por lo menos, mientras ustedes se queden.

-Es mucho lo que tenemos hecho -reiteró el Ñato-. Después de todo, no habrá agua caliente, pero tampoco pagamos impuestos.

-Ni burocracia -rió Bernardo.

Lo que el día anterior les había parecido trágico, ahora era motivo de bromas y chanzas. Bernardo no podía evitar desternillarse de risa cuando recordaba la cara de Portela al retirarse de ¡ estudio de Perrotti, y el Ñato de la del Familiar, cuando por poco lo linchan, y los tres, de la susceptibilidad de María.

-No habrá nadie, por suerte, que pueda farsarse de la que pongamos esta tarde cuando nos felpée Portela -rió Bernardo una vez más.

-¡Yo ... ! que nada me pueden decir porque no he estado ayer -se apresuró a replicar Paco, y los tres volvieron a reír con ganas.

-Bueno, mientras ustedes cumplan su misión, yo voy a ir al río a lavar mis pilchas -les anticipó el negro, deseándoles suerte. Alegres y abrazados, se adelantaron por la avenida los dos comisionados. Al pasar por el almacén, se cruzaron con María que estaba parada en la puerta. Los saludó con la mano, sonriendo, mientras les deseaba suerte. En ella también habían Desaparecido los celos y resentimientos que le

provocaran los reproches de sus amigos al criticar su gestión diplomática.

-Debes habérselo declarado anoche... tan alegre está -bromeó Paco mientras sonreía picarescamente.

-No te olvidas que yo soy un humilde jornalero y ella es la oligarca de "Las Lonas Verdes".

El sonido del motor del ómnibus que se aproximaba los obligó a dejarse de bromas y apurar el paso.

Cuando estuvieron frente al abogado Portela, ya dentro de su despacho, ni siquiera los invitó a sentarse. Se mostraba frío y reservado. Los dejó hablar sin interrumpirlos, lo que les significó enredarse en sus explicaciones más de una vez. Por fin, pareció apiadarse de ellos y preguntó:

¿Qué es lo que quieren de mí, ahora?

-Muy simple -le respondió Paco- ¡Que nos defienda!

El joven profesional los miró sonriente mientras les decía:

-Los que van a tener que defenderse son ustedes. Como bien explicó ayer mi colega, el doctor Perrotti, la ley está de parte del propietario: la posesión de ustedes no alcanza el término que marca el Código Civil para poder oponer la defensa de prescripción adquisitiva a los derechos que surgen de su título. Lo que yo puedo hacer es asesorarlos y apoyarlos en la acción, más política que jurídica, para interesar a los poderes públicos.

A medida que hablaba, el abogado fue olvidando el mal rato que pasara frente a su colega más experimentado. Llegó el momento en que no pudo resistir la tentación de catequizarlos respecto a sus ideas políticas, como el día anterior:

-En este país de intereses creados y de burgueses sin grandeza de espíritu, lo único que camina es el hecho consumado y la presión, aparte de la coima, por supuesto. Serviles y especuladores, han permitido que los dejemos sin su historia, lo que nos facilita la acción a los que queremos construir una nueva Argentina, que, por supuesto no será posible, mientras no les atemos una piedra al cuello y los tiremos al fondo del mar -concluyó mientras reía satisfecho de su irónica alegoría.

Bastante impresionados, le preguntaron qué debían hacer.

-Como primera medida, constituyen una comisión de vecinos elegida en asamblea pública, que es la única forma que salgan elegidos democráticamente y sin protestas, los que uno quiere. Pero, previamente, es preciso comprometer a los periodistas y a los fotógrafos para que concurran al acto, a fin de que el público se informe del problema, o sea, de que existe la amenaza real de que mil familias puedan quedar en la calle. Si ustedes convocan la asamblea, yo me encargo de lo demás.

-¡Eso está bueno! --exclamaron al unísono.

-Partan de la base -agregó el abogado- de que ustedes están en la posesión de la tierra. Ahora es preciso la presión para lograr los títulos. No se olviden que hay elecciones dentro de pocos meses.

¿Qué político burgués se va a animar a estar en contra del pueblo en asuntos de poca monta y mucha repercusión?

Todo lo que les decía el joven abogado, resultaba novedoso y hasta emocionante para sus nuevos clientes. Bernardo intuyó que lo que proponía Portela era lo único que podía realizarse para salvar la subsistencia de la comunidad de "Las Lonas Verdes". En un momento dado sonrió pensando que en definitiva un sacerdote católico y un dirigente socialista, trabajarían en común. Al abogado no le pasó inadvertida esa sonrisa y preguntó qué cosa la había provocado, a lo que contestó con franqueza:

-Sonreía, doctor, porque siempre opiné que ustedes los socialistas eran una especie de diablos y resulta que ahora es uno de ellos quien me defiende. El abogado rió con ganas y aprovechó para contar varios cuentos al caso. Al finalizar la entrevista, les pareció como si se hubieran conocido de toda la vida: entre ellos ya no había reservas.

Al regresar informaron sobre sus gestiones a los vecinos que los aguardaban reunidos. Todos los presentes quedaron citados y comprometidos para volver a reunirse al día siguiente, reunión a la que asistirían el abogado Portela, y especialmente invitado, el cura Miguel, para designar la Comisión. Bernardo fue encargado de ir a transmitir al cura la invitación. Cuando llegó a la parroquia, éste lo invitó a que compartiera su cena, lo que aceptó complacido. Después que se hubo informado del motivo de su visita, el cura le respondió:

-¡Con mucho gusto voy a asistir a la reunión! Está visto que se acuerdan de mí solamente cuando hay problemas.

-No te olvides, curita, que esa pobre gente tiene de vos, como de los sacerdotes en general, una idea equivocada. ¡Por algo tengo que andar disfrazado! -sonrió a su vez.

-Si nos aceptan en los momentos graves, es precisamente por lo que nos rechazan en las situaciones

normales, o sea, para ellos somos parte integrante y comprometida de la sociedad opresora.

-Y me parece que piensas como ellos -acotó el cura mirándolo con ironía-. Debe ser muy convincente ese doctor Portela. Me va a gustar conocerlo.

Bernardo prefirió no contestarle: había aprendido a querer al buen cura y le hubiera dolido herirlo sin querer. Como nada decía, fue su anfitrión el que se afligió temeroso de haberlo ofendido:

-¿No sé por qué digo tonterías de vez en cuando? Bien contento y orgulloso que estoy de tenerte en mi parroquia. Es la eterna mala costumbre que tenemos los viejos de querer perturbar a los jóvenes y hacerlos dudar de sus ideales.

-En ese sentido puedes estar tranquilo, curita, no me podrás ofender jamás, porque bien conozco la bondad de tu corazón.

Estas palabras que brotaron espontáneas de los labios del joven sacerdote, conmovieron al viejo. Por un instante sus ojos se nublaron y pareció más viejo aún. Pero se repuso. Puso la mano derecha sobre su brazo y lo invitó a que fueran a la capilla a orar. Después de permanecer recogidos frente al Cristo por espacio de una hora, le preguntó si quería confesarse, a lo que Bernardo contestó que sí.

Juntos analizaron como marchaban sus sentimientos por María, y gran alivio experimentó el viejo cuando Bernardo declaró que consideraba superado el episodio.

-Ahora tendrás que confesarme tú -le pidió el cura.

Bernardo la miró con sorpresa. ¡El confesar a ese santo varón! Se sintió indigno pero luego pensó que aquel también era humano y que de tanto brindar apoyo a los demás, bien podía ser que también lo necesitara, y así, decidió que si no podía darle consejos, por lo menos le daría afecto.

Ahora, el sentado era él, y el arrodillado, el anciano cura.

-Padre mío -empezó a decir y cuando Bernardo sintió que lo llamaba "padre" comprendió que al aceptar escucharlo en el secreto de la confesión, había aceptado una responsabilidad superior a sus fuerzas. Como si el cura se apercibiera de su conmoción, repitió:

-Padre mío, vengo a confesar mis pecados, en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, para que el Señor por tu intermedio me dé su absolución, me conserve en su Gracia y fortifique mi fe, porque mi carne es tan carne como cualquier carne, más inmunda, porque fue educada para el bien. -'Pequé, Padre mío, y peco cada vez que predico mi ministerio como una costumbre como un hábito que no pesa, ni obliga, con lo que privo a los destinatarios del mismo, ver en mí al sacerdote de Dios, investido de sus poderes por el Orden Sagrado, sacramento supremo que nos otorga la tremenda potestad de absolver los pecados o negar el perdón. Pequé, porque absolví sin transmitir el amor que fortalece al débil y le evita nuevas caídas; porque bendije moviendo los brazos y los labios, mientras mi mente permanecía inmóvil; porque abracé distraído a mis feligreses, sin que éstos sintieran que mi corazón latía al ritmo de sus penas, de sus esperanzas, de sus necesidades; porque repartí las sagradas formas, como se reparte una mercadería. Pero también pequé, y esto es más grave aún, porque sabiendo a un hermano en Cristo y en el sacerdocio, próximo al pecado, sujeto a las más formidables tentaciones, y todo ello por causa de su decisión de trabajar en beneficio del Señor, sin medir peligros ni dificultades, me dejé llevar por el demonio de la envidia, alabando su acción con mis palabras, pero desmereciéndole con mis ojos; porque me dejé llevar por el demonio del orgullo, al comparar su acción con la mía; por el demonio de la lujuria, porque llegué a pensar, aunque más no fuera por un instante, que su caída reivindicaría mis propias tentaciones rechazadas. De todo eso me confieso, y de lo que me olvidó en este momento, que debe ser más que todo lo confesado, te ruego humildemente que uses todo el poder que te ha conferido el Señor para absolver en su nombre los pecados, que absuelvas los míos, en la seguridad de que asumo el formal compromiso de no pecar más y de que me arrepiento de las graves faltas cometidas, amén."

Mientras Bernardo escuchaba la confesión sentía que la gracia se apoderaba de todo su ser, que ya no era él, y que el Señor le había hecho el don de escuchar el alma de un santo, para que pudiera ver en su espejo su propia imagen, y así, invocando al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, para que le dieran luces suficientes, le dijo cosas que luego no pudo recordar, pero que cuando contempló el rostro del cura, ahora parado a su lado, comprendió debían ser las que sus ansias de santidad anhelaban.

CAPÍTULO XL

Mientras desayunaba, la elaboración de datos que el subconciente del abogado Perrotti realizaba, después de haber leído en 'La Gaceta' las noticias políticas del día, se vio bruscamente interrumpida cuando sus ojos se detuvieron en las fotografías y crónica que publicaba el matutino, relatando el desarrollo de la asamblea realizada en la víspera por los vecinos de "Las Lonas Verdes", y la designación de una comisión que se encargaría de denunciar el hecho a la opinión pública y representar a la comunidad en peligro, en la defensa de sus derechos.

Al terminar de leer la noticia, llegó a la convicción de que la gestión aparentemente exitosa de días atrás, había terminado en un fracaso, como también, de que su café se había enfriado.

A los pocos minutos de haber llegado a su despacho, vino a agravar su malhumor el anuncio que le hacía su secretaria de que el señor Marinelli esperaba en la antesala.

-Hágalo pasar! -le ordenó secamente.

Sin saludarlo le puso el diario debajo de sus ojos mientras le recriminaba:

-¿Así que este es el magnífico arreglo que me anticipaste habías logrado?

-Te hablé de la posibilidad de un arreglo, no de un arreglo definitivo. Te advertí de entrada que el asunto no sería fácil.

Bien dicen que no hay que subestimar a nadie. Mi colega Portela, por lo visto, se salió con la suya.

-¿Qué vamos a hacer ahora? No sólo pretenden quitarme los terrenos, sino que me exhiben ante el público como un monstruo. ¡Lindo país este!

Perrotti, cuyo malhumor había desaparecido al comprender que lo que para él era un simple contratiempo profesional, para el otro podría significar su ruina, hizo lo posible por levantarle el ánimo y devolverle la confianza.

Para demostrarle que estaba decidido a actuar sin pérdida de tiempo, pero en el fondo acicateado también por el espíritu de revancha frente a su joven colega que tan mal papel lo estaba haciendo hacer, llamó a su secretaria y de inmediato empezó a dictarle los escritos en su presencia, de tal manera que éste, al escuchar la formidable denuncia que elaboraba, se reconcilió con las leyes y los abogados.

De todas maneras, su espíritu volvió a poblarse de nubes, cuando tuvo que firmar un cheque por una suma importante, necesaria para afrontar los gastos de justicia.

Habían empezado a firmar los escritos cuando penetró al despacho nuevamente la secretaria, esta vez para comunicarle a su jefe que lo llamaban por teléfono desde la Casa de Gobierno.

-Es el Ministro -le advirtió, dejando traslucir en su voz una cierta emoción.

Mientras escuchaba las contestaciones que su abogado daba el ministro, el propietario sentía cómo volvía a enfriarse su entusiasmo. Cuando finalizó la conversación, buscó los ojos de su amigo, interrogándolos con los suyos.

-Sí, era el ministro de gobierno en persona, preocupado por las noticias de "La Gaceta' sobre el problema creado en 'Las Lonas verdes", consecuencia de tu decisión de desalojar mil familias a tu regreso al país que abandonaste hace quince años. Me pide que concurra personalmente a visitarlo para interiorizarlo del asunto.

Me anticipó que no quiere líos. Lo de siempre. Ante la posibilidad de conflictos sociales, se aterran. Date una vuelta a mediodía y te informaré sobre la reunión.

-No les aflojes -fue su última recomendación.

Después de encarpetar los antecedentes del caso, el abogado partió para la Casa de Gobierno. Utilizó la entrada lateral sobre la calle San Martín, frente a la vieja Iglesia de San Francisco, y rápido ascendió al primer piso, utilizando la escalera de mármol que desemboca frente al despacho ministerial. Al observar los gastados escalones, no pudo evitar reflexionar sobre los cientos de miles de personas que le habían precedido en sus reclamos, peticiones y protestas.

Pese a las numerosas personas que aguardaban para ser recibidas, al reconocerlo, la secretaria lo hizo pasar de inmediato al despacho. No bien terminaron de saludarse, éste le dijo:

-Le agradezco, doctor, su atención de venir. Por lo que he leído, se intenta cometer un acto de crueldad con las mil familias que viven en "Las Lonas Verdes", arrojándolas a la calle. Desde ya lo comprometo para que me ayude a convencer a quien demuestra tan poca sensibilidad social, desista de semejante propósito.

La perorata no logró conmover al abogado, que desde hacía años estaba acostumbrado a ese tipo de planteos. Con energía le replicó:

-El verdadero problema social, señor Ministro, surge cuando no se respeta el derecho, lo que en este país sucede con harta frecuencia, pues debido a ello, cada vez son menos los que se animan a emprender actividades útiles a la comunidad.

-¡Pero doctor! ¿le parece a usted que han cometido delito quienes han construido viviendas para sus hijos?

Sin inmutarse, gozando secretamente lo que estaba obligando al alto funcionario a abdicar de las convicciones jurídicas que le eran públicamente conocidas, con tal de salir del paso, volvió a refutarlo con fría lógica:

-Podían haberlas construido en inmuebles propios, o en todo caso fiscales, y no invadiendo propiedad ajena.

El ministro respiró, pues por fin le daba el abogado oportunidad de pisar terreno firme.

-¿Pero, no lo sabía? ¡Es que fueron engañados! Precisamente, ellos creían ocupar inmuebles fiscales. Fue un comisario el que los engañó, para así poderles sacar unos pesos.

Pues entonces, el problema no está en la insensibilidad social de mi cliente, sino en la inmoralidad que impera en la administración pública. ¿Vio cómo su diagnóstico era equivocado?

El ministro optó por darse por vencido y cambiar el enfoque con que había encarado el asunto:

-Mire doctor, dentro de un rato voy a tener una comisión de vecinos aquí en mi despacho, para peor con el comunista Portela asesorándola. Algo voy a tener que prometerles, si quiero evitar un escándalo que en nada favorecerá a este gobierno.

Siempre implacable, no por serlo, ya que la implacabilidad suponía, a su criterio, un espíritu dogmático que su pragmatismo repudiaba, sino para darse con el gusto de ver cómo se desmoronaba quien con tanta pompa lo había recibido, le contestó a su vez:

-Me imagino que será lo que corresponde, o sea, comunicarles que van a desalojarlos con el auxilio de la fuerza pública, si no se van espontáneamente...

Indignado por el rechazo de su implícito pedido de colaboración, el funcionario a su vez le contestó:

-Nuestro gobierno se ha comprometido a no atentar contra los intereses de los humildes. Más, a defenderlos @ capa y espada ¡y así lo hará! pese a quien pese...

Sin inmutarse el abogado volvió a la carga:

-Se atenta contra los humildes, o sea contra el pueblo, cuando los gobiernos no hacen respetar las leyes. Aunque resulte una perogrullada, le recuerdo que si no nos arrodillamos ante la ley, terminaremos arrodillándonos ante los tiranos.

La conversación había llegado a un "impasse". Ambos se dieron cuenta de esa circunstancia, como también que ello no convenía a sus intereses. El ministro entonces comentó con el abogado la situación política general, para luego concluir informándolo en tono confidencial.

-Tenemos cualquier cantidad de problemas que no nos es posible solucionar por falta de recursos. Uno de los más graves, es la escasez de viviendas. Otro, la crisis económica que ha aparejado una tremenda desocupación. Pero lo real es que, pese a todo, no pueden quedar a la intemperie y muertos de hambre, millares de mujeres y niños.

Al abogado pareció prudente reconocer que algo de razón tenía el ministro, así que recordando su propia observación inicial, lo consoló dando por sentado que esos problemas venían de arrastre y que, en consecuencia, la responsabilidad no era del gobierno actuante. Alentado, al encontrar por fin comprensión, el ministro se creyó en la obligación de informarle:

-¡El déficit habitacional en la provincia es de cincuenta mil viviendas por lo menos!

El abogado tuvo a bien espantarse ante la magnitud de la cifra que por otra parte ya conocía. Luego, empleando un tono más condescendiente, dijo:

-Es el único bien de mi cliente, ministro. Usted comprenderá que es humano que intente recuperarlo. El también tiene familia y obligaciones.

A partir de ese momento la conversación se desarrolló en términos más cordiales. La aspereza desapareció al concordar ambos que no estaban en juego caprichos, ni intereses mezquinos, sino justas

pretensiones, aunque lamentablemente, excluyentes.

-Le ruego, doctor, que me dé veinticuatro horas de plazo para que vea qué solución puedo proponer que satisfaga a todos. No presente la denuncia por usurpación de propiedad hoy. Déjeme que hable con ellos y visíteme mañana.

Frente a un pedido formulado en esos términos, el abogado accedió gustoso.

Además bien sabía cuán difícil de llevar adelante resultaba el otro procedimiento.

-Se lo prometo, ministro. Pero quede bien claro que a partir de mañana recupero mi libertad de acción.

Se despidieron con un fuerte apretón de manos y preguntas formales sobre sus respectivas familias. Después de todo, eran viejos conocidos y las diferencias de intereses, que no les eran propios, no tenían porqué repercutir en sus relaciones personales.

CAPÍTULO XLI

El abogado Portela había aconsejado que la comisión de vecinos que concurriera al despacho del Ministro, fuera numerosa, así que éste pudo observar con desesperación, cómo el mismo se inundaba de hombres y mujeres, lo peor, algunas con niños en brazos. Más de cincuenta personas calculó cuando, arrinconado contra una pared, notó que se asfixiaba y ordenó que abrieran los ventanales para que se clarificara el ambiente.

Los invitó a que le explicaran el problema que los traía; tomó la palabra Bernardo. Cada vez que concluía una frase, se elevaba un murmullo de aprobación entre los concurrentes. Cuando terminó de exponer, el silencio que imperó lo hizo comprender que esperaban su decisión. Sin saber aún cómo encarar el asunto, se limitó a observar:

-Pero, los terrenos no eran de ustedes...

Antes de que concluyera la frase, ya estaba el murmullo de nuevo, pero esta vez más intenso, más amenazador. Salió entonces a colación lo del comisario, lo del engaño, lo de las exacciones ¡legales de que habían sido víctimas. Entonces, se sintió atrapado, y optó por afrontar el problema.

-He conversado con el abogado del propietario, apenas leí la noticia en los diarios, y me ha prometido no hacer nada a la espera del resultado de esta reunión. Consideró que, con dejar claro que el gobierno se les había anticipado, quedaba demostrada su sensibilidad social.

En ese momento el abogado Portela creyó oportuno empezar a intervenir, lo hizo con voz clara y apasionada. Por supuesto, para Portela la culpa de lo que estaba ocurriendo era el sistema y la responsabilidad del gobierno. Por supuesto, también, que si no era éste quien se resolvía a hacer justicia, serían ellos quienes actuarían directamente para defender sus derechos.

-¡Pero qué derechos, ni qué ocho cuartos! -se exaltó el ministro- Si los terrenos no eran de ustedes.

Pero la réplica vino de sobrepique:

-Los terrenos son de la comunidad. Estaban abandonados. Hoy pretenden recuperarlos, porque con dinero del gobierno, o sea del pueblo, se han construido los caminos de acceso, y la civilización y el progreso han llegado a la otra orilla del río.

El ministro se sintió atrapado. Discutir, tratar de razonar en esas condiciones, con la presión de una verdadera pueblada al frente, era suicida. Comprendió que si no actuaba con más habilidad, su autoridad quedaría totalmente resentida. Para peor, ya estaban presentes los periodistas, tan benditos en determinadas circunstancias y tan malditos en otras, como ésta, tomando apuntes y notas fotográficas.

-Este gobierno no, elude sus responsabilidades, pero ustedes comprenderán que este problema, como tantos otros que estamos encarando, ha nacido bajo otras administraciones.

-Pero bajo el mismo régimen -fue la cortante réplica del abogado.

Sin dejarlo contestar, el jetón Mamaní se creyó obligado a informarlo de la acción social que cumplían el club y el cura Miguel, a su vez, del proceso de transformación que experimentaba en ese momento la comunidad de 'Las Lonas Verdes', Oscar, que se destacaba del conjunto por su chaquetilla de galeno, aprovechó para exponer la desesperante situación sanitaria de la población de la villa, especialmente el grado de desnutrición y desamparo que soportaba la niñez.

El ministro se sentía apabullado, y no encontró mejor salida que empezar a prometer. La cuestión era tranquilizar a cualquier costo a esa gente, total, ya se vería después. Como un relámpago, le cruzó por la imaginación la idea de que después de todo, en esa época, los ministros duraban poco. ¡Que se las arreglara su reemplazante! Fue así que enfáticamente les prometió:

-¡A ustedes no los va a desalojar nadie mientras yo sea ministro! Mañana mismo enviaremos a "Las Lonas Verdes" un grupo de asistentes sociales para que hagan un informe inmediato. No se preocupen, que este gobierno ¡sabrà hacer justicia! Grandes aplausos sellaron las palabras del ministro, que sintió como si una corriente eléctrica lo atravesara, mientras sus ojos se humedecían por la emoción. Estaba agotado, pero satisfecho. La transpiración le había arrugado la camisa y el traje blanco que llevaba puesto, que incluso acusaba el manoseo de los que lo cercaban.

Cuando quedó solo en el despacho, se sentó a reflexionar, pero a los pocos minutos ya estaba otra vez en actividad, dictando el comunicado de prensa que daría cuenta de la reunión a la opinión pública.

CAPÍTULO XLII

Un nuevo sofocón de rabia sobrevino a Marinelli y a su abogado cuando por el diario se informaron que esta vez era el ministro quien les fallaba. En consecuencia, sin más presentaron sus demandas por desalojo ante la Justicia de Paz Letrada y por usurpación ante el Juez de Instrucción criminal.

Pero después de los sinsabores vinieron las satisfacciones.

Ante el hecho concreto de la iniciación de las acciones, aconteció tal cual había previsto el hábil abogado, y tanto a vecinos como al gobierno, no les quedó otro camino que negociar con el propietario, ya que ambos, en definitiva, estaban deseosos de un arreglo; unos para asegurarse un pedazo de techo; y la autoridad, para librarse de conflictos sociales.

Como los capitalistas habían desaparecido, se decidió que al crédito para el nuevo barrio lo otorgarían los bancos oficiales, y que los adquirentes de las viviendas serían los propios vecinos.

Esto dio pie al Familiar Ortega para que se desquitara del trato que le habían inferido, pues, a todo esto, él había sido zaherido precisamente por haber querido negociar desde un inicio.

Cuando todo parecía estar bien encaminado, surgió un nuevo problema: a muchos, progresar les interesaba bien poco; sabían que con títulos o sin títulos, adquirir una vivienda les resultaría imposible. Comprendieron que si el barrio cambiaba, ellos lo mismo tendrían que irse. Pata ¡'Palo se convirtió en el líder de este grupo, que actuó frente al otro como si hubieran sido traicionados.

El abogado Portela tuvo que optar, muy a desgano, a cuál de los dos seguiría asesorando, y lo hizo por los que querían el cambio.

La situación de Bernardo resultó hartó difícil. En la asamblea donde se autorizó el acuerdo con el gobierno y el propietario, el Familiar, dirigiéndose especialmente a él, había exclamado:

-Por mucho menos, casi me matan hace algunas semanas, y ahora resulta que nos compran y nos venden y no pasa nada. Esta es una villa de emergencia, un refugio para los que no tienen recursos. Si siguen adelante estos planes, toda esta pobre gente quedará en la calle, que es precisamente lo que se nos prometió no iba a suceder. Los que deseen vivir mejor --concluyó-- que hagan lo que voy a hacer: trasladarse a otro barrio.

Bernardo le había respondido destacando que el progreso está en la naturaleza humana y que conscientemente no podían condenar a sus hijos a la inmundicia y a la miseria, a lo que le contestó el Tuerto, secuaz de Pata ¡'Palo:

-Que se te conozca, no tenés hijos. Tanto interés demostrás porque estás acomodado con el propietario.

Pero así como había quienes querían cambiar su sistema de vida, empezaron a animarse los que, como Paco, no toleraban más la situación y sabían que ésta era quizá, su única oportunidad de progresar. Los ex-obreros azucareros, que estaban acostumbrados a una vida mejor, fueron los que decidieron la cuestión con su voto y volcaron la asamblea a favor de los progresistas.

Para apaciguar los ánimos y no quedar malquistado con los opositores, Portela se comprometió a obtener del gobierno el compromiso de que avalara a los que no estaban en condiciones de lograr créditos bancarios, lo que satisfizo hasta a los más reacios.

-Compañeros -resumió su posición-, al fiado no se corta nadie. La frase fue recibida con risas y aplausos.

Los días posteriores fueron empleados en formalizar el arreglo. Fueron días de agobiadora labor, largas discusiones y antesalas, pero el convenio pudo ser firmado por todos, y en todos, gobierno, propietario y vecinos, nació una nueva esperanza.

En el curso de las reuniones, cuando el abogado hablaba, el cura Miguel que había participado desde un primer momento, jamás lo interrumpía, limitándose a sonreír con bondad y acariciar la cabeza de los niños que se le acercaban. Silenciosamente elevaba oraciones por Bernardo, de cuya acción y de cuyos tormentos había sido testigo. Este abogado, que ahora se llevaba los laureles, debía constituir para aquél nuevos motivos de mortificaciones, pero él sabía se los ofrendaría al buen Dios. ¿No habían sido ellos acaso preparados para eso? Ahora daba gusto verlos a los muchachos del club, con sus camisetas azul y blanca formados frente al

mástil, mientras el Jetón izaba la bandera para iniciar los partidos de fútbol en que actuaban como locales. Ellos también, no individualmente, sino como institución, habían participado de las reuniones y asambleas, y cuando los cirujas quisieron imponerse por la fuerza, fueron los que les opusieron la suya, con serena disciplina, garantizando en definitiva el orden.

La noticia triste, en medio de tantas buenas, la trajo Elmina, la hija del Hachudo. Un buen día se apareció sola en la villa. Hacía algunos años que quienes la explotaban la habían sacado de la provincia. A su regreso les contó cómo su hermana Marta había fallecido en un hospital de Corrientes, como consecuencia de una enfermedad infecciosa. Al poco tiempo de su arribo se instaló en un rancho que compró con sus ahorros a una familia boliviana que regresaba a su patria, bastante bien construido, pues era de tablas y tenía tres piezas, aparte de un terreno amplio. Con la experiencia adquirida, instaló un pequeño prostíbulo, lo que fue motivo, al principio, de más de un problema con los vecinos.

Para sus padres, el regreso de la hija constituyó una solución, ya que ésta se hizo cargo de subvenir a sus necesidades.

La gran novedad fue la llegada de las asistentes sociales. Hubo quienes de entrada les prestaron toda su colaboración y quienes, en cambio, se mostraron resentidos y reacios, considerándolas intrusas, una especie de espías del gobierno. Llegaban a la mañana y no se retiraban hasta la tarde. Fichaban y censaban todas las familias y anotaban todos los datos de interés, en especial, las enfermedades de los niños. Una viuda de 35 años, sin hijos, Dora Martínez, era la jefa del grupo. Las otras: Teresa Stoka, de 27 que dejaba sus dos hijos a cuidado de una hermana cuando salía a trabajar; Luisa Petasi y Reyna Carrizo, solteras de 25 y 23 años, completaban el grupo de trabajo. Ambas trabajaban para pagar sus estudios universitarios.

Con el consentimiento de Oscar, con quien coordinaban sus tareas, instalaron su sede en el rancho-dispensario.

A los pocos días, su labor de puericultura y educativa general, empezó a ser apreciada por todos. Con ellas llegaron también las ayudas del gobierno, colchas, leche, remedios en especial.

Ahora las reuniones de todo tipo menudeaban en los distintos sectores. El conocimiento personal se profundizaba. Los que en un pasado habían conocido una vida mejor, abrigaban esperanzas de volver a ella, y los que no, a conocerla. Los ranchos empezaron a parecer más aseados; los niños más limpios; los hombres y mujeres más cuidadosos en el hablar y vestir.

Por ese entonces, un hombre humilde, pero de una extraordinaria actividad, se hizo cargo de la comuna de Guzmán. Había nacido y vivido en la zona y era jubilado de la industria azucarera: Don Augusto Otaliva.

Al comprobar el estado de abandono de 'Las Lonas Verdes', resolvió que la comuna estaba en deuda con ella y, en consecuencia, dentro de los limitados recursos con que contaba, que debía realizar de inmediato alguna obra de bien público. Recorrió a ese efecto el barrio hasta sus últimos rincones y después de mucho consultar y meditar, concluyó que nada mejor que llevar hasta allí el alumbrado público.

Para disminuir el costo de la obra, recorrió las fábricas vecinas, donde siempre encontraba propietarios que le debían algún favor y lograba que le donaran caños herrumbrados en desuso. Operarios amigos, los convertían a fuerza de soplete, en columnas de alumbrado y en base a buena y abundante pintura, las viejas moléculas ferruginosas quedaban rejuvenecidas, listas para empezar una nueva vida útil.

El propio don Augusto se presentó un día armado de un pico y una pala para empezar a cavar los hoyos donde habían de quedar asentadas las columnas, y a las pocas horas, decenas de vecinos colaboraban en la realización de la obra.

Cuando todo estuvo listo, se organizó una fiesta espectacular, la primera celebración oficial en la breve historia de 'Las Lonas Verdes'. Una tarima fue levantada para que se instalaran las autoridades, los miembros de la comisión vecinal, su asesor el doctor Portela y las del club de fútbol.

Pocos minutos antes de la hora indicada, llegaron los voluntarios de la banda de música. Lo que más emocionó a todos fue el ulular de las sirenas de los vehículos oficiales, que se anticipaban al que transportaba al Ministro.

Cuando ya de noche, en un esfuerzo por dominar las tinieblas, se encendieron los focos que señalaban la entrada hacia la ruta, estallaron los vivas y los aplausos, en medio de un entusiasmo indescriptible; pero el colmo fue cuando la banda tocó los acordes del Himno Patrio y con las últimas estrofas coreadas por ancianos, hombres, mujeres y niños, iluminaron la noche los fuegos artificiales.

Fue su día más glorioso para los fundadores, cuyos nombres fueron pronunciados por Bernardo,

cuando le tocó hacer uso de la palabra.

El cura Miguel recordó al hombre fuerte que era ciego y al paralítico que tenía buena vista y de cómo montado el uno, sobre el otro, hicieron un hombre completo.

Para finalizar los discursos, el Ministro los emocionó recordando que una vez, extraviado en la noche, en un desierto del sur del país, divisó la tenue luz de un amarillento foco que le devolvió sus perdidas fuerzas y gracias al aliento de la tenue luz pudo salvar la vida. 'Luz es civilización -concluyó-. Por eso, cuando Dios hizo la luz, recién el Universo fue Creación.

Cuando los discursos terminaron, la banda inició los temas populares y esa noche Felisa tuvo la dicha de ser perseguida por un ministro, mientras ambos revolcaban sus pañuelos en las fugas y caza de la zamba, y el Hachudo extraía sus alegrías del fondo de la botella y del fondo de su corazón.

CAPÍTULO XLIII

Dora Martínez, exhausta y acalorada bajo las chapas de zinc de; modesto dispensario, se abanicaba nerviosamente con la tapa de cartón de una caja de medicamentos, mientras reflexionaba sobre la obra cumplida y la enorme que faltaba cumplir. No era mujer que aceptara darse por vencida, pero la vida que llevaba superaba sus fuerzas físicas y estaba afectando su moral. No era nueva en este tipo de actividades, pero en los otros barrios donde había ejercido sus funciones, al menos tenían algún pequeño refugio, con comodidades mínimas, donde se podía descansar y refrescar, de vez en cuando durante la larga jornada.

Acababa de regresar del barrio de los cirujas y de reclamarle a Pata i' Palo, por centésima vez, que no era posible que obligara a Merceditas a que ejerciera la prostitución. A Elmina también solía amenazarla por tener pupilas menores de edad, pero todo era inútil. Ni el padre le llevaba el apunte, pues alegaba que con una pierna de menos y a su edad, ya lo único que podía hacer era mendigar de vez en cuando en la ciudad, ni lograba que la policía pusiera término a las actividades. Cada vez que llegaba con una orden de allanamiento, encontraba todo en orden, ya que nunca faltaba el sumariante interesado, que le anticipara el día y la hora del procedimiento.

Pero eso no era todo. Las obras del nuevo barrio iniciadas hacía un año, se habían detenido: el gobierno no cumplía su promesa de proveer los fondos necesarios para financiarlo, ni otorgaba los avales para los que como Pata i' Palo, carecían de recursos, pudieran contratar sus unidades.

Llegó a la conclusión de que los continuos tests, visitas, censos, a que habían acostumbrado a la población, habían dado lugar a que ésta empezara a considerar la miseria como una especie de virtud o mérito, que la hacía acreedora, sin esforzarse, a los mismos derechos y comodidades que gozaban los que integraban la sociedad trabajadora y organizada. La beneficencia se convirtió en una obligación que el Estado debía prestar en forma indiscriminado a todos. 'Es claro, se consoló, que como contra partida estaba el grupo de apoyo a su acción: Oscar, ya médico, en primer término; Bernardo, el Ñato, los del club, el Jetón Mamaní, el cura Miguel, María y muchos más. Gracias a ellos, encontraban gusto y fuerzas para seguir; y, por supuesto, esas chicas maravillosas que no tenían pereza para nada, que nada amilanaba, ni los patoteros con que a veces tropezaban. Teresa, Luisa y Reyna.

Fue esta última la que entró al dispensario en ese momento, con gotitas de sudor corriéndose por su frente, amplia y limpia. Más bien delgada, de facciones regulares y finas, si bien no era una belleza. contribuían a hacerla atractiva sus dos magníficos ojos celestes, que le daban a la vez un aire ingenuo y pícaro.

-Ya conocerás la última novedad -le dijo a modo de saludo.

-¿La de las obras paralizadas?

-¡Por supuesto! Cómo vamos a trabajar así... Están todos con el ánimo por el suelo. Ya nadie cree en nadie, ni siquiera en nosotras.

-En ustedes, sí -les aseguró Bernardo, sonriendo, mientras hacía su entrada-. Nuestra fe en ese sentido es inmovible.

Las dos asistentes lo saludaron con alegría. Ellas también eran de las que se preguntaban mas de una vez, que hacía este joven, evidente- mente distinto, en medio del pobrerío

-Vayan poniendo la pava a calentar: ya deben estar por llegar Teresa, Luisa y Oscar. Los vi cuando entraba a saludar a la Gringa.

-¡Que te has pensado! -le recriminó Dora-. De eso sí que no me olvido jamás. Ya está por hervir. Nuestra reunión de las cinco, es lo único agradable en todo esto.

Uno tras otro fueron llegando los demás. A los pocos minutos estaban, cada cual, con su taza de café bien caliente, mientras proseguían los comentarios sobre los acontecimientos del día. Oscar aprovechó para informarse sobre el estado de sus enfermos. Todos los días concurría al hospital, bien temprano en la mañana. Una vez terminadas sus tareas allí, atendía sus enfermos particulares, que ya eran numerosos, en el consultorio de un compañero de estudios, y para terminar la dura jornada, recorría hasta bien entrada la tarde a sus enfermos de la villa.

-Ya sabes Reyna, que esta noche nos vamos a bailar -le recordó a la más joven de las asistentes.

Los azules ojos se iluminaron. Hacía tiempo que sus salidas con Oscar eran frecuentes. En cambio, una sombra pasó por los de Luisa Petasi; ninguno del grupo se animaba a proponer a Bernardo que la invitara para salir pues siempre encontraba alguna excusa para no hacerlo, aun la mas absurda. En algún momento, Oscar, para que no se sintiera herida, les había contado que en un momento dado, aparentemente quien le agradaba era su hermana María, pero que tampoco ese asunto caminó y que ahora era Portela el que se había prendado de aquella. Con esta información, la aureola de misterio que rodeaba a su amigo, había aumentado, lo mismo que el interés de Luisa por él.

Al despedirse, Reyna y Oscar fijaron lugar y hora de; encuentro. Cuando quedaron solos, Bernardo y Oscar comentaron el retroceso aparente que experimentaba el proceso de rescate de la población.

-Pensar que todo parecía que iba a resultar fácil a partir del lío de las notificaciones -reflexionó pesaroso Bernardo.

-La maldita burocracia -masculló con rabia Oscar-. Si vieras lo que es trabajar en los hospitales sin tener ni gasas; ¡que decir remedios! y por otro lado, se dilapidan los recursos en macanas.

-Cambiar la mentalidad de la gente no es fácil, más cuando los gobiernos empiezan con las marchas y contramarchas -acotó Bernardo.

-No sé para qué nos hemos metido en estas cosas. No es problema nuestro. Bien podríamos ocuparnos más de los asuntos propios. De paso -se detuvo Oscar mirándolo a Bernardo fijamente y apoyando la mano en su brazo-, te comunico que Reyna y yo nos vamos a casar. Sos el primero en saberlo.

Bernardo, espontáneamente, lo abrazó. Los quería a los dos, y ninguna noticia podía resultarle más grata.

-Te felicito. Siempre pensé que eran uno para el otro. Qué te parece, ¡un médico y una filósofa! Linda pareja van a hacer.

Después de agradecerle las felicitaciones, le preguntó:

-¿No te gustaría venir con nosotros a festejar esta noche? De paso, buscamos a Luisa y, salimos los cuatro...

No terminó de exponer su idea cuando ya estaba arrepentido de haberla lanzado, al observar que la tensión se apoderaba del rostro de su amigo.

-Mirá, Oscar, lo siento pero no he nacido para hacer vida social. Te voy a organizar una fiesta aquí, pero no me pidan que salga con Luisa, ni con nadie.

Oscar se le quedó contemplando un largo rato en silencio como si esperara descubrir el secreto de su alma.

En ese momento entró el Jetón, que se quedó mirándolos tratando de adivinar lo que pasaba. Los encontró solemnes, distantes. ¿Habrían discutido ... ? ¿O es que sucedía algo grave? Pero se dio cuenta que no era nada de eso. Su entrada rompió el silencio y volvió a reinar el mismo bullicio de siempre. Bromas, comentarios, noticias, club y cualquier cosa que desembocara en amistad, afecto, solidaridad. Le contaron lo de Oscar y Reyna y él también se alegró. A los pocos minutos el joven médico se retiró para efectuar visitas a sus enfermos. Luego llegaron los del club, el Ñato y más tarde Paco. Resolvieron trasladarse, como de costumbre, al rancho del Negro. "Las Lonas Verdes" crecía y también la rueda de amigos. Todos los días aparecían nuevas caras, jóvenes casi siempre. El deporte unía y atraía. Alguien vino con la noticia de que Portela había llegado al rancho-almacén a cortejar a María, noticia que alegraba a Bernardo, pues implicaba la superación del problema para ella, pero le producía un pequeño cosquilleo en el corazón; daba gracias a Dios por lo que sucedía, mientras reprochaba a su yo ese cosquilleo involuntario e ingobernable, que lo retrotraía al mundo de la carne.

CAPÍTULO XLIV

Ahora el problema era, precisamente, las obras que se reiniciaban, pues ello suponía trasladar los ranchos. El espacio libre sería ocupado por las nuevas viviendas. En camiones de reparticiones oficiales, los vecinos cargaban sus pertenencias y las estructuras de sus ranchos, para clavarlos de nuevo unas dos o tres cuadras más lejos. Ello dio lugar a un movimiento extraordinario, pues era todo un pueblo el que se movía. Las protestas de los reacios abundaban, pero fue inútil que pretendieran detener el proceso en marcha. Las amenazantes motoniveladoras estaban a la vista y había que apurarse para que no arrasaran con todo.

Cuando tuvo que trasladarse Pata ¡'Palo, intentó armar una pequeña revolución, que fracasó como fracasaron otras que, pretendían que nada cambiara en 'Las Lonas Verdes'. Ello fue motivo también, para que se distanciara aún más de los que como Bernardo, integraban la comisión de vecinos.

-Esta es la tercera vez que tengo que reconstruir el rancho -se quejaba, recordando la vez que se lo incendiaron.

Junto con el traslado, el gobierno hizo construir en un lugar próximo, con material prefabricado, una escuela para los niños de; barrio. Ello fue motivo de alivio para las asistentes sociales, pues en las maestras encontraron buenas compañeras que colaboraban con sus labores, y un lugar decente donde asearse.

El día que se inauguró la escuela, hubo fiesta. Los niños cantando las canciones patrias, después de izada la bandera por primera vez en el mástil, emocionaron a todos y alguno comentó que hasta los labios de Pata ¡'Palo se habían movido. Por ese entonces, a Bernardo le pareció que su bendita obra había terminado. ¡Si pudiera comunicar a todos que era sacerdote! Pero podía resultar contraproducente, atento a que se sentirían engañados y no era poco lo que quedaba por realizar. " podían hacer, y mejor quizá, las asistentes sociales y el cura Miguel.

Al día siguiente decidió comunicar su resolución al Jetón. Prefería no decírselo a los demás para evitar las preguntas y las discusiones, pues estaba seguro que sus amigos harían lo imposible para que se quedara. Lo esperó en su rancho; cuando por fin llegó, le dijo después de hablar de las cosas del momento.

-Vengo a despedirme, Jetón, porque esta noche me voy.

Sin alcanzar a comprender el real sentido de sus palabras, pensando que sería a algún lugar cercano con motivo del club o de la comisión, le preguntó:

-¿A dónde? -Adónde, no sé aún, pero lo que sí, que me voy de "Las Lonas Verdes' para siempre.

Su rústico amigo lo miró con ojos sorprendidos. Como nada le respondía, se creyó obligado a explicar:

-Sí viejo, me voy de aquí. Algún día te escribiré para explicarte muchas cosas que ahora no comprenderías.

Por fin reaccionó el otro, ahora que no le podían quedar dudas sobre la firmeza de la decisión.

-¡Pero che ... ! ¿Qué bicho te ha picado? ¿Es que te has vuelto loco? Esta vez fue Bernardo el que se quedó en silencio unos minutos, mirando el pequeño montículo de tierra que armaba y desarmaba con sus alpargatas.

-No aguanto más "Las Lonas Verdes" -le confesó-. Mi intención fue quedarme poco tiempo y la verdad que llevo años. Regreso a mi terruño. Añoro el Paraná. Extraño a mi familia... ¿O ya no te acordás que te conté tenía una?

-Familia... -murmuró el Jetón- ¿Quién de los que vive aquí tiene otra familia que no sea ésta? Pensé que nosotros éramos tu familia, eso es todo.

-Y lo son, pero hay recuerdos, Jetón. Hay voces que me hablan de noche. Hay caricias mientras duermo, que me hacen sentir niño. ¿Nunca despertaste llorando hermano?

-Por lo menos, has tenido madre. Quisiera comprenderte, pero me habrás de lo que jamás he conocido.

-¿Nunca has corrido de niño a zambullirte en la panza de tu madre?

-Ya te he dicho. No he conocido madre. Perros y gatos, sí. Del calor de sus pieles te puedo hablar. De palos y azotea, también. De andar descalzo por el barro y las piedras, cargando baldes y bultos. De esas caricias, sí.

Bernardo lo contempló conmovido. ¡Cuánta tristeza encerraban las palabras que acababa de

escuchar! Con que sencillez había relatado el drama de una vida. Con cuatro o cinco pinceletazos había dejado al desnudo su alma, su presente y su pasado. No pudo contenerse y con profunda emoción exclamó:

-¡Pobre Jetón, hermano! Has vivido sin conocer el amor que origina la vida. No sé si compadecerte o enviarte, porque, en definitiva, los dulces recuerdos son delicias, pero también, comparar el hermoso pasado con el duro presente abre heridas.

-No te puedo decir nada sobre lo que no conozco, pero te digo una sola cosa-. si vos te vas, me voy con vos, porque has de saber, sos mi. único amigo de verdad, ¡Mi hermano!

Bernardo no se cansaba de observarlo. Su cabezota cubierta de hirsutos pelos; su áspera y porosa piel bronceada; sus labios gruesos y su ancha nariz. Le pareció que recién lo conocía. Su tosco rostro no se había alterado, mientras decía todo esto. No dejaba traslucir emoción alguna y sin embargo ahí estaba, en sus ojos, en su piel, quizás, en esa piel que encerraba siglos de derrota. Con-¡prendió que su decisión no sólo afectaba su vida, sino la del otro, precisamente de quien más lo había colaborado y estimado. Se sintió ingrato de sólo haber llegado a pensar que pudo haberse ausentado, abandonándolo. Un sentimiento de culpa se apoderó de él y hasta se ruborizó.

-Lo pensaré de nuevo, Jetón. Mañana te aviso lo que resuelva.

Como si se hubiera arrepentido de haberse dejado llevar por sus impulsos, el boliviano se levantó y se encaminó despacio hacia el río. La oscuridad que ya se había apoderado del lugar se lo tragó y Bernardo quedó solo con sus pensamientos, asombrado e indeciso. Cuando llegó al rancho, se quedó sentado en la puerta meditando. Lo conversado con el Jetón le bullía en la mente. Había revocado su decisión de marcharse de "Las Lonas Verdes" y ahora estaba ahí sin saber qué hacer. Sin proponérselo, se vio realizando un balance de su actuación dentro de esa comunidad, desde el día que ingresara; en ese ,sentido se sentía satisfecho.

Luego se preguntó: ¿Por qué marcharse cuando había tanto por hacer? Y la respuesta que se dio, fue que ello resultaba ineludible si quería perseverar en su vocación sacerdotal, a la que había jaqueado desde el momento en que asumiera un rol de liderazgo civil. Además, sentía real necesidad de actuar como sacerdote a cara descubierta, predicando la palabra del Señor sin tapujos, administrando los sacramentos, o sea, mostrándose ante los demás como tal.

Pero el problema que se planteaba, era que la comunidad se sentiría engañada, y lo que pudiera ocurrir a causa de ello. En consecuencia, lo único que cabía era marcharse, ya que el objetivo propuesto estaba cumplido, o sea, abierta la brecha para que el cura Miguel pudiera actuar con eficiencia en su misión apostólica. ¿Qué se había encariñado con "Las Lonas Verdes" ¿Qué le costaría arrancar? Perfecto, pero precisamente para eso había sido educado-. para el sacrificio y el renunciamiento. La posibilidad de seguir siendo eficaz había quedado agotada en la medida que ello ponía en peligro su verdadera vocación. No podía seguir siendo sacerdote si no actuaba como sacerdote, ya que esa posibilidad había llegado a su grado límite.

¿Por qué pues, había desistido de su resolución inicial? ¿Por la presión moral que ejerciera sobre él el Jetón? Seguro que no, ya que con haber aceptado su propuesta de marcharse juntos a otros destinos, hubiera superado el impacto emocional de aquél. Fue en ese momento cuando descubrió que, aun cuando el Jetón no hubiera hecho nada por evitar su partida, lo mismo no se hubiera ido porque las victorias logradas le habían secado el alma. Sus ilusiones, sus esfuerzos, su fe, habían resultado la savia de la cual se había alimentado el árbol del progreso de esa comunidad. Ahora, la misma marchaba camino a su salvación, pero él se sentía perdido. ¿Llegaría a comprender el asunto el buen Dios? Recordó que había conocido la carne. ¡Lo peor de la carne! El roce de los cuerpos que se sienten atraídos; la suavidad de la piel; la humedad de los labios. Si hubiera terminado desagotando las ansias tremendas de su juvenil naturaleza -se le ocurrió- eyaculando las síntesis del sexo dentro del otro sexo, quizá la cosa no hubiera sido tan grave, porque la carne hubiera quedado al descubierto tal cual es, lo que le hubiera producido asco, vergüenza y arrepentimiento. Pero eso no había sucedido. Su subconciente seguía idealizando la carne, lo que lo suponía una lucha desgarradora, de la que si mil veces salía vencedor, mil veces también, resultaba vencido.

No era a una María concreta a la que había renunciado, sino, sin haberlas llegado a conocer, a todas las Marías del mundo, y ello, tras el ideal de un más allá. Había renunciado al paraíso de lo carnal, verdadero y tangible, tras otro paraíso que ni siquiera le constaba fehacientemente existía, a cuya convicción llegaba por la fe, pero no por la razón, y en ese sentido, ésta lo extorsionaba, recordándole que disponía de una sola vida, que nunca más volvería a ser, lo que transformaba cualquier error en irreparable. Su única defensa contra esa razón que jaqueaba su fe, era, a su vez, argumentarle pragmática- mente que si estaba equivocado en lo que a la otra vida se refería de no existir, mal podría reprocharse el error de haber creído, pero en cambio si existía realmente, tendría una eternidad para lamentar su incredulidad. Si, "Las Lonas Verdes" se salvará, pero me

hundo cada día más. Me ha privado de mi voluntad, de mi capacidad de reaccionar, de mi posibilidad de ser yo. Dios mío, mi buen Dios... ¡Que no me prive de mi fe en Ti!

CAPÍTULO XLV

El cambio de Bernardo los tenía sorprendidos a todos. De un estado de total indiferencia pasaba a otro de febril actividad. Empezó a resultar incoherente e incomprensible. Con el Jetón se pasaba horas tomando mate sin pronunciar palabra. El Ñato, por su parte, no lograba con sus cuentos y anécdotas llamar la atención. Casi no comía, su delgadez era extrema. Eran inútiles los esfuerzos de Paco y Oscar por distraerle. Ya no insistían en que los acompañara a las reuniones, porque resultaba peor.

La noticia de su estado corrió y empezó a rumorearse que estaba 'tobado' de la cabeza. Otros decían que había recibido noticias terribles y que el único que las conocía era el Ñato y quizás el Jetón. Hasta circuló el rumor de que el alma de Antonio, envuelta en llamas, se le había aparecido y que su impresión había sido tan grande, que no lograba salir del estado de imbecilidad que le había provocado el acontecimiento.

Fue por eso que Luisa se sintió en la obligación de visitarlo para hacerle compañía. Se daba tiempo, entre tarea y tarea, para arrimarse a su rancho y tratar de sacarlo de sus pensamientos. A veces lograba que la acompañara a tomar café, como en los buenos tiempos, con Oscar y sus otros amigos.

La melancolía daba a sus ojos azules un atractivo especial, cuando se perdían a lo lejos, sin mirar.

Cuando fracasaba en su intento de interesarle por las cosas de la villa, trataba en vano de que hablara de su pasado. Para ello le contaba cosas de su propia intimidad, pero invariablemente, fracasaba en su objetivo. Un día, al no obtener respuesta a preguntas simples, exclamó molesta:

-Parece que mi presencia no te agrada -y se retiró, sin que él ni siquiera intentara detenerla.

No regresó durante varios días, tantos, que por fin Bernardo llega a extrañar sus visitas. Para su estado de ánimo fue peor, pues desde ese momento su tristeza aumentó. Su depresión era ahora total. Pasaba días enteros tirado sobre el catre y el Jetón, que se creía culpable de su depresión, por haberlo coaccionado moralmente para que se quedara, lo cuidaba a toda hora' llevándole comida que él apenas tocaba. Prácticamente, su único alimento era el mate, que a veces acompañaba con los bollos de harina y grasa que les enviaba Rosa. Un día se sintió en la obligación de decirle:

-Tenés que volver a tu casa, porque si seguís acá te vas a morir de puro triste.

Demoró varios minutos reflexionando, antes de contestarle:

-Ya es tarde, Jetón. Creo, incluso, que el día que fui a despedirme de vos, tampoco lo hubiera hecho... te hablé del Paraná, de mis padres. He sabido por sus cartas que mis hermanos mayores se han casado. Hay hijos políticos y nietos. Demasiadas caras desconocidas.

-Por eso mismo, les vas a dar una gran alegría si regresás.

-Mi regreso sería la confesión de mi fracaso. Mis sueños de niño y de joven hechos añicos. ¿Llegó la hora de la rendición, Jetón hermano?

-Soñás demasiado. Yo tuvo pocos sueños en mi vida, ¿sabés cual era el más grande de todos cuando estaba en el orfanato? Tener una pelota de fútbol para mí solito y salir corriendo por el campo apretándola contra mi panza, hasta caer agotado.

-¿Y qué fue lo que sentiste cuando te la dieron?

-Que al fin tenía algo que era mío, solo mío. Me fui a un rincón bien alejado y ahí me senté con las rodillas bien levantadas; puse mi cara sobre la pelota y la bañé de lágrimas. Lloré hasta cansarme, sin saber por qué. No eran lágrimas de alegría, ni de dolor. Me encontró un celador en ese estado, por casualidad, y yo no podía explicarle lo que me pasaba. Sí... Así fue la cosa...

Al ir recordando, su voz se entrecortaba. A la distancia de los años el episodio volvió a conmoverlo.

-¿Sabés una cosa? Nunca había vuelto a acordarme de eso hasta hoy.

Los ojos se le habían puesto brillantes, pero logró contener la emoción.

-Mirá esa estrella, Jetón, ¿Cuál será la que guía nuestros pasos por este mundo? ¿Cuál la que guió a Melchor, Gaspar y Baltasar al establo donde los esperaba el Niño? ¿Te los imaginás montados en sus camellos atravesando los desiertos del Asia Menor, subiendo y bajando cordilleras? ¿No serás la reencarnación de alguno de ellos, Jetón? ¡Vos y tu pelota apretada entre tus brazos! Ellos deben haber llevado así, apretados entre sus manos, contra sus vientres, los cofres donde guardaban el oro, el incienso y la mirra; puestos sus ojos

en la estrella. Ellos sabían que había llegado el Redentor. ¡Cuánto amor, cuánta ternura en sus corazones! Siempre me los imaginé sobre el filo de las cordilleras, uno tras otro, solitarios en la inmensa noche, y cuando al fin llegan a Belén, bajan despacio de sus altos camellos, con movimientos lentos y solemnes, avanzan hacia el pesebre y con enorme dignidad, caen de rodillas a los pies del recién nacido. ¿te das cuenta? La tierra se debe haber derretido del amor que irradiaban los corazones de esos ascetas, altos, de carnes magras, curtidas por los soles y los fríos del desierto. ¡Qué miradas, hermano! En su profundidad debe haber estado encerrado el misterio del origen de los tiempos y el fin de la luz. En esas miradas, en esos ojos, estábamos nosotros. Todos, todos los hombres. La visión de la paz no alcanzada, pero que llegará ¡te lo aseguro... !

Había hablado como en éxtasis. Sus palabras rompieron en el cerebro del Jetón, como rompen las olas del mar sobre las rocas de granito, pulverizándose en millones de minúsculas gotitas, formando espumas blancas y luminosas. El Jetón se levantó y miró hacia la noche y hacia la montaña, mientras se convertía en otro hombre. Así quedaron horas. El uno puestos sus ojos hacia el Noroeste, el otro hacia el Sur; hacia el origen de sus respectivas razas, remontándose con sus pensamientos hacia el origen de los tiempos.

CAPÍTULO XLVI

Como no podía dejar de suceder, a oídos del cura Miguel llegaron las noticias sobre el extraño comportamiento de Bernardo, por lo que se sintió en la obligación de arrimarse a su rancho para averiguar lo que sucedía.

Lo encontró sentado en un taburete, la cara entre las manos y los codos sobre los muslos, completamente abstraído en sus pensamientos. Sin que hubiera advertido aun su presencia, lo saludó:

-¡Hola cura! qué susto me has dado...

El recién llegado rió con ganas y al hacerlo se suavizaron sus arrugas, profundas como cicatrices.

-Se asustan los que no tienen tranquilas sus conciencias -le dijo con sorna-, o los que andan con las esperanzas perdidas. Discúlpame, querido hennano, no pude evitar la tentación de hacerte una broma.

-Mi buen cura, quien debe pedirte disculpas soy yo, pues hace años que no te visito. Como si no tuvieras cosas que hacer, todavía te molestás en venir.

-Eres oveja de mi rebaño, no te olvides, ni me olvides. Sobre mí, el Papa y Dios. Que me hayas olvidado no me preocupa tanto, como si te estuvieras olvidando de ti mismo.

-Por lo visto, te han estado contando cosas de mí...

El cura volvió a reír:

-Muchas, a decir verdad, especialmente que andas hecho un idiota. Por primera vez sonrió Bernardo. Al reconocerlo se había puesto de pie para saludarlo, pero ahora estaba otra vez sentado. El cura Miguel, no sin esfuerzo, había podido ocultar la sorpresa que le causara el aspecto del joven sacerdote, que respondió:

-No tengo inconvenientes en reconocer que es verdad.

-Lo cual te resulta muy cómodo, por cierto.

-Más bien desagradable, diría yo.

-No ha de ser tanto, ya que has puesto en estado de siesta tu pensamiento y voluntad.

-Yo no diría eso, cura. Más bien estoy confundido tratando de reencontrarme conmigo mismo Y con Dios.

-Se te nota. Sentado y dejándote estar.

La sonrisa había desaparecido de los labios del joven. Una expresión de angustia la reemplazaba. Ahora lamentaba que el cura lo hubiera venido a molestar. ¡Eso que no podía estar tranquilo! -pensó.

-Has venido a pelearme, por lo que veo.

-Es lo que quisieras, pero lamentablemente para ti, no pienso alimentar tu melancolía.

-Supuesto desee alimenten mi melancolía, como vos decís, y si no lo pensás hacer, ¿a qué venís, entonces?

-A ordenarte simplemente, como Cristo a Lázaro: ¡Levántate y anda..!

El diálogo no había durado sino unos minutos, pero Bernardo parecía agotado. Levantó la vista como pidiendo cuartel.

-Sos el más fuerte.

-Que soy el más viejo, sí, pero nada más que eso -lo corrigió con dulzura.

Los dos decidieron guardar silencio en tácito acuerdo. El cura a la espera del rumbo que decidiera imprimir Bernardo al diálogo; éste, para decidirlo. En consecuencia, fue el primero en hablar:

-Curita, vivo una inmensa soledad.

-Sí, la soledad de los vanidosos que se consideran capaces de reformarlo todo y pronto, y terminan por desanimarse frente a los obstáculos reales que minimizaron en su imaginación. La conozco. Yo también tuve sueños, no te aflijas...

Ahí estaban los dos, desviando sus rostros, para que sus miradas no se enfrentaran, tratando de no herirse, pero sin saber aún cómo ayudarse.

-¿Es que tener sueños es malo? -se preguntó Bernardo en alta voz.

-Los sueños ayudan a vivir, pero no se puede vivir soñando.

-Yo no vivo soñando, sino que trato de convertir los sueños en realidad, lo que es distinto.

-Tratar de convertir sueños en realidad no resulta cuerdo. Idealizar la realidad ayuda a vivir, a luchar. Una cosa es crear de la nada, cosa que está reservada a Dios; y otra, sublimar lo creado, que es el homenaje que le debemos.

-Yo soñé con la conversión en seres civilizados, amantes de Dios, de estas criaturas miserables, y ahora ¡el miserable soy yo!

-No hay seres miserables ante los ojos de Dios, salvo aquellos que reconociéndose miserables, vistan harapos o sedas, resuelvan solazarse en su miseria.

-Ya no rezo. Me limito a compadecer mis propias debilidades. He perdido el horizonte de mi vida. En ese sentido, te doy razón.

El cura Miguel giró su rostro para que sus ojos pudieran penetrar directo a los de Bernardo. Las arrugas de su cara se acentuaron. Sabía, por experiencia, que las palabras alejan, más que acercar, en determinadas circunstancias. Le tomó las manos y temió haber llegado demasiado tarde. Involuntariamente recordó que desde hacía años mendigaba al Obispado por un teniente cura. Cuarenta mil almas desparramadas en varios miles de kilómetros, eran muchas almas. Se le estaba escapando la más preciada. Jamás se lo perdonaría. El rechazo de Bernardo estaba a flor de piel. Las palabras empezaban a estar de más. Hizo su último intento:

-Estás enfermo, Bernardo; del cuerpo y del alma. Ven a pasar unos días a mi casa. La vieja Anselma se ocupará de ti. Te mirará, pobre hermano abandonado, que no tienes con quién conversar, porque ante los demás, con sanos propósitos, resolviste no ser tú. Yo rezaré por ti cada instante del día y estaremos así unidos en la oración. Te lo suplico, ¡acompañame ... !

-Lo pensaré cura, lo pensaré... Hace años abandoné un reino, siguiendo una estrella enorme, luminosa, pero en medio del inmenso- desierto en que transformé mi vida, la perdí. ¿Reaparecerá algún día? Debo permanecer en la noche hasta que reaparezca la luz.

El cura empezaba a desesperar. Casi le gritó:

-¡No Bernardo, no ... ! quedándote en la noche sólo encontrarás la oscuridad. Debes moverte ya mismo, sin pérdida de tiempo. ¡Debes caminar hacia la luz! Nada de quedarse inmóvil.

-Por caminar estoy donde estoy. Más me hubiera valido no moverme de mi reino. ¡Esperaré!

En ese momento llegó el Jetón trayendo como de costumbre un poco de comida. Cuando distinguió al cura, se sorprendió. Después de saludarlo y depositar sobre un mesón la olla con guiso, quiso retirarse discreto, pero el cura lo hizo desistir.

-Jetón -dijo en son de despedida-, sé que cuidas de Bernardo. No lo abandones. No sabe lo que hace.

-Es lo que le digo, padre. Yo tengo la culpa. Lo detuve el día que decidió volver con los suyos. La culpa es mía.

-Nadie es la culpa de otro, Jetón. La culpa es de la estrella que desaparece. La culpa es de los que no evitan que las estrellas desaparezcan. Melchor, Gaspar y Baltasar llegaron al pesebre. ¿Por qué no nosotros? Buenas noches, hijos míos y que el Señor esté con vosotros.

No le respondieron. El cura empezó a caminar, mientras ellos lo seguían con la mirada.

CAPÍTULO XLVII

Rosa no quería recordar. ¿Tantos años habían pasado? El sueño de la casita, de; jardín, de los buenos vecinos, de la vida independiente, cuidando de su marido y sus hijos, bien apartados de la miseria, resultaba lejano y nebuloso.

Su cuerpo había engrosado bastante, de puro alimentarse con guisos grasosos. Sus manos eran duras y callosas, de tanto coser, lavar y planchar. Su alma estaba secándose, al carecer del alimento de las ilusiones.

Con el pie movió por milésima vez el pedal de la anticuada 'Singer'. Inconscientemente, daba de vez en cuando, unos cabezazos, para seguir el ritmo de la música que brotaba de la pequeña radio portátil ubicada en una mesita vecina.

Su mente estaba en blanco, recogiendo de vez en cuando imágenes aisladas del pasado, sin intentar siquiera coordinarlas. Hacía tiempo había preferido transferir sus responsabilidades al subconciente. Total, pensar era desear y desear sin esperanzas, amargarse.

Sin darse cuenta se vio tarareando la canción de moda. En ese momento entró Paco al rancho, de regreso de su trabajo. Detrás de Paco llegaron los chicos que, al descubrir al padre, abandonaron su juego de bolillas en el patio de tierra apisonada.

Como nunca, le chocó la atildada figura de su marido. Contrastaba demasiado con el ambiente. Lo prefería., cuando, tras acomodar su ropa en la percha que colgaba del tirante del techo, quedaba en pantalón pijama y con la camiseta abierta sin mangas. Si estuvieran en la casita de sus sueños lejanos, lo del traje estaría bien, pero en la miserable choza de techo de zinc y paredes de tablas, no.

Al percatarse de su entrada, había suspendido el tarareo. Sin levantar su vista de la costura, contestó con un murmullo su saludo. El posó levemente sus labios sobre sus cabellos y la acarició pasando la mano por su hombro. Sin decir más, se dirigió a la percha vacía para descolgarla y cumplir la diaria rutina.

Mientras hacía esto, ella dejó la costura sobre la máquina y puso a calentar el jarro con café. Abrió la heladera y sacó la manteca, poniéndola en un plato sobre la mesa. Buscó el pan y lo depositó allí también. Mientras, el café ya humeaba. Levantó el jarrón de lata del calentador a querosene y le sirvió el líquido en un tazón de losa ordinaria. Siempre en silencio, regresó a su trabajo. Los monótonos golpes del pedal y de la aguja, llenaron de nuevo la habitación.

Los chicos jugueteaban alrededor de su padre, mientras éste concluía su cambio de vestimenta y se sentaba a tomar la merienda. Sacó un paquete de caramelos y los repartió entre los niños. Después que cada uno tomó lo que pudo, salieron corriendo de la habitación para volver a las bolillas. Quedaron solos.

Con movimientos lentos fue untando el pan con manteca y después de sumergirlo en el café, sorbiéndolo, lo deglutió lentamente, acompañando cada bocado con un trago.

Adivinando el momento que terminaba su merienda, sin darse vuelta, le preguntó:

-¿Cómo te ha ido hoy?

Un involuntario suspiro de alivio se le escapó a su marido. No había nada que lo crispara más que el silencio entre su esposa y él. Últimamente, había aprendido que era mejor esperar a que ella lo rompiera.

-Nada nuevo, querida. Todavía me bailan los números en la cabeza. Estamos con mucho trabajo, como cada vez que empieza la cosecha.

El agrio comentario no se hizo esperar. Constituía su desquite, su desahogo, o vaya a saber qué. Quizás una costumbre y nada más. Quizá fuera porque era la frase que menos le costaba formar.

-Te estás matando y no sé para qué. ¡Total, lo mismo vamos a seguir viviendo en medio del barro! Cuando terminés de ahorrar cien harán falta quinientos. ¡País de ladrones ... !

El esposo se reprochó el comentario adicional que se le había escapado al contestar. ¿Para qué? Lo de la cosecha, ¿para qué? ¿Cuándo aprendería ... ! No había que darle motivo para que descargara su amargura. ¡Como si él fuera el culpable! Matarse trabajando y todavía esto. Optó, como tantas veces, por callar. Tomó el diario y ubicó la silla cerca de la puerta para tener más luz. Empezó por la página final, por los comentarios deportivos.

Como los días eran más cortos, en invierno raramente llegaba a las noticias políticas o mundiales. Su

actitud, al parecer, la molestó más.

-Ya podrías contarme algo -lo interrumpió en el momento que estudiaba como iban a integrarse los equipos de primera división el próximo domingo -. Estás afuera todo el día y cuando llegás te ponés a leer el diario.

Esta vez midió bien sus palabras antes de contestar. Sabía por experiencia que encontrar la frase adecuada, que no diera lugar a alguna réplica, era casi imposible.

-¿Qué querés que te cuente? Nunca pasa nada nuevo. Trabajar, trabajar, trabajar...

-Ya te olvidaste de tu famosa "Comisión", esa que nos iba a hacer construir los ranchos de lujo.

Bueno, Rosa tenía ganas de discutir, como le sucedía tan a menudo últimamente. Se mordió los labios y simuló seguir leyendo. Las letras le penetraban por los ojos, que no las querían transmitir al cerebro. Era como teclear en una máquina de escribir sin cinta. Se puso más nervioso. Apenas bajaba del ómnibus ya se imaginaba el resto. En ese momento llegó la Gringa bastante agitada.

-¿No lo han visto a Manuelito? -preguntó inquieta por el menor de sus hijos.

-Ya sabés que Manuel tiene prohibido venir por aquí. Bastante tengo con los míos -la barajó Rosa.

Su suegra trastabilló. Mientras se secaba sus húmedas manos en el delantal lleno de grasa y suciedad, echó la cabeza para atrás y con ello sus mechadas. Abrió la boca y casi a los gritos la recriminó:

-Vos la tenés con mi Manuel, pero en cambio a tu hermano Doroteo no le decís nada cuando enloquece a la gente.

Fue peor que se lo dijera. Nada podía haber agradado más a Rosa.

-¡Mi hermano Doroteo no le quita el pan a mis hijos, como tu Manuel, tu Roque, tu Inés y tus mierdas!

Paco ya estaba de pie entre las dos. ¡U único que faltaba! ¡Que se pusieran a pelear suegra y nuera!

-Bueno, ¡acabénlá! Pareciera que si no están gritando todo el día no pueden vivir.

Su madre se dio vuelta para retirarse, pero no pudo con su genio y así, mientras levantaba el hombro, resoplando, remachó:

-¡Tenías que casarte con una chinita! Aprendé de tu hermano Oscar. ¡Ese sí que ha sabido elegir!

Rosa se exasperó. Tiró la costura a un lado y se puso de pie para intentar seguir a su suegra, pero la Gringa ya había salido y Paco, además, estaba en medio de la puerta impidiéndole el paso.

-¡Por favor, ya sabés que la vieja anda nerviosa últimamente.

-¿Nerviosa? Borracha o medio loca, dirás. ¡Como si no tuviera bastante con tener que aguantarla! Venir a meterse aquí... Si ya podría ponerse a trabajar en vez de sacarte la plata...

-No le digás borracha a mi madre. Si toma de vez en cuando unos tragos, es para olvidar sus penas. ¿Ya no te acordás que mi padre murió apuñaleado?.

-¡Ese era otro! Para lo que servía, mejor está donde está.

-¡Ni a los muertos respetás! Eso ya no tiene nombre...

-La vendió a la pobre María por unas chirolas al bruto de Antonio. ¿Qué te parece?

Cuando llegaban a ese punto, él no sabía qué responder, pues, en el fondo, estaba de acuerdo con ella. Pero como era su padre, logró inventar algo.

-Los mejores maridos son esos que los eligen los padres. Después de todo, Antonio era el mejor partido y gracias a eso María tiene de todo.

-Tenés razón. Si mi padre hubiera hecho lo mismo, no estaría viviendo en medio del barro, trabajando como negra por culpa de tus hermanos.

-Bueno, ¡terminara! ya me estás hartando. Uno de estos días me voy y te dejo sola.

-¡Por supuesto! Ya debés andar enredado con otra. Por algo debe ser que ya ni se te ve por la casa...

-¡Como es tan agradable! ¡Siempre andás tan de buen humor...

-Como para que ande de buen humor viendo como tirás la plata. Ya podríamos tener un palacio con lo que te ahorro agachada todo el día sobre la máquina.

Pensó que era inútil discutir. Por lo menos había evitado que siguiera dándole a la memoria de su padre. Como había permanecido de pie, volvió a sentarse. Suspirando tomó otra vez el diario en sus manos para seguir con los deportes. Rosa regresó a su costura. Su intento sufrió una nueva interrupción.

-Ya no hay luz adentro. Por lo menos encendé la lámpara ¿o querés que yo haga todo?

Resignado se puso de pie una vez más, para tomar la lámpara que colgaba del techo; la bajó y bombeó el alcohol. La encendió y volvió a colgar. Entonces, preparó la retirada.

-¿Cómo andaré Bernardo... ? ¿Sabés algo de él?

-Ese también anda medio chiflado.

-Si uno supiera lo que le pasa, podría ayudarlo.

Rosa guardó silencio, mientras le volvía a dar a la máquina. Después de pensar unos minutos, dijo:

-Es un buen tipo. El único que sirve de todos nosotros.

Después de lanzar su sentencia, se levantó para ir a la cocina. A los pocos minutos regresó; traía un atado hecho con un repasador.

-Andá y llevale este bollo y de paso averiguá si necesita algo.

Paco suspiró con alivio. Por fin algo le había salido bien ese día en su hogar.

-Bueno... aunque ya es un poco tarde, lo visito y vuelvo.

CAPÍTULO XLVIII

Manuelito, el último de los hijos de la Gringa, trajo la noticia a sus amiguitos del rancharía que las sandías,, en la vecina quinta del gallego Rodríguez, estaban a punto, listas para sacarlas de la tierra y sentarse a comerlas.

-Sí, pero acuerdense que el Gallego, cuando empiezan a madurar las sandías, se anda todo el día recorriendo la finca con la escopeta bajo el brazo, cargada con balas de sal.

El llamado de atención dejó a todos helados y por un instante cesaron el bailoteo de ojos y sonrisas, y las aguas dejaron de fluir de las mandíbulas.

-¿Se acuerdan del año pasado, cuando el tuerto Virola se estaba arrastrando por el cerco y ya había llegado a las sandías y el perro del Gallego empezó a ladrar?

-¡Uy Dios, que cagazo! Todavía tengo las marcas en el culo. ¡Pero a la sandía *me la mandé!*

La risa les devolvió el ánimo y prosiguieron planeando el operativo:

-Vos te arrastrás por un lado, mientras nosotros nos movemos a la vista el Gallego por el otro, así los distraemos a él y a su perro, y ya vas a ver cómo la cosa sale bien. Esta vez no tenemos que fallar.

Quedaba por determinar la hora en que el operativo sería puesto en marcha. Unos opinaron que al atardecer, pero otros advirtieron que a esa hora era cuando el Gallego estaba más vigilante.

-A la siesta, el Gallego por ahí se queda dormido a la sombra del lapacho. Con la calor que hace, no hay viejo que aguante.

Así quedó establecida la hora.

A la hora fijada estuvieron todos concentrados y a los pocos minutos avanzaban en alegre pandilla sobre su objetivo: la quinta del Gallego Rodríguez, que quedaba como a un kilómetro del rancharío.

Aprovechando una pequeña prominencia del terreno, Manuelito estudió el lugar por última vez, para comprobar que efectivamente aquel estaba sentado de espaldas a su árbol predilecto, con la escopeta de caño recortado sobre las rodillas. El perro no aparecía, pero era seguro que también estaba echado bajo alguna sombra.

De acuerdo al plan trazado, el Tuerto Virola se desprendió del grupo acompañado por el Negrito Ruiz, que debía actuar de apoyo logística, sobre todo para colaborar en el traslado del botín. Rápido, medio agazapados, escondiéndose entre los arbustos y altos pastizales, avanzaron hasta ocupar su puesto al otro lado del cerco.

El Gallego no daba señales de haber advertido su presencia, pero cuando empezaron a bordear el alambrado, apareció el fiel perro guardián, un poco desganado y con las orejas todavía gachas. Parecía no demasiado afligido, confiado quizás, en que los chiquillos que se mantenían caminando paralelo al alambre, no demostraban pretender acercarse. De todas maneras, se puso a caminar en diagonal hacia ellos, como resignado a cumplir su deber de no descuidar cualquier eventualidad. Las distancias se fueron acortando y así los chiquillos pudieron admirar bien de cerca al hermoso animal.

Como las cosas estaban saliendo de acuerdo a lo previsto, el Tuerto Virola se decidió a cruzar el alambrado por el otro lado para empezar a deslizarse a gatas hacia las codiciadas sandías. Pero los compañeros estaban tan discretos, que después de su avanzada de inspección y de notificar su presencia a los chicuelos, el perro inició con pereza el retroceso. Fue el momento de mayor peligro, lo que inmediatamente fue advertido por Manuelito, que corrió hacia el alambrado, haciendo ruido.

El perro se detuvo en su retirada y se dio vuelta otra vez hacia los chiquillos con aspecto sorprendido, como si no pudiera convencerse que éstos se atrevían a desafiarlo. Al observar que estaban a menos de dos metros del alambre, su cuerpo se puso tenso, paró las orejas y lanzó un moderado gruñido que sirvió para advertir al Tuerto Virola que algo no andaba demasiado bien y para que el Gallego diera un primer cabe-zazo. Rápido, el chiquillo se extendió sobre el suelo hasta quedar totalmente oculto, para luego levantar despacio su cabecita hasta un nivel desde el cual sus descentrados ojos pudieran observar lo que pasaba. A todo esto, le faltaban solo unos metros para alcanzar su objetivo.

Vio así como, rápido, el perro corría hacia el lado opuesto gruñendo amenazante.

Aprovechó la oportunidad y él también a gatas, llegó hasta las sandías. Entonces, con una velocidad increíble, colocó en la bolsa que llevaba las tres que se animaba a cargar.

Con tanto gruñido el Gallego se puso de pie de un salto y por supuesto dirigió su mirada hacia el lugar de donde provenían. Fue el momento preciso que aprovechó el Tuerto para levantarse de un salto, echar la bolsa al hombro y correr hacia la alambrada a todo lo que daba, entre entusiasta y asustado.

Mientras éste corría, el Gallego, ya despabilado, les preguntaba a los chicuelos a los gritos si qué andaban haciendo.

-¡Pero nada patroncito! -le respondió Manuelito-. Pasábamos nomás y se enojó ese perro malo que tiene.

-Hay que atarlo -lo apoyó el Payo Esteban.

-Han de andar queriéndome robar las sandías, eso es lo que pasa. Pero el animal no sólo lo vio a él, sino también al Tuerto Virola que en ese momento preciso saltaba el alambrado. Rápido como un rayo empezó a correr tratando de descontar los quinientos metros que los separaban lanzando feroces ladridos. ¡Tan bien que habían andado las cosas y venir a quedar al descubierto a último momento!.

El Gallego, sin saber con quién emprenderla, gritándoles a los chicuelos y mirando para el otro lado, optó por seguir al perro, mientras aquellos desaparecían.

Cuando el perro llegó al alambrado, ya era tarde. Entre el Tuerto Virola que tomaba la bolsa de una punta y el Negrito que la sostenía de la otra, ya se habían perdido en medio de los matorrales.

CAPÍTULO XLIX

El episodio trajo sus complicaciones, pues el laborioso agricultor no se resignó a quedar burlado y resolvió asentar la denuncia del hecho en la comisaría. No era la primera vez que algún vecino reaccionaba de la misma manera, al resultar víctima de las ocurrencias de las barras de "Las Lonas Verdes"; claro que era la primera protagonizada por chiquillos, ya que hasta entonces, los autores habían sido los jóvenes.

Rodríguez narró el episodio con lujo de detalles al comisario, a tal punto que el funcionario tuvo que realizar un tremendo esfuerzo para no destornillarse de risa.

-Estos vagos de "Las Lonas Verdes" son la peste de la zona. ¡Coño!, ¡voy a hacer que los echen a todos!

El comisario intentó convencerlo de que ello resultaría labor imposible y que era mejor aguantar las travesuras con filosofía: sobre de ser robado, se estaba haciendo mala sangre. Finalmente, ante la terquedad del otro, optó por decirle:

-Bueno Don Rodríguez, vaya nomás tranquilo, que me voy a ocupar del asunto.

-¡Nada de irme! Primero quiero dejar asentada la denuncia por escrito para que pase al juez.

El resultado fue que al día siguiente, llegó un policía a la villa y empezó a distribuir citaciones, por supuesto dirigidas a los padres de los niños individualizados por el denunciante. Poca gracia les hizo a éstos, cuya primera reacción fue esconderse en los fondos; cuando supieron el motivo, renegando contra sus hijos, pero más tranquilos, se presentaron para firmar las papeletas.

Uno por uno fueron llegando el día siguiente a la comisaría y después de escuchar las filípicas del comisario, tuvieron que asumir el compromiso de concurrir nuevamente con sus engendras. Antes de retirarse, el comisario los aconsejaba:

-Véanlo al Gallego y pídanle buenamente que retire la denuncia, sino esto se va a encorajinar e inundar de visitadoras sociales mandadas por el juez para investigar la conducta de ustedes y de paso, van a empezar las alcahuetterías contra mí.

Pero los intentos de que el Gallego retirara la denuncia fueron vanos y como consecuencia de todo el lío, los chicos de la barra de Manuelito se ligaron las mejores palizas que hubieran recibido hasta entonces.

El paso posterior fue presentar los niños acusados a la Defensoría de Menores, y después, patrocinados por los abogados de ésta, al Juez.

Lo grave fue que varios, a pesar de tener la edad requerida, no concurrían a la escuela, con lo que empezó a cernirse sobre sus padres una nueva amenaza.

A la tarde, los niños procesados se reunían a orillas del río para comentar las emociones de la jornada.

-Les juro que al Gallego lo cago apenas crezca un poco -constituía ahora su expresión favorita.

-Eso de pretender matarlo es una macana. Mejor lo hagamos rabiar hasta que reviente y se mande a mudar.

-Y todo por unas sandías podridas. Mejor la hubiera sacado si me mete otro tiro de sal en el culo, como el año pasado...

El ánimo de la barra estaba por el suelo. Ya no se les ocurría ni siquiera jugar. Se pasaban las horas sentados sin deseos de hacer nada.

Cuando el Jetón Mamaní se enteró del asunto, lo consultó a Bernardo sobre lo que se podía hacer. Se sintió reconfortado cuando éste, saliendo de su pasividad, se decidió a actuar.

Juntos fueron a verlo al comisario, que se excusó debido a que la causa estaba en manos del juez. Resolvieron en consecuencia, entrevistarlo.

El juez demostró interés en el asunto especialmente cuando se enteró de la acción que cumplían en "Las Lonas Verdes".

La tesis del magistrado era de que si a los chicos no se les daba un buen escarmiento, con el tiempo se convertirían en delincuentes.

-En el ambiente que viven, sólo un susto grande los hará respetuosos de la ley --concluyó.

-Puede que su tesis sea razonable -le respondió Bernardo-, pero conviene tener presente que si el remedio no da resultado, la consecuencia de ello será que pierdan el temor a la ley y entonces sí resultarán

delincuentes y de los más peligrosos.

-Cuando no se tiene más que un solo remedio, no se puede recetar otro: cura o mata -fue la rápida reflexión del funcionario.

-Otros hay -fue la de Bernardo-. Educación, higiene, viviendas adecuadas, trabajo estable para los padres...

-Por supuesto -declaró el juez-, pero todos esos remedios ideales no están en nuestras manos. Eso es política de gobierno, y los jueces no somos gobierno; no resolvemos como deben invertirse los recursos del presupuesto, ni cómo orientar la acción del Estado.

En eso, Bernardo tuvo que reconocer que tenía razón. En un último intento de que las cosas terminaran para los chicos con un honorable perdón, sacaron a relucir el mismo argumento que esgrimieran sus padres frente al comisario; las travesuras de ese tipo las hacen tanto los hijos de los ricos, como los de pobres menesterosos, pero el juez volvió a argumentar:

-Las cosas son distintas, aunque aparentemente sean iguales. Las travesuras del hijo del pudiente, pierden relevancia en el ambiente saludable moral y material del hogar bien constituido, que contribuye a reducirlas a una simple originalidad. Las de chicos, que para su desgracia y si se quiere, por injusticia, viven en malos ambientes, encuentran en sus hogares mal constituidos, en vez de un freno, el campo propicio para que sus mentes se deformen definitiva- mente en el desprecio de la ley y en la pérdida de todo respeto hacia los derechos de los demás. Es por eso que nuestra obligación es ser severos, como único recurso a nuestro alcance para intentar el rescate para la sociedad, y para ellos mismos, de esta juventud desvalida.

La reacción que estas palabras produjeron en Bernardo y en el Jetón fue distinta. Ninguno aceptó la tesis que encerraban, pero mientras Bernardo llegó a tolerarla, en el Jetón su reacción fue de franca rebeldía:

-¡Así que porque el pobre nace desposeído, hay que seguir siendo implacable con él! ¡Así que porque gracias al despojo existe la miseria, las víctimas del despojo deben sufrir hasta del despojo de la misericordia!

El Juez no demostró que el argumento lo conmoviera:

-Lo invito a que ocupe mi puesto unos años y después me cuente.

-Como sabe que es imposible que ello suceda...

El Jetón, interiormente resentido con Bernardo porque no salía en su defensa, comprendió que no podía prolongar la polémica. Por eso se limitó a decir:

-Ud. me da explicaciones que satisfacen mi razón, pero contra las cuales se rebela mi espíritu.

-Y el mío también -aceptó el Juez-, pero de nada valen nuestras rebeldías contra la eterna realidad -y así diciendo, seguro de haber conformado en alguna medida a su interlocutor, cuya sinceridad había despertado sus simpatías, dio por terminada la entrevista poniéndose de pie.

Cuando al salir observaron la antesala colmada de personas que esperaban turno para hablar con el magistrado, llegaron a la conclusión de que por lo menos había tenido una gran consideración para con ellos al recibirlos.

CAPÍTULO L

Después del desastrosa epílogo del robo de las sandías, la barra de Manuelito quedó de capa caída, sin ganas de seguir haciendo travesuras. Se sentían marcados y con la certidumbre de cualquier cosa que pasara, les echarían la culpa, la tuvieran o no.

Seguían juntándose a la tardecita en la cancha de fútbol, porque, después de todo, en algún lugar tenían que estar. Allí pateaban la pelota de cuero rellena de pasto, hasta cansarse, pero a ojos vistas no los animaba el entusiasmo de otros tiempos mejores.

Cuando se cerraba la noche, cada cual partía para su rancho, sin hacer el bullicio de antes y sobre todo sin dirigir pullas y bromas a los que cruzaban en su camino. Hasta cierto punto la receta de la civilización para evitar el desvío de la juventud desvalida, parecía estar dando buen resultado.

No opinaban lo mismo, sin embargo, las maestras de la escuela primaria a la que concurrían, pues el comportamiento de los muchachos en la misma se empezó a tornar insoportable. No es que se hubieran puesto de acuerdo en realizar una acción determinada, pero era resultado de todo el episodio.

Las cosas llegaron al colmo el Día de la Maestra. Al negrito Ruiz no se le ocurrió nada mejor que preparar una caja bien empaquetada dentro de la cual colocó un ratón. Al abrir la caja la pobre educadora dio tal alarido de asco y espanto, que en pocos minutos las maestras y chicos de las demás aulas se apretujaban para informarse sobre qué tragedia había sucedido.

Esa misma tarde, después de reunirse con sus subordinados, la directora resolvió la expulsión del Negrito y comunicar la novedad al Consejo de Educación. A todo esto, Manuelito había recibido una tan soberana paliza en su hogar que lo hizo lamentar los elogios y calurosas felicitaciones recibidas de sus amiguitos.

Pero la rebelión ya estaba en marcha y resultó incontenible. Todos los días sucedían episodios, que si bien no eran graves, en definitiva hacían imposible a las educadoras cumplir su labor. El ejemplo de los más díscolos era contagioso y muchachitos que jamás habían dado trabajo, se colocaron en un plano de franca hostilidad.

No quedó otro recurso a la directora que convocar a los padres. La reunión se realizó un domingo a la mañana, pero cuando se pasó lista, se pudo advertir que, precisamente, la mayoría de los padres de los rebeldes no había acudido a la cita.

Paco, que era uno de los asistentes, se sentía cohibido, dado que su hermano Manuel era uno de los que, con su conducta, más había logrado llamar la atención sobre sí mismo.

Otro de los asistentes era el Gallego Rodríguez, cuyo hijo Néstor cursaba el sexto grado. Estuvo implacable con los rebeldes y no omitió la historia de las sandías robadas.

-Esto sucede porque los jueces no cumplen con su deber. Todos estos niños deberían estar encerrados en el reformatorio.

Paco, que había sufrido todas las incomodidades del proceso seguido a Manuelito, se levantó y respondió:

-Los chicos eran buenos. El robo de sus malditas sandías fue una travesura inocente. Cualquiera que no hubiera sido un desalmado se hubiera contentado con darles un susto, cuando no, regalarles unas cuantas. Sólo un bruto pudo haber hecho lo que usted hizo.

-Claro, cómo se ve que usted no es el propietario de las sandías; que no tiene que romperse el lomo atando el arado al amanecer para cultivar y no cosechar.

-Unas sandías más o menos, no le harán más rico ni más pobre.

-Es claro, yo cultivo las sandías y ustedes, los generosos, me mandan todos los chicos de la villa para que se las coman. ¿Por qué no regala su sueldo? ¿)Qué le parece?

La discusión subió de tono y amenazaba convertirse en interminable. La directora intervino para intentar restablecer el diálogo y que de todo eso pudiera resultar algo positivo.

Otros padres empezaron a participar en la discusión, unos a favor y otros en contra del Gallego. Terminaron por reconocer que la situación se había tornado insoportable y que cada uno debía hablar con sus

párvulos y a los padres ausentes, para encarar una acción común. Las maestras, a su vez, dejaron constancia de que no concurrirían más a enseñar, si no se las hacía respetar. Así terminó esa primera reunión.

Cuando Paco regresó a su rancho quiso hablar con Manuelito, pero éste había desaparecido, adivinando seguramente lo que le esperaba. Optó por ir a pedirle consejo a Bernardo

Como era domingo, lo encontró tirado en su catre, durmiendo.

Hacía tiempo que se veían poco. El cura Miguel, alarmado por su estado espiritual de aquel, lo había interesado personalmente para que intentara hacer algo por su amigo, que le devolviera su anterior optimismo y energía, pero éste le dio a entender que no se metiera en lo que no le interesaba, y así medio picado desde aquel día, trataba de evitar su compañía.

Ahora que tenía este problema por resolver, al verlo así tirado, más delgado que nunca, durmiendo agitadamente, sintió remordimientos. Al mismo tiempo se le ocurrió que quizás encomendarle la solución de este problema contribuyera a que abandonase su extraña obsesión. Trató de ser suave al despertarlo, pero lo mismo pegó un brinco al sentir sus manos sobre la espalda. Con los ojos abiertos lo miraba ahora entre atontado y sorprendido:

-¿Qué pasa algo? -preguntó presumiendo indudablemente que sólo algún acontecimiento grave podía explicar la presencia de Paco.

-Quería hablar con vos, nada más. Como ya no nos vemos...

-Así es. Esperá que me ponga la camisa. Encendé el calentador para que tomemos unos mates.

Como si nada hubiera ocurrido, los dos empezaron a los pocos minutos, el rito de la mateada.

Poco a poco fue Paco entrando en tema, haciéndolo partícipe de sus preocupaciones. Su conclusión fue que después de haber luchado tanto para cambiar la fisonomía del lugar, no podían permitir que la juventud entrara por una senda tan peligrosa.

El pedido de apoyo hizo aflorar lo mejor de Bernardo: recordó los comienzos del club y cómo, nada menos que el Nato Montero, encontró la solución para terminar con los patoteros de ese entonces y canalizar sus inquietudes hacia algo positivo. El Jetón Maman! es uno de los muchos ejemplos de lo que puede una sola buena idea --concluyó.

-¡Lástima que hoy no esté! Se fue acompañando a los muchachos que jugaban en Lastenia. lo mejor sería organizar una sexta división para que se incorporen los chicos.

-También podríamos intentar hablar con el Gallego Rodríguez. Hoy tuvimos un encontronazo fuerte en la secuela. Hay que convencerlo que sea más humano y se deje de andar pidiendo el reformatorio para los que hacen travesuras.

-Si los manda al reformatorio saldrán delincuentes. De solo pensarlo se me hace chiquito el corazón.

-Ocupate vos del gallego. Yo trataré de llegar a los chicos a través de Manuelito, esto, supuesto que logre hacerme escuchar.

Durante un largo rato continuaron cambiando ideas sobre el plan a seguir. Finalmente, Paco lo llevó a su rancho para cenar juntos. Cuando lo vio aparecer, Rosa se sorprendió de su aspecto. Pese a ser vecinos, hacía tiempo que sólo lo veía de lejos. Esa noche Bernardo volvió a ser el de antes.

CAPÍTULO LI

El martes siguiente al de la reunión de padres, Paco hizo lo posible por regresar más temprano y tener así tiempo de charlar con Manuelito. Las cosas le salieron bien inicialmente, pues éste, que lo andaba eludiendo, tomado de sorpresa por la llegada de su hermano, no tuvo más remedio que seguirlo a un rincón en la orilla de; río, donde se instalaron a charlar.

Paco se sorprendió de lo difícil que les resultaba mantener una conversación y lo distante que lo notaba a su hermanito. Sus intentos de crear un clima de confianza y cordialidad entre ambos mientras caminaban, no habían tenido mayor éxito, pues éste, ni festejaba sus ocurrencias, ni alargaba sus contestaciones más allá del monosílabo.

Después de sentarse en la arena, quedaron en silencio; Manuelito, arrojando piedritas al hilo de agua que corría a sus pies; Paco, pitando nervioso un cigarrillo, mientras buscaba la palabra más adecuada para iniciar el tema que le interesaba tratar. Por fin optó por preguntarle lo que ya le había preguntado cien veces.

-¿A donde pensás llegar, Manuelito? ¿Querés volverte un delincuente?

Suspendió la tirada de piedras, meditó un largo rato y sin volver la vista le contestó:

-¿Delincuente? ¿Que más puedo ser yo?

-Me extraña lo que me decís. Tenés el ejemplo de Oscar, ¿o te parece poco?

Creyendo que lo habla impactado, Paco aprovechó para insistir:

-¿No podés actuar sin molestar a la gente? ¿Sin hacerles la vida imposible a las maestras?

-Si jugamos, nos meten presos -fue la taimada respuesta del niño-

¿Así que para vos robar sandías es jugar?

-El rico tiene para comprarlas; al pobre no le queda más que hacer...

-Pobre era yo que no tenía nada. No digo que vos seas rico, pero por lo menos tenés comida, un techo, un hogar. De eso nos ocupamos Oscar y yo.

-Mamá me pega por nada cuando se emborracha...

Paco le pasó impulsivamente el brazo por los hombros y lo trajo hacia sí. Con la mano libre le revolvió cariñosamente los cabellos. Manuelito no pudo soportar el impacto emocional y los sollozos conmocionaron todo su cuerpecito. Las imágenes del gallego, de las sandías, del comisario, del juez, de los tribunales, desfilaron como un relámpago por su cabecita. El también se abrazó impulsivamente a su hermano, que sintió a través de la camisa, la humedad de sus lágrimas.

Yo soy como si fuera tu padre -le recordó--. Todos te queremos. Oscar es también otro padre para vos. Pobre vieja, a veces le da al vino porque toda su vida no ha conocido sino la miseria, pero te quiere, Manuelito. Cuando te pegue hacete chiquito y no le respondas. Ya tendrás tu linda casa y todo será distinto. dejarás de vivir en medio del barro y serás médico como Oscar.

Manuelito siguió llorando durante un largo rato a moco tendido sin pronunciar palabra. El fantasma del reformatorio y de los guardas seguía desfilando por su imaginación infantil. Al fin exclamó con vehemencia:

-¡Los odio! Paco, ¡Los odio...

Sorprendido por esta reacción, le preguntó alarmado:

-Pero, ¿A quién, Manuelito? ¿A quién? ¿A nosotros?

Los sollozos se hicieron más largos y las palabras se negaban a salir de su garganta. Al fin. pudo aclarar:

-¡A los guardas, al comisario, al Gallego 'i mierda...

-Eso ya pasó, ManuE:lito. Olvidate, por Dios, de todo eso. En la vida hay otras personas que no son el Gallego, el comisario, los guardas... ¡y vos las hacés pagar a las pobres maestras...

-La maestras nos retan.

-¡Es claro! Vos quisieras que te aplaudan...

-Me voy a ir. No quiero vivir más aquí. No quiero ir más a la escuela.

"Vuelta a empezar" -pensó Paco-, pero comprendió que tenía la partida ganada. Manuelito lo había

abrazado y llorado sobre su pecho. Siguió consolándolo durante un largo rato y una vez que se tranquilizó, lo invitó a que fueran a comprar una naranjada.

Le prometió también una pelota y le habló de la idea de crear una sexta división de niños para que practicasen fútbol infantil. Por fin, obtuvo la promesa de que en adelante su comportamiento en el colegio sería, por lo menos, correcto.

Llegó bastante agotado a su hogar después de una tarde de tensión. No bien se sentó a la mesa para cenar, apareció Bernardo, que venía a informarlo sobre el resultado de su gestión ante el Jetón y el Gallego. El primero había aceptado con entusiasmo la idea de formar la sexta división de fútbol y de ponerse en campaña de inmediato, lamentando que no se le hubiera ocurrido antes. Pero con el Gallego el fracaso fue total. Le había prometido desde meterles balas a los chiquillos que se introdujeran en su campo, hasta querellar criminalmente a sus padres. La noticia provocó la indignación del matrimonio y tras eso, mientras despachaban la cena, no hicieron sino criticar la actitud del agricultor.

Se despidieron, quedando Bernardo comprometido que al día siguiente visitaría a los padres de los chicos revoltosos para solicitarles su colaboración, y a las maestras para pedirles fueran tolerantes durante el período de prueba.

Pero si difícil y hasta contraproducente había resultado su gestión ante el Gallego, los resultados que obtuvo de los padres no fueron menos desalentadores.

Así el padre del Negrito Ruiz resultó ser un borrachín, ex-presidiario, que se había dedicado a echar hijos al mundo, sin prever como los mantendría. Vivía en un rancho instalado en el extremo Norte de la población, cerca del rancho-prostíbulo de Elmina, donde además ejercían el oficio dos de sus hijas menores, una de dieciséis y otra de quince años. Al Negrito lo utilizaban para mandarlo al almacén, sea para traer vino a su padre, o cerveza a los clientes de sus hermanas.

Apenas penetró al rancho, tuvo que retroceder, pues no había lugar donde estarse ni parado. Todo eran catres y colchones amontonados y en la única silla, con su botella asentada sobre el piso de tierra apisonada, estaba sentado el padre del Negrito, la mirada ya extraviada.

El borracho cargó silla y botella llevándolas afuera.

-Sentate -le dijo mientras hacía lo propio sobre un cajón-. Qué te trae por aquí, compañero -y antes que pudiera contestar le pasó la botella para que se sirviera un trago.

Tartamudeando, Bernardo empezó a explicar su misión. El borracho lo interrumpió brutalmente:

-Pero decime: ¿acaso sos cura? ¿No sabés que el pobre cría hijos para la cárcel o para el prostíbulo? Tomate un trago y dejame de joder con esas cosas...

En eso llegó el Negrito, que frenó su corrida al topar con un extraño, mientras sus ojitos bailaban tratando de adivinar quién era. Pasó despacio detrás de su padre, manteniendo su mirada clavada en Bernardo y se acercó a una pila de cajones de cerveza llenos de envases vacíos, de los que tomó tres y siempre lentamente y sin dejar de observarlo empezó a retirarse, pero su padre lo interrumpió en su intento:

-Este señor viene a decirme que ustedes se portan mal. ¡Fijate, vos que trabajás todo el día!

El Negrito se quedó tieso y sus ojos perdieron su movilidad.

-¿Usted es comisario?

-No m'hijo, no soy comisario, pero me intereso en que los chicos del barrio salgan buenos ciudadanos y no delincuentes.

El padre del Negrito lanzó una carcajada y como si ello fuera una señal convenida, su hijo, más tranquilo porque Bernardo no era comisario, salió, sin más con sus botellas hacia el almacén.

Bernardo, comprendiendo que nada tenía que hacer allí, empezó a levantarse, pero el padre del Negrito le ordenó que se quedara.

-Hasta que no terminemos la botella, de aquí no se mueve nadie! Soy pobre, pero no aguanto que se me ofienda...

-Nadie trata de ofenderlo, compadre, pero es que se me hace tarde.

-¿Compadre? ¿Y *di ande* salís siendo mi compadre?

Comprendió que lo único que quería el borracho era provocarlo, de manera que optó por callar. Tomó la botella en sus manos y se hizo que verter un trago, después de lo cual se la devolvió a su eventual compañero y mientras éste echaba para atrás la cabeza, a fin de que el trago fuera más largo, silenciosamente se puso de pie y desapareció.

Los días siguientes continuó la serie de visitas. Al padre del Tuerto Virola no lo encontró, pues estaba trabajando en la cosecha de cereales en Santa Fe. Habló entonces con la madre, mujer joven de edad pero vieja

de aspecto. La pobre le contó que nada podía hacer por controlar a sus numerosos hijos, el mayor de los cuales era aquel. En la casa generalmente no había un peso y los chiquillos tenían que rebuscárselas como pudieran, practicando desde el robo hasta la mendicidad.

El del Payo Esteban resultó ser un chofer de camión que realizaba transportes a Buenos Aires, así que una semana estaba y otra se ausentaba. Fue el primero que lo escuchó con atención. El resultado de la visita fue que el Payo se ligó una buena paliza, por lo que, a partir de ese día, cada vez que se cruzaba con Bernardo no dejaba de lanzarle una mirada de profundo odio.

En general, el problema era el mismo: en los ranchos no había espacio para que los chicos jugaran o pudieran hacer sus deberes con cierta comodidad. Las familias vivían hacinadas y los pequeños observaban de continuo a sus padres borrachos o enredados en continuas peleas. Los casos de mendicidad y temprana prostitución eran múltiples, campo propicio para el desarrollo de la delincuencia juvenil.

Lo más positivo de todo fue que Bernardo recuperó su perdido espíritu de lucha y volvió a reencontrarse consigo mismo. Sintió renacer su vocación sacerdotal y a partir de ese momento luchó con nuevos bríos por encontrar soluciones para la mísera comunidad a la que voluntariamente se había incorporado. Esto no desalojó de su espíritu, sin embargo, la sensación de soledad, especialmente cuando, exhausto, regresaba a su rancho.

CAPÍTULO LII

A pesar de todo, la situación en la escuela algo mejoró. A instancias de Paco y Bernardo, el Negrito Ruiz fue readmitido. En este sentido, no poco trabajo les costó convencer a las maestras de que si lo dejaban abandonado a su propia suerte, le abrían la senda de la delincuencia. El deporte cumplió su papel de disciplinar los espíritus y de mantener ocupados en algo útil a los chicos. Se dio el caso curioso de que algunos padres se presentaban indignados a la dirección a reclamar por qué los mantenían a los chicos tan alejados de sus hogares, privándolos de esta manera de los recursos que por vías poco puritanas solían aportarles. Muchos de ellos amenazaron e incluso llegaron a retirar a sus hijos de la escuela, pero en esos casos, con el apoyo del comisario, se los intimó a que cumplieran con la ley de asistencia escolar obligatoria.

La situación se puso tensa y peligrosa, especialmente para Bernardo, que recibió amenazas concretas de palizas y de algo más, si no cejaba en su afán de arrancar los mitos a la tiranía de sus padres viciosos.

Un día que regresaba al ranchería, se encontró con que no podía entrar por la senda que solía seguir, por cuanto una acequia había rebasado anegándola, de manera que tuvo que dar un rodeo y entrar a la villa por el otro extremo, o sea por donde estaba ubicado el rancho-prostíbulo de Elmina.

Mientras se acercaba, se hacía cada vez más nítida la música que transmitía el altoparlante que aquella solía conectar cuando estaban de fiesta. Aceleró sus pasos para pasar lo más rápido posible, pero no pudo lograr su objetivo. El Negrito Ruiz, que como de costumbre andaba a las idas y venidas trayendo y llevando bebidas desde el almacén al rancho, lo reconoció, saludándolo con picardía, casi a los gritos, con lo que la atención de los otros recayó sobre él.

Elmina en persona se asomó al portón de la pequeña tapia cuando oyó mencionar su nombre. Sus relaciones no eran buenas, ni malas. Lo había conocido cuando visitaba a sus amigos y como en definitiva poco la perjudicaba su accionar, nada tenía contra él.

Después de saludarlo, lo invitó a que entrara.

-No te ha de venir mal tomar una copa con las chicas. Esta noche estamos de *cacharpaya*.

Rechazó la invitación, mintiéndole que lo esperaba al Jetón para ir a otro lado. La excusa amoscó a Elmina que estaba algo molesta y se puso insistidora:

-Me han dicho que te has vuelto refinado y desprecias las fiestas de los pobres.

-No es eso, vos sabés que soy más pobre que todos, pero no me gusta el trago y el Jetón me espera.

A todo esto se había asomado un muchachón, que tomó la contestación de Bernardo como una provocación.

-¿Y qué tenés vos contra los que nos gusta *chupar*?

-Mirá viejo, yo no tengo nada contra ustedes. No me gusta chupar y con eso no ofendo a nadie.

Como el otro había hablado a los gritos en un momento en que terminaba una pieza y antes que empezara otra, los de adentro se dieron por notificados que algo sucedía afuera y empezaron a asomarse. Una de las pupilas de Elmina, lanzando una carcajada, le preguntó provocadoramente:

-¿Cierto que sos rnanflora? Ven! que te enseñó cómo tenés que hacer para ser hombre.

Bernardo ignoró el insulto e intentó seguir su camino, pero el mocetón que lo había interpelado primero saltó la tapia y se le puso delante interrumpiéndole la retirada.

-¡Pero muchacho! -le dijo socarrón- Así nomás no se desprecia la invitación de una dama. Entrá, que no te vamos a comer.

Pocas alternativas le iban quedando de evitar una gresca. Una era retroceder corriendo e intentar desaparecer, pero de inmediato pensó que eso podía dar lugar a que lo siguieron y lo agarraran en medio de los matorrales; incluso le acarrearía fama de cobarde. Elmina, a la que no le convenían los incidentes, intentó ponerse de su parte.

-Mirá guaso -le advirtió al provocador-, aquí no quiero líos con la policía. Este es amigo de mi padre, así que dejalo de joder.

Bernardo le lanzó una mirada de agradecimiento y por un momento pensó que estaba a salvo, pues el mocetón, aparentemente, se contuvo, pero la pupila volvió a insistir con lo de manflora, y que quería

enseñarle cómo se hace para ser hombre. Los que estaban adentro empezaron a salir y a rodearlo. Las chicas lo tomaron de ambos brazos y lo empujaron para adentro, La situación era grotesca y Elmina, olvidando sus temores, no pudo evitar lanzar una carcajada. Interpretando que contaban con su aprobación los demás se entusiasmaron y a empellones lo hicieron trasponer el portón.

En total había unas quince personas, aparte de Elmina y Bernardo, cinco chicas de no más de diecisiete años la mayor, y la menor que no aparentaba catorce, y diez muchachos, entre dieciocho y veinticinco años, de aspecto rudo y fuerte.

Cuando menos se dio cuenta, ya estaba en el centro del patio, abrazado por la más chiquilla de las jóvenes, obligándolo a bailar.

Como no se movía, los muchachotes empezaron a empujarlo. Cada paso que se veía obligado a dar era saludado con grandes risotadas por los concurrentes, entre ellos, Elmina. Fue entonces que su preocupación se transformó en terror. Comprendió que era peor mantenerse en una actitud pasiva y resolvió acompañar en el baile a la chiquilla.

Uno de los muchachos, el mayor, un rubio alto, le puso un vaso en los labios y se lo vació en la boca. Por supuesto, la mitad del contenido se le escurrió por la cara hasta la campera. Lo poco que tragó le vino bien pues le devolvió algo de ánimo. Por suerte para él, en ese momento terminó la pieza que estaba sonando, lo que aprovechó para dar por concluido el baile, pero como era un "long-play", ya estaba la otra en marcha. Así lo martirizaron durante un largo rato, en medio de las risotadas de todos, hasta que el asunto empezó a cansarlos y a dejar de hacerles gracia.

Optó por seguirles la corriente y pidió que le sirvieran un vaso de vino, pero no fue uno, sino cinco o seis que lo obligaron a tomar uno tras otro. El alcohol, al que nunca había logrado acostumbrarse, se le trepó a la cabeza; con él la música y hasta las chicas.

Empezó a reír en forma grotesca. Sentía simultáneamente una extraña sensación de alegría y de temor pánico. Ya no sabía qué hacía, ni qué sentía, ni qué quería. Lis otras chicas también lo sacaron a bailar y mientras lo hacía torpemente, los demás le formaron rueda, empujándolo siempre de un lado para otro. Apenas terminaba de bailar una pieza con una, venía otra que lo obligaba a seguir, pero esta diversión también terminó por cansar a los concurrentes.

Medio borracho, medio agotado, tropezó y cayó al suelo, pero a patadas lo despabilaron obligándolo a ponerse de pie y a seguir. Elmina, asustada por el cariz que tomaba el asunto, se ubicó en medio de la pista y empezó a apartar a los muchachos, ordenándoles que lo dejaran tranquilo, pues no quería líos con la policía, pero los concurrentes habían perdido la cabeza y no la escuchaban. Lo habían despojado de la chaqueta y ahora intentaban hacer lo mismo con su camisa. Ya casi ni se resistía.

Salió a relucir otra vez el tema de que era un *manflora*.

-Si no te gustan las mujeres, será que te gustan los hombres. Bernardo, a pesar de las tinieblas que inundaban su mente, presintió una vez más el peligro terrible que lo amenazaba. Reaccionó de súbito sorpresiva y violentamente y empezó a distribuir trompadas y patadas. Alcanzó a agarrar una silla y la hizo describir un círculo en el aire, logrando con ello alejar a sus torturadores. Estos, sorprendidos, le dieron unos segundos de tregua, mientras Elmina retornaba al centro del patio y a los gritos los apartaba. Bernardo aprovechó el respiro para dar un tremendo brinco y ganar la salida. Ya en la calle corrió como alma que lleva el diablo, desesperadamente, sin mirar siquiera para atrás.

A los doscientos metros tropezó con unas ramas y cayó al suelo exhausto. Con el corazón a punto de estallar, se puso de pie a duras penas y siguió adelante como pudo. Felizmente nadie lo perseguía.

Era medianoche cuando entró tambaleante al rancho del Ñato, que se levantó de un brinco sorprendido por el ruido. Como todo estaba a oscuras, demoró unos instantes en reconocer en la deformada voz que le llegaba, la de su vecino. No necesitó que le explicara nada. Apenas prendió la vela pudo confirmar lo que había intuido. Lo colocó en el catre y lo dejó allí, sin formularle preguntas, hasta que observó que había recuperado el aliento.

Con voz entrecortado le contó lo que le había sucedido. El Ñato lo escuchó lanzando de tanto en tanto todo tipo de imprecaciones. Cuando terminó, como pudo, de narrar los hechos, su amigo juró vengarlo.

-¡Ya verán estos hijos de puta! ¡Ya verán...

A todo esto, Bernardo quedó sumido en un profundo sopor. El Ñato se tiró sobre una colcha a su lado y con un sueño nervioso esperó el amanecer.

CAPÍTULO LIII

Al alba se despertó pronunciando palabras incoherentes. Se incorporó y sin dar tiempo para nada, vomitó sobre el piso de tierra. El Ñato lo aseó lo mejor que pudo y cuando le tocó la frente, advirtió que volaba en fiebre. Salió corriendo en busca de Oscar, temiendo que se hubiera ido ya al hospital. Por suerte llegó a tiempo y mientras lo acompañaba hacia el rancho, le contó lo ocurrido.

Oscar realizó un minucioso examen del enfermo. Su cuerpo estaba lleno de moretones.

-Felizmente sólo lo han tocado -le comentó al Ñato-. Se debe haber escapado cuando lo empezaban a golpear en serio. Lo que menos me gusta es esta patada en el hígado. Lo mejor será hacer unas radiografías apenas lo podamos mover. Acompañame y te daré unos calmantes para que le des, hasta que yo vuelva del hospital. Por ahora, lo único que podemos hacer es esperar.

Rápido corrió la noticia de lo que había sucedido. El Hachudo y Felisa se hicieron presentes preocupados por la actuación que le pudo haber cabido a su hija Elmina en el episodio. La Gringa y Rosa se turnaron para cuidar al enfermo, mientras el Jetón, hecho una pila de nervios, se paseaba de un lado para otro sin saber cómo ayudar.

Al mediodía llegó Elmina para informarse. Les dio su versión de cómo habían sucedido los hechos, exagerando al máximo la actuación que le cupo en la salvación de Bernardo.

Cuando el Jetón le anticipó que concretaría la denuncia policial, ella le imploró:

-No quiero tener nada que ver con esos cagatintas. Me van a sacar cualquier cantidad de plata y total no van a hacer nada.

Era la verdad y el Jetón la conocía, por eso no insistió. El también era de los que a veces concurría al prostíbulo, así que en el fondo le tenía simpatía. Después de todo -pensó- no era una mala muchacha.

Poco después llegó Luisa, que al tomar servicio se encontró con una nota de Oscar en el dispensario, solicitándole su colaboración. María también se hizo presente.

Hacía tiempo que a Bernardo sólo lo veía de lejos, pero al observarlo tendido en el catre, con su flacura extrema y molido a golpes, no pudo menos que quedar conmovida.

El desfile de amigos y curiosos duró toda la tarde. Oscar lo examinó nuevamente después del almuerzo y lo encontró igual. La fiebre había cedido muy poco. El termómetro marcaba algo más de cuarenta grados, pese a los calmantes. Lo que más preocupó al joven galeno fue no poder formular un diagnóstico. Los síntomas del enfermo despistaban. Al efectuar un tercer examen al anochecer, descubrió un foco en el pulmón. Con eso el panorama se le aclaró. Evidentemente el problema más grave venía de arrastre. Las emociones y la paliza, la desenfadada carrera para escapar de sus agresores, jugaron el papel de factores desencadenantes. Ahora tenía que esperar las radiografías para medir la intensidad del mal. Rogó a Dios que no fuera un proceso tuberculoso, aunque tuvo la certidumbre de que lo era.

Esa noche la fiebre bajó y el enfermo dejó de divagar. En un primer momento no recordaba lo sucedido, pero poco a poco, las imágenes del desgraciado episodio volvieron a su mente. Sentía deseos desesperados de llorar, pero se contuvo.

Oscar se dio plazo hasta el día siguiente para determinar si debía, ser trasladado o no, al hospital. Por si acaso, esa tarde dejó reservada cama en una de las salas especiales. De tener que internarse, por lo menos que estuviera bien atendido. Luisa se ofreció a cuidarlo esa noche.

A pesar de que hacía varios años que recorría villas miserias, debido al silencio, interrumpido sólo de vez en cuando por el aullido de los perros, o el lejano y tenue bramar de los motores de los escasos vehículos que circulaban a esas horas por la ruta, empezó a sentir un temor que iba en aumento a medida que las horas pasaban. Le pareció que recién conocía lo que tan bien creía conocer. Por suerte había luna, por lo que la oscuridad no era absoluta. Trasladó la silla a la puerta, desde donde con solo girar su cabeza podía observar al enfermo o la silueta de las montañas que se recortaban en el horizonte.

Instintivamente, comparó su vida en el centro de la ciudad, que por cierto no era de las mejores, con la de estas pobres gentes. Una profunda tristeza se apoderó de su alma y entonces sintió necesidad de llorar.

A partir de las dos de la madrugada el enfermo empezó a intranquilizarse cada vez más. Había

retornado a un estado de semiinconsciencia. La reconocía, pero decía cosas que la desconcertaban totalmente. En un momento dado su asombro fue total cuando empezó a pronunciar extrañas palabras, que tardó en reconocer eran en latín. Sí, esa era el Padrenuestro en latín. Luego el Credo.

El tema del Paraná aparecía y desaparecía en los monólogos del enfermo. Su intriga fue entonces total. ¿De dónde provenía Bernardo? ¿Quién era? ¿El hijo descarriado de algún millonario educado en colegio religioso? ¿Qué acontecimiento en su vida lo había arrojado allí, en medio de tanta miseria?

Observó mejor sus rasgos a la luz de la lámpara de kerosene y los encontró firmes y finos. Su barbilla indicaba carácter y no debilidad. Sus manos, que a veces tomaba entre las suyas para tranquilizarlo, eran bien formadas: palmas medianas y dedos proporcionados, cuya delicadeza no lograban ocultar sus callos.

Ahora comprendía por qué nunca le había resultado indiferente; por qué desde un primer momento se había sentido atraída por él. Trató de hacerlo dormir cantándole dulcemente. Descubrió que su voz tenía un evidente efecto sedante, pero llegó el momento en que su garganta se secó y no pudo cantar más.

Pasó la mano por su frente y como la notó húmeda, se la secó con su pañuelo. Sin saber por qué, depositó un suave beso en sus cabellos. En ese preciso momento, él abrió sus ojos y en la semioscuridad, se ruborizó hasta la raíz de los suyos. Pero era evidente que no debía haberse dado cuenta de lo que acababa de hacer.

Apenas volvió a dormirse, se preguntó por qué lo había hecho.

La madrugada vino en su auxilio. No daba más. Hacía 24 horas que no descansaba. Había trabajado duro ese día. A más del temor que llegó a sentir en esa soledad, estaban las contradictorias emociones que despertaban en su corazón el enfermo. Cuando el Ñato entró preguntando cómo había pasado la noche, no pudo evitar un suspiro de alivio. Le transmitió las novedades para que éste pudiera informar a Oscar cuando llegara. Antes de retirarse, le puso el termómetro por última vez y comprobó que la fiebre se mantenía alta.

-Espero que cuando regrese esta tarde, esté mejor.

-Mejor, antes de venir, pregunté al hospital si no lo han internado. Por lo que ha dicho Oscar ayer, me parece que irá a parar ahí.

-Tenés razón. Si lo internan, decile a Oscar que no se preocupe, yo irá a darle una vuelta. Ya me las arreglaré con el jefe para que me autorice a cuidarlo. El Ñato posó su mano suavemente sobre su hombro.

-Muchas gracias, Luisa. Bernardo es mi hermano, mi hijo. Te agradezco todo lo que has hecho por él y todo lo que podás hacer.

Luisa se conmovió. Besó su mejilla, mientras le decía:

-¡Animo, Ñato!

El calloso corazón del negro se arrugó. Se dio vuelta rápido y penetró al cuarto del enfermo a cumplir su guardia.

CAPÍTULO LIV

Cuando a los seis meses de internado en el hospital, Bernardo, ya restablecido pero débil aún, regresó a "Las Lonas Verdes", se encontró con la sorpresa de que el automóvil de Oscar circulaba por el camino pavimentado del nuevo Barrio, al que además, prácticamente observó terminado. Desviando hacia un costado, después de un breve trecho de tierra, quedó depositado en la puerta de su rancho.

El Jetón Mamaní tenía preparado un magnífico asado con que sus amigos y vecinos procedieron a agasajarle. Como nunca lo habían dejado de visitar durante su ausencia, eran pocas las novedades que tenían para contarle.

Luisa estaba presente. En todo momento había sido su cuidadora oficial, la que se había preocupado por sus medicamentos, dietas y radiografías, y ahora, entre ellos, si bien no había intimidación, existía una situación especial que ninguno de los dos hubiera sido capaz de definir. Había momentos en que, cuando quedaban a solas, llegaban a incomodarse, debido a sus tensiones internas.

Con la pasada experiencia vivida con María, se había cuidado en todo momento de no salir del terreno estrictamente formal, pero lo que las palabras jamás decían, indudablemente, en alguna medida, lo decían involuntarios gestos o espontáneas reacciones.

El episodio más sonado en los meses de ausencia, fue la carga a fondo que le llevó el Gallego Rodríguez a Elmina, a partir del momento en que descubrió que su hijo Néstor, de dieciséis años, era uno de sus más asiduos clientes, y lo peor, que solía retribuir los favores que recibía, ¡nada menos que con sus preciadas sandías!

Cada dos por tres el chico se le escapaba al padre y se daba mañas para seguir concurriendo al pequeño prostíbulo. A Elmina, poca gracia le hacía el asunto, pero apenas aparecía el muchachito que era muy bien formado, se le enternecía el corazón y resolvía no sólo admitirlo al negocio, sino que llegaba al extremo de atenderlo personalmente.

En una de esas, el Gallego logró que el propio Juez de Instrucción se abocara al asunto y que sorpresivamente llegara al rancho la policía con su correspondiente orden de allanamiento. Pero con toda buena suerte para su dueña, no hacía ni cinco minutos que el muchacho se había retirado y que, precisamente, para evitar las bromas pesadas de sus pupilas, las había enviado con ese motivo a la ruta en busca de clientes, por lo que, cuando entró la autoridad, no encontró vestigios de nada anormal o fuera de la ley.

El fracaso del procedimiento enfureció a los dos: al Gallego denunciante y a la denunciada, por lo que ambos reiteraron públicamente sus juramentos de recíproca venganza. Ese día el Gallego le propinó al chico tan soberana paliza, que cuando llegó Oscar a examinarlo tuvo que hacer un gran esfuerzo para no denunciar a su vez, el caso al Juez de Menores, pero ante las razones del padre, que no dejaban de ser valederas en alguna medida, optó por recomendarle que se cuidara en adelante, pues en una de esas lo dejaba tullido, si no muerto.

A su vez Elmina instauró premios especiales para los chicos del barrio por sandías, frutas o lo que el Gallego produjera en su quinta, que le llevaran a escondidas de éste.

Total, que el pobre agricultor se la tenía que pasar todo el día vigilando, sea su producción, sea a su hijo, y en ese tren no iba a resultar difícil que terminara por enloquecer o por cometer un crimen.

Cada vez que aparecía por la comisaría, el titular, que le profesaba, como todos, una profunda antipatía, se limitaba a levantar las manos en señal de impotencia, recordándole que Elmina, a su vez, lo tenía querellado por falsa denuncia.

El día del regreso de Bernardo, precisamente, lo que se comentaba era el último incidente en esta guerra entre dos testarudos. El Negrito Ruiz, a quien Elmina pagaba para que vigilara a su adversario, lo había sorprendido la noche antes regando por fuera al rancho con queroseno y si no hubiera sido por sus gritos de alarma, a estas horas no quedaban sino cenizas. En este caso, el comisario fue justo con el Gallego y así como no le daba curso a sus denuncias, le contestó a Elmina que como el queroseno ya estaba absorbido cuando llegó a constatar el hecho y el único testigo era un menor, no existían elementos como para iniciar un proceso, al haber desaparecido la prueba del delito.

Bernardo rió a mandíbula suelta con los cuentos de Elmina y el Gallego y por un momento se olvidó de

sus desgracias. Ahí, entre sus viejos amigos, se sintió en su casa y fue feliz.

Como era domingo, a las dos de la tarde se retiraron el Jetón con la muchachada para ir a la cancha de fútbol, pues debían jugar, como locales, un partido con un club vecino. En la preliminar, jugaba también la flamante sexta división integrada por los chiquilines.

A la tarde regresaron contentos: el triunfo había sido de ellos en los dos encuentros. Como los vecinos y amigos entraban y salían del rancho continuamente, tuvo compañía todo ese día. También apareció Elmina, a quien no volviera a ver desde el incidente, pero que no había dejado de hacerle llegar mensajes de solidaridad mientras estuvo internado en el hospital, así como regalos de toda especie para que no quedaran dudas sobre su amistad. Después de todo fue quien lo había salvado, de manera que Bernardo no tuvo inconvenientes en devolverle con igual afecto sus efusivos saludos y abrazos. Todos estaban acostumbrados al trato de Elmina, así que no los impresionaba demasiado su innoble actividad. En el caso de Luisa y Reyna que se habían incorporado a la reunión después de regresar del cine con Oscar, la cosa fue distinta. No podían ocultar la repugnancia que les causaba su sola presencia. A más, en el desempeño de sus funciones habían chocado más de una vez con aquella, debido a las denuncias que debían elevar a las autoridades.

Así la reunión perdió mucho de su animación y en el curso de la conversación, según el tema que se tocara, más de una indirecta le era dirigida a aquella, sin que se diera por aludida, pero comprendió que no podía permanecer más tiempo sin perturbar a los asistentes, de tal manera que optó por retirarse temprano.

Al atardecer sólo quedaban Paco, Rosa, Reyna, Oscar y Luisa. Oscar invitó a todos a cenar a 'La Rural', propuesta aceptada con general complacencia. Al pasar cerca del restaurante del Lago, cambió de idea y les propuso que entraran allí, pues el día era caliente y en la terraza tendrían además de fresco, música y baile.

Bernardo no se animó a objetar el cambio, pero desde ese momento empezó a sentirse desazonado, pues comprendió, sin mucho esfuerzo, que él sería la pareja obligada de Luisa, aunque se consoló pensando que le quedaba la excusa de que no sabía bailar.

La noche era ideal y el espectáculo de las montañas iluminadas por la luna, de las aguas del lago reflejando las luces del restaurante y la sombra de los grandes y frondosos árboles, los puso a todos sentimentales.

Tal cual había previsto, después de encargar la cena, ya estaban las otras dos parejas bailando y cada vez que pasaban por la mesa donde habían quedado solos sus amigos, los animaban a que los imitaran. La situación se puso más fastidiosa cuando la propia Luisa se paró y lo arrastró suavemente a la pista.

Al principio, dentro de todo, no tuvo mayor problema, porque tocaban música moderna y él le limitaba a seguir los pasos y movimientos de su compañera. Como tenía ritmo, se vio bailando como los demás, en un momento dado. Pero después tocaron un tango y lo que temía llegó: el contacto del cuerpo de Luisa contra el suyo.

Mentalmente se puso a rezar a todo trapo y al final su actitud resultó tan extraña que la joven se sintió amoscada.

-Parece que no te agrada bailar conmigo.

El se apresuró a explicarle que lo que sucedía era que como nunca había bailado, tenía que concentrar sus cinco sentidos en hacerlo para evitar pisotearla.

La explicación, aparentemente, la satisfizo. A todo esto, con alegría observó como en ese momento llegaba el mozo con el servicio, así que volvieron a sentarse para poder cenar.

Mientras despachaban el sabroso pollo "a la Maryland" que habían coincidido en ordenar, empezaron a trazar proyectos para el futuro. Así llegaron a la conclusión de que lo del barrio nuevo y el traslado debían encararlos de inmediato.

-Es una vergüenza que sigamos viviendo en ranchos -declaró Oscar- ¡Fíjense si se enteran mis colegas! Ya no sé qué inventar cuando me piden mi dirección. Para escaparme, tengo que darles el teléfono del hospital.

-¿Y vos creés que mis padres no me preguntan? -comentó a su vez Reyna- Saben que salgo acompañada por un médico de fama y buen mozo, y no les puedo decir nada por temor se pongan a averiguar y se arme el lío.

Todos rieron. Total eran jóvenes y el futuro de ellos.

Bernardo les prometió que como no podía ir a trabajar al río por un tiempo, se ocuparía de acelerar los trámites.

-Ustedes me dan de comer, como lo han venido haciendo estos últimos meses y yo me ocupo de todo -

les propuso.

-¿Y ya has elegido la casa que quieres que te adjudiquen? -le preguntó Luisa.

Con toda naturalidad Bernardo contestó:

-No podría, soy soltero.

No bien terminó la innecesaria explicación ya estaba arrepentido y maldiciendo su imprudencia.

Un breve silencio reinó en la mesa. Luisa se esmeró en descarnar un poco más la pata del pollo, operación en la que concentró toda su atención. Paco lo rompió con una frase común, y Oscar se evadió invitándola a bailar a su novia. Al minuto era imitado por Paco.

-¡Cobardes! ¡Malos amigos! pensó Bernardo.

Luisa seguía en su lucha contra la pata del pollo, en la que parecía descubrir nuevos y microscópicos pedazos de carne, lo que le impedía levantar la vista y hablar.

Bernardo inventó la excusa que se había quedado sin cigarrillos, sin advertir que tenía un paquete lleno a su frente, sobre la mesa, y que hacía meses tenía prohibido fumar.

Cuando volvió, declarando que al llegar al mostrador recién recordó la prohibición, ya estaban los demás instalados en la mesa. Habían apresurado el regreso para hacerle compañía a Luisa.

El resto de la noche resultó un bodrio. Nadie sabía qué decir; la incomodidad que les producía la situación era evidente. Por fin, Oscar pagó la cuenta y trasladó en su automóvil a todos a sus respectivos domicilios.

Para evitar preguntas indiscretas, Bernardo se apeó junto con Paco y Rosa, a quienes les dio apresuradamente las buenas noches.

CAPÍTULO LV

El pleito del Gallego con Elmina terminó en una forma imprevista. El pobre hombre que había llegado a ser propietario de la finquita después de una vida de duro trabajo y de privaciones, y cuya obsesión eran sus frutas, sus sandías y sus verduras, vivía, desde que los de "Las Lonas Verdes" las descubrieran, en un estado febril.

Su esposa era una criolla medio mestiza, que no lo colaboraba demasiado en sus labores. Un buen día, aburrida de la vida que la hacía llevar, aprovechó su amistad accidental con un camionero y que en una caja de zapatos, escondida en el ropero, estaba el dinero que venía economizando su marido, para fugarse con aquel, con la caja y con todo lo que pudo llevarse encima.

Después de la furia inicial con que el Gallego recibió la noticia, al comprobar que se había quedado sin compañera, sin dinero y con tres hijos auestas, el mayor de los cuales, Néstor, se la pasaba en el prostíbulo, cayó en un estado de depresión total. Como sería la cosa, que hasta la propia Elmina se empezó a apiadar de él.

Por costumbre, cuando llegaba la época de la cosecha, seguía sentado debajo de su árbol predilecto con la escopeta entre los brazos, pero sin importarle ya nada. El único amigo que le quedaba, su perro, resolvió cargar solo con la tarea de vigilancia multiplicando su actividad y su furia.

Obligado por las circunstancias, Néstor tuvo que asumir sus responsabilidades, pues en la casa ya no había quién cocinara, ni limpiara e incluso, ni dinero para comprar nada.

Oscar, conmovido ante tanta desgracia un día fue a visitarlo para ver si lograba hacerlo reaccionar, pero todo fue inútil, pues el tipo estaba como idiotizado. Su apatía era total y absoluta y su único interés era en cuanto cosa digerible le pusieran por delante y cuando no las había, ni siquiera se preocupaba de solicitarlas.

Por tácito acuerdo, los chicos lo dejaron de molestar y hasta llegaron a apiadarse de su antigua víctima.

Un día, dejándose llevar por un buen impulso, Elmina resolvió ir a visitarlo.

Como nadie contestara su llamado entró a la casa y era tal el revoltijo y suciedad que encontró, que ahí nomás se arremangó y empezó a lavar y poner orden en las cosas.

A partir de entonces, solía volver dos o tres veces por semana para cumplir igual labor y de vez en cuando mandaba alguna de sus pupilas para que les cocinara.

Poco a poco el Gallego, al volver a ver una mujer en su hogar, empezó a reaccionar. Hasta llegó a llamar a Elmina por su nombre, sin insultarla ni retarla. Pero del hombre guapo y trabajador, no quedaban ni sombras.

Como no era posible que los dos hijos menores anduvieran haciendo lo que mejor les viniera en gana, Elmina tuvo que intervenir en eso también, y así, convenciéndolos en base a cachetadas y coscorriones, los obligó a retornar a la escuela.

Uno de esos días, cuando pasaba frente al árbol donde reposaba el viejo con su escopeta, observó algo anormal. Al acercársela, comprendió que le había sobrevenido un ataque. A los gritos llamó a Néstor que andaba tras el arado por el campo. Entre ambos lo trasladaron hasta la casa y lo pusieron en cama. Mientras, los chicos fueron enviados a buscar a Oscar con toda urgencia.

Este diagnosticó una hemiplejía.

-Si se salva, quedará medio paralítico -declaró-. Por el momento, lo único que cabe es reposo absoluto.

Elmina, que tenía un innato sentido práctico, logró de las chicas, que después de cumplir su labor en el rancho-prostíbulo, o de cubrir su cuota en la ruta, se dedicaran unas horas a cuidarlo al viejo. Este, poco a poco se fue reponiendo, pero tal cual les anticipara Oscar, apenas sí podía valerse por sí mismo, así que había que ayudarlo en todas sus necesidades, desde darle de comer, hasta acostarlo a dormir.

Por su parte, ya Néstor estaba acostumbrado a Elmina y ésta a aquél, pese a la diferencia de edad que los separaba, así que directamente aquella en vez de atenderlo en el rancho, lo atendía a domicilio.

Un día, Elmina --que ya estaba cerca de los treinta años- sintió que algo raro le sucedía, pues cualquier cosa que ingería para calmar su apetito, lo vomitaba.

Preocupada, concurrió al dispensario para hacerse revisar por Oscar y cuál no sería su sorpresa cuando éste diagnosticó que estaba embarazada.

-¡No puede ser! -exclamó- Si hace tiempo con el único que ando es con Néstor.

-Y bueno... ¿qué te creés que Néstor es un pajarito ... ?

-Pensar en los grandotes que me han montado y jamás sucedió nada.

-Bueno, ahora te ha sucedido y tenés que decidir lo que vas a hacer.

-¿Hacer qué ... ?

-Bueno... nada. Visitame de tanto en tanto para que pueda observar el proceso, aunque estoy seguro que tendrás un chico espléndido y sin problemas.

Elmina levantó el bolso para retirarse y mientras sonreía con picardía, le preguntó:

-¿Voy a ser mamá o abuela?

-No te entiendo...

-Y bueno, Néstor es como si fuera mi hijo. Esto que tengo acá -y se tocó el vientre - ¿qué viene a ser?

¿Nieto?

Oscar lanzó una carcajada.

-¡La verdad es que tenés cada ocurrencia...!

Satisfecha, fue a divulgar la noticia por todos lados. Reunió ceremoniosamente a sus pupilas y les contó la novedad; luego emprendió el camino hacia la casa del Gallego y cuando llegó Néstor lo puso al tanto de la nueva. Este exclamó asustado:

-¡Lo único que faltaba! ¡Me imagino que abortarás..!

-¡Pero qué te creés! ¿Que soy asesina ... ? Cuando tengás veintiún años nos casamos.

Y diciendo esto se dirigió muy contenta a la cocina.

CAPÍTULO LVI

Superando su amor propio herido por el rechazo de Bernardo la noche anterior, como si nada hubiera sucedido y tal cual lo venía haciendo desde que aquél convalecía en el hospital, Luisa se presentó en su rancho a una hora que calculó estaría solo y podrían hablar sin interferencias. Lo encontró acostado, así que, tímidamente, desde la puerta lo saludó:

-Despertate Bernardo, ya es media tarde.

-Estoy despierto. Hasta cuando duermo estoy despierto ¡Es desesperante!

-Serán los remordimientos -le replicó la joven con una sonrisa.

A todo esto, ya estaba al lado de ella poniéndose la camisa. La invitó a que se sentara bajo la pequeña galería que había construido para defenderse del sol.

-Más bien dudas sobre la forma como he encarado mi vida.

Ella resolvió aprovechar la oportunidad que se le presentaba para entrar al tema que la había llevado. Estaba decidida a lograr una definición y disipar sus dudas. Para explorar el terreno, afirmó:

-El eterno problema del bien y del mal. Se me ocurre que en algún momento de tu vida te has equivocado o te has dejado llevar y has hecho algo cuyo recuerdo hoy no te deja vivir tranquilo. Algo que te has propuesto expiar u olvidar y por eso has venido a parar aquí, en medio del barro y de las latas.

El que se quedó mirando el suelo. Después de unos minutos contestó:

-Eso del bien y del mal, es un poco simplista. Hay otras opciones en la vida que lo pueden llevar a uno equivocarse, o al menos, a dudar. La pelea que elegimos por ejemplo. De pronto se nos ocurre si no será todo cortina de humo, tiempo perdido en esta única vida que disponemos; si no la estamos desaprovechando. A uno se le ocurre que está luchando contra gigantes, y de golpe descubre que está dando trompadas contra el humo. Eso puede ser.

Ella, sin comprender demasiado, intentó una interpretación:

-Te creés un cruzado entonces, que sólo puede hacer peleas grandes y resulta que has terminado paseando ripio. Ya se me hacía que eras un amargado.

-No, me has entendido mal... O pueda que tengas razón y sea eso. ¡Vaya a saber! La cuestión es que *no me hallo*.

No supo porqué, pero se sintió más aliviada con su respuesta. Pensó que iba por el buen camino.

-Debes ser de los tipos que los gusta complicarse la vida. De los que creen que ellos solos tienen problemas, o que si no tienen problemas grandes, no sirven para nada.

-Puede ser.

-La verdad es que cada día te entiendo menos, o mejor dicho te entendería si estuvieras loco.

-¿Y quién te dice que no lo esté?

-Mi instinto de mujer.

-¿Y qué estoy entonces ... ?

-Enamorado sin amor.

-Podría ser. Me enamoré de algo, en verdad, que creía concreto y que ahora pienso puede ser sólo una ilusión. Es mi problema: saber si voy tras una sombra o tras una realidad. Si estoy quemando mi vida, mientras otros la aprovechan, ¡a ésta, la única!

-Estás muy profundo hoy. La vida es simple, mientras no se nos ocurre complicarla. Hay los que hacen cosas para vivir, como Pata i' Palo por ejemplo, y los que viven para hacer cosas, o por lo menos pensarlas, como los empresarios ambiciosos, los filósofos, los curas...

-¿Que tenés contra los curas?

-Nada, mientras no se metan con uno. Pero eso es imposible. Siempre terminan metiéndose.

-Te creía distinta. Aspirante. No te sabía quietista.

-Mirá, quizá yo tampoco sepa qué hacer de mi vida. La diferencia está que mientras a vos se te ha metido en la cabeza descubrirlo, yo dejo que los objetivos se me vayan presentando. Vos sos un capitán sin brújula, que te aferrás al timón en las tinieblas, y yo en cambio, me he cansado de entrada nomás y lo he atado

abandonando el barco a la deriva yéndome a dormir.

-Yo quisiera saber adónde voy. Me parece absurdo tener inteligencia y no usarla.

-¡Si uno tuviera la seguridad de que usándola va a llegar a la verdad! O que negando a la verdad, después no se va a amargar más, al darse cuenta de lo que ha hecho, en cambio de lo que debió hacer... Te daría la razón. Somos hormigas, Bernardo, convécete.

-Hay un más allá, otra vida, a la que te aseguro no se llega por inercia. ¡Hay que conquistarla!

-¿Así que tu melancolía es porque no sabés si tenés que palear para la vida eterna, o para parar la olla?... Me hacés reír, Bernardo. Con vida eterna o sin vida eterna, no veo la diferencia en lo que tengamos o podamos hacer.

-Decime, si vieras un moribundo sediento ¿le alcanzarías o no un vaso de agua?

-Por supuesto.

-Si vieras a uno que se está condenando al castigo eterno ¿no intentarías rescatarlo, enseñándole el bien?

-Mirá, para eso están los curas. ¡Qué se yo de esas cosas!

Bernardo, al escucharla, se tomó la cabeza con las manos y un profundo sollozo brotó del fondo de su ser.

"¿Y ahora, qué es lo que dije para que se ponga a llorar?" -pensó Luisa-. Este me está empezando a cansar. ¡Sólo a mí se me ocurre enamorarme de un vago que se la pasa todo el día tirado en el catre!

-Ya sé lo que pensás. Que no sirvo para nada, y es la verdad. Por lo menos en este momento. Puede que cuando resuelva mis dudas, vuelva a servir para algo.

-Pero al fin ¿cuáles son tus dudas? y por otra parte ¿conocés a alguno que no tenga dudas? ¿Te creés que una muchacha honesta no duda en seguir rompiéndose el alma trabajado, cuando sabe que con solo abrir las piernas tiene lo que se le da la gana?

Al concluir de desahogarse, lamentó su crudeza.

-Vos misma has dicho que no te has fijado un objetivo. Si fueras pura por haber rechazado para siempre la posibilidad que acabás de decir, te estarías torturando pensando si no habrías hecho la gran macana. De acuerdo a tu modo de ser, más que pensar, es posible que mueras casta y pura, sin problemas. Pero no debés descartar que, al no haberte planteado la posibilidad de la elección, por ahí las circunstancias te agarran desprevenida y te pase cualquier cosa.

-Lo que te pasa a vos, es que con motivo de tu enfermedad te ha estado visitando demasiado el cura Miguel. A los curas hay que respetarlos, pero si uno los deja hablar demasiado, terminan por enloquecerte -concluyó sonriendo.

-La verdad, Luisa, es que ¡YO SOY CURA!

Al observar su cara de espanto e incredulidad, agregó:

-¡Sí!, soy cura. Cura disfrazado de jornalero. Ese es mi drama. Dejé todo para venir a servir a Dios, para rescatar a mis hermanos de la miseria, llevarlos a la luz y ahora resulta que dudo de cuál es la luz. ¿Has entendido ahora?

Luisa lo observó largos minutos en silencio, mientras su confesión iba penetrando lentamente, por entregas a su perturbado cerebro. Ahora sí empezaba a comprender. Una inmensa piedad hacia sí misma se apoderó de su ser. El Bernardo que amaba se habla trocado en algo lejano, inalcanzable. Dio gracias a que estaba sentada, pues estaba segura que de haber estado parada, sus piernas hubieran flaqueado. Instintivamente, hasta experimentó una sensación de repulsión. ¡Se había enamorado de un cura! Maldito fuera, bien pudo habérselo advertido a tiempo. De golpe se le ocurrió pensar si no estaría loco y que como tantos locos se le había metido en la cabeza que era cura. A otros se les ocurría que eran Napoleón o Hitler. Pero recordó los rezos en latín cuando la noche de la paliza y entonces sus dudas se desvanecieron. Sintió deseos de levantarse y salir corriendo para proclamar a gritos el engaño de que había sido víctima, ¡de que habían sido víctimas todos! pero sus piernas no le respondieron. Ello la obligó a pensar el asunto de vuelta. Su resentimiento empezó a trocarse en lástima. ¡Pobre Bernardo! ¡Cómo habrá sufrido todos esos años! Ahora se sentía culpable porque comprendió que sus dudas, todo el maldito enredo que se hacía, debían tener por origen una crisis de vocación. Lo miró con otros ojos. Una vez más contempló sus suaves facciones, su rubio cabello, sus ojos bien azules. Si, era un espléndido muchacho, solo, abandonado a su naturaleza varonil que pugnaba por manifestarse y a la soledad más absoluta, consecuencia de no poder confiarse en nadie. Trémula le preguntó para que le confirmara:

-¿Así que sos cura?

-Sí, disfrazado. -¿Y por qué has andado disfrazado?

-¡Si hubieras conocido esto cuando llegué! Jamás hubieran tolerado una sotana. Ahora es distinto.

-¡Qué claro veo ahora tantas cosas! No sé qué decirte, pero me parece que has cometido un grave error. Las cosas te habrían resultado así más difíciles de entrada, pero ahora...

-No digás lo que me he repetido mil veces todos los días, desde hace años. Acertar ahora resulta tan fácil como equivocarse en aquel momento inicial.

-Sos un tercermundista...

-No soy un tercermundista. Simplemente traté de ser un misionero. El tercermundismo nada tiene que ver conmigo. Ni siquiera sé bien lo que es. Cuando llegué no se hablaba en la Iglesia del tercermundismo. Más bien del tipo de esos sacerdotes obreros, que se iban a trabajar a las fábricas, con la diferencia que sus compañeros de trabajo sabían que lo eran.

-En definitiva, has querido crear un movimiento propio.

-¡No seas imbécil! No quise crear absolutamente nada. Me dejé llevar por un impulso, eso es todo.

Al gritarle se puso de pie y empezó a dar vueltas de nuevo.

-Mejor andate, Luisa. Nada tenés que hacer ya aquí. Lo que sí te pido es que no digás nada de esto a nadie. ¿Para qué? Me voy de aquí y asunto terminado.

Era tal su desesperación que Luisa se conmovió. Después de todo, lo amaba mucho. Rectificó sus pensamientos: lo había amado, pues a un sacerdote no se le puede amar.

-No tengás miedo. No voy a contar lo que me has confesado, pero no puedo dejarte así, Sos capaz de hacer cualquier macana en estos momentos. ¡Sobre que andás medio tocado! -agregó sonriendo con tristeza, llevándose un dedo a la sien.

Bernardo volvió a sentarse. No se animaba a mirarla. Puso otra vez su cabeza entre las manos, su posición más característica en los últimos tiempos.

-Perdoname, Luisa.

-¿Perdonarte qué? no me has hecho nada...

-Vos sabés que sí. Al andar disfrazado, he permitido que te enamoras de mí.

-Si fuera cierto -respondió ella recatada, sin aceptar ni negar la verdad- no es tan grave la cosa. Todos los días alguno se enamora de alguien que no está enamorado. No te aflijás, el tiempo todo lo borra. Lo único serio en todo esto, sos vos. ¡Lo tuyo sí que no tiene remedio!

-Mi buena Luisa, -exclamó espontáneo tomándole las manos- sos pura y limpia, digna de ser amada por alguien digno. No tengo derecho de haberte hecho el daño que te hice.

En ese momento recordó que a María le había dicho lo mismo, en casi idénticas circunstancias.

-Y me han contado que no fui la única... A María también la tuviste bastante tiempo. ¡Perverso! -lo reprendió con dulzura.

-¡María...! Sí, pobre María. Por suerte ya se consoló. Para ella soy un maricón ¡Cómo se reirá cuando se entere de la verdad!

-Para ser cura, no elegís mal -comentó ella siempre con dulce ironía-. No seré como María, pero tampoco mal parecida.

-¡Por favor! No digás eso. Te consta que en ningún momento te alenté. Todo lo contrario.

-La mejor manera de atraer es rechazando. Las mujeres somos caprichosas. Te conviene ir sabiéndolo para la próxima vez.

-No habrá próxima vez. Te envidio lo que todavía tenés ánimo para reírte.

-No me río, Bernardo. ¡Si supieras las lágrimas que me corren por dentro! Tengo inundado el corazón. Un poco más y muero ahogada.

Mutuamente, sus ojos se preguntaban: ¿Y ahora qué...?

Pensó que nada más tenían que decirse, así que se puso de pie lentamente. El la retuvo:

-No te vayás. Ahora que conocés mi secreto, quedate un rato. Será un consuelo hablar con alguien fuera del cura Miguel, que lo conozca. Tirale un cable a este ahogado...

-Si estás ahogado, no hay cable que valga.

-Bueno... a uno que está casi ahogado. Quizá puedas salvarme...

-¿Qué quieres que te diga? Que analices tus convicciones y actúes de acuerdo con ellas. Nada nos hace más desgraciados que ser lo que no queremos o creemos debamos ser.

-¡Yo quiero ser sacerdote!

-Entonces, ¡Sé sacerdote!

-¿Y mis dudas?

-En eso no te puedo ayudar. Poco sé de esas cosas. Desde recién nacidos nos han enseñado que los curas no deben casarse y ni siquiera se nos ocurre pensar lo contrario. Mas, la sola idea nos repugna, es motivo de risas y bromas.

-Estoy solo Luisa. La vida de un sacerdote es soledad. Predica en un mundo de incrédulos. Los arrimamos a la Iglesia hablándoles del infierno eterno. Molestamos porque recordamos a los hombres que no deben hacer lo que gozan haciendo. Nos aprecian cuando sus goces los llevan al desastre. Entonces somos paño de lágrimas. Tal cual los médicos, cuando el enfermo, pasado el susto, no tiene memoria para el sufrimiento y vuelta a empezar. Sólo una fe incommovible en Dios y en nuestra misión nos puede dar las fuerzas necesarias para proseguir nuestro camino. Cuando esa fe flaquea, lo que parecía una bendición de Dios, una selección de privilegiados, se convierte en un infierno. En ese punto estoy yo. No me abandones.

-Yo soy católica. Voy a misa. Rezo. Cuando peco, vivo intranquila; me arrepiento; me confieso y trato de no volver a caer. No soy de los que me río de estas cosas, pero nunca las profundicé. Mi fe está en la piel, en la costumbre. La arrastro conmigo como el vestido o los zapatos y así como no se me ocurriría salir desnuda a caminar por la calle, tampoco se me ocurriría dejar mi religión. Me has puesto en un brete terrible porque para mí un sacerdote es sagrado y lo sagrado está reservado a Dios. No quiero competir con El. La sola idea me aterra.

-No te pido que te pongás de rival. Te pido solo tu amistad, para que así lo que es de El pueda seguir siéndolo.

-Poco le pedís a un corazón enamorado. Dejaste que me enamorara, que tratara de hacerte mío y ahora pretendes que te cuide para otro. Que ese otro sea Dios, no impide que mi renuncia implique un esfuerzo superior a mis fuerzas. Lo mejor será no vernos más.

-Ahora que creía salir de la soledad que me está enloqueciendo, te apartás. Pero reconozco que tenés razón. Mi solución no debe ni puede implicar al sacrificio de nadie. Sin querer, una vez más fui tremendamente egoísta.

-Lo grave es que ahora me cuesta dejarte solo, no poderte ser útil en el momento que más necesitas de alguien. Dejame pensar tranquila sobre todo esto. Si llego a la conclusión que tu confesión me ha apartado de vos hombre y puedo verte sólo como sacerdote, única manera de que mi amistad te podría servir de algo y no ya de tortura, volveré a visitarte.

-¡Ojalá encuentrés fuerzas para hacerlo! Estoy solo, Luisa, perdido en las tinieblas. Tengo que resolver mi camino y ¡urgente! Gracias por todos tus cuidados. Que ya no haya misterios entre nosotros me produce un formidable alivio. Adiós.

CAPÍTULO LVII

Después de su confesión con Luisa, pasaron varios días sin que volviera a visitarlo y sin que él se decidiera a concurrir a ningún lado donde el encuentro resultara forzoso.

Se le había creado un problema de subsistencia, pues si bien Oscar lo había dado de alta, el esfuerzo violento estaba fuera de sus posibilidades. Eso de vivir de la generosidad de sus amigos, lo tenía mortificado, aparte que le creaba un problema de dependencia. El capataz Hueyo le hizo llegar en esos días un ofrecimiento de que se desempeñara en las labores de control y vigilancia en la clasificadora, que por otra parte había modernizado sus instalaciones y por eso mismo tenía menos exigencias de mano de obra. Incluso, Hueyo le dejaba entrever que como él se sentía ya viejo, podía aspirar a reemplazarlo.

Al Ñato Montero la vejez se la había venido encima y empezaba a perder la vista, por lo que, en vez de una ayuda, resultaba un problema más. Incapaz de estarse quieto o de evitar conversar con alguno, buscaba de hacer donde nada había por hacer, o repetir lo que ya todos conocían de memoria. Pero había algo en el negro brasilero que atraía las simpatías de todos y así, de sus viejos amigos jamás escapaba una queja. Por otra parte, no era el único para quien el tiempo había pasado, ya que el Hachudo y el Fiero también acusaban el paso de los años. Alberto hacía tiempo que se había despedido para ir a cumplir sus sueños de trasladarse a Buenos Aires. En esos días, cuando aún era un semiconvalesciente, solía terminar las tardes con el Ñato en lo de la Gorda. Era una forma de hacerle compartir a ésta y sus hijos la obligación de atenderlo al negro en sus cuentos y en sus deseos de estar con alguno.

Causa de eso, sus encuentros con María y Buby Portela eran forzosos. Sus relaciones eran públicas, así que no disimulaban, ni escatimaban sus miradas, sus mimos y sus caricias. Si bien el abogado no concurría todos los días, en sus ausencias, se encargaba la joven de hacerlo presente. No podía ocultar que para ella, la gloria era tenerlo a su disposición y cada vez que su nombre aparecía en los diarios, que no eran pocas, corría a mostrárselo a sus familiares y amigos. ¡Qué decir cuando arriba del nombre, estaba su fotografía! Su placer era en estos casos, recortarla en presencia de todos e ir formando el álbum que a tal efecto adquiriera.

Si bien hacía tiempo había suprimido las pullas y las sonrisas irónicas, ante ella Bernardo se mostraba tímido. No se sentía capaz de contestar con naturalidad la más simple de sus preguntas, o emitir una opinión, sin vacilar o tartamudear. La sola idea de que pudiera pensar que era un "maricón" o un manflora, según su pintoresco lenguaje, lo cohibía y aniquilaba.

Toda la pasión que en un momento dado pusiera a su disposición, la había transferido al abogado. Con alarma pudo observar que sus oídos estaban cada vez más atentos al arrancar del automóvil cuando se la llevaba a la noche, o al seco golpe de la puerta del almacén que a la madrugada anunciaba su regreso al hogar.

Estaba seguro, pese a todo, que lo único que representaba María para él, era el mundo que había jurado abandonar para dedicarse al servicio de Dios, que se valía de todos sus demoníacos recursos para hacerlo abjurar de su solemne promesa. Pero esa era la respuesta de su razón, respuesta que su carne jaqueaba cada vez más.

Sería por eso, quizá, que el recuerdo de Luisa no le traía esos problemas. ¿O se los traería el día que apareciera alguno como Portela y se la llevara? Lamentablemente -pensaba- ello no lograría saberlo sino llegado el momento.

Cuando en sus noches de insomnio, que eran tan frecuentes, se los imaginaba, a pesar de sus esfuerzos por rechazar las imágenes, revolcándose en la cama, penetrándose el uno al otro, con todos los detalles del encuentro sexual, se repetía sin querer creer lo que oía de sí mismo, que no era búsqueda de placeres, sino la búsqueda de dos partes para constituir un todo. ¿Qué era el hombre solo? ¿Que la mujer sola?, sino parias de la naturaleza.

La posibilidad de una amistad meramente espiritual con Luisa, lo consolaba y daba esperanzas. ¿Pero no estaría engañándose? ¿Era natural la simple amistad entre hombre y mujer? ¿No estaría por meterse en un terreno peor del que había salido? ¿Por qué no trasladarse a otro lado y ejercer de sacerdote a cara descubierta? Y todo este problema por una maldita cuasi prostituta, que después de haberlo tentado y hecho la vida imposible, no tuvo problemas en echarse en los brazos del primer abogaducho atildado y charlatán que

encontrara a su paso. En Luisa jamás había observado sexo. Sin el problema de María, ella tampoco hubiera sido problema. Tantas jóvenes que había tratado sin que sintiera nada especial. Ahora comprendía a Antonio y Eugenio y el drama que habían protagonizado. ¡Esta *chinitilla!*, como dicen por aquí...

Cada vez le importaban menos el barrio nuevo, el club, los changuitos. Cuando andaba por la villa, llevaba auestas el complejo de la paliza que le habían dado en lo de Elmina y el tilde de maricón. Por el momento, nadie le decía nada, pero ya empezarían de nuevo, estaba seguro.

Aceptó el cargo que le ofrecía Hueyo y empezó a trabajar maquinalmente. Asentar partidas de ripio que salían, pedidos que llegaban, jornadas de trabajo, sumas pagadas y recibidas. Por lo menos estaba lejos del rancho, de la Gorda, de María y de todos.

A todo esto, Luisa no le contestaba nada. Un buen día se le metió en la cabeza que iría a discutir, no a confesarse, con el cura Miguel, y así lo hizo:

-Pero decime curita -le largó de sopetón apenas llegó--, ¿cómo es eso de que si el servicio de Dios requiere una plena entrega, mediante el celibato, se prohíbe que la naturaleza del hombre se acondicione, mediante el acoplamiento a la mujer, para que su única necesidad sea El? La plena entrega a Dios supone una naturaleza quieta, aguas mansas -concluyó por su cuenta- para que la inteligencia pueda estar totalmente a su servicio. En el caso del hambriento, cuya inteligencia está al servicio del estómago que debe llenar para subsistir ¿se puede pretender que además esté totalmente al servicio del Ser Supremo?

El cura se lo quedó mirando sin saber a qué venía esta explosión. Pensó que no había derecho que él, pobre cura de extremaunciones y bautismos, le vinieran con esos problemas. Este Bernardo está cada día más chiflado -pensó-. ¿De dónde se me habrá ocurrido meterlo en 'Las Lonas Verdes?' Para peor, ya estaba perorando de nuevo.

-Porque hay dos formas de búsqueda del Creador. La de los débiles, que lo hacen para superar los problemas que les acarrearán sus delitos morales y la de los satisfechos, que lo buscan para perfeccionar sus espíritus.

-Mira Bernardo, entra del todo y siéntate. No creo que el asunto tenga tanto apuro que lo tengamos que estar debatiendo a los gritos - intentó calmarlo, mientras lo empujaba hacia adentro y hacia una silla, preocupado que la vieja Anselma pudiera pescar algo del asunto.

-No tengo problema, curita. Encantado de sentarme con vos un rato como en los buenos tiempos.

-No veo por qué tienes que hablar de los buenos tiempos en pasado, hermano.

-Buenos tiempos para mí, al menos, eran aquellos en que me sentía cruzado frente a la morería. La lanza en ristre para embestir con la palabra de Dios contra el espíritu del mal. Ahora ya no sé lo que es el bien ni lo que es el mal.

-No exageres, Bernardo, ¡ni me exasperes! con tus tonterías. Soy el responsable de tu instalación en "Las Lonas Verdes" y créeme ¡estoy arrepentido! No es que tú hayas perdido la noción del bien y del mal, ni nada. Simplemente, permíteme el diagnóstico de este viejo curandero sin pretensión de doctor: en vez de perder, estás descubriendo o encontrando tu cuerpo. Eso es todo.

-No sos claro, pero si querés decir lo que supongo, desde ya te digo que estás equivocado y de paso, ofendiéndome.

-En criollo definimos la enfermedad que tanto trabajo te dá como *calentura* o *arrechera*, como la llaman otros. Perdóname la expresión: tras el culo de una mujer se te está escapando la teología y la fe.

-¡Eso sí que está bueno! Las oportunidades que se me han presentado y ¡nada! ¡Soy virgen, curita! Esta vuelta te has equivocado...

-Ahí está el problema. Quizá si alguna vez te hubieras sacado las ganas, ¡que Dios me perdone! no le estarías dando tanta importancia a la cosa, lo cual no quiere decir que piense no la tenga...

-¿Y vos me decís eso ... ?

-En la vida hay que ser auténtico: o eres casto porque tu cabeza te dice que tenés que serio, y en ese caso te dejas de andar revolcando en deseos que sólo tu cobardía te impide satisfacer, o mandas al diablo la castidad, la sotana y lo que fuere, con lo que habrás satisfecho tus deseos físicos, aunque luego encuentres que tus deseos espirituales han quedado extinguidos. O le das primacía al cuerpo y te acercas al bruto, al animal irracional, o le das absoluta primacía al espíritu, y entonces puedes esperar con confianza conocer y gozar los supremos goces que sólo éste puede brindarte. También puedes caer en la tentación de pretender lograr un equilibrio de goces materiales y espirituales, pero mucho lamento anticiparte, si ese es el camino que te está tentando, que a la larga o a la corta el equilibrio resultará imposible de mantener.

-Entonces, ¡para qué diablos tenemos carne! Debiéramos ser puro espíritu, según tu teoría.

-¡No he dicho eso! -se encrespó el cura-. Creo que la vida, por definición, es pelea, ¡y a mí me gusta la pelea! Si no hubiera contradicciones internas en el hombre, seríamos mulos o piedras. ¿Eso es lo que quisieras ser? Por supuesto que no, contesto por ti, ¡semejante orgulloso, que te estoy conociendo! ¡ser piedra o mulo!

-Yo quiero ser un tipo normal: carne y espíritu.

-Entonces, ¡para qué mierda te has metido a cura! Los curas somos los exquisitos que hemos renegado de la carne, porque descubrimos la superioridad del espíritu, lo cual no quiere decir que, aquella no intente, de tanto en tanto, recuperar su perdido predominio.

-Entonces, según vos, hay que ser cura o hijo de puta.

-No seas de mala fe. No he dicho eso. Se puede ser también, como la inmensa mayoría, hombre común, pero sin pretender entonces la sublimación de nuestro espíritu. Nosotros somos los Mate Cosidos del bien, así como otros son los Mate Cosidos del mal. Los honorables mediocres resultan así presionados desde los dos lados. Mientras unos les dicen: nos dan la bolsa o les quitamos la vida; otros les decimos, regalen la bolsa, o se quedarán sin vida eterna.

-Entonces los curas somos unos hijos de puta.

-No, los curas estamos jugando por la causa del bien, así como otros se juegan por la causa del mal. Como tipos jugados, en uno u otro caso, somos minoría y ambos queremos conducir a la mayoría, tras nuestros respectivos ideales: de plena realización espiritual o de plena realización material.

-Con vos no se puede hablar en serio.

-Y contigo lo serio parece joda.

Quedaron en silencio. Agotados después de haberse castigado tan duramente. Con el cansancio vino el "clinch".

-Todo puede ser --dudó Bernardo.

-Puede que me haya expresado mal -reconoció el cura.

Tras eso se quedaron meditando.

"Creía que mi razonamiento era perfecto -se decía Bernardo ahora- pero veo que su claridad es la obscuridad de las tinieblas. Lo cierto es que no puedo convencerme a mí mismo de mis propias convicciones".

"No quiero herirlo más a Bernardo -se decía el cura-, pero lo que no tiene presente, es que a su razonamiento le faltan los condimentos esenciales del cristianismo: sacrificio y caridad. Es terrible que él que todo lo ha dejado por los demás, no caiga en cuenta de ello".

Y así siguieron los dos meditando un largo rato, cada cual por su cuenta, sin animarse a emprender de nuevo otra larga discusión.

CAPÍTULO LVIII

El día aquel que Bernardo le descubriera su secreto, al separarse, Luisa caminó ensimismada hasta la ruta para tomar el ómnibus que la llevaría de regreso a su hogar. La revelación que había oído iba adquiriendo cada vez más importancia a medida que le tomaba su peso. Frente a él no había tenido capacidad ni tiempo de asombrarse demasiado. Después del impacto inicial, por inercia, aceptó el hecho sin que ello le impidiera seguir conversando. Sentada en el ómnibus, mientras traqueteaba el trayecto que le era tan conocido, volvía sobre el asunto, sin poder llegar a una conclusión definitiva. Le parecía lo más cuerdo seguir su primer impulso, o sea, pedir licencia en su empleo, y el traslado después.

Pero la insistencia de Bernardo en que analizara la posibilidad de continuar viéndose como simples amigos y el desesperado llamado de su soledad, la tenían preocupada. Si bien el conocimiento de su estado sacerdotal le produjo un sentimiento de repulsión, a medida que pasaban los minutos el mismo iba desapareciendo para dejar incólume e intacto su amor.

Ese joven rubio de ojos azules, tan distinto a los demás que había tratado hasta entonces, se había impuesto en su corazón. ¿Cómo desalojarlo ahora? Para ello no había sido suficiente, al principio, cuando advirtió la atracción que ejercía sobre ella, pensar mil veces que era un simple jornalero, habitante de una villa miseria. Su instinto, pues no se había equivocado aquella vez. Ahora tenía la certidumbre de que la pala y el rancho eran un disfraz ocasional y que debajo de él vivía y palpitaba un corazón extraordinario, capaz de abandonar todas las comodidades que le ofrecía su mundo, para buscar la salvación material y moral de los que constituían una lacra social. ¡Cuan distinto a los egoístas y estúpidos manoseadores que conocía! Empezando por los jefes en la oficina. Pero no, antes que ellos, estaba el amigo de la familia, a quien su madre recurriera en busca de influencia para lograr su nombramiento. Nunca olvidaría el día que la citó a un departamento que no era el suyo, diciéndole que las gestiones para obtenerlo andaban bien, pero que uno de los que debía firmar el nombramiento quería conocerla para tomar una impresión personal. "Tenés que comprender que nadie pone su firma para nombrar un desconocido. Es la mínima preocupación, atento la responsabilidad que asume". Y ella, ingenua, había concurrido. El único que estaba era el amigo de la familia, Ya llegará tu futuro jefe -le explicó-. Como somos tan' amigos, me pidió te atendiera, mientras se desocupa y viene.

Era tal su emoción que no se le ocurrió siquiera una duda. Aceptó la bebida que le sirviera, como algo natural, como también sus contorneos, bromas rebuscadas y frases hechas y que el infaltable instrumento de los seductores se pusiera en marcha, lanzando suaves sonidos. El que se sentara en el mismo amplio sofá. El que, con el calor de la conversación y del entusiasmo por el éxito obtenido en su gestión se fuera acercando a ella y hasta el que le tomara cariñosamente la mano. Cuando sorprendentemente se encontró en sus brazos y sintió el cálido aliento de su boca sobre sus labios, recién atinó a ponerse de pie de un salto, lo que logró seguramente porque el amigo de la familia pensaba que todo andaba a las mil maravillas.

Ese día pudo escapar con el pelo revuelto y una cara de furia tal, que sorprendió al portero. Cuando llegó a su casa, se encontró con un nuevo problema: su pobre madre que la esperaba ansiosa para reconocer el resultado de la gestión. Viuda, sin recursos, sus fuerzas ya no daban para mantener a sus cinco hijos, de los cuales Luisa era la mayor. No se animó a informarle la verdad. Le contó, en cambio, que todo había salido bien y que creía haber causado una excelente impresión al señor que debía firmar su nombramiento. Fue tal el gusto de aquella que ahí nomás se puso el chal y sin darle oportunidad para otra cosa, partió a agradecer al amigo de la familia el trabajo que se había tomado. De allí regresó casi desesperada, pues éste se encargó de comunicarle, después del susto inicial que lo sobrecogió al verla llegar a su casa pensando en la escena que le hada, que Luisa había estado muy terca con el alto funcionario.

-Tu hija había resultado ser muy orgullosa. Parece que le cuesta pedir favores.

Sí, esa fue la expresión que utilizó y que su madre le transmitiera fielmente. Orgullosa. ¡Cómo le refregó su madre esa noche lo del orgullo! Orgullosa de una madre que no ¿;e cansa de lavar, fregar, planchar, humillarse, para que puedas comer y estudiar -le repitió una y cien veces mientras desesperada se retorció las manos-. No te das cuenta, hija ingrata, que no doy más -y se lanzó a llorar y a llorar. No, no podía decirle la

verdad, y así, al día siguiente, partió de nuevo a rogar y de nuevo la volvieron a citar al mismo departamento para entregarle allí el decreto con su designación.

-Es mejor que seas amable conmigo. Mirá qué fácil es romper un nombramiento -agregó el amigo de la familia, mientras tomaba en sus manos el papel, después de habérselo hecho leer.

Ella gritó, lloró, clamó, pero terminó en la cama con él, entregándole lo que con tanto celo había rescatado para el que se decidiera amarla con sinceridad y respeto.

Fue tal su asco, que desde ese día no podía soportar el galanteo de sus jóvenes amigos. Hasta que ese Bernardo vino a despertar su corazón de mujer, precisamente porque no la buscaba. Rió para sus adentros mientras se incorporaba del asiento para iniciar el descenso del ómnibus. Y ahora resultaba que Bernardo era un cura. ¡Pero cómo no lo había pensado antes! En las épocas que corrían, sólo un cura o un eunuco podrían mostrarse indiferentes ante una muchacha. Su madre nunca supo de su episodio con el amigo de la familia, por eso, de tanto en tanto, tenía que aguantarlo cuando se presentaba a comer algún plato especial que le preparaba en señal de agradecimiento. Incluso, aquella le reprochaba lo terca que se manifestaba ante su benefactor. Resolvió que nada le diría tampoco de Bernardo. Con no volver a sacar el tema del 'muchacho de ojos azules' que la intrigaba cada vez más, se terminó.

Esa noche lloró hasta deshidratarse. Maldijo su suerte y hasta analizó la posibilidad del suicidio. Pero al pensar en su pobre madre y en sus hermanos que la necesitaban, la desechó. De puro cansada, el sueño tuvo que llegar y cuando el día siguiente despertó, su decisión estaba tomada, pero dejó transcurrir varios días antes de hacérsela conocer, para asegurarse de su firmeza. Se dirigió al rancho de Bernardo rogando estuviera solo y pudieran conversar sin ser interrumpidos. Un suspiro de alivio se le escapó cuando lo encontró a su frente y que por las cercanías no aparecían ni el Ñato, ni el Jetón, ni nadie.

Lo saludó con dulzura, mientras él lo hacía con emoción.

-Mirá, Bernardo -habló ella-, tu idea no va andar. He pedido licencia hasta que me den el traslado. Vengo a decirte adiós.

Bernardo la miró con ojos tristes. Ella agregó:

-Todos estos días he estado pensando en vos. Vos también tenés que irte, para volver a ser lo que decidiste ser. Has querido hombrear solo la miseria de esta villa y el peso te ha aplastado. Salí de abajo y respirá un poco.

En vez de mirarla, ya estaba con la cabeza entre las manos.

-Yo no me enamoré de un cura, sino de un muchacho formidable. Andate lejos y resolvé si vas a ser cura o muchacho. Estoy segura que vas a resolver ser un cura, porque así me lo has dicho y es tu vocación.

Sus dedos perfectos hicieron de peine pasando entre sus rubios cabellos.

-No creo que pueda enamorarme de otro. Que me enamorara de vos, ya es un milagro. Soy de esas provincianas que cuando la denigran, aunque sea de prepo, piensan que ninguno que valga la pena las puede querer.

Ahí estaba quieto, sin decir nada.

-Si alguna vez tenés que querer a alguna, se me ocurre va a ser María. Vos y yo somos pura cabeza. Si sentís necesidad de algo, va a ser de sexo.

El suspiro le salió de adentro, tan natural como siempre.

-Si creés que estoy equivocada; si así pensás cuando estés lejos y volvés a ser cura; si después de volver a ser cura volvés a ser muchacho; Tucurnán es chico...

Sus dedos largos y delgados volcaron sobre sus ojos un montón de rubios cabellos.

-Adiós.

CAPÍTULO LIX

El nuevo barrio estaba quedando lindo, con sus calles rectas, bien trazadas, las casas en línea, los frentes guardando el mismo estilo. Rosa no pudo menos que reconocérselo así a Paco. Todo su escepticismo inicial quedaba desmentido por la realidad. De ahí en adelante no podría seguir llamando a las viviendas "ranchos de lujo". Las paredes de ladrillos habían sido revocadas y colocadas puertas y ventanas, lo que les daba otro aspecto. Los tirantes de los techos estaban cubiertos por el cielorraso y lo único que faltaba ahora, eran los muebles.

-Los muebles serán todos nuevos -le prometió Paco mientras hacían la recorrida habitual.

-¿Y vamos a tener con qué comprarlos?

-Por supuesto. Para comprarlos a crédito no exigen cuota inicial.

-¿Cuál será, de todas éstas la nuestra?

-No lo sé todavía. Las sortearán. Una vez que nos adjudiquen una, podremos canjearla por la de algún otro adjudicatario, si lo deseamos y nos ponemos de acuerdo.

No eran los únicos que recorrían el barrio. Otros muchos futuros propietarios, aprovechando el buen tiempo de ese domingo de setiembre, hacían lo mismo. Entre ellos cambiaban saludos e impresiones; serían futuros vecinos y desde un primer momento convenía llevarse bien. Paco tuvo que responder a muchas preguntas, como miembro de la comisión de vecinos, que iban mucho más allá de lo que estaba en condiciones de poder informar, por lo que a veces recurría a su imaginación.

Las casas eran de dos tipos: las más grandes de cuatro ambientes y otras más chicas, de tres. En todos los casos estaba previsto que los adjudicatarios pudieran ejecutar, después, algunas ampliaciones. Entre las fachadas y las veredas, se habían dejado espacios verdes que les daban colorido y vida.

El conjunto estaba integrado por unas doscientas viviendas que ocupaban en total ocho manzanas, separadas de a cuatro por la ancha avenida, ahora pavimentada e iluminada, que el espíritu previsor de Antonio y Alberto trazaran en un inicio. Una vez terminada esta primera etapa, proseguirían una segunda y quizás una tercera hasta completar las mil viviendas.

CAPÍTULO LX

Como no podía dejar de suceder, llegó el día en que los padres de Reyna se enteraron que el "doctor" que cortejaba a su hija, vivía nada menos que en una villa miseria y era hijo de un vago asesinado y de una desgreñada vieja borrachina. El impacto fue tremendo y aunque a la buena amiga y pariente que les había traído la noticia, le negaron categóricamente y airadamente la versión, no dudaron de su veracidad.

Atando cabos, llegaron a la conclusión de que Oscar jamás respondía en forma directa las preguntas que le formulaban sobre sus familiares y que los Padres que trataban, cuando les preguntaban por aquel, declaraban no conocerlo.

Apenas entró Reyna esa tarde a su casa, se le echaron encima.

-Pero decime, ¿es cierto que tu novio es un vago? -fue lo primero que escuchó de su madre, a lo que su padre agregó:

-¿Pero es posible que tu novio viva en una villa miseria?

Retomó la palabra su madre:

-¿Y que su padre era un asesino muerto a puñaladas?

Y antes que pudiera contestar, mientras interiormente agradecía que no le dieran tiempo para hablar, escuchó a su madre recriminándole a su padre.

-Esto nos pasa porque sos un amarrete. ¿Que necesidad tenías de buscarle empleo a nuestra hija? ¡Mirá ahora las consecuencias!

Obligado a responder el imprevisto ataque, rebuscó en su memoria la razón que tuviera para emplearla a su hija.

-Pero acordate que cuando lo nombraron director a Pantaleón, nos dijo que estaba bien acomodado y se ofreció para conseguirnos lo que quisiéramos.

-¡Es claro! Así que porque siempre tenés que andar pidiendo cosas, se te ocurrió emplearla a Reyna.

-Y vos no te hagás la santa porque te pareció macanuda la idea.

-¡Largar a nuestra hija a los peligros de la calle! ¿Pero habré estado ciega que no me he dado cuenta de los peligros que corría trabajando de asistente social? Y vos, ¿qué tenés que decir a todo esto?

El efecto de la sorpresa pudo ser superado por Reyna, quien contestó con relativa tranquilidad:

-Oscar es un muchacho formidable. De sus antecedentes, no hay nada que pueda avergonzarlo. Si vive en una villa miseria, es simplemente para cuidarme, ya que al parecer a ustedes no les importaba el lugar donde había de realizar mi trabajo para aliviarlos de unos pesos.

Su contestación no era la que había preparado con tanto esmero, pero el cambio de reproches entre sus padres, le dio la idea de lanzarse a la contraofensiva. Le dolió hacerles ese cargo, pues los adoraba, pero no le quedó otro remedio.

A partir de ese momento el tono de voz de sus progenitores bajó notablemente.

-Pero decinos, querida, ¿quién es ese Oscar y su bendita familia? -preguntó su padre con voz que era casi un murmullo.

-Te lo repito, tatita: un excelente muchacho. Cierto que es de origen humilde, pero eso, que yo sepa, es más bien un mérito y no un pecado.

-¿Pero es cierta que vive en un rancho? -quiso que le confirmara su madre.

-Sí, mamá. Vive en un rancho, pero porque quiere. Su madre y sus hermanos son muy pobres y él, con Paco -su hermano mayor- tienen que educarlos y alimentarlos. Pero además, se está terminando de edificar el barrio a donde se van a trasladar y entonces ya no vivirá más en un rancho. Estábamos esperando el traslado para que conocieran a la familia, a fin de que no se impresionaran.

-¿Y lo del padre asesino?

-¡Pero si es todo lo contrario! Al padre lo asesinaron cuando se interpuso entre el almacenero y el hijo de una vecina.

-¡Pero, entonces es un héroe!

-Y bueno -sonrió Reyna-, si se piensa bien, realmente lo fue.

Con gran alivio observó que la tensión estaba pasando. La exclamación de su madre proclamando héroe al Gordo Paredes le pareció fantástica. Pero su padre resolvió seguir con las preguntas:

-Pero decime, Reyna, con tantos amigos que tenés, a quienes conocemos desde años, ¿qué necesidad tenías de ponerte de novia con un desconocido que vive en una villa miseria?

-El amor no tiene barreras, papá. Cuando llega, llega y que se e va hacer. Alegrate de que sea un médico abnegado y trabajador y no un sinvergüenza, como tantos hijos de tus amigos. Acordate del que robó un Banco y del que resultó un drogadicto y consolase. Bueno, dejenmé ir que estoy rendida. Al quedar solos, la imaginación de la madre y el conformismo del padre planearon las bases adecuadas para contrarrestar, entre sus amistades, el ineludible conocimiento del humilde origen del novio de su hija. La decisión conque ésta les contestara sirvió además Para advertirles que su resolución era definitiva y que corrían el riesgo de perderla. Después de unos minutos de la madre exclamó:

-¡Hijo de un héroe! ¡De un mártir! Que dio la vida por salvar la de su vecino.

-Así es la gente verdaderamente humilde ¿Te das cuenta de que a ellos no se les había ocurrido? De otra manera, Reyna no se hubiera sorprendido cuando vos se lo dijiste.

-¡Tenés razón! ¿Qué significa un sacrificio más para quienes no conocen otra cosa, aunque sea el de la vida? ¡Cómo me gustaría conocer a la madre de Oscar!

-Hoy un médico gana cualquier cantidad de dinero. ¡Si ya hasta auto tiene!

-Pensar lo que es la gente. Ya están chismeando y criticando sin saber nada. ¡Nada más que por que son pobres! ¡Con razón hay tanto comunismo!

-Mientras los médicos que uno conoce, roban que es un contento cobrando cualquier cantidad, o se dedican a los abortos, este muchacho practica su profesión entre los que no tienen ¡y los mierdas tienen que criticarlo! ¡Que no vuelvan a decir algo de Oscar, pues me van a escuchar!

Durante la larga hora que Reyna dedicó a bañarse y asearse, sus padres prosiguieron descubriendo virtudes a quien hasta hacía unos minutos habían repudiado. A su madre se le ocurrió que debía estar hambrienta, así que cuando reapareció, la recibió con un humeante té, con suculentas tostadas y galletas.

-A ver, contanos algo más de Oscar, hijita, ¡Como habrás sufrido sin animarte a decirme la verdad, temiendo que nos opusiéramos por lo del rancho!

Fue entonces que su enamorado corazón inspiro su imaginación para hacer una maravillosa descripción de Oscar. a medida que devoraba las tostadas y las anécdotas le brotaban. La imagen de Oscar resultó a sus padres fantástica, y anotaban los detalles cuidadosamente en sus mentes, para dejar mudas a sus amistades cuando se les presentara la ocasión.

CAPÍTULO LXI

El traslado de los adjudicatarios al nuevo barrio llevaba ya varios días. Al siguiente sería la inauguración oficial. Esa noche quedaron reunidos el Ñato, el Jetón y Bernardo, mientras sus amigos habituales estaban en los problemas propios del cambio. Las palabras le salían perezosas, lentas. La alegría de aquellos era, su tristeza.

-No creo que mi Juana hubiera querido cambiarse, si viviera - decía el brasilero--. Si esto hubiera sido cuando éramos jóvenes, puede ser.

Los otros dos guardaron silencio.

-No se me ha dado entodavía por casarme, por eso no me he afligido por lo de las casas nuevas -les confió el Jetón en un momento dado.

Los otros dos guardaron igual silencio.

-Cuando se vayan los otros, ya no va a ser lo mismo, ojalá estén aquí, al lado... Cada casa no va a ser cada rancho -reflexionó Bernardo.

Los otros dos guardaron igual silencio.

-Si *se me hace* que voy a volver a Brasil -anunció el Nato por milésima vez desde que muriera su Juana.

Los otros dos guardaron silencio.

-De solo pensar en irme se me hace que recién he llegado - observó el Jetón.

Los otros dos guardaron silencio.

-Ahora me doy cuenta que nunca he llegado del todo -suspiró Bernardo.

Los otros dos guardaron silencio.

Volvieron a guardar silencio para saludar al silencio. En eso llegó Pata i' Palo. Observó los restos del asado que quedaban sobre la parrilla y diciendo "buenas..." los empezó a despachar en silencio. Con un violento eructo dio por terminada su comida y el silencio.

-¿Qué van a hacer? --quiso saber.

-No *te vaa decir* -respondió el Jetón por todos-. Aquí estamos *sin sabernos* qué hacer.

-Si no fuera por la Merceditas que tiene la 'ocupación' al lado nomás, ya sería la hora que nos hubiéramos mudado más al centro. La juna gran puta, causa que ando llegando tarde, el ciego Aureglio me anda ganando la esquina de San Francisco, ¡con lo que me ha costado correrla de ahí a la loca Alcira!

Bernardo sintió que afloraban sus viejas rebeldías cuando escuchó lo de Merceditas, pero una vez más se contuvo. Era darse contra la pared.

-Voy a tener que ir buscando una esquina -les advirtió el Ñato-. Ya no sirvo para agachar el lomo.

-Con el asunto de las casas y todo lo demás, esto se va a poner podrido -se lamentó Pata i' Palo.

-Las revoluciones triunfantes comen a sus hijos -sentenció Bernardo.

El Jetón casi lo comprendió.

Pata i' Palo se colocó la muleta bajo el sobaco y se dirigió a los matorrales para orinar. Como si el asunto fuera contagioso, los demás lo fueron siguiendo por turno.

-¿Y ande vas a ubicar tu escuela ahora? -le preguntó Pata i' Palo a Bernardo, medio irónico-. Ya no se te ve con el changuerío...

Bernardo no le contestó. El Jetón y el Ñato se removieron nerviosos.

-En la cárcel dan de comer gratis -se le ocurrió decir al Ñato.

Pata i' Palo lo miró de reojo y olvidó la sonrisa; serio le respondió:

-No te enojés conmigo, porque yo voy a ser quien te cuide, cuando estos dos se vayan.

Bernardo y el Jetón se dieron cuenta de que los había adivinado.

-Cuidalo al Ñato, Pata i' Palo, que se está quedando ciego -le rogó Bernardo.

-Cuidalo, que ya no se las puede rebuscar -le rogó el Jetón.

-¿Se acuerdan lo que dijo el cura cuando prendieron los focos? ¿Eso del ciego que le faltaban las patas? Si señor, así vamos a tener que hacer con el Ñato cuando ustedes se vayan, porque no es cierto eso de

que “el buey solo bien se lame”.

-El Brasil está lejos. Ya no me voy a ir... -reconoció por primera vez el Ñato desde que se le fuera su Juana.

-Las latas son igualitas en todas partes -lo consoló el Jetón-. Ni cuenta te hubieras dado.

-Andá, traéme sal Bernardo para que me la meta en la boca y me recuerde el mar -pidió para desmentirlo el Negro.

-Con sal o sin sal, los pobres siempre andamos con sed -acotó Pata ¡'palo.

-Los pobres siempre andamos andando, aunque nos estemos quietos -filosofó el Jetón.

-Los pobres siempre andan metiéndolos a los demás en sus líos -explotó Bernardo.

-¡Es claro! Recién ahora te venís a dar cuenta de ese después de tantos años -se le rió en la cara Pata i' Palo--. El que nace fuera del agua, cuando se mete en ella se ahoga; y el que nace adentro, cuando sale se ahoga también. ¡Si no hay como quedarse donde una ha nacido! -sentenció.

Los cuatro quedaron en silencio. El Ñato pidió más vino. Los cuatro se pasaron la botella para tomar un trago. Les hizo bien, aunque se pusieron más tristes.

Bernardo empezó a dudar si no debía aprovechar la oportunidad para confesarles la verdad. Quizá fuera esa la última que tendría para hacerlo. Mientras los otros conversaban reflexionaba sobre este problema. Después de mucho darle vueltas al asunto, resolvió que no sería oportuno. Las críticas que tuvieran que hacerle, que se las hicieran a él, pero no a lo que representaba.

El Ñato fue el primero en buscar el reposo. Sin decir nada desapareció dentro de su rancho. Ninguno intentó decirle algo, pues pensaron que ya todo estaba dicho. Luego se retiró Pata ¡'Palo: en la noche clara pudieron seguir con la mirada su bamboleo durante un rato.

El Jetón se limitó a decirle a Bernardo:

-Te espero a más de un rato...

Cuando aquel también se hubo retirado, empezó a empaquetar sus pobres pilchas, echó una última mirada a la montaña, iluminada por la luna; a las luces de la ciudad; al trajinar de focos blancos y colorados sobre el puente del río; al alumbrado público del nuevo barrio. Luego, de rodillas, rezó un último rosario. Después se encaminó hacia lo del Jetón y al pasar frente al rancho-almacén, aceleró el paso.

CAPÍTULO LXII

A los tres años de iniciada la construcción, el barrio ya estaba terminado. Más rápidos andaban los nuevos ranchos que continuamente se edificaban al lado de los de tablas, que provisoriamente se habían construido para albergar a los que tuvieron que mudarse para dejar libre el terreno necesario para las obras.

Muchos de los que habían resultado beneficiados en el sorteo realizado para adjudicar las flamantes viviendas, se resistían ahora a firmar la papelería que los convertiría en propietarios. Hacían sus números y llegaban a la conclusión de que el setenta y cinco por ciento de sus ingresos durante veinte años, irían a parar al Banco financiador. Contra esos números, se les argumentaba que tal cual iba el proceso inflacionario del país, ese porcentaje se iría reduciendo rápidamente, hasta llegar a resultar insignificante, argumento que no lograba convencerlos, a pesar de los denodados esfuerzos discursivos de las asistentes sociales o de los empleados del gobierno.

A todo esto habrá que sumar los impuestos, las tasas, la luz, las contribuciones -les decían- y en definitiva no nos va a quedar nada para vivir.

El argumento era de peso, a tal punto que resultaba irrefutable, más cuando los interesados agregaban:

-Aquí no pagamos nada y cuando nos juntamos con unos pesitos, los invertimos en mejorar los ranchos -y hasta los hacían pasar para que constataran esas mejoras.

-Para vivir en latas de sardinas, mejor seguimos donde estamos ra otro de los argumentos que esgrimían y que desesperanzaban a las visitadoras, pues hasta ellas mismas terminaban por dudar.

Como 'Ranchos de lujo', quedaron bautizadas las construcciones económicas, y el efecto psicológico de la denominación hizo impacto, pues con ello resultaba que el "status" rancho, no quedaba superado.

Aprovechando las vacilaciones de los elegidos como beneficiarios, no faltaron algunos aprovechados que, valiéndose de influencias, o de algunos pesos, lograron infiltrarse y hacerse adjudicar las viviendas de los reacios. Estos abusos, en definitiva, actuaron como factor desencadenante sobre los indecisos, que empezaron a firmar sin nuevas objeciones.

Otro problema de las visitadoras era convencer a los nuevos propietarios de que aprovecharan el traslado para quemar todos los trastos viejos que los habían acompañado toda la vida.

-¡Por favor, no trasladen las pulgas ni la roña! -se cansaban de repetir, no siempre con buen resultado.

Así y todo, más de una fogata fue alimentada con toda clase de harapos, lonas podridas, diarios amarillentos, muebles desvencijados y juguetes rotos.

Las abnegadas muchachas lograron de algunos comerciantes, que repartieran saldos y retazos de telas pasadas de moda, que sirvieron para confeccionar los vestidos que habrían de sustituir los que prácticamente no habían abandonado el cuerpo de sus dueñas durante años.

Se agotaron enseñando a usar los modernos artefactos e instalaciones y en advertir el peligro de los braseros en ambientes cerrados de mampostería.

La cosa empezó a dar resultados. Cuando descubrían algunas vecinas que demostraban interés por aprender, se concentraban en ellas para enseñarles el oficio de amas de casa en viviendas higiénicas y confortables, y la alumna resultaba al cabo de unos días, la mejor trasmisora de las normas de civilización entre sus vecinas.

Pero su ánimo sufría un nuevo vuelco al observar cómo el barrio nuevo, con sus doscientas viviendas alineadas en cuadrados simétricos, separados por anchas calles pavimentadas e iluminadas, resultaba un minúsculo conjunto en medio del rancharía que crecía a su alrededor.

El gran gusto se lo dio un vecino que, sin que nadie lo advirtiera, había formado un pequeño jardincito frente a su casa y ahora lucía hermosas rosas, bien coloradas, como símbolo de convivencia humana.

Por supuesto que el traslado constituyó una gran fiesta para los niños, que no se cansaban de recorrer y explorar sus nuevos dominios, tocando todo lo palpable, para asegurarse de que no soñaban. Las muestras de entusiasmo quedaban gratificadas en cientos de mane citas estampadas en las paredes recién pintadas.

El gallinero que se instalaba; la jaula del loro o del canario que deambulaban por toda la casa hasta encontrar su nueva ubicación; la covacha para el perro y a veces el gato, daban lugar a pintorescas discusiones

en las que intervenía todo el grupo familiar, cuando no el vecindario en pleno.

Las cosas marchaban y el traslado era una realidad. La civilización anotaba a su favor una nueva victoria sobre la miseria. La dueña de casa no era la dueña del rancho; el vago acostumbrado a estarse echado sobre el catre mirando durante horas la paja o las latas de; techo, no era el señor que echado sobre su cama miraba tejuelas; o que sentado en vez de sobre un cajón sobre una hamaca, miraba la lejanía al atardecer; el niño que se revolcaba en el barro, no era el mismo que pisaba firme sobre el pavimento, los libros bajo el brazo, retornando de la escuela.

El gran cambio resaltaba en las noches oscuras y lluviosas: los focos del alumbrado público y de las viviendas, rompían con su luz las tinieblas, dando paz, seguridad y esperanzas, a los que hasta ayer nomás se acurrucaban en los rincones escogidos de los ranchos libres de goteras, esperando pacientemente el cansancio de la naturaleza.

Al siguiente sábado, se realizaría la inauguración oficial, acto al que concurrirían las principales autoridades de la provincia y las personas que de una u otra forma habían colaborado en la concreción de la gran obra.

En esos días, la comisión vecinal, presidida por Paco, había estado en sesión permanente. Por esta vez, ninguno de sus numerosos miembros faltaba a las reuniones, cual solía suceder hasta hacía poco. El ambiente en que se celebraban era distinto. Ahora todos se ofrecían para hacer todo... lo que ya estaba hecho. Cualquier mención de los que realmente habían trabajado que implicara recordar una acción concreta, era escuchada con reserva por los demás y daba lugar a cuchicheos. No faltaron quienes recriminaban al presidente que los citara en forma tan espaciada y cuando éste quiso defenderse aclarando que ellos no concurrían, tuvo que retractarse de inmediato, tal fue la indignación que provocó con lo que había expresado.

Doña Carmela los cansó esos días en su intento de convencer cuánto había colaborado, y cuando alguno ponía cara de no recordar tal o cual actuación suya, rápidamente metía el violín en bolsa, al ser objeto de su airada mirada.

Como doña Carmela había muchos que pretendían demostrar que sin su intervención, nada se hubiera hecho. El colmo fue cuando el cura Miguel propuso que en el palco oficial, junto al gobernador, debería ubicarse, Paco en representación de la comunidad, pues casi todos se levantaron de sus sillas en un solo impulso para declarar que ninguno era más que otro y que todos se treparían al tablado.

Un solo momento se enfriaron los ánimos. Fue cuando alguien recordó que a las autoridades había que agasajarías con un ágape y para ello era preciso la colaboración de todos. Pero en cuanto cayeron en cuenta de la presencia de María, hubo coincidencia unánime que como era la que manejaba los comestibles de la comunidad, nada más lógico que el asunto quedara a su cargo.

El mismo día a la madrugada, el Jetón y Bernardo hablan tomado por la ruta hacia el Norte. No quisieron treparse a ningún ómnibus, ni camión, porque sin decírselo, estaban de acuerdo en que caminar les vendría bien a sus pies. Bernardo le anticipó a su compañero:

-Cuando estemos lejos, te voy a contar una extraña historia. la de uno que se convirtió en pájaro para acercarse al cielo y de una bruja que lo hondeó en el ala, pero que al caer quedó agarrado en una rama, sin poder emprender de nuevo el vuelo, ni llegar a caer del todo.

El Jetón le respondió:

-Yo también he oído un cuento, que también te lo voy a contar después de que me contés el tuyo, que por lo que veo es bastante parecido, sólo que en el mío, venía otro pájaro todos los días, trayendo en su pico alimentos para el herido, hasta que éste se repuso y pude proseguir su vuelo.

FIN

REGIONALISMOS USADOS EN LA NOVELA

A

A causa de los equívocos son los perjuicios: Expresión muy frecuente hasta hace pocos años, que se explica por sí misma.

Así'ai ser: Así ha de ser. Expresión que denota fatalismo.

Aca: Excremento. Materia fecal.

Achurar: Apuñalar.

Adornar: (La frente del esposo) Serle infiel.

Agachada: Mala jugada.

Alajita: Se le dice a la joven bonita o graciosa.

¡Amalhaya! Expresión que indica deseo vehemente. Figura en el diccionario de la lengua, pero está en desuso.

A más de un rato: Dentro de un rato.

Amicharse: Unirse estrecha- mente. Vivir en concubinato.

Andabiábamos: Andábamos.

Amicho: Amigo.

Andar en la luna: Andar distraído. Despistado.

Andar escondiendo la leche: Ocultando la verdad.

Andar pastoreando: Galanteando.

Antarca: De espaldas. Boca arriba.

Arrechera: Estar excitado sexualmente.

Arrecho: Que se excita con facilidad sexualmente.

Arrimar: (A la comisaría) Obligar a alguno a concurrir a la comisaría.

Así'ai ser: Así es.

Atraso: (Tener un ...) Haberle ocurrido a uno algo grave, generalmente, el fallecimiento de un ser querido.

B

Batifondo: Bochinche. Desorden.

Bombeando: Espiando.

c

Cagado: (Quien lo ha ...) Asesinado. Perjudicado. Andar mal.

Caliente: (Andar ...) Andar excitado sexualmente. Con bronca.

Cacharpaya: Fiesta, festejo.

Caminando: (Las cosas andan ...) Que andan bien.

Caló: Descubrió a alguno.

Cascándolo: Pegándole.

Chalchalero: Poca cosa. Persona sin prestancia. Pobre.

Chamuyar: Que pretende convencer con palabrerías. Que intenta enamorar a alguna con mucha charla.

Changos: Niños.

Chasqui: Mensajero.

Chauchas: Poco valor. Monedas.

Chinche: (La ...) Sífilis.

Chinitilla: Niña adolescente. Según como se exprese puede denotar afecto o desprecio.

Chupandina: Estar varios de beberaje.

Chupar: Beber alcohol, caña de azúcar.

Chuso: Andar sin dinero.

Corotas: Testículos.

Corotudo: Lerdo de entendederas. Pesado.

Croto: Vagabundo.

Cumpa: Compañero.

D

De los que no hay: único. Generalmente por malo.

Dendeveras: En verdad.

Debute: Muy lindo. Lindo. Está bien.

Descaecido: Desanimado. Con pocas ganas de hacer algo.

Despedida: Fiesta para despedir a alguno.

Di ande: De adonde.

Disgraciao: (Se ha ...) Que ha matado a alguno.

E

Echar culo: Echarse atrás. Acobardarse. Retroceder.

El servicio: La conscripción militar.

Embroncado: Andar con rencor. Con enojo.

Encachilado: Enojado. Con rabia.

Encamotado: Enamorado.

Engualichado. Hechizado.

En pudiendo: Pudiendo.

Entoavía: Todavía.

Entradas: Veces que figura alguno en el prontuario como detenido o encausado.

Empachado: (De oír hablar de alguno ...) Harto de sentir ponderar a alguno.

Esas calores: Esos días calurosos. De elevada temperatura.

Empelechado(a): Vestido(a) elegantemente.

Esos no son culo: No son quienes.

Estaba a mal traer: Estaba preocupado.

F

Formarle: Aportar dinero a alguno.

Frito: (Pegarle al ...) Fornicar intensamente.

G

Galguiar: Estar muy necesitado.

Gatear: Robar.

Guagua: Niño. Pequeño.

Gualicho: Embrujamiento.

Guaschar: Asesinar. Matar.

H

Hacer correr la bola: Hacer circular una versión o noticia.

Haiga: Haya.

Hasta mientras: Hasta tanto.

Hurgar las costillas: (Le voy a ...) Tirarle una puñalada.

J

Joda: (La ...) Diversión. Juerga. Parranda.

Joder: (A alguno ...) Embromar. Robarle. Mentirle.

L

La calor: El calor.

La chinche: (Le pegaron la ...) Lo contagiaron con sífilis.

La libreta: (Darle ...) Aceptar el hombre casarse con su concubina y legalizar así su situación.

Ley del tomo y obligo: Establece que quien es convidado a beber debe retribuir convidando y así hasta no poderse sostener en pie los tomadores.

m

Macanudo: Bueno. Salió bien una cosa.

Machar: Emborrachar.

Mamao: Borracho.

Manflora: Invertido. Maricón.

Marote: Cabeza.

Más se pueda: Cuando se pueda.

Me la mandé: Logró fornicar con una mujer que se deseaba. También una empanada o comida especial.

Me has pegao la sífilis: Lo contagió con sífilis.

Me lo he: Lo he.

Metejón: Enamoramiento.

Metió en el mate: Se encaprichó con algo.

Mi peor es nada: Expresión cariñosa para referirse un cónyuge del otro.

Miti y Miti: Mitad y mitad.

N

No le hace: No importa.

No me hayo: No me encuentro bien.

O

Ofienda: Ofenda.

P

Pa la zurda: A la izquierda. Algo que salió mal.

Pelechar: Esforzarse.

Pija: Miembro viril. Pene. Chistoso. Vivo.

Pijotero: Pícaro. Pillo. Ruin.

Pillar: Pescar. Agarrar. Descubrir. Sorprender.

Poner, ponerse: Pagar. Entregar dinero.

Pupo: Ombligo.

Q

Que despache a alguno: Que mate a alguno.

Que se nos dé: Que se nos ocurra. Que tengamos suerte.

R

Ramiando: (Lo he sacao ...) Lo he sacado arrastrando de los pelos.

Rascando el pupo: No haciendo nada.

Rejuntados: Unidos en concubinato.

S

Sabandija: Vividor. Niño travieso.

Sos de los que no hay: Para referirse a una persona mala.

Sos amargo: Tan amarrete. Tan avaro.

Sangre de horchata: Sangre fría. Impasible. Indiferente.

T

Ta: A veces por está, otras por pero.

Tarrudo: Suertudo.

Trincado: (Me la he ...) Que la hizo suya. Que fornicó con ella.

U

Upiti: Ano. También vulva de la mujer.

V

¡Velay!: Exclamación que se antepone a lo que va a decir para poner énfasis en el dicho.

Vidita: Mi amor. Expresión cariñosa.